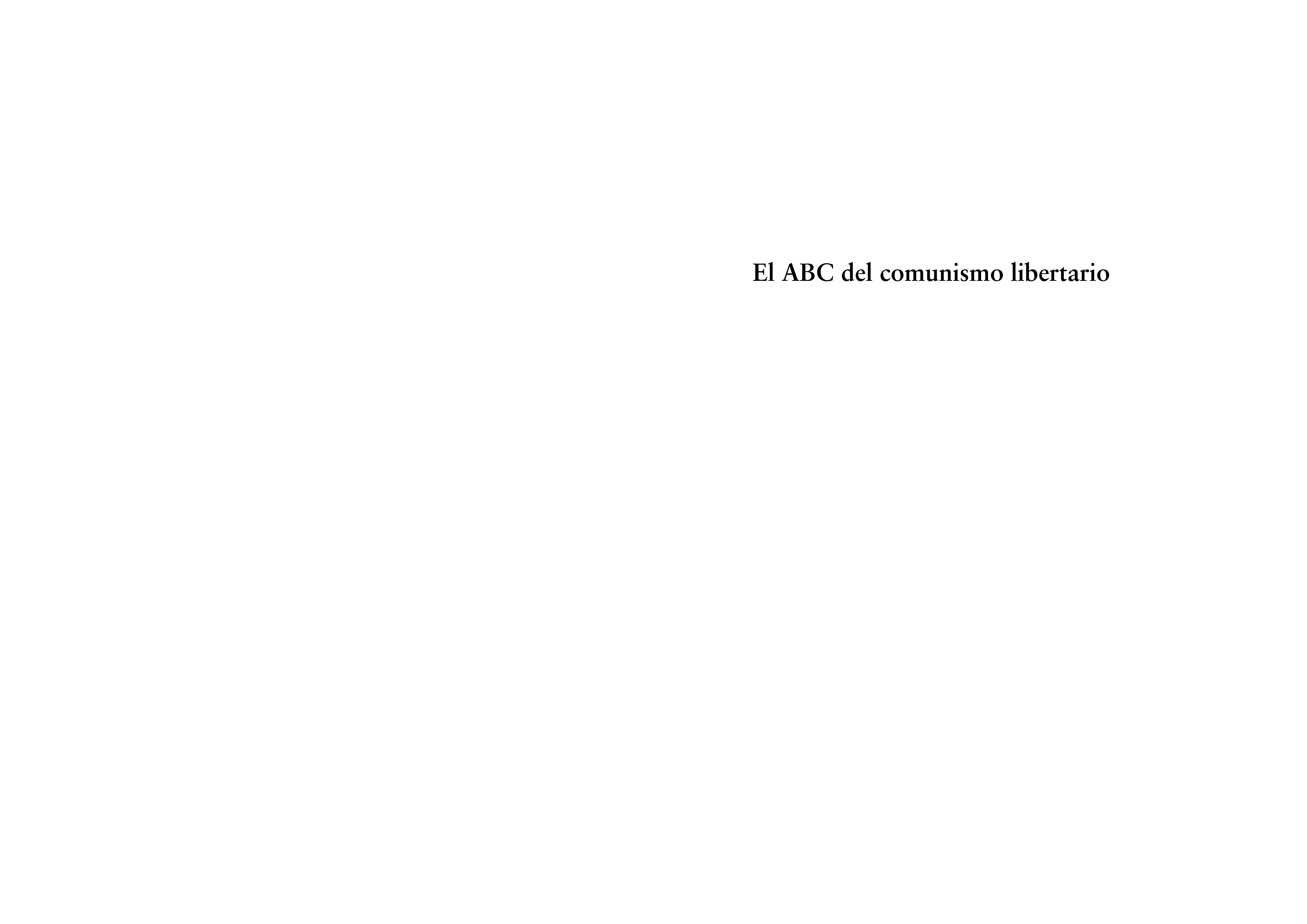


El ABC del comunismo libertario

Alexander Berkman

El ABC del comunismo libertario

Preámbulo de *Chris Ealham*

Berkman, Alexander
El ABC del comunismo libertario. - 1a ed. - Buenos Aires : Libros de Anarres: LaMalatesta ; Tierra de fuego, 2009.
90 pp. ; 20x12 cm. - (Utopía libertaria)
Traducido por: Marcos Ponsa González-Vallarino
ISBN 978-987-1523-07-8
1. Comunismo. 2. Anarquismo. I. Ponsa González-Vallarino, Marcos, trad. II. Título

CDD 320.57

Traduccion: Marcos Ponsa González-Vallarino
Ilustración de tapa: Alexander Berkman hablando en el mitín, en Union Square, 1º de Mayo de 1908
Corrección: Eduardo Bisso
Diseño: Diego Pujalte

© Libros de Anarres
Av. Corrientes 4790 C.P. 1414
Buenos Aires / R. Argentina
Tel.: 4857-1248 / 4115-1041
edicionesanarres@gmail.com

LaMalatesta Editorial
c/ Jesús y María, 24. 28012,
Madrid. Tlf. 915 391 007
www.lamalatesta.net/editorial/
Correo-e: editorial@lamalatesta.net

Tierra de Fuego
Apartado de correo 618 C.P. 38205
La Laguna (Tenerife). Islas Canarias
Correo-e: grupotierradefuego@yahoo.es

ISBN: 978-987-1523-07-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Agradecimientos de LaMalatesta

A Lidia
El futuro es tuyo.

Para la edición de este libro hemos utilizado la versión publicada en New York en 1929 por Vanguard Press, además de la que editó Tierra y Libertad en 1937.

Queremos dar las gracias a Chris Ealham por su preámbulo y sobre todo por su amistad.
También le agradecemos a Luis Buendía su trabajo de corrección de texto y su constante apoyo.
Gracias a los dos, compañeros.

Preámbulo a esta edición

Chris Ealham

Nacido Ovsei Osipovich Berkman en Vilna (Lituania) el 21 de noviembre de 1870, en una familia judía rica, vivió desde muy joven en San Petersburgo, donde adoptó el nombre de Alexander, aunque sus amigos le conocían como *Sasha*. En San Petersburgo le influyó mucho su tío Mark Natanson, líder revolucionario y fundador del famoso grupo Narodnik, el "Círculo Chaikovski", que acabaría incluyendo entre sus miembros a Piotr Kropotkin.

Desde muy joven, Berkman mostró un fuerte radicalismo y una gran capacidad para expresarlo por escrito: con sólo doce años lo castigaron en el colegio por escribir un ensayo titulado *Dios no existe*. Después de la muerte de sus padres, con dieciséis años, emigró a Estados Unidos, un país sacudido por la revuelta de Haymarket y el asesinato judicial de cuatro anarquistas.

Se estableció en el Lower East Side de Nueva York, el barrio por excelencia de los inmigrantes pobres, sobre todo de Europa occidental, con unas condiciones sociales infames y donde la densidad de población era una de las más altas del mundo. Emma Goldman nos habla del Berkman de aquella época, cuando el escritor tenía solo diecinueve años: "Era poco más que un niño... pero con el cuello y el pecho de un gigante".

Empujado por las circunstancias que lo rodeaban y por su profundo espíritu de justicia, tardó poco en unirse al movimiento libertario y acabó convirtiéndose en uno de los anarquistas más importantes de la historia de Estados Unidos.

Según algunos testimonios, Berkman había decidido volver a Rusia para sumarse a la lucha clandestina contra el zarismo, cuando unos hechos sangrientos en Homestead, Pennsilvania, en 1892, cambiaron el rumbo de su vida para siempre. En esa localidad surgió un conflicto entre sindicalistas y la Acerería de Carnegie. La empresa se negó a negociar con los huelguistas y declaró un *lock-out* en un intento de romper el poder del sindicato.

El director de la empresa, Henry Clay Frick, contrató los servicios de los pistoleros de la agencia Pinkerton, especializados en perseguir sindicalistas por todo EE.UU. Poco después de llegar a Homestead, los Pinkerton mataron a diez sindicalistas. La noticia se extendió como la pólvora por todo el país.

En Nueva York, Berkman, con veintidos años, se indignó. Inspirado por la táctica anarquista justiciera de la propaganda por el hecho, que justificaba el ajuste de cuentas contra los "enemigos del pueblo" como una forma de mostrar a las masas pacíficas la utilidad de la resistencia, decidió arriesgar su propia vida para vengar a los muertos. Así, el 23 de julio de 1892, Berkman entró en el despacho de Frick en Homestead con una pistola y un cuchillo.

Sorprendentemente, pese a recibir tres disparos y una puñalada, Frick no murió. Este hecho también salvó la vida del joven Berkman, que fue detenido por uno de los guardaespaldas de Frick.

En la prensa, Berkman fue descrito como un asesino frío y trastornado.

Pocos entendían que había actuado debido a su gran amor por la humanidad, sintiéndose obligado a eliminar a quien él consideraba como un tirano y cómplice de asesinato múltiple.

Un tribunal sentenció a Berkman a veintidos años de cárcel, de los que pasó catorce en la cárcel de Pittsburgh.

Berkman sufrió muchos tormentos dentro de un sistema penitenciario diseñado para quebrantar el espíritu y el cuerpo de los presos. De estos catorce años pasó largas temporadas en celdas de castigo, aislado de los otros presos. Goldman, su amante y compañera, era la única persona que mantuvo correspondencia con él durante ese tiempo. En una carta desde la cárcel, Berkman le explicaba que su fe en el anarquismo era "la fuerza elemental en la que se sostenía su existencia cotidiana". Salió de la cárcel con treinta y seis años sin haber perdido su infranqueable integridad moral ni su indomable fe revolucionaria, aunque desde entonces padeció una depresión que nunca terminó de superar.

Sus años en prisión forjaron en él una gran fuerza interior, un profundo sentido del humor y una comprensión más madura sobre la magnitud de las barreras y obstáculos que tenía que superar para conseguir sus anhelos más queridos: la creación de un mundo mejor y la liberación de la humanidad entera.

En 1912 publicó *Prison Memoirs of an Anarchist* (Memorias de un anarquista en prisión, Barcelona: Editorial Melusina, 2007), en un intento de alejarse de sus vivencias carcelarias. Se trata de una denuncia poderosa del sistema carcelario, crudamente honesto y escrito en forma de diario, uno de esos libros excepcionales que, una vez leído, es imposible olvidar. Relato en carne viva que brota con dolor y sangre de los entresijos de una vida atormentada, un testimonio terriblemente humano. Berkman nos narra con detalle la brutalidad cotidiana del sistema carcelario, su impacto fisiológico y psicológico, las enfermedades endémicas como la tuberculosis, el despertar de la locura en los presos ante la crueldad de los carceleros, la muerte de sus amigos y el contexto que le colocó en más de una ocasión al borde del suicidio. El diario nos deja testimonio sobre el choque entre el espíritu y corazón del joven Berkman y un sistema disciplinario atroz a través del sufrimiento y dolor del escritor y su lucha para sobrevivir a pesar de las humillaciones y vejaciones que sufría. *Memorias de un anarquista en prisión* inspiraría y ayudaría a muchos presos en el futuro con penas de largos años a las que enfrentarse.

Al salir en libertad, comenzó una nueva época en la vida militante de Berkman. Había limado su pluma a través de sus escritos clandestinos y las cartas que enviaba desde la cárcel, y no tardó en destacar como editor y ensayista de mucho mérito, primero con Goldman en la revista *Mother Earth* (1906-1917), una de las publicaciones más célebres del radicalismo americano del siglo XX, en la que colaboraban la flor y nata del anarquismo internacional. Luego con el incendiario *Blast* (1916-1917) que editó él mismo, su propio "periódico obrero revolucionario", una publicación de combate que abogaba por la acción directa y la violencia política como armas creativas en la preparación de la revolución. *Blast* sostenía campañas contra las injusticias del sistema judicial y se le atribuye haber salvado la vida de varios activistas condenados a pena de muerte debido a montajes policiales.

Destacó también como organizador templado, desinteresado y libre de vanidad. Se sumergió en las luchas de los obreros y los desocupados en Nueva York. Llevó una existencia comprometida, ascética, renunciando a las pocas comodidades de la vida. Vivía con cinco centavos al día y, cuando era posible, dormía en el parque para ahorrar dinero, donando todo su dinero a la prensa y organización anarquista. Era duro en sus críticas contra aquellos que no seguían su ejemplo. Así, llegó a los puños con Modest "Feyda" Stein, su primo, compañero y uno sus mejores amigos, cuando éste gastó veinte centavos en una cena, algo

que iba contra los "principios sagrados" de Berkman, que lo consideró como una muestra de sus "predilecciones burguesas" y "un robo" contra un movimiento pobre de gente pobre. No idealizaba a los trabajadores, reconocía que compartían algunos prejuicios con otras clases sociales, pero mantenía una fe inquebrantable en su poder revolucionario y creativo.

Para Berkman la revolución implicaba también un trabajo cultural importante y con ese fin fundó la "Francisco Ferrer Association" en 1910, junto a la siempre presente Goldman. Al poco tiempo, ambos crearon una Escuela Moderna inspirada en los principios pedagógicos de Ferrer, que había sido ejecutado el año anterior en Barcelona. Entre los profesores y colaboradores de la escuela figuraban, entre otros, el propio Berkman, los escritores John Reed, Upton Sinclair y Eugene O'Neill, la bailarina Isadora Duncan, y el pintor Robert Henri, mientras su alumno más famoso fue el joven Man Ray de Brooklyn.

Pero su época americana terminó con la Guerra Mundial y el aumento de la represión estatal, que iba a silenciar las voces antimilitaristas. *Mother Earth* y *Blast* fueron cerrados en 1917 por el gobierno federal debido a su oposición intransigente al militarismo. Vilipendiados en la prensa como "bestias salvajes", los anarquistas fueron perseguidos duramente en un país lleno de *Guantánamos* para su castigo. Así, Berkman volvió a la cárcel por oponerse a la guerra y al reclutamiento obligatorio, con una pena de dos años bajo *The Espionage Act*. Cumplió condena en el penal de Atlanta, en el estado de Georgia, donde los linchamientos de presos negros eran muy frecuentes. Por criticar y oponerse dentro a tales prácticas, Berkman sufrió duramente, y luego confesó que estos dos años en la cárcel de Atlanta fueron peores que los catorce en la de Pittsburgh.

Al salir a la calle de nuevo, Berkman se encontró con que tenía tan poca libertad fuera como había tenido dentro de la cárcel. Su período americano estaba llegando a su fin. Por aquel entonces, las autoridades estaban obsesionadas con la persecución de "rojos", y en el caso de Berkman era aún peor por proceder del país de los bolcheviques. Así que durante las infames "Redadas Palmer" de 1919, organizadas por el secretario de justicia Mitchell Palmer, Berkman y la también rusa Goldman, fueron detenidos y deportados a la Unión Soviética con otros doscientos "indeseables" –socialistas, anarquistas y comunistas– que supuestamente "estaban corrompiendo" la vida política americana. Berkman inicialmente había sido partidario de la Revolución Rusa, e incluso había traducido algunos escritos de Lenin, pero el divorcio entre el Partido Bolchevique y el movimiento anarquista, y la posterior represión de este último, hizo inevitable su desilusión con el nuevo Estado. Sin embargo, es interesante destacar que, mientras Goldman y muchos otros anarquistas ya habían empezado a denunciar a Lenin y su partido, Berkman seguía esperando que la revolución evolucionase en una dirección favorable, algo que subraya su independencia y su fe en la transformación social. Aun así, al escritor lo preocupaba el disminuyente papel de los órganos de poder popular como los Soviets. La gota que colmó el vaso fue la supresión sangrienta en marzo de 1921 de la rebelión de Kronstadt, uno de los viejos focos de la revolución, que le confirmó lo que veía como la subordinación de los impulsos transformadores a los intereses de una nueva burocracia dominante. Ese mismo año Berkman y Goldman salieron para Alemania.

Berkman se convirtió en un crítico infatigable de los bolcheviques, pero se encontró aislado dentro de un movimiento obrero seducido por el comunismo. También tuvo que enfrentarse a un exilio más precario. Intentó fomentar el pequeño movimiento anarquista alemán y se dedicó a escribir sobre sus experiencias bajo los bolcheviques, publicando folletos y, en 1925, *The Bolshevik Myth*, un libro basado en el diario que escribió durante su estancia en la Unión Soviética.

En 1925 Berkman se marchó a Francia. Vivió primero en París y allí, en 1927, creó junto a Volin y otros compañeros el grupo "Ayuda mutua" para asistir a los anarquistas rusos, italianos, españoles y portugueses perseguidos por las dictaduras de sus respectivos países. Trabajaba como editor y traductor pero vivía muy mal, amenazado por la destitución, la deportación y la depresión. Las autoridades francesas tenían miedo de su *curriculum* revolucionario y le mandaron varias órdenes de expulsión. Una de éstas fue ejecutada, pero gracias a la intervención de amigos y de una campaña en su defensa, lo dejaron volver bajo la condición de que se abstuviese de participar en política. Para un hombre en rebelión permanente contra el mundo

existente, que había entregado su vida al activismo, a la acción, a la organización y a la furia de las luchas sociales, se trataba de una pena muy debilitante. Se fue a vivir a la Riviera francesa donde empezó a sentirse como un animal enjaulado.

Privado de otros medios de lucha, Berkman se vio obligado a confiar en la única arma que le quedaba: la pluma. En este contexto escribió el libro que tienes ahora en las manos.

Publicado por primera vez en 1929 bajo el título *Now and After: the ABC of Communist Anarchism*, y posteriormente traducido a varios idiomas, *El ABC del Comunismo Libertario* fue concebido como una explicación popular de los propósitos y principios anarcocomunistas, y con el objetivo de dar un enfoque nuevo al movimiento anarquista internacional y reorientar la práctica del movimiento tras la Revolución Rusa.

El ABC del Comunismo Libertario es una articulación matizada de los principios anarquistas, una celebración de la búsqueda de la libertad total en una época en la que el Estado era cada vez más poderoso y con un creciente número de adeptos por el mundo entero. Cuando Berkman habla de la lucha de clases, la represión estatal y las convulsiones revolucionarias, no lo hace como espectador sino desde una perspectiva basada en sus experiencias directas en Estados Unidos, Rusia y Europa Occidental, y su lucha por otro mundo, más justo, tolerante y libre. Escrito en un lenguaje sencillo, en forma de diálogo, este libro revela también una constante en la vida de Berkman: su gran capacidad para comunicar sus ideas de forma directa y asequible. De hecho, es una de las mejores introducciones al pensamiento anarquista, un verdadero clásico de la literatura libertaria.

Se puede observar en sus páginas la influencia kropotkiniana y las ideas sobre el apoyo mutuo, sobre todo cuando Berkman analiza la perspectiva anarquista sobre la vida humana y el progreso social. En lo que resulta una reconsideración significante de la utilidad de la violencia revolucionaria en la transformación social del mundo, Berkman arguye que para conseguir los objetivos del anarquismo el camino más eficaz y fructífero es crear ejemplos prácticos de libertad e igualdad en los proyectos individuales y colectivos de la vida cotidiana, en vez de confiar en la violencia, algo que califica como "un método de ignorancia, un arma de los débiles". Hacía dos años que Berkman había concluido que la violencia sólo se podía justificar en "circunstancias excepcionales".

Después de tantos años de pobreza y de tribulaciones físicas, y tras haber pasado la tercera parte de su vida adulta en la cárcel, la salud de Berkman se resintió seriamente. Tenía problemas de próstata y lo operaron en dos ocasiones sólo para volver a recaer al poco tiempo. Acosado por su mala salud y debilitado por dolores insoportables, agobiado por las prohibiciones de las autoridades francesas, y harto de vivir gracias a la caridad de sus compañeros, Berkman decidió pegarse un tiro. Murió en Niza el 28 de junio de 1936. Tenía sesenta y seis años.

Prefiero no describir la vida de Berkman como una tragedia. Tal y como él mismo dijo, Berkman fue un "revolucionario primero, después un hombre". Y vivió así, consecuente y en armonía con sus ideas, lo que lo colocó en unas circunstancias a veces excepcionales pero del todo inevitables por la época en que le tocó luchar y existir dados sus compromisos y pensamiento. La única tragedia fue la de no haber vivido unos meses más para poder haber experimentado aquel corto verano de anarquía en España que empezó a radiar a las pocas semanas de su precoz muerte, cuando se pusieron en práctica algunas de las ideas que habían determinado su vida. Pero ese verano Berkman tenía pleno control de su destino. Antes de una de sus operaciones, dejó una carta que resumía su pensamiento:

"He vivido mi vida y yo creo de verdad que cuando uno no tiene ni salud ni medios y es incapaz de trabajar para conseguir sus ideas, ha llegado la hora de largarse". Su último acto fue levantar una pistola, convencido de que no podía seguir sirviendo a la humanidad. En este sentido, *El ABC del Comunismo Libertario*, su último libro, se puede considerar como su testamento político, su legado más importante, y por eso agradecemos a *LaMalatesta* por editar, por fin, una versión castellana espléndida y fiel a la original.

Fue siempre muy amado por sus amigos y compañeros, quienes hacían hincapié en su bondad, su sinceridad y su calidez. Goldman habló de su "fuerza irresistible", de su inextinguible amor por la humanidad y los desposeídos, de la influencia moral profunda que ejerció sobre todos los que lo conocieron. A pesar

de la fortaleza de sus ideas y su compromiso, no era doctrinario ni dogmático: respetaba las convicciones de los demás siempre que fuesen sinceras y no oportunistas o egoístas, y contaba con el respeto de los izquierdistas de otras tendencias, como, por ejemplo, el escritor socialista Jack London, que lo consideraba su "hermano".

Curiosamente Berkman sigue esperando a su biógrafo. En la opinión de Howard Zinn, es "uno de los héroes perdidos del radicalismo americano, una voz pura e insólita de la rebeldía".

Para muchos, Berkman es conocido como el amante, amigo y compañero de vida de Goldman. En más de un sentido, la autobiografía de Goldman, *Viviendo mi vida*, que ella escribió debido a la tozudez e insistencia de Berkman, que a su vez editaría algunas partes del libro, sigue siendo el estudio de su vida más completo. Fue la suya una existencia plena y eminentemente revolucionaria, la vida de un hombre polifacético: emigrado, tipógrafo, hombre de acción, amante, traductor, asesino, editor, refugiado, periodista, organizador, preso, profesor y escritor.

Madrid, septiembre de 2008

Prefacio de la edición de 1937

Emma Goldman

La calidad superior de la literatura anarquista, comparada con los escritos de otras escuelas sociales, consiste en su simplicidad de estilo. Mihail Bakunin, Elisée Reclus, Errico Malatesta y otros escribieron de un modo que sus ideas pudieron ser entendidas fácilmente por los trabajadores. Esto es particularmente verdad de Kropotkin y Malatesta. Sin embargo, sería verdad la afirmación de que, incluso ellos, apenas pensaban en el hombre medio, el hombre medio de mentalidad anglosajona.

No se puede eludir el hecho de que existe una considerable diferencia entre la mentalidad del trabajador latino y la de su hermano en los Estados Unidos y en Inglaterra: el primero se ha empapado en las tradiciones y luchas revolucionarias por la libertad y otras causas, mientras que el último ha sido educado en las "bendiciones" del parlamentarismo. Por consiguiente, era esencial un tratamiento diferente si se quería llegar de algún modo a la mentalidad anglosajona.

Fue este factor el que decidió a Alexander Berkman a escribir este libro *El ABC del Comunismo Libertario* y a escribirlo en el estilo sencillo de la conversación, un estilo que se dirigirá al hombre de la calle, cuyo conocimiento y uso del inglés no va mucho más allá del estadio elemental. Esto era lo más necesario, pues es precisamente el hombre de la calle el que está saturado con las nociones más extravagantes sobre el anarquismo. La prensa diaria se ha encargado de esto: un día sí y otro no, llenan a sus lectores con historias horripilantes de bombas, puñales, complots para asesinar presidentes y otras espeluznantes descripciones de esos terribles criminales, los anarquistas, empeñados en el asesinato y en la destrucción.

Tampoco sería verdad asumir que tan sólo son las masas ignorantes de la humanidad las que están imbuidas de esas nociones estúpidas sobre el anarquismo comunista. Existe un número considerable entre las denominadas clases educadas que no han escapado al funesto influjo ejercido por la prensa capitalista y que no están más informadas con respecto al significado del anarquismo comunista. Aun cuando no ven más bombas y dagas en el aire, todavía se aferran a la creencia de que los

anarquistas son individuos chiflados y que el anarquismo es una idea totalmente absurda, y que sólo cuando los seres humanos se conviertan en ángeles podría ser posible poner en práctica el anarquismo.

Toda esa gente necesita un libro de texto elemental sobre el anarquismo, un ABC, por decirlo así, que les enseñe los principios rudimentarios del anarquismo comunista y les estimule el deseo por algo más profundo. *El ABC del Comunismo Libertario* tenía la intención de servir a este objetivo. Nadie que haya leído este librito negará que no haya cumplido su propósito.

Había, además, otro motivo que impulsó a Alexander Berkman a emprender este trabajo. Era la necesidad urgente de una nueva orientación en la táctica revolucionaria, extraída de la Revolución Rusa. Los anarquistas, lo mismo que todos los revolucionarios sociales, se han impregnado con el hechizo romántico de la Revolución Francesa. Todos nosotros creíamos (no me excluyo a mí misma) que la revolución social tenía un poder mágico no sólo para destruir el viejo sistema caduco, sino que podría, por su propia fuerza terrible, construir el nuevo edificio social. La Revolución Rusa demolió este sueño romántico. Probó que, aunque puede elevar a las masas hasta el mismo cenit del fervor revolucionario, no puede mantenerlas en esa altura durante mucho tiempo. El propio hecho de que Lenin y sus camaradas consiguieran en un espacio de tiempo muy breve alienar a las masas rusas de la revolución y que Stalin fuera capaz de mutilar a esta última del todo, mostraron que no bastaba el mero fervor revolucionario. Se necesitaba más para salvaguardar la revolución de las intenciones del Estado político de los nuevos amos de Rusia. Se necesitaba la voluntad para el trabajo constructivo, la preparación económica y social para dirigir la revolución hacia los canales por los que se tenía la intención de marchar.

Ninguno de los escritos anarquistas posteriores a la revolución ha intentado tratar la nueva orientación. Se le dejó a Alexander Berkman llevar a cabo esta tarea difícil, y sin embargo de la máxima importancia. ¿Y quién había tan eminentemente cualificado, tan capaz y con un entendimiento tan penetrante como para tratar debidamente un asunto así? Ni en sus fantasías más exaltadas anticipó Alexander Berkman que la lección de la Revolución Rusa, discutida por él con tanta habilidad en este volumen, se convertiría en un factor vital escasamente a los seis años de su creación. La Revolución Española del 19 de julio de 1936 y la parte que desempeñaron en ella los anarcosindicalistas y los anarquistas dotaron de un sentido mucho más profundo las ideas presentadas en el presente volumen de *El ABC del Comunismo Libertario* de Alexander Berkman de lo que su autor se atrevió alguna vez a esperar. Desde el primer momento mismo del 19 de julio, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y la Federación Anarquista Ibérica (FAI) –las organizaciones más dominantes, ardientes y atrevidas– fueron las fuerzas que hicieron retroceder a las hordas fascistas de Cataluña. Su realización maravillosa es la primera de su género en cualquier revolución. Sencillamente hace patente la evidencia afirmada por Alexander Berkman con respecto a la necesidad imperativa de una preparación constructiva si la revolución social no va a repetir los errores del pasado.

¡Cómo se hubiera enorgullecido mi viejo amigo y camarada con la Revolución Española, con la determinación heroica del pueblo de luchar hasta el último hombre contra el fascismo!

Sobre todo, ¡qué compensación hubiera sido para él ver al pueblo español que daba señales de un sentimiento y una comprensión profundos del *Comunismo Libertario*! ¡Cómo hubiera sido esto de rejuvenecedor para nuestro camarada y le hubiera dado nuevas fuerzas, nueva esperanza! ¡Si hubiera vivido tan sólo un poco más! Pero los muchos años en el exilio, las increíbles humillaciones a las que estuvo sometido, teniendo que suplicar el derecho a respirar a unos oficiales horribles, la lucha enervante y agotadora por la existencia, y su grave enfermedad se combinaron para hacerle la vida intolerable. Alexander Berkman odiaba la dependencia, odiaba convertirse en una carga para los que amaba, y de este modo hizo lo que siempre había dicho que haría: acortó su fin mediante su propia mano.

Alexander Berkman se entregó a su ideal y le sirvió resueltamente, excluyendo cualquier consideración de sí mismo. Si hubiera anticipado remotamente la llegada de la Revolución Española, habría hecho un esfuerzo para continuar viviendo a pesar de su psiquis quebrantada y de otras muchas dificultades.

La posibilidad de servir a nuestros camaradas españoles en su lucha valiente habría fortalecido su arraigo a la vida, pero el cielo político de Europa en junio de 1936 estaba tan nublado que no mostraba rayo alguno de esperanza revolucionaria y por ello la vida no tenía incentivo alguno para él.

Alexander Berkman yace sepultado en una tumba sencilla en Niza. Pero su ideal había renacido en España el 19 de julio de 1936.

Londres, julio de 1937

Prólogo

Considero al anarquismo como la más racional y práctica concepción de la vida social en libertad y armonía. Estoy convencido de la ineludibilidad de su realización en el curso del desarrollo humano.

La coyuntura de esa realización dependerá de dos factores: primero, de la rapidez con que las condiciones de existencia se tornen física y espiritualmente intolerables para considerables masas del género humano, particularmente para las clases trabajadoras; y segundo, del grado en que las concepciones anarquistas sean comprendidas y aceptadas.

Nuestras actuales instituciones sociales están fundamentadas sobre ciertas ideas; en la misma medida en que estas últimas son generalmente creídas, las instituciones edificadas sobre ellas están a salvo. El gobierno permanece fuerte porque el pueblo cree necesaria la autoridad política y la violencia legal. El capitalismo continuará mientras tal sistema económico sea considerado adecuado y justo. La inconsistencia de las ideas que sostienen las perversas y opresivas condiciones del presente significa la final demolición del gobierno y el capitalismo. El progreso consiste en abolir todo aquello que el hombre ha superado, sustituyéndolo por un medio realmente más agradable.

Ha de ser evidente, hasta para el observador casual, que la sociedad está experimentando un cambio radical en sus concepciones fundamentales. La Guerra Mundial[1] y la Revolución Rusa son las principales causas de ello. La guerra ha desenmascarado el viciado carácter de la competencia capitalista y la homicida incompetencia de los gobiernos para resolver las contiendas entre naciones, o más bien, entre la taifa financiera.

Por haber perdido los pueblos la fe en los viejos métodos, es por lo que los Grandes Poderes están ahora forzados a discutir la limitación de armamentos y hasta a declarar la guerra fuera de la ley. No hace mucho, la misma sugestión de una tal posibilidad se enfrentó con el máximo desdén y ridículo.

Análogamente se derrumba el crédito de otras instituciones establecidas. El capitalismo todavía "obra", pero la duda acerca

[1] Primera Guerra Mundial.

de su conveniencia y justicia está ya mordiendo el corazón en cada vez más amplios círculos sociales. La Revolución Rusa ha esparcido ideas y sentimientos que están minando la sociedad capitalista, particularmente sus bases económicas, y la santidad de la idea de propiedad privada de los medios de existencia social. Porque no sólo en Rusia se abrió sitio al cambio del octubre rojo, sino que ha influido sobre a las masas de todo el mundo. La fomentada superstición de que lo que existe es permanente ha sido suprimida, más allá de los programas de reconstrucción del sistema.

La guerra, la Revolución Rusa y las evoluciones de la posguerra han contribuido, también, a desilusionar del socialismo a vastas multitudes. Es literalmente verdad que, como el cristianismo, el socialismo ha conquistado al mundo frustrándose a sí mismo. Los partidos socialistas, ahora, impulsan o sirven para impulsar a la mayoría de los gobiernos europeos, pero los pueblos ya no creen que ellos sean diferentes de los otros regímenes burgueses: sienten que el socialismo ha fallado y que está en bancarrota.

En parecida forma han probado los bolcheviques que el dogma marxista y los principios leninistas sólo pueden conducir a la dictadura y a la reacción. Para los anarquistas no hay nada de sorprendente en todo esto.

Han clamado siempre que el Estado es destructor de la libertad y la armonía social, y que solamente la abolición de la autoridad coercitiva y la desigualdad material pueden solventar nuestros problemas políticos, económicos y nacionales. Pero sus argumentos, aunque fundamentados sobre un siglo largo de experiencia humana, parecieron a la presente generación nueva teoría, hasta que los acontecimientos de las dos últimas décadas han demostrado en la vida actual la verdad de la posición anarquista.

El derrumbe del socialismo y del bolchevismo ha dejado limpio el camino para el anarquismo.

Hay una literatura considerable sobre el anarquismo, pero la mayoría de sus grandes obras fueron escritas antes de la Guerra Mundial. La experiencia de un pasado reciente ha sido vital y ha hecho necesarias ciertas revisiones en la actitud y argumentación anarquistas. Aunque los propósitos básicos permanecen los mismos, algunas modificaciones de aplicación práctica son dictadas por los hechos de la historia en curso. Las lecciones de la Revolución Rusa, en particular, claman por un nuevo acercamiento a varios problemas importantes , el primero de ellos el carácter y actividades de la revolución social.

Además de esto, los libros anarquistas, con pocas excepciones, no son accesibles a la comprensión del lector medio.

Es defecto común a la mayoría de las obras que tratan de cuestiones sociales el que estén escritas bajo la presunción de que, para el lector, es ya familiar una parte considerable del asunto, y en este caso no se encuentran todos los lectores. Como resultado de esto, hay muy pocos libros que tracen el problema social de forma simple e inteligente.

Por las antedichas razones yo considero en extremo necesaria ahora una reexposición de la posición anarquista — una reexposición en un lenguaje claro y llano que pueda ser comprendido por cualquiera, esto es: un ABC del Anarquismo.

Con la atención puesta en este propósito, han sido escritas las siguientes páginas.

Alexander Berkman. París, 1928

Introducción

Necesito hablarte del Anarquismo.

Necesito decirte lo que es el Anarquismo porque creo que es bueno que tú lo conozcas. También porque muy poco de él es sabido, y lo que de él se conoce es generalmente de oídas y en gran parte falso.

Yo necesito hablarte de él, porque creo que el Anarquismos es la cosa más grande y más sobresaliente que el hombre haya pensado; la única que puede darte libertad y bienestar y traer al mundo la paz y la alegría.

Y quiero hablarte de ello en un lenguaje tan simple y llano que no haya en él nada incomprensible. Grandes palabras y altisonantes frases son cosas que sólo sirven para traer confusión.

La rectitud de pensamiento significa llaneza en la expresión.

Pero, antes de contarte lo que es el anarquismo, quiero decirte lo que el anarquismo no es.

Es necesario esto porque se ha esparcido mucha falsedad sobre el anarquismo. Hasta personas inteligentes poseen, a menudo, acerca del tema, un concepto equivocado. Algunas gentes hablan de anarquismo sin saber de ello una sola palabra.

Y algunas mienten sobre el anarquismo, porque no quieren que tú conozcas su verdad.

El anarquismo tiene muchos enemigos y éstos no quieren contarte lo verdadero de él, su realidad. Por qué el anarquismo tiene enemigos y quiénes son éstos lo verás después, en el curso de esta exposición, pero desde ahora puedo decirte que ni tu líder político, ni tu patrono, ni el policía te hablarán honradamente del anarquismo. Muchos de ellos nada saben de él, y todos ellos lo odian. Sus periódicos y publicaciones –la prensa capitalista– están también contra él.

Aun cuando la mayoría de los socialistas y bolcheviques desnaturalicen la esencia anarquista, la verdad es que la mayoría de ellos no conocen nada mejor. Pues aquéllos que nada mejor conocen, también mienten, a menudo, sobre el anarquismo y hablan de él como “desorden y caos”. Por ti mismo puedes ver la poca honradez con que se manifiestan los grandes maestros del socialismo –Karl Marx y Friedrich Engels– que han enseñado que el anarquismo vendría tras el socialismo. Dicen que

primero debemos tener socialismo, pero que después de éste vendrá el Anarquismo, y que ello significaría unas condiciones sociales más generosas y bellas que en el socialismo. Y a pesar de esto, los socialistas, que juran y perjuran por Marx y Engels, insisten en llamar al anarquismo "caos y desorden", lo que te muestra lo ignorantes o desleales que son.

Los bolcheviques hacen lo mismo, aunque su maestro más destacado, Lenin, había dicho que el anarquismo seguiría al bolchevismo y que entonces se viviría mejor y más libremente.

Por consiguiente yo debo, ante todo, decirte lo que no es el anarquismo.

No es bombas, desorden o caos.

No es latrocinio, ni asesinato.

No es una guerra de uno contra todos.

No es el retorno a la barbarie o al estado salvaje del hombre.

El anarquismo es precisamente lo opuesto a todo esto.

anarquismo quiere decir que tú has de ser libre; que nadie podrá esclavizarte, mandarte, robarte o imponerse sobre ti.

Significa que tú serás libre de hacer lo que quieras; y que no estarás forzado a hacer lo que no quieras.

Significa que tendrás la oportunidad de escoger la clase de vida que desees vivir, y vivirla sin interferencia de nadie.

Significa que tu prójimo tendrá las mismas prerrogativas que tú y que cada uno poseerá iguales derechos y libertades.

Significa que todos los hombres son hermanos, y que vivirán como hermanos, en paz y armonía.

Es decir, que no habrá guerra, ninguna violencia dirigida de un rebaño de hombres contra otro, ningún monopolio y ningún poderío, ninguna opresión, ninguna ventaja para tu semejante.

Abreviando, anarquismo quiere decir una condición o sociedad en que todos los hombres y mujeres son libres, y en donde todos gozan por igual de los beneficios de una vida ordenada y sensata.

"¿Puede ser esto?", preguntas tú; y ¿cómo? "No será antes de que todos nosotros nos convirtamos en ángeles", anota tu amigo.

Bien, vamos a hablar sobre esta objeción. Puede ser que yo logre mostrarte que podemos ser decentes y vivir como gente honrada aunque no nos crezcan alas.

Capítulo I
¿Qué es lo que quieres de la vida?

¿Qué es lo que cada hombre desea más en la vida? ¿Qué es lo que tú quieres más?

Después de todo, nosotros somos lo mismo bajo nuestra piel.

Quienquiera que seas, hombre o mujer, rico o pobre, aristócrata o vagabundo, blanco, amarillo, cobrizo o negro; de cualquier tierra, nacionalidad o religión, eres como nosotros. Todos nosotros somos semejantes en sentir frío y hambre, amor y odio; todos nosotros tememos la desgracia y la enfermedad, y tratamos de resguardarnos del dolor y de la muerte.

Lo que tú quieres de la vida y lo que más temes, también eso, por lo general es lo mismo que tu vecino.

Hombres eruditos han escrito grandes libros, algunos sobre sociología, psicología y algunas otras "logías", para contarte lo que necesita el hombre, pero ni tan sólo dos de ellos se han podido poner de acuerdo. Y pienso que, aun sin ellos, tú sabes muy bien lo que quieres.

Han estudiado, escrito y especulado tanto acerca de esta, para ellos, dificultosa cuestión, que tú, el individuo, te has encontrado enteramente perdido en sus filosofías; y ellos han llegado, por último, a la conclusión de que tú, amigo mío, al fin y al cabo, no cuentas para nada. Lo que importa, dicen, no eres tú, sino "el total", todas las personas juntas. A este "total" le llaman "sociedad", riqueza común (*commonwealth*), o "el Estado", y estos corrosivos eruditos han decidido, actualmente, que es indiferente que tú, el individuo, seas un miserable durante toda tu vida, mientras que la "sociedad" esté perfectamente. De cualquier modo, se olvidan de explicar cómo puede estar perfectamente la "sociedad" o "el total" si los miembros singulares de ella son desgraciados.

Así, continúan hilando sus filosóficas tramas y produciendo gruesos volúmenes para descubrir dónde encajas tú, realmente, en el esquema de cosas llamado vida, y qué es lo que en realidad pretendes. Pero ¿sabes muy bien lo que quieres y también tu vecino?

Tú quieres estar bien y sano; quieres ser libre, no servir a ningún amo, no humillarte ni arrastrarte ante ningún hombre;

tú quieres tener bienestar para ti, tu familia y para tus allegados más queridos. Y no, al contrario, estar atormentado y angustiado por el miedo al mañana.

Puedes, seguramente, percibir cómo cualquiera desea lo mismo. Así, la totalidad del asunto parece situarse en estos términos:

Tú quieres salud, libertad y bienestar.

Cada uno es como tú a este respecto.

Por lo tanto, todos buscamos lo mismo en la vida.

Entonces, ¿por qué no pretendemos esto juntos, aunando esfuerzos, ayudándonos mutuamente?

¿Por qué habríamos de estafarnos, robarnos, asesinarnos y matarnos los unos a los otros, si todos nosotros pretendemos lo mismo? Para las cosas que deseas, ¿no posees los mismos títulos que tu semejante más cercano?

¿O es que no podemos asegurar nuestra salud, libertad y bienestar de otra manera que combatiéndonos y sacrificándonos los unos a los otros?

¿O porque no hay otro camino?

Vamos a verlo.

¿Es que no se puede sostener la argumentación de que si todos nosotros queremos las mismas cosas en la vida, si nuestras miras son las mismas, entonces, nuestros intereses deben, también, ser los mismos? En tal caso, deberíamos vivir como hermanos, en paz y amistad; seríamos buenos con los otros y auxiliaríamos a cada uno en la medida de nuestras posibilidades.

Pero tú sabes que esto no ocurre así en la vida. Tú sabes que el mundo rebosa de luchas y guerras, miserias, injusticias y errores; crimen, pobreza y opresión.

¿Por qué ocurre entonces esto?

Esto sucede así, porque, aunque todos nosotros tengamos en la vida el mismo objetivo, nuestros intereses son diferentes, y esto es lo que perturba el mundo.

Ahora piénsalo por ti mismo.

Suponte que quisieras comprar un par de zapatos o un sombrero.

Entras en un comercio y tratas de comprar lo que necesitas lo más razonablemente barato que puedes. Éste es tu interés. Pero el interés del comerciante es vendértelo tan caro como pueda, porque entonces su beneficio será mayor. Esto se debe

a que todo lo que vivimos en la vida se basa en obtener una ganancia, de una manera u otra. Vivimos en un sistema con fines lucrativos.

Ahora, está claro que si nosotros tenemos que forzar nuestras ganancias desposeyendo a cada cual de las suyas, entonces nuestros intereses no pueden ser los mismos: tienen que ser diferentes y, a menudo, opuestos a los de cada uno de los demás.

En cada país encontrarás gentes que viven de despojar a los demás. Aquéllos que consiguen el máximo beneficio son ricos; los que no pueden aprovecharse, son pobres. Las únicas gentes que no pueden crearse ningún beneficio son los trabajadores. Por consiguiente, puedes comprender que los intereses de los trabajadores no pueden ser los mismos que los de otras personas. Esto es por lo que en cada país encontrarás varias clases de personas con intereses enteramente distintos. Por donde sea, distinguirás:

1) Una clase, comparativamente pequeña, de personas que obtienen grandes beneficios y que son muy ricos, como los banqueros, grandes fabricantes y terratenientes.

2) Una clase de personas, poco más o menos acomodadas, integrada por hombres de negocios y sus gentes, funcionarios, especuladores y profesionales, tales como los doctores, abogados, inventores y demás. Ésta es la clase media o la burguesía.

3) Un gran número de trabajadores empleados en industrias diversas, en talleres y en minas, en fábricas y comercios, en los transportes y en el cultivo del campo. Ésta es la clase trabajadora, también llamada proletariado.

La burguesía y los capitalistas pertenecen, en realidad, a la misma clase capitalista, puesto que se mueven en torno de intereses comunes y, por consiguiente, las gentes que integran la burguesía forman al lado de la clase capitalista contra la clase trabajadora.

Hallarás siempre que las clases laboriosas son, en cada país, las más pobres. Puede ser que tú mismo pertenezcas a los trabajadores, al proletariado. Si es así, sabes que tu salario nunca te hará rico.

¿Por qué forman los trabajadores la clase más pobre? Es seguro que trabajan más y más duramente que las otras clases.

¿Es porque los trabajadores no son importantes en la vida de la sociedad? ¿Puede ser que podamos vivir sin ellos?

Veamos. ¿Qué necesitamos para vivir? Necesitamos alimento, vestidos y cobijo; escuelas para nuestros niños; coches, trenes para viajar y un millar de cosas más.

¿Puedes mirar a tu alrededor y señalar una sola cosa que se fabrique sin trabajo? Porque los zapatos que llevas puesto y las calles por donde caminas son resultado del trabajo. Sin trabajo no habría nada sino tierra desnuda, y la vida humana sería enteramente imposible.

Eso significa que el trabajo ha creado todo lo que poseemos, toda la riqueza del mundo. Todo ello es el producto del trabajo aplicado a la tierra y a sus recursos naturales.

Pero si toda la riqueza es producto del trabajo, entonces, ¿por qué no pertenece ésta al trabajador? ¿Esto es, a todos aquellos que han trabajado con sus cabezas o con sus manos para crear riqueza, a los trabajadores manuales y a los trabajadores intelectuales?

Todo el mundo arguye que toda persona tiene derecho a poseer la cosa que ha hecho por sí misma.

Pero ninguna persona puede hacer nada por sí sola, enteramente por sí misma. Son precisos muchos hombres, de diferentes oficios y profesiones, para crear algo. El carpintero, por ejemplo, no puede hacer por sí mismo una simple silla o un banco, a menos que talase un árbol y preparase él mismo los listones.

Necesita una sierra y un martillo, clavos y herramientas, que no puede hacer por sí solo. Y, aunque pudiese hacerlas, tendría primero que encontrar los materiales en bruto necesarios –acero y hierro– que tendrían que proveerle otros hombres.

Tomemos otro ejemplo, un ingeniero civil. Nada podría hacer sin papel, lápiz e instrumental de precisión y medida.

Todas estas cosas son otras personas las que tienen que hacerlas para él. Sin mencionar que primero tuvo que aprender su profesión e invertir muchos años estudiando, mientras que otros le permitían vivir en ese tiempo. Esto puede aplicarse a todo ser humano del mundo hoy en día.

Puedes ver, entonces, que ninguna persona puede sólo por sus propios esfuerzos proveerse de las cosas que necesita para subsistir. En los primeros tiempos, el hombre primitivo, que vivía en el agujero de una cueva, pudo forjar un hacha de piedra tallada, o hacerse un arco y flechas, y sobrevivir con eso. Pero aquellos días pasaron. Hoy ningún hombre puede vivir por su propio esfuerzo: tiene que ser ayudado por la labor de otros.

Por consiguiente, todo lo que poseemos, toda la riqueza, es obra de muchas personas; más aún, de muchas generaciones.

Es decir, todo el trabajo y los productos del trabajo son sociales, hechos por la sociedad como un todo.

Pero si toda la riqueza que poseemos es social, esto trae aparejado el razonamiento de que esta riqueza debería pertenecer a la sociedad, al pueblo como un todo. ¿Qué es lo que sucede para que la riqueza del mundo sea propiedad de algunos individuos y no del pueblo? ¿Por qué no pertenece a aquellos que han trabajado arduamente para crearla, a las masas que trabajan con sus manos o sus cerebros, en resumen, a la clase trabajadora?

Sabes bien que es la clase capitalista la que se apropia de la mayor parte de la riqueza del mundo. ¿No debemos nosotros llegar a la conclusión de que las gentes trabajadoras han perdido la riqueza por ellas creada, o que, de una u otra forma, les ha sido arrebatada?

No la perdieron porque nunca les perteneció. Entonces debe ser que les fue arrebatada.

Esto comienza a ponerse serio. Porque si dices que la riqueza ha sido arrebatada a las personas que la crearon, esto significa, entonces, que les ha sido hurtada, que han sido robados, porque con toda seguridad nadie ha consentido nunca de buena gana que le arrebaten su riqueza.

Esto es una acusación terrible, pero es verdad. La riqueza que los trabajadores han creado, como clase, les ha sido de hecho hurtada. Y están siendo robados de la misma manera todos los días de su vida, incluso en este mismo momento.

Es por ello que uno de los más grandes pensadores, el filósofo francés Proudhon, dice que las posesiones de los ricos son propiedad robada.

Puedes comprender fácilmente la importancia de que cada hombre honrado conozca esto; y puedes estar seguro de que si los trabajadores lo supieran, no lo apoyarían.

Veamos entonces cómo son despojados los trabajadores y por quién.

Capítulo II

El sistema de salarios

¿No se te ha ocurrido alguna vez plantearte la siguiente pregunta: por qué has nacido de tus padres y no de otros cualquiera?

Comprendes, por supuesto, lo que pretendo sugerir. Lo que quiero decir es que no se pidió tu consentimiento. Simplemente naciste y no tuviste la oportunidad para elegir el lugar de tu nacimiento o para escoger a tus padres. Fue una casualidad.

Y así, sucedió que no naciste rico. Puede ser que tu gente sea de clase media, pero es más probable, no obstante, que pertenezca a la clase trabajadora, y así, tú eres uno más entre los millones de unos –las masas– que tienen que trabajar para vivir. El hombre que posee dinero puede colocarlo en algún negocio o industria. Invierte éste y vive del beneficio.

Pero tú no tienes ningún dinero. Tú solamente posees tu habilidad para el trabajo, tu fuerza de trabajo.

Hubo un tiempo en el que cada trabajador trabajó para sí mismo. No existían fábricas, ni grandes industrias. El trabajador tenía sus propias herramientas y su pequeño taller en propiedad, y hasta compraba él mismo los materiales en bruto que necesitaba. Trabajaba para sí mismo, y fue llamado artesano o menestral.

Luego, llegaron las fábricas y los grandes talleres. Poco a poco, desplazaron al trabajador independiente, al artesano, porque éste no podía hacer las cosas tan baratas como la fábrica, no podía competir con el gran fabricante. Así es cómo el artesano tuvo que abandonar su pequeño taller e ir a trabajar a la fábrica.

En las fábricas y grandes instalaciones las cosas son producidas a gran escala. Este sistema de producción es llamado industrialismo. Ha hecho muy ricos a los patrones y fabricantes, y así los señores de la industria y del comercio han acumulado mucho dinero, mucho capital. En consecuencia con esto, el sistema es llamado capitalista. Todos nosotros vivimos, hoy, en el sistema capitalista.

En el sistema capitalista el obrero no puede trabajar por sí mismo, como en días pretéritos. No puede competir con los grandes fabricantes. Por eso, si tú eres un obrero, tienes forzosamente que buscar un patrón. Tú trabajas para él; esto es, le das

tu trabajo durante un número de horas al día o a la semana, y a cambio te paga tu salario.

En el sistema capitalista, la totalidad de la clase obrera vende su fuerza de trabajo a la clase patronal. Los trabajadores construyen fábricas, hacen maquinarias y herramientas, y producen géneros. Los patrones se reservan las fábricas, la maquinaria, las herramientas y mercancías para sí mismos, así como sus beneficios. Los obreros sólo obtienen jornales. A esta ordenación se le llama sistema salarial o sistema de salarios.

Algunos eruditos han calculado que el obrero recibe, en concepto de sueldo, solamente alrededor de una décima parte de lo que produce.

Las otras nueve décimas partes son repartidas entre los terratenientes, los fabricantes, las compañías ferroviarias, los comerciantes al por mayor, los especuladores y otros intermediarios.

Todo esto quiere decir que: aunque los trabajadores, como clase, han construido las fábricas, un trozo de su trabajo diario les es arrebatado por el privilegio de usar esas fábricas. Ésa es la ganancia del terrateniente.

Aunque los trabajadores han hecho las herramientas y la maquinaria, otro trozo de su trabajo diario les es arrebatado por el privilegio de usar esas herramientas y maquinaria. Ésa es la ganancia del industrial.

Aunque los trabajadores construyen los ferrocarriles y los hacen funcionar, otra parte de su trabajo diario les es arrebatado para el transporte de las mercancías que hacen. Ésta es la ganancia de los ferrocarriles.

Y así sucesivamente, incluyendo al banquero que presta al industrial el dinero de otras personas, el gran comerciante, el corredor o viajante, el especulador y otros intermediarios, todos los cuales obtienen su tajada del trabajo del obrero.

El excedente sobrante –un décimo del valor real de la labor del obrero– es su parte, su sueldo.

¿Puedes ahora, conjeturar por qué el inteligente Proudhon dijo que las propiedades del rico son propiedades robadas? Hurtadas al productor, al obrero.

¿No parece extraño que algo así se permita? La verdad es que es muy extraño. Y lo más extraño de todo es que todo el mundo lo ve así y nadie hace nada por evitarlo.

Peor aún, los mismos trabajadores nada hacen contra esto. Porque la mayoría de ellos piensan que todo va bien, y que el sistema capitalista es bueno.

Por supuesto, los capitalistas están muy contentos con el sistema. ¿Por qué no iban a estarlo? Mediante él se hacen ricos. No puedes esperar que digan que no es bueno.

Las clases medias son las ayudantes de los capitalistas y viven también del trabajo de la clase trabajadora, por eso, ¿por qué iban a poner reparos? Por supuesto, aquí y allí encontrarás algún hombre o mujer de la clase media que se alza y dice la verdad sobre todo el asunto. Pero rápidamente esas personas son silenciadas y se las desacredita como "enemigos del pueblo", como locos alborotadores y como anarquistas.

Pero tú pensarás que los trabajadores serían los primeros en poner reparos al sistema capitalista, pues son ellos los que son despojados y los que más sufren a causa de él. Sí, así debería ser. Pero no ocurre de ese modo, lo cual es muy triste.

Los trabajadores saben que el zapato les aprieta en alguna parte. Saben que se fatigan duramente toda la vida y que obtienen lo indispensable para vivir, y a veces ni siquiera eso.

Ven que sus empresarios pueden ir montados en estupendos automóviles y viven en el mayor lujo, con sus mujeres cubiertas de vestidos caros y de diamantes, mientras que la mujer del trabajador apenas puede permitirse un nuevo vestido de algodón. De este modo los trabajadores tratan de mejorar su condición intentando conseguir mejores salarios. Es lo mismo que si yo me despertara por la noche en mi casa y encontrara que un ladrón había tomado todas mis cosas y estaba a punto de escaparse con ellas. Supón que, en lugar de detenerlo, le dijera: "Por favor, señor ladrón, déjeme al menos algo de ropa, para que pueda tener algo que ponerme", y luego le diera las gracias porque me devuelve una décima parte de las cosas que me ha robado.

Pero me estoy adelantando en mi exposición. Volveremos al trabajador y veremos cómo intenta mejorar su condición y qué poco lo consigue. Por el momento quiero decirte por qué el trabajador no toma al ladrón por el cuello y lo echa a patadas; es decir, por qué le suplica al capitalista un poco más de pan o de salario en vez de arrancarlo de su espalda de una vez.

Porque al trabajador, como al resto del mundo, se le ha hecho creer que todo está en orden y que debe permanecer tal como es, y que si algunas pocas cosas no son precisamente como deberían ser, es porque "la gente es mala" y de alguna manera todo se pondrá en orden por sí mismo al final.

Considera si no es verdad esto en tu caso. En casa, cuando eras un niño y preguntabas tantas cosas, te decían que "así tiene que ser", que "debe ser de ese modo", que "Dios lo hizo así" y que todo estaba en orden.

Y tú creías a tu padre y a tu madre, lo mismo que ellos habían creído a sus padres y madres, y ésa es la razón por la que ahora piensas exactamente como lo hicieron tus abuelos.

Después, en la escuela, te dijeron las mismas cosas. Te enseñaron que Dios ha hecho el mundo y que todo está bien, que tiene que haber ricos y pobres, y que debes respetar al rico y debes estar contento con tu suerte. Te dijeron que tu país defendía la justicia y que tú debes obedecer la ley. El maestro, el sacerdote y el predicador, todos te inculcaron que tu vida estaba ordenada por Dios y que "se hará su voluntad". Y cuando veías que arrastraban a un pobre hombre a la cárcel, te decían que era malo porque había robado algo, y que eso era un gran crimen.

Pero ni en casa, ni en la escuela, ni en ninguna parte te dijeron que es un crimen que el rico robe el producto del trabajo del pobre, o que los capitalistas son ricos porque se han apoderado de la riqueza que ha creado el trabajo.

No, nunca te dijeron eso, ni lo oyó cualquier otro en la escuela o en la iglesia. ¿Cómo puedes esperar entonces que lo sepan los trabajadores?

Al contrario, tu mente –cuando eras niño y también después– ha sido atiborrada tan plenamente de ideas falsas que, cuando oyes la escueta verdad, te admiras de que sea realmente posible.

Tal vez puedes ver ahora por qué los trabajadores no entienden que la riqueza que han creado se la han robado y se la siguen robando cada día.

"Pero la ley", preguntas, "el gobierno, ¿acaso permiten ellos un robo así? ¿No está prohibido por la ley el robo?"

Capítulo III
Ley y gobierno

Sí, tienes razón: la ley prohíbe el robo. Si yo te robase algo, podrías llamar a un policía y hacer que me arrestase. La ley penaría este delito de hurto y el gobierno te restituiría en propiedad lo hurtado, si fuese aun posible, porque la ley prohíbe el robo. La ley dice que nadie ha de tomarte nada sin tu consentimiento expreso, pero tu patrón se queda lo que tú produces.

El total de la riqueza producida por el trabajo es retenida por los capitalistas y reservada para ellos como su propiedad.

La ley dice que tu patrón nada hurta, nada te roba, porque todo eso lo hace con tu consentimiento. Tú has acordado realizar un trabajo por cierta paga y él se queda con todo lo que tú produces. Como tú estuviste de acuerdo, la ley dice que nada te es hurtado.

Pero ¿consentiste tú, realmente?

Cuando el salteador de caminos sostiene su carabina a la altura de tu cabeza, le entregas todo lo que de algún valor llevas encima. Tú consientes, pero lo haces porque estás forzado, obligado por el cañón de su carabina.

¿No estás forzado a trabajar para un patrón? Tus necesidades te fuerzan, justamente, lo mismo que el rifle del salteador de caminos. Tienes que vivir, así como tienen que hacerlo tu compañera y tus hijos. No puedes trabajar por ti mismo; en el sistema capitalista es preciso que trabajes para un patrón. Las fábricas, maquinarias y herramientas pertenecen a la clase patronal y por eso, no tienes más remedio que alquilarte a esta clase en razón de tu necesidad de trabajo y vida. Cualquiera que sea tu trabajo, sea quien sea tu patrón, siempre se desemboca en lo mismo: debes trabajar para él. No puedes impedirlo. Estás obligado.

De este modo, la clase trabajadora está forzada a trabajar en beneficio de la clase capitalista. De tal forma los trabajadores son forzados a entregar la riqueza que producen. Los patrones guardan esta riqueza como beneficio propio, mientras que el trabajador obtiene un sueldo, suficiente tan sólo para sobrevivir, y así poder continuar produciendo para su patrón.

¿No es esto una estafa y un robo?

La ley especifica que esto es "libre acuerdo".

Lo mismo podría decir el salteador de caminos, alegando que tú "aceptas" entregarle todo lo que posees. La única diferencia es que el procedimiento del salteador de caminos es llamado hurto y atraco, y que está prohibido por la ley. Mientras que al procedimiento del capitalista se le llama negocio, industria y búsqueda de beneficios, siendo protegido por la ley.

Pero, sea esto hecho con el procedimiento del salteador o con el del capitalista, tú sabes que te están robando.

Todo el sistema capitalista se basa en este tipo de robo.

Todas las leyes y todos los gobiernos apoyan y justifican este atraco.

Esto es lo que llaman capitalismo, y las leyes y los gobiernos existen sólo para proteger este orden de cosas.

¿Te maravilla el que, capitalista y patrón, y todo aquel que se beneficia del orden establecido apoyen con todas sus fuerzas la "ley y el orden"? ¿Pero dónde encajas tú? ¿En qué te beneficia este "orden" y esta "ley"? ¿No ves que este "orden legal" es sólo para robarte, engañarte y hacer de ti un esclavo?

"¿Esclavo yo?", te asombras. "¡Pues si soy un ciudadano libre!"

¿Realmente eres libre? ¿Libre para qué? ¿Para vivir como te plazca? ¿Para hacer lo que gustes?

Veamos. ¿Cómo vives? ¿Qué te cuesta esa libertad?

Tú dependes de tu patrón en cuanto a tus jornales o salario, ¿no es así? Y tus jornales determinan tu tren de vida, ¿verdad? Tus condiciones de vida, hasta lo que comes y bebes –vayas donde vayas y te asocies con quien sea–, todo ello, depende de tu sueldo.

No, tú no eres un hombre libre. Eres directamente dependiente de tu patrón y de tus jornales. Tú eres, en realidad, un esclavo del jornal.

Toda la clase trabajadora, bajo el sistema capitalista, está subordinada a la clase capitalista. Los trabajadores son esclavos del salario. Luego, ¿qué haces de tu libertad? ¿Qué puedes hacer con ella? ¿Puedes hacer, merced a ella, más de lo que tu sueldo te permita? ¿No puedes percatarte de que tu jornal –tu salario o ingresos– es toda la libertad que posees?

Tu independencia, tu libertad, no va un solo paso más allá del alcance de los jornales que obtengas.

La libertad y la autonomía que te dan sobre el papel, escrita en los códigos y constituciones, no te traen bien alguno. Tal libertad significa, solamente, que tienes el derecho de hacer ciertas cosas. Pero no concreta qué es lo que puedes hacer. Para poder hacerlo tienes que tener la oportunidad, la ocasión.

Tienes el derecho a ingerir tres buenas comidas al día, pero si no posees medios para ello, la oportunidad de obtener aquellas tres comidas, entonces, ¿en qué te beneficia ese derecho?

En realidad, libertad significa oportunidad para satisfacer tus necesidades y deseos. Si tu libertad no te permite esta oportunidad, entonces, no te sirve para nada bueno. La libertad real significa oportunidad y bienestar. Si no es éste su significado, no significa nada.

Ves entonces cómo toda la situación se resume en esto: el capitalismo te roba y el sueldo te esclaviza. La ley sostiene y protege este expolio.

El gobierno te engaña en tu creencia de ser independiente y libre.

En esta forma eres burlado y embaucado cada uno de los días de tu vida.

¿Pero cómo sucede esto para que no se te haya ocurrido pensar en ello con antelación? ¿Cómo es que muchas otras personas no lo ven?

Porque a ti, como a cualquier otro, te han mentido desde tu más tierna infancia.

Te han dicho que hay que ser honrado, mientras te roban durante toda tu vida.

Te han conminado a respetar la ley, mientras ésta protege al capitalista que te roba.

Te han enseñado que asesinar es perverso, mientras que el gobierno cuelga y electrocuta a las personas y las masacra en la guerra.

Te hablaron de obediencia a la ley y al gobierno, aunque éstos apoyen el robo y el asesinato.

De este modo, durante toda tu vida, te mienten, te engañan y te embaucan, de forma que les es muy fácil beneficiarse a tu costa, explotarte.

Porque no son sólo patrón y capitalista quienes de ti se benefician.

El gobierno, la Iglesia y la escuela viven de tu trabajo, y tú has de sostenerlos a todos. Es por esto por lo que todos juntos te enseñan a estar contento con tu suerte y condición.

"¿Y es realmente verdad, que los mantengo a mi costa?", preguntas extrañado.

Veamos. Ellos comen, beben y se visten, sin hablar de las voluptuosidades de que gozan. ¿Hacen ellos las cosas que utilizan y consumen, plantan, siembran, construyen edificios y realizan todo lo demás?

"Pero ellos pagan por todas esas cosas", objeta tu amigo. Ciertamente, ellos pagan. Supongamos que un sujeto te hurta cincuenta dólares y, luego, va y se compra con ellos un traje completo. ¿Es ese traje suyo por derecho propio? ¿No lo pagó? Bien, es precisamente así como pagan las cosas las gentes que nada producen ni acostumbran a trabajar. Su dinero es el beneficio que ellos, o anteriormente sus padres, exprimieron de ti, de los trabajadores.

"Entonces, ¿no es mi jefe quien me mantiene a mí, sino yo el que lo nutre?"

Desde luego. Él te da una tarea; esto es, el permiso para trabajar en su fábrica o taller, los cuales no fueron construidos por él, sino por otros trabajadores como tú. Y por este permiso tú alimentas sus necesidades durante el resto de tu vida, o sólo en el tiempo en que para él trabajes. Y el tren de vida en que lo mantienes es tan generoso que puede mantener al mismo tiempo una mansión en la ciudad y una finca en el campo y aun varios alojamientos más, y criados para que atiendan sus caprichos y los de su familia, y entretener a sus amigos, y caballos de carreras y regatas, y cientos y cientos de otras cosas. Pero no es con él sólo con quien eres generoso. Al margen de tu trabajo, con el impuesto directo o indirecto, tú mantienes al gobierno entero, local, estatal y nacional, a las escuelas e iglesias, y a todas las demás instituciones cuyas ocupaciones consisten en proteger los beneficios y mantenerte en la mayor indigencia mental. Tú, y tus camaradas, los trabajadores como un todo, los mantenéis a todos ellos. ¿Puede extrañarte que todos ellos te digan que la cosa va bien y que deberías ser bueno y permanecer tranquilo?

Redunda en beneficio de ellos el que estés resignado, porque no podrían mantenerte en el engaño y robarte si abrieses los ojos y vieses lo que te sucede.

Es por esto por lo que ellos fortalecen el sistema capitalista mediante la "ley y el orden".

Pero ¿es bueno tal sistema para ti? ¿Crees que eso es perfecto y justo? Si no es así, ¿por qué lo sufres? ¿Por qué lo aguantas?

"¿Qué puedo hacer? –me dices–; yo soy sólo uno."

¿Estás realmente solo? ¿No eres, más bien, uno más de los miles, de los millones que son explotados y esclavizados lo mismo que tú?

Seguramente que ellos no lo saben. Si lo supiesen no lo consentirían.

Esto es seguro; por lo tanto, la cuestión es hacérselo saber.

Cada obrero de tu ciudad, cada trabajador de tu país y de cada país del mundo, está explotado y esclavizado como tú lo estás.

Y no son sólo los obreros sino también los campesinos quienes son engañados y despojados de la misma manera.

Igual que el obrero industrial, el campesino depende de la clase capitalista. Trabaja durante toda su vida, pero la mayor parte de su labor pasa a manos de los *trusts* y monopolios de la tierra, a cuya posesión tienen ellos tanto derecho como la luna.

El agricultor produce los alimentos del mundo. Nos da de comer a todos. Pero antes de que pueda poner sus productos a nuestro alcance está obligado a tributar a las clases que viven del trabajo de los demás, la que obtiene los beneficios, la clase capitalista. El campesino, al igual que el obrero industrial, es expoliado de la mayor parte de su producto. Expoliado por el propietario de la tierra y por el tenedor de la hipoteca; por el trust del acero y el ferrocarril. El banquero, el comisionista, el revendedor y otra veintena de intermediarios, obtienen su beneficio del campesino, antes de que a éste le sea permitido entregarte el alimento fruto de su esfuerzo.

La ley y el gobierno permiten y secundan este robo reglamentando que la tierra, que ningún hombre creó, pertenece al terrateniente; que los ferrocarriles, que los trabajadores construyeron, pertenecen a los magnates del riel; que los almacenes, silos y comercios, erigidos por los trabajadores, pertenecen a los capitalistas; que todos esos monopolios y capitalistas tienen derecho a obtener beneficios del colono en concepto de utilización de ferrocarriles y otras instalaciones, antes de que pueda proporcionarte el alimento.

Puedes ver entonces, cómo el gran capital y el comercio roban al campesino, y cómo colabora en este robo la ley, justamente, como en el caso del obrero industrial.

Pero no son, solamente, el obrero y el colono los únicos que son explotados y forzados a entregar la mayor parte de su trabajo al capitalista, a aquellos que monopolizaron la tierra, los ferrocarriles, las fábricas, la maquinaria y todos los recursos naturales. Todo el país, el mundo entero es compelido a pagar su tributo a los reyes de la industria y la finanza.

El pequeño hombre de negocios depende del mayorista; éste del fabricante; el fabricante de los magnates de la industria; y todos ellos de los amos del dinero y del crédito bancario.

Los grandes banqueros y financieros pueden inutilizar a un hombre para los negocios sólo con retirarle el crédito. Y eso hacen siempre que necesitan excluir a alguien de los negocios.

El comerciante está, enteramente, a merced de ellos. Y si no les hace el juego que quieren, que convenga a sus intereses, entonces, les basta con ponerlo, sencillamente, fuera de la partida.

De esta suerte está esclavizada toda la humanidad y supeditada a un puñado de hombres que tienen el monopolio de casi la totalidad de la riqueza mundial, pero que por sí mismos nunca crearon nada.

"Pero estos hombres trabajan intensamente", dices tú. Bien, muchos de ellos no trabajan de ninguna manera. Algunos de entre ellos son simplemente holgazanes, cuyo negocio es dirigido por otros. Algunos de ellos trabajan. ¿Pero qué clase de trabajo hacen? ¿Producen algo como el obrero y el campesino? No, no producen nada, y aunque nada produzcan pueden trabajar.

Ellos trabajan esquilmando a las gentes para beneficiarse de ellas.

¿Te beneficia a ti su trabajo? El salteador de caminos también trabaja duramente y afronta graves riesgos. Su trabajo, como el del capitalista, proporciona faena a abogados, carceleros, y demás jauría de criados, a todos los cuales tu trabajo sustenta.

Y parece de veras ridículo que todo el mundo deba de estar esclavizado para beneficio de un puñado de monopolistas y que todos tengan que depender de ellos para sus derechos y para sus oportunidades en la vida. Pero la realidad es precisamente ésa.

Y todavía es más ridículo que los obreros y campesinos, los únicos que crearon toda la riqueza, deban de ser los más dependientes y los más pobres de todas las otras clases de la sociedad.

Es realmente monstruoso, y es muy triste. Seguramente, tu sentido común te dirá que una situación así está muy cerca de la locura. Si las grandes masas del pueblo, los millones de personas esparcidas por el mundo pudiesen ver en qué modo son burlados, explotados y esclavizados, como tú lo ves ahora, ¿soportarían que esto continuase? ¡Es seguro que no!

Los capitalistas lo saben. Y es por esto por lo que precisan de un gobierno que legalice sus métodos de expolio, que proteja el sistema capitalista.

Y es por esto por lo que el gobierno necesita leyes, policía, soldados, tribunales y prisiones que protejan al capitalismo.

Pero ¿quiénes son el policía y el soldado que protegen al capitalista arremetiendo contra ti, contra el pueblo?

Si fueran capitalistas, entonces, podrían aportar la razón por la que necesitarían proteger la riqueza que habrían hurtado, y por la que tratarían de conservar un sistema que les aporta el privilegio de robar al pueblo.

Pero el policía y el soldado, los defensores de la "ley y el orden", no pertenecen a la clase capitalista. Son hombres reclutados entre las filas del pueblo, hombres pobres que por un sueldo protegen el mismo sistema que los mantiene en la pobreza.

¿No es esto increíble? Pues es verdad. Y simplemente se reduce a esto: algunos de los esclavos protegen a sus amos y los resguardan del resto del pueblo, reducido a la esclavitud. Del mismo modo, Gran Bretaña, por ejemplo, mantiene en la India una fuerza policial de nativos, de hindúes, para sojuzgar a los mismos hindúes.

O como Bélgica hace con los negros en el Congo. O como cualquier gobierno procede con el pueblo sojuzgado.

Es el mismo sistema. Y aquí tenemos lo que todo esto suma: el capitalismo roba y explota a la totalidad del pueblo; la ley legaliza y socorre este robo del capitalista; el gobierno utiliza a una parte del pueblo para ayuda y protección del capitalista, que roba a la totalidad del pueblo. El conjunto es mantenido educando al pueblo en la creencia de que el capitalismo es perfecto, la ley justa y que el gobierno debe ser obedecido.

¿Ves la trama del juego, ahora?

Capítulo IV

Cómo funciona el sistema

Pero abarca todo de una sola ojeada, y ve cómo funciona el sistema.

Considera cómo el significado de la vida, y la vida misma, se han enrevesado y trastornado. Mira en la forma en que tu propia existencia se ha tornado en miserable y envenenada por esta demencial ordenación.

¿Dónde está el objetivo de tu vida, dónde está el gozo en ella?

La tierra es rica y hermosa, los dorados resplandores del sol colman de gozo tu corazón; el genio del hombre y su trabajo han captado las fuerzas naturales y uncido el aire y el rayo al carro triunfal de la humanidad. La ciencia y la inventiva, la industria y el trabajo duro han hecho aflorar una riqueza incalculable.

Hemos tendido un puente sobre los mares sin orillas, la máquina de vapor ha aniquilado las distancias, la chispa eléctrica y el motor de gasolina desamarraron al hombre de la faz de la tierra y encadenaron, obedientes, los cielos, bajo su mando. Hemos triunfado sobre el espacio y sobre el tiempo, y los más remotos rincones del globo han devenido próximos. La voz humana circunda ahora los hemisferios, y los heraldos del hombre flechan el cielo azul llevando sus nuevas a todos los pueblos de la tierra.

Y aún gimen las gentes bajo pesados fardos, y no hay lugar para el gozo en sus corazones. La miseria colma sus vidas; hiela sus almas el deseo y la necesidad. La indigencia y el crimen se enseñorean de cada país; miles y miles son presa de la miseria y de la demencia; la guerra destruye a millones y trae a los que sobreviven la tiranía y la opresión.

¿Por qué toda esa muerte y miseria en un mundo tan rico y tan bello? ¿Por qué todo ese dolor y esa amargura sobre una tierra colmada por una naturaleza bondadosa y los rayos del sol?

"Es la voluntad de Dios" –dice la Iglesia.

"La gente es mala" –dice el legislador.

"Así debe ser" –dice el imbécil.

¿Es esto verdad? ¿Es realmente preciso que sea así?

Tú, yo y cada uno de nosotros, de todos nosotros, queremos vivir. No poseemos más que una vida y queremos vivirla lo mejor posible, simplemente eso. Queremos gozo y sol mientras vivimos.

Lo que pueda ser de nosotros cuando muramos, no lo sabemos. Nadie lo sabe. Las probabilidades son que una vez difuntos, permaneceremos difuntos. Pero sea o no sea así, lo cierto es que mientras vivimos todo nuestro ser tiene hambre de gozos y de risas, de sol y de felicidad. De esta forma nos ha hecho la naturaleza a mí, a ti, y a millones de otros que como nosotros anhelan vivir y gozar. ¿Es justo y razonable que todos nosotros hayamos de estar privados de ello y permanecer siempre esclavos de un puñado de hombres que disponen de nosotros y de nuestras vidas?

¿Puede ser esto la "voluntad de Dios", que la Iglesia te enseña?

Pero si es que hay un Dios, es preciso que sea justo. ¿Permitiría que se nos despojara y se nos estafara en nuestra vida y en nuestros goces? Si hubiese un Dios, debería ser como un padre, y todos los hombres, sus hijos. ¿Toleraría un buen padre que unos, de entre sus hijos, pasaran hambre y miseria, mientras que otros tuviesen tanto que no supiesen qué hacer con ello?

¿Consentiría que miles, y aun millones de sus hijos, fuesen asesinados y destrozados, para gloria de un rey o provecho de un capitalista? ¿Autorizaría la injusticia, el ultraje y el homicidio?

No, amigo mío, tú no puedes esperar esto de un buen padre, de un Dios justo. Si las gentes te dicen que Dios quiere tales cosas, es, justamente, porque te mienten.

Puede que digas que Dios es bueno, pero que las personas son malvadas, y es por ello por lo que las cosas van mal en el mundo. Pero si las personas son malvadas, ¿quién las hizo así?

Seguramente, tú no crees que Dios haga gentes malvadas, porque en tal caso, sería responsable directo. Entonces esto significa que si las gentes son malvadas, algo las hizo así. Muy bien puede ser esto. Vamos a verlo.

Veamos cómo son las personas, lo que son y cómo viven.

Veamos cómo vives tú.

Desde tu más tierna infancia te han taladrado con que era tu obligación tener éxito, que debías "hacer dinero". Decir dinero es decir comodidades, seguridad y poder. No interesa quién eres tú, porque se te valora por lo que "vales", atendiendo al volumen de tu cuenta corriente en un banco. Así has sido adoctrinado y así han sido todos educados. ¿Puede sorprenderte que la vida de cualquier hombre se invierta en la caza del dinero y en la lucha por su posesión, por la riqueza?

El hambre de dinero crece a medida que se lo alimenta. El hombre pobre se fuerza y lucha por una mejor vida y un poco de comodidad. El que goza de bienestar desea acrecentar sus riquezas, para que le traigan seguridad y protección contra el miedo al mañana. Y cuando llega a gran banquero le es preciso no cejar en sus esfuerzos puesto que ha de mantenerse en guardia, el ojo puesto en sus competidores, por miedo a que otro hombre cualquiera le haga perder su posición.

Y así todo el mundo es forzado a tomar parte de esta caza salvaje, y así, el hambre de poseer se convierte en el más poderoso puntal del hombre. En el escenario de la vida juega el papel de mayor importancia; todo pensamiento se ordena hacia el dinero, todas las energías se dirigen a enriquecerse, y, actualmente, la sed de riquezas se convierte en una manía, en una demencia que toma posesión de los que tienen y de los que no tienen.

De este modo la vida ha perdido su único significado verdadero de gozo y de belleza; la existencia es de hecho un danzar irracional y salvaje en torno del becerro de oro, una loca adoración del dios Mammon. En esta danza y a esta religión ha ofrendado el hombre las más hermosas cualidades de su corazón y de su espíritu: bondad y justicia, honor y virilidad, compasión y simpatía por sus semejantes.

"Cada uno para sí y al diablo lo demás". Por fuerza ha de ser ésta la máxima y objetivo de la mayoría de las gentes en tales condiciones. ¿Es sorprendente que en esta loca caza de dinero se hayan incrementado los peores rasgos del hombre: codicia, envidia, odio y otras bajas pasiones? El hombre crece corrompido y dañino; se torna interesado e injusto, recurre al engaño, al hurto, al homicidio.

Mira en torno de ti y contempla cuántas maldades y crímenes son perpetrados en la ciudad en que vives, en tu país, en el mundo en general, por el dinero, por la propiedad, por la posesión.

Mira lo lleno que está el mundo de pobreza y miseria; mira a esos miles que caen presos de la enfermedad y la demencia, de la locura y la indignación, del suicidio y del asesinato; todo por las condiciones deshumanizadas y brutales en que vivimos.

Verdad ha dicho el sabio denunciando al dinero como raíz del mal. Por doquiera que mires verás los corrosivos y degradantes efectos del dinero, de su posesión, de la manía de tenerlo

y retenerlo. Todos están rabiosos por ir a buscarlo, o lo arrebatan con engaños o se humillan, todo por acumular tanto como puedan, para poder gozarlo hoy, para asegurarse el mañana.

Pero, ¿puedes decir por ello que el hombre es malo? ¿No está forzado a tomar parte en esta cacería del dinero por las condiciones de existencia, por el desatinado sistema en que vivimos? No tienes elección. Te es preciso tomar parte en la carrera o ser arrollado por ella.

¿Es falta tuya, entonces, que la vida te fuerce a ser y actuar así? ¿Es culpa de tu hermano, tu vecino, o algún otro? ¿No es, más bien, que todos nosotros hemos nacido en esta demencial ordenación de las cosas y a ella hemos de ceñirnos?

¿Pero no es el propio sistema equivocado el que nos hace actuar así? Medita esto y verás cómo, desde luego, no eres malvado en el fondo de tu corazón, sino que, a menudo, las condiciones te compelen a hacer cosas que tú sabes están mal. Tú, más bien, querrías no hacerlas. Cuando puedes, tu impulso es ser bondadoso y ayudar a los demás. Pero si te abandonases a tales inclinaciones soslayarías tus propios intereses y pronto serías tú el que estaría necesitado de apoyo.

Es así cómo las condiciones de existencia suprimen y ahogan en nosotros los instintos de humanidad y bondad, y nos curten contra la necesidad y la miseria de nuestros semejantes.

Tú puedes ver esto en cada fase de la existencia, en todas las relaciones de los hombres, en toda nuestra vida social. Desde luego, si nuestros intereses fuesen los mismos, no habría ninguna necesidad de que uno se aprovechase de otro, puesto que lo que fuese un bien para fulano, también lo sería para mengano. Es cierto que, como seres humanos, como hijos de la humanidad, tenemos realmente idénticos intereses. Pero, como miembros de un demencial y criminal sistema de ordenación social, nuestro actual sistema capitalista, nuestros intereses no son, en modo alguno, idénticos.

De hecho, los intereses de cada una de las diferentes clases sociales son opuestos a los de las demás, son hostiles y antagónicos, como ya he apuntado en los capítulos precedentes.

Es por esto por lo que ves hombres que se aprovechan de otros, siempre que pueden beneficiarse con ello, siempre que así lo dictan sus intereses. En los negocios, en el comercio, en las relaciones entre patrón y empleado y en todas partes hallarás en funcionamiento este principio. Cada uno trata de aventajar al otro. La competición se erige en alma de la vida capitalista; comenzando por el banquero millonario, el gran fabricante y señor de la industria, por todos los peldaños de la escala social y financiera, y acabando por el último obrero de la fábrica. Continuamente están los obreros forzados a competir entre sí por mejores pagas y jornales.

De esta forma toda nuestra vida se torna en una lucha del hombre contra el hombre, de clase contra clase. En esta lucha son plausibles todos los métodos, para alcanzar un éxito, para abatir a tu competidor, para alzarte sobre él por todos los medios posibles.

Está claro que tales condiciones desarrollarán y cultivarán las más pésimas condiciones del hombre. Y es claro, también, que la ley protegerá a aquellos que poseen poder e influencia, al rico y opulento, sea cual sea la forma en que hayan obtenido sus riquezas. Al hombre pobre le corresponde, inevitablemente, la peor parte en tales circunstancias. Tratará de hacer lo mismo que hace el hombre rico, pero como no tiene la misma oportunidad de mejorar sus intereses bajo la protección de la ley, lo intentará a menudo fuera de ésta y caerá entre sus redes. Y no obstante nada hizo que no hiciera el rico –se aprovechó de cualquiera, lo estafó– pero hizo esto "ilegalmente" y tú dirás de él que es un criminal.

Contempla, por ejemplo, a este pobre muchacho, allá, en una esquina de la calle. Va andrajoso, demacrado, medio muerto de hambre. Él ve a otro muchacho, el hijo de padres opulentos, y ve cómo éste lleva linda ropa, va bien nutrido y ni siquiera se digna a jugar con el pobre muchacho.

El adolescente andrajoso se irrita contra él, se siente agraviado y odia al muchacho rico. Y donde quiera que vaya el pobre chico, él contempla lo mismo: es ignorado y desdeñado, a menudo arrojado a patadas. Siente que las gentes no lo creen tan bueno como el niño rico, con quien todos son respetuosos y atentos. El alma del pobre niño se impregna de amargura, y cuando crece, vuelve a ver la misma cosa: los ricos son admirados y respetados, al pobre se lo arroja a patadas de todas partes y se lo encierra bajo llave. Así es como el joven pobre odia su indigencia y piensa en qué

forma podría hacerse rico, obtener dinero, aprovechándose de los demás, como otros se aprovecharon de él, estafando y mintiendo, y aun, a veces, llegando hasta el crimen.

Y es entonces, cuando tú dices que él es "malvado". ¿Pero no ves quién lo hizo malvado? ¿No ves que las condiciones de toda su vida han hecho de él lo que es? ¿Y no ves que el sistema que mantiene tales condiciones es un criminal mayor que un insignificante ladrón? La ley lo pisoteará y castigará, pero ¿no es ésta la misma ley que permite que existan estas malas condiciones de vida y sostiene un sistema que crea criminales?

Piénsalo y mira si no es la ley misma y el gobierno quienes realmente crean el crimen compeliendo a las personas a vivir en condiciones que las hacen malvadas. Mira cómo gobierno y ley sostienen y protegen el mayor crimen de todos, la madre de todos los crímenes, el sistema capitalista del salario, y cómo después proceden a penar el crimen del pobre.

Considéralo: ¿hay diferencia alguna en que hagas algo malo, protegido por la ley, o en que lo hagas al margen de ésta?

Es la misma cosa y tiene los mismos efectos. Peor aún, la fechoría legal es más dañina puesto que causa mayor miseria e injusticia que la fechoría ilegal. El crimen legitimado progresa con el tiempo, pues como no es punible, deviene fácil; mientras que el crimen ilegítimo no es tan frecuente y es más reducido en intentos y en efectos.

¿Quién causa más miseria: el rico fabricante reduciendo el jornal de millares de trabajadores para aumentar sus beneficios, o el desempleado que hurta algo para no morirse de hambre?

¿Quién comete mayor daño: la esposa del magnate industrial derrochando un millar de dólares en un collar de plata para su perro faldero, o la mal pagada muchacha que en una sección del almacén del magnate no puede resistir la tentación y se apropia de algo en un descuido?

¿Quién es más criminal: el especulador que acapara el trigo y hace un millón de dólares de beneficio elevando el precio del pan del pobre, o el vagabundo sin hogar que comete algún hurto?

¿Quién es más enemigo del hombre: el insaciable barón del carbón, responsable directo del sacrificio de vidas humanas en sus mal ventiladas y peligrosas minas, o el hombre desesperado culpable de asalto y robo?

No son las fechorías y los crímenes que la ley pena las que causan mayor daño en el mundo. Son los males legales y los crímenes no penados, justificados y protegidos por la ley y el gobierno, los que colman de indigencia y miseria al globo, de disputas y conflictos, de lucha de clases, matanzas y destrucción.

Oímos mucho acerca de criminales y de crímenes, sobre atracos y robos, sobre atentados contra las personas y la propiedad.

Las columnas de la prensa diaria vienen abarrotadas con tales informaciones. Esto se considera como la "noticia" del día.

Pero, ¿oyes mucho acerca de los crímenes de la industria y de los negocios capitalistas? ¿Te dicen los periódicos algo sobre el constante robo y hurto que representa la bajada de los salarios y el alza de los precios? ¿Escriben mucho sobre la extensa miseria causada por la especulación mercantil, por la adulteración de alimentos, por las mil y una formas de extorsión, fraude y usura, sobre los que florecen los negocios y el comercio?

¿Te dicen las maldades, la pobreza, los corazones rotos y arruinados, la enfermedad y muerte prematura, la desesperación y el suicidio que siguen como procesión natural y constante tras la estela del sistema capitalista?

¿Te informan de la aflicción y de la angustia de los miles que son arrojados al desempleo, sin que nadie se interese si viven o si mueren? ¿Te hablan de los jornales de hambre con que se paga a mujeres y muchachas en nuestras industrias, bazofia que directamente impele a muchas de ellas a prostituir sus cuerpos para ganarse la vida a duras penas? ¿Te refieren cómo el capitalismo mantiene un ejército de "desempleados", presto a enrolarlo para que se coma tu pan, si tú vas a la huelga por mejor paga? ¿Te dicen que el desempleo, con todo su dolor, sufrimiento y miseria es debido al sistema capitalista? ¿Te dicen ellos que el esfuerzo y el sudor del esclavo del salario acuñan los beneficios del capitalista?

¿El cómo son ofrendados a la voracidad de los amos de la industria la salud del obrero, su cerebro y su cuerpo? ¿Te dicen cómo el trabajo y las vidas son desperdiciados en la estúpida competencia capitalista y en una producción sin plan?

Es verdad que te dan una gran cantidad de información sobre crímenes y criminales, hablándote de la "maldad" y la

"perversidad" del hombre, especialmente las clases "bajas", los trabajadores. Pero no te dicen que las condiciones capitalistas producen la mayor parte de los daños y crímenes que sufrimos, y que el capitalismo es, por sí mismo, el mayor de los crímenes; que devora más vidas en un solo día que todos los asesinos juntos. La destrucción de vidas y propiedades a cargo de los criminales de todo el mundo, desde que la vida humana comenzó, es un juego de niños cuando se compara con los diez millones de cadáveres, los veinte millones de heridos y el estrago y la miseria incalculables que ha traído un solo acontecimiento capitalista: la reciente Guerra Mundial. Este soberbio holocausto fue hijo legítimo del capitalismo, como todas las guerras de conquista y de lucro son el resultado de conflictos financieros e intereses comerciales de la burguesía internacional. Fue una guerra por el beneficio, como más tarde admitió hasta el presidente Woodrow Wilson y su clase.

Se vuelve al beneficio, como ves. A la ganancia que se acuña y amasa con la carne y la sangre de los hombres en nombre del patriotismo.

"¡Patriotismo!" –protestas–. "¿Por qué? ¡Es una causa noble!"

"Y del desempleo –inquiere tu amigo–, ¿es también responsable el capitalismo? ¿Es culpa de mi jefe el que no tenga trabajo para mí?"

Capítulo V
El desempleo

Me alegra el que tu amigo plantee así la cuestión, para que cada obrero pueda verificar lo importante que es para él este asunto del desempleo. Tú sabes cómo es tu vida cuando eres despedido, y, cuando teniendo trabajo, pende sobre ti como una amenaza el miedo a perderlo. También estás en guardia respecto del peligro que supone el ejército de parados si planteas una huelga por mejores condiciones. Tú sabes que los rompehuelgas son reclutados de entre el ejército de desempleados que el capitalismo siempre tiene a mano para derrotar tu huelga.

"¿Cómo puede el capitalismo fomentar el desempleo como recurso?" –me preguntas.

Simplemente compeliéndote a trabajar más horas y con la mayor intensidad posible, a fin de que produzcas la mayor cantidad. Todos los modernos esquemas de "eficiencia", el taylorismo y otros sistemas de "economía" y "racionalización ", sirven solamente para exprimir mayores beneficios del obrero. Es economía que interesa solamente al patrón. Pero en lo que te concierne a ti, al trabajador, esta "economía" supone el gasto más grande de tu esfuerzo y de tu energía, un desgaste fatal de tu vitalidad. Por esta razón, al patrón le conviene utilizar y explotar tu empuje y habilidad con la máxima intensidad. En verdad, ello arruina tu salud y destroza tu sistema nervioso; te convierte en presa fácil de enfermedades y de achaques (existen, incluso, enfermedades profesionales inherentes al obrero) y te invalida y conduce prematuramente a la tumba; pero ¿qué le importa todo eso a tu jefe? ¿No hay millares de "sin-trabajo" esperando por el tuyo y listos a tomarlo en el punto en que lo interrumpa tu incapacidad o tu muerte?

Es por esto por lo que redunda en beneficio del capitalista conservar al alcance de su mano un ejército de desocupados listos para ser utilizados. Ésta es la misión y el papel del sistema de jornales, y una de las inevitables características que le son propias.

Interesaría a las gentes el que no hubiese nadie desempleado, el que todos tuviesen una oportunidad de trabajar y ganarse la vida; el que todos ayudasen, en proporción a su habilidad y capacidad de esfuerzo, a incrementar la riqueza del país, y así, cada uno podría obtener, de ella, una participación mayor.

Pero al capitalismo no le interesa la prosperidad del pueblo.

Al capitalismo, como anteriormente señalé, sólo le interesan los beneficios o ganancias. Empleando menos personas, y haciéndolas trabajar el doble número de horas, pueden doblarse las ganancias, lo que no puede hacerse proporcionando trabajo a más personas durante menos horas.

Por esto es por lo que le interesa más a tu patrón tener, por ejemplo, cien personas trabajando dieciséis horas diarias, en lugar de emplear doscientas durante cinco horas. Él necesitaría más habitaciones para doscientas personas que para cien, una fábrica más grande, más herramientas y maquinaria, y todo en esta proporción. Esto es, necesitaría invertir mucho más capital. El empleo de mayor fuerza en menos horas le derivaría menos ganancias y, por esto, tu patrón no quiere poner en marcha en su fábrica un plan así. Lo cual significa que el sistema de buscar beneficios es incompatible con el bienestar del obrero y las consideraciones humanitarias que éste merece. Por el contrario, cuanto más duramente, más "eficientemente", trabajes, y durante un mayor número de horas conserves tal ritmo, mejor es para tu patrón y más grandes son sus ganancias.

Puedes ver, por consiguiente, que el capitalismo no tiene interés en emplear a todos aquellos que quieren trabajar y que pueden hacerlo. Por el contrario, un mínimo de "brazos" y un máximo de esfuerzos es la máxima y el beneficio del sistema capitalista. Éste es todo el secreto de todos los esquemas de "racionalización". Y es por esto por lo que encontrarás en cada país capitalista millares de personas queriendo y ansiando trabajar, y no obstante, imposibilitadas de obtener empleo.

Este ejército de desempleados es una amenaza constante contra tu nivel de vida. Ellos están prestos a ocupar tu lugar a un precio más bajo, por una paga menor, porque la necesidad los impele. Y esto resulta, desde luego, muy ventajoso para tu jefe, porque pone en sus manos un látigo constantemente suspendido sobre tu espalda, para que trabajes como un esclavo para él y para que te "comportes".

Puedes ver, por ti mismo, lo peligrosa y degradante que es para el trabajador una situación así, sin hablar de otros males del sistema.

"Entonces, ¿por qué no acabar con el desempleo?" –preguntas tú.

Sí, sería bueno acabar con él. Pero sólo podría esto cumplirse acabando con el sistema capitalista y su esclavizador salario. Mientras tengas sistema capitalista –o cualquier otro sistema de explotación del trabajo y de búsqueda de beneficios– tendrás desocupación. El capitalismo no puede existir sin él; es inherente al sistema del salario. Es la condición fundamental del éxito de la producción capitalista.

¿Por qué? Porque el sistema industrial capitalista no produce para las necesidades del pueblo, produce para obtener beneficios. Los fabricantes no producen mercancías porque las gentes las necesiten, y no produce tantas como requieren. Ellos producen lo que esperan vender, y venden por una ganancia.

Si nosotros contásemos con un sistema sensato, produciríamos las cosas que las personas quisieran y en la cantidad que necesitasen. Supongamos que los habitantes de una localidad precisasen mil pares de zapatos; y supongamos que contamos con ochenta zapateros para la tarea de hacerlos. Entonces, en veinte horas de trabajo aquellos zapateros producirían los zapatos que la comunidad de nuestro ejemplo necesita.

Pero el fabricante de zapatos de hoy no está enterado, ni se cuida de saber, cuántos pares de zapatos se necesitan. Millares de personas pueden necesitar nuevos zapatos en tu ciudad, pero no pueden permitirse comprarlos. Así, ¿qué utilidad puede reportarle al fabricante saber quién necesita zapatos? Lo que él quiere saber es quién puede comprar los zapatos que hace, cuántos puede vender con beneficios.

¿Qué sucede? Que hará elaborar tantos pares de zapatos como crea que puede vender. Tratará de hacerlos tan barato como pueda para venderlos tan caro como le sea posible, para así obtener una buena ganancia. Por consiguiente, para elaborar la cantidad de zapatos que quiera, empleará tan pocos obreros como pueda, y querrá hacerlos trabajar, y los forzará a hacerlo, tan "eficiente" y duramente como le sea posible.

Ves así cómo la producción por lucro precisa de un mayor número de horas y de menos personas empleadas que las que se requerirían en caso de que la producción fuera para el consumo.

El capitalismo es un sistema de producción cuyo fin es el lucro, y por esto, tendrá siempre desempleados.

Pero profundiza más aún en este sistema de producción por el lucro y verás que este mal básico provoca otros cien males más.

Vamos a continuar con el fabricante de zapatos de tu ciudad.

Él no tiene forma de enterarse –como ya he señalado– de quiénes podrán, o no podrán, comprar sus zapatos. Conjetura toscamente, "calcula", y decide elaborar –supongamos– cincuenta mil pares. Luego, lleva al mercado sus productos, o sea: al mayorista –o vendedor al por mayor–, al intermediario y al tendero, los cuales los ponen a la venta.

Supongamos que solamente sean vendidos treinta mil pares; veinte mil quedarán almacenados. Vuestro fabricante es incapaz de vender el total en su propia ciudad y entonces trata de colocar el resto en alguna otra parte del país. Pero otros fabricantes de zapatos han hecho ya análogo experimento. No pueden vender todo lo que produjeron. La oferta de zapatos es mayor que la demanda que de ellos hay –te dicen– y reducen su producción.

Esto supone que se desprenden de algunos de sus operarios, que van a aumentar, así, el ejército de desempleados.

"Sobreproducción", se le llama a esto. Pero, en verdad, esto no es exactamente sobreproducción. Esto es subconsumo, porque existen muchas personas que necesitan zapatos nuevos, pero que no pueden permitirse comprarlos.

¿El resultado? En los almacenes se acumulan los zapatos que las personas quieren, pero no pueden comprar. Tiendas y fábricas han de cerrarse por la "sobreoferta". Lo mismo sucede en otras industrias.

Te hablan de que hay una "crisis" y que tu salario ha de reducirse.

Vuestros jornales son recortados. Te dejan trabajar sólo una parte de la jornada o pierdes tu trabajo definitivamente.

Millares de hombres y mujeres han perdido su empleo de esta forma. Sus jornales se agotan y no pueden comprar el alimento y las cosas que precisan. ¿Es que se carece de tales cosas? No, al contrario: los almacenes y las tiendas rebosan de ellos, hay demasiados, hay "sobreproducción".

Así, del sistema de producción capitalista por la ganancia se infiere esta demencial situación:

1. Las gentes tienen que morirse de hambre, no porque no haya bastante alimento, sino porque hay demasiado; tienen que pasarse sin las cosas que necesitan porque hay acumuladas demasiadas de éstas.

2. Porque hay demasiado, la producción se reduce, despidiendo a millares de obreros.

3. Desempleados y, por consiguiente, no cobrando, aquellos miles pierden su capacidad adquisitiva, y el tendero, el carnicero, el sastre y toda la pequeña burguesía comerciante padecen las consecuencias resultantes. Esto quiere decir que se incrementa la descocupación y que la crisis se agrava.

Bajo el capitalismo sucede esto en cada industria.

Tales crisis son inevitables en un sistema de producción por lucro. Vienen de vez en cuando; retornan periódicamente, y se vuelven peores. Privan de su empleo a miles, a cientos de miles de trabajadores, causando pobreza e incontables calamidades y miserias. Tienen como resultado bancarrotas y quiebras bancarias, que engullen lo poco que el trabajador pueda haber ahorrado en tiempos de "prosperidad". Causan necesidad e indigencia, conducen a las gentes a la desesperación y al crimen, al suicidio y a la locura.

Tales son los resultados de producir sólo por los beneficios, tales los frutos del sistema capitalista.

Sin embargo, esto no es todo. Hay otra consecuencia de este sistema, una aún peor que todas las demás juntas.

Es la guerra.

Capítulo VI

Guerra

¡Guerra! ¿Comprendes lo que esto quiere decir? ¿Conoces alguna otra palabra más terrible en el vocabulario del mundo? ¿No traen estas letras a tu mente escenas de matanzas y carnicerías, de homicidios, de pillaje y destrucción? ¿No oyes el estruendo del cañón, el grito del herido, el estertor final del que agoniza? ¿No puedes ver el campo de batalla sembrado de cadáveres? Seres humanos reducidos a pedazos, esparcidos su sangre y sus sesos, hombres llenos de vida convertidos bruscamente en carroña. Y allí, en sus hogares, millares de padres y madres, esposas y novias viviendo en incesante terror, en el miedo a que la fatalidad se cebe en los seres queridos, y esperando, siempre esperando, la vuelta de aquellos que no volverán nunca más.

Sabes lo que significa la guerra. Y aunque tú mismo no hayas estado nunca en el frente, sabes que no existe un azote más terrible que la guerra, con sus millones de muertos y mutilados, sus incontables sacrificios humanos, sus vidas rotas, sus arruinados hogares, su inenarrable desolación y miseria.

"Sí, es terrible", admites, "pero no hay modo de remediarlo".

Tú piensas que la guerra debe existir, que cuando a veces llega, es inevitable, que debes defender a tu país cuando esté en peligro.

Veamos entonces si verdaderamente defiendes tu país cuando vas a la guerra. Veamos lo que causa la guerra, y si es para beneficio de tu país para lo que te llaman a ponerte el uniforme y empezar la operación de carnicería.

Vamos a considerar a quiénes y a qué defiendes en la guerra, a quién le interesa ésta, y quién se beneficia con ella.

Es preciso que volvamos a nuestro fabricante, imposibilitado de vender sus géneros con beneficios en su propio país. Él, como también los fabricantes de otros productos, busca un mercado en otro país. Va a Inglaterra, Alemania, Francia, o algún otro país y trata de colocar allí su "sobreproducción", su "excedente".

Pero se encuentra con idéntica situación que en su país.

También tienen "sobreproducción", es decir, que los trabajadores están tan explotados y mal pagados que no pueden comprar las mercancías que han producido. Los fabricantes de Inglaterra,

Alemania, Francia, etc., tienen, pues, la vista puesta en otros mercados, precisamente lo mismo que el fabricante americano.

Los fabricantes americanos de una determinada industria se organizan en un monopolio; los magnates industriales de otros países, también, y cada monopolio nacional comienza a competir con los demás. Los capitalistas de cada país tratan de conquistar los mejores mercados, especialmente los nuevos. Éstos se encuentran en China, Japón, la India y países similares, esto es, en aquellos que no han desarrollado todavía sus propias industrias. Cuando cada país haya desarrollado sus propias industrias no existirá ningún mercado extranjero y, entonces, algún poderoso grupo capitalista devendrá como el único trust, monopolizador del mercado del mundo. Pero, entretanto, los intereses capitalistas de los diferentes países industriales combaten por la posesión de los mercados extranjeros, compitiendo entre sí. Obligan a las naciones débiles a concederles privilegios especiales, "trato de favor"; excitan la envidia de sus competidores, y reclaman de sus respectivos gobiernos la defensa de sus intereses. Los capitalistas americanos dirigen a su gobierno un llamamiento para que proteja los intereses "americanos". Los capitalistas de Francia, Alemania e Inglaterra hacen lo propio, reclaman de sus gobiernos protección para sus beneficios. Entonces, los distintos gobiernos exigen de sus pueblos "la defensa de sus territorios".

¿Comprendes cómo funciona el juego? No te dicen que tienes que proteger los privilegios y dividendos de cualquier capitalista americano en un país extranjero. Saben que si te dijeran tal cosa te reirías de ellos y rehusarías exponerte a las balas para henchir las ganancias de los plutócratas. ¡Pero sin ti y sin otros como tú, no pueden hacer la guerra! Por eso alzan el grito de: "¡Defiende tu patria!". "¡Insultan tu bandera!". A veces, actúan contratando matones para que insulten a la bandera de tu patria en país extranjero, o para que destrocen haciendas y bienes de americanos aposentados allí, para convencer a los de casa, enfurecerlos y que se precipiten a alistarse en la Armada y el Ejército.

No creas que exagero. Es sabido que los capitalistas americanos han provocado revoluciones en otros países siempre que han podido (particularmente en Sudamérica), a fin de conseguir un nuevo gobierno más "amistoso" y asegurarse así los privilegios que ambicionaban.

Pero, generalmente, no necesitan ir tan lejos. Todo lo más que han de hacer es apelar a tu "patriotismo", adularte un poco, decirte que "puedes vencer al mundo entero", porque eres "superior", y ya te tienen dispuesto a vestirte el uniforme de soldado y a ejecutar sus órdenes.

Es para esto para lo que se utiliza tu patriotismo, el amor a tu país. Con razón escribió el gran pensador inglés Carlyle: "¿Cuál es, hablando en lenguaje extraoficial, el verdadero significado de la guerra y cuál es su resultado? Por lo que sé, allá en el pueblo británico de Dumdrudge, por ejemplo, viven y se afanan normalmente unas quinientas almas. De entre éstas, para combatir a ciertos 'enemigos naturales' franceses, se han seleccionado sucesivamente, durante la guerra francesa, repito, treinta hombres corpulentos. Dumdrudge los ha amamantado y ha criado a su cargo. Los ha alimentado, no sin dificultades y pesares, hasta alcanzar la madurez y hasta los ha instruido en diversos oficios. Así uno sabe tejer, otro construir, otro forjar, y el más débil puede resistir treinta piedras de dieciséis onzas (*avoirdupois* en el original, libra de uso común en Inglaterra). Sin embargo, entre lágrimas y reniegos, son escogidos, vestidos de rojo y embarcados y enviados, a costa del erario público a unas dos mil millas, digamos al sur de España; y allí son alimentados sin límite.

"Y ahora, hacia ese lugar en el Sur de España, se están dirigiendo treinta artesanos franceses, de algún Dumdrudge francés. Siguiendo el mismo camino, tras infinitos esfuerzos, los dos grupos se encuentran, treinta frente a treinta, cada uno con un arma en las manos.

"Inmediatamente se da la orden de '¡Fuego!' y se disparan mutuamente matándose. En lugar de sesenta artesanos dinámicos y útiles, el mundo tiene los esqueletos de sesenta cadáveres, que es preciso enterrar, para después llorarlos. ¿Existía una disputa entre estos hombres? Por más ocupado que está el diablo, no tenían ninguna. Ellos vivían distantes, apartados, eran totalmente extraños, y no sólo eso, incluso, en un universo tan amplio, existía, de modo inconsciente, a través del comercio una cierta ayuda mutua entre ellos. ¿Qué ocurrió entonces? ¡No seas inocente! Sus gobiernos se habrán enfrentado y en lugar de dispararse mutuamente, tuvieron la astucia de hacer que estos desgraciados zoquetes se dispararan los unos sobres los otros".

No es por tu patria por quien combates cuando vas a la guerra. Es por tus gobiernos, por tus dirigentes, por tus amos capitalistas. Ni tu país, ni la humanidad, ni tú, ni tu clase, la de los trabajadores, ganáis nada en la guerra. Solamente se benefician de ella los grandes financieros y capitalistas.

La guerra es mala para ti, es mala para los obreros. Podéis perderlo todo y nada podéis ganar en ese juego. Ni siquiera la gloria es para vosotros, que se reserva a los grandes generales y mariscales de campo.

¿Qué consigues tú en la guerra? Estás asqueroso, te disparan, te gasean, te mutilan o te matan. Esto es lo que sacan de la guerra los trabajadores de cualquier país.

La guerra es mala para tu país y para la humanidad, sólo trae masacres y destrucción. Todo lo que la guerra destroza, puentes, puertos, ciudades, barcos, campos y fábricas, es necesario reconstruirlo.

Y esto significa imponer al pueblo nuevas tasas, directas o indirectas, para la reconstrucción de todo lo destruido. Porque en último término, todo sale de los bolsillos del pueblo. Así, la guerra los perjudica materialmente, y eso sin referirnos al efecto embrutecedor de la misma sobre la totalidad del género humano. Y no olvides que de cada mil asesinados, cegados o mutilados en la guerra, novecientos noventa y nueve pertenecen a la clase trabajadora, son hijos de obreros y de campesinos.

En la guerra moderna no hay vencedores, porque del lado vencedor hay casi tantas pérdidas como del lado vencido, y a veces más, como en el caso de Francia en la última Gran Guerra. Francia es hoy más pobre que Alemania. Los trabajadores de ambos países tienen que pagar impuestos hasta morir de hambre para reparar las pérdidas sufridas en la guerra.

En todos los países europeos que participaron en la Guerra Mundial, los salarios y los niveles de vida son mucho más bajos ahora que antes de la gran catástrofe.

"Pero los Estados Unidos se enriquecieron en la guerra", objetas.

Quieres decir que un puñado de hombres ganó millones, y que los grandes capitalistas obtuvieron grandes beneficios.

Ciertamente que los tuvieron, los grandes financieros consiguieron beneficios prestando dinero a Europa con un elevado tipo de interés y proveyéndola de material bélico y municiones.

Pero, ¿en qué te beneficia esto?

Párate a pensar cómo paga Europa a los Estados Unidos su deuda financiera y los intereses que genera. Haciendo bregar aún más a los trabajadores y obteniendo de ello más beneficios.

Pagando sueldos aún más ínfimos y produciendo géneros más baratos los fabricantes europeos pueden vender más barato que sus competidores norteamericanos, y por esta razón, están obligados a producir también a más bajo coste. Así aparecen en escena su "economía" y su "racionalización", que te obligan a trabajar más duramente o a ver reducido tu salario o a ser despedido directamente.

¿Ves, ahora, cómo unos salarios bajos en Europa afectan directamente a tu existencia? ¿Te das cuenta de que tú, el obrero norteamericano, estás ayudando a pagar a los banqueros de tu país los intereses por sus préstamos europeos?

Algunas personas sostienen que la guerra es buena porque cultiva el valor. Este argumento es estúpido. Es apoyado solamente por aquellos que nunca han ido a la guerra y cuyos enfrentamientos fueron resueltos por otros. Es poco honrado argumentar esto, induciendo a pobres imbéciles a combatir por los intereses de los ricos. Las personas que de verdad han combatido te dirán que la guerra moderna no tiene nada que ver con el valor personal. Es un combate de masas en el que el enemigo está a gran distancia. Encuentros personales en los pueda vencer el mejor son extremadamente raros. En la guerra moderna no ves a tus contrincantes, combates a ciegas, como una máquina. Vas a la batalla muerto de miedo, temiendo que en cualquier momento seas reducido a pedazos. Solamente vas porque no tienes el valor de negarte.

El hombre que hace cara a las difamaciones y a la desgracia, que se alza impávido contra la corriente popular, incluso contra sus amigos y su patria, cuando sabe que la razón está con él, el hombre que se atreve a desafiar a aquellos que tienen autoridad sobre él y que soporta la represión y la cárcel sin claudicar, ése es un hombre de valor. El hombre de quien te mofas como de un cobarde porque rehúsa convertirse en asesino, es quien necesita coraje. ¿Pero necesitas tú ser valiente para obedecer órdenes, hacer lo que te digan y caer junto con otros miles en la línea de fuego, con la aprobación general y a los acordes del "*La Bandera Llena de Estrellas*"[2].

[2] Himno de los Estados Unidos de América.

La guerra paraliza tu valor y aniquila toda esencia de la verdadera virilidad. Te degrada y te insensibiliza con la excusa de que no eres responsable, de que “no es tu obligación pensar y razonar, sino matar y morir”, igual que los otros centenares de miles condenados como tú. Guerra significa obediencia ciega, estupidez irreflexiva, insensibilidad brutal, destrucción gratuita y asesinato irresponsable.

He tropezado con personas que me dicen que la guerra es buena porque mata a muchos y así hay más trabajo para los supervivientes.

Considera qué terrible acusación contra el sistema actual son estas palabras. ¡Imagínate un estado de cosas en el que los miembros de la comunidad se beneficien asesinando a un elevado número de ellos, para que así el resto pueda vivir mejor! ¿No sería éste el peor sistema devora-hombres, el peor de los canibalismos?

Y esto es precisamente el capitalismo, un sistema de canibalismo en el que uno devora a su semejante o es devorado por él. Ésta es la verdad del capitalismo tanto en la guerra como en la paz, aunque en la guerra su verdadero carácter se desenmascara y evidencia más.

En una sociedad humanizada y sensible, esto no podría suceder. Por el contrario, el aumento de población en una cierta comunidad redundaría en beneficio de todos porque el trabajo de cada uno sería entonces más soportable.

Considerada así, una comunidad es análoga a una familia. Cada familia necesita realizar una cierta cantidad de trabajo que satisfaga sus necesidades. Luego, cuantas más personas de esta familia sean aptas para realizar el trabajo necesario, más fácil será éste para cada miembro de ella, y menos trabajo le tocará a cada cual.

Es esto cierto igualmente para una comunidad o un país.

Cuantas más personas haya para realizar el trabajo necesario para las necesidades comunes, más fácil será la tarea de cada miembro.

Si en el caso de nuestra sociedad presente es al contrario, esto sólo viene a probar que las condiciones son equívocas, bárbaras y perversas. Y aún más, que tales condiciones son absolutamente criminales si el sistema capitalista puede florecer sobre la matanza de sus miembros.

Es evidente, entonces, que para los trabajadores, la guerra significa tan sólo mayores cargas, más impuestos, un trabajo más duro y la reducción del nivel de vida anterior a la guerra.

Pero hay en la sociedad capitalista una parte para quien la guerra es buena. Es el elemento que gracias a la guerra ahorra dinero, el que se enriquece con tu “patriotismo y autosacrificio”. Es el que integran los fabricantes de municiones, los que especulan con los víveres y otros suministros, los armadores de barcos de guerra.

Abreviando, son los grandes señores de las finanzas, la industria y el comercio los únicos que se benefician de la guerra.

Para ellos la guerra es una bendición. Una bendición por más de una razón. Porque también les sirve para despistar a las clases laboriosas y que no reparen en su miseria diaria y fijar su atención en la “política de altura” y en la carnicería humana. Gobiernos y dirigentes han tratado de evitar sublevaciones y revoluciones populares organizando guerras. Tales ejemplos abundan en la historia.

Desde luego, la guerra es un arma de dos filos. En muchas ocasiones se convierte en insurrección. Pero esto es otra historia, a la que volveremos cuando hablemos de la Revolución Rusa.

Si me has seguido hasta aquí, debes haber llegado a la conclusión de que la guerra es resultado directo y un inevitable efecto del sistema capitalista como las cíclicas crisis industriales y financieras.

Cuando llega una crisis en la forma en la que te he descrito, acompañada de desempleo y privaciones, te dicen que no es culpa de nadie, que son “malos tiempos”, que es “el resultado de la sobreproducción” y embustes similares. Y cuando la competición capitalista por beneficios y mercados provoca una guerra, los capitalistas y sus lacayos, los políticos y la prensa, lanzan el grito “¡Salva a tu patria!”, exaltando el falso patriotismo y haciéndote combatir por ellos en sus batallas.

En nombre del patriotismo se te ordena que dejes de ser decente y honrado, que dejes de ser tú mismo, que suspendas el libre ejercicio de tu razón y entregues tu vida. Te conviertes en un diente sin voluntad del engranaje de la maquinaria homicida, obedeciendo ciegamente órdenes de asesinato, pillaje y destrucción.

Abandonas a tu padre y a tu madre, a tu compañera, a tus niños y a todo lo que amas, para buscar a tu semejante y destrozarlo. Tu prójimo, que nunca te agravió, que tan infortunada víctima de sus amos es como tú lo eres de los tuyos. Sólo verdad,

demasiada verdad encierran las palabras de Carlyle, cuando dijo que “el patriotismo es el refugio de los canallas”.

¿Puedes ver ya cómo se burlan de ti, cómo eres embaucado?

Toma el ejemplo de la Guerra Europea. Considera cómo se engañó al pueblo norteamericano para que los Estados Unidos participaran en el conflicto. El pueblo de Norteamérica no quería mezclarse en los asuntos europeos. Conocía poco de éstos y procuraba no dejarse arrastrafr en peleas homicidas.

Por eso eligieron a Woodrow Wilson con el eslogan de “él nos mantuvo al margen de la guerra”.

Pero la plutocracia norteamericana vio las colosales fortunas que se podrían reunir gracias a la guerra. No les bastaban los millones que cosecharon vendiendo municiones, armas y otros suministros a los combatientes europeos. Beneficios inconmensurablemente mayores se hicieron con la participación de un gran país, como los Estados Unidos, con sus cien millones de habitantes, en la refriega. Se presionó al presidente Wilson y éste no pudo oponerse. Al fin y al cabo, el gobierno no es más que el criado al servicio de los poderes financieros, está allí para cumplir sus órdenes.

¿Pero cómo meter a Norteamérica en la guerra cuando su población estaba expresamente en contra? ¿No eligieron a Wilson bajo la promesa de mantener al país al margen de la guerra? En tiempos antiguos, bajo monarcas absolutos, era obligatorio para las gentes obedecer, simplemente obedecer los decretos del rey. Pero a menudo esto implicaba resistencia y peligro de rebelión. En los tiempos modernos existen medios más seguros y más eficaces de conseguir que el pueblo sirva a los intereses de sus gobernantes. Todo lo más que se necesita es convencer a las personas que ellas mismas desean hacer lo que sus amos quieren que hagan, o sea, sus propios intereses, por el bien de la patria, por el bien de la humanidad. De este modo, los nobles y bellos instintos del hombre son utilizados para hacer el trabajo sucio de la clase capitalista dirigente, para insulto y vergüenza del género humano.

Los inventos modernos ayudan a este juego y lo tornan comparativamente fácil. La palabra impresa, el telégrafo, el teléfono y la radio son en conjunto seguros auxiliares para este asunto.

El genio humano que ha producido todas aquellas maravillas se explota y se degrada en interés de Mammon y Marte.

El presidente Wilson ideó una nueva treta para enredar al pueblo norteamericano en la guerra a beneficio del Gran Capital. Woodrow Wilson, el primer presidente que pasó por la escuela, descubrió una “guerra por la democracia”, una “guerra para terminar con la guerra”. Bajo este lema hipócrita se emprendió una amplia campaña por todo el país, despertando en los corazones norteamericanos las más bajas tendencias de intolerancia, persecución y homicidio; colmándolos de venenosa inquina contra cualquiera que tuviese el coraje de expresar una opinión honrada e independiente. Apaleando, encarcelando y deportando a aquellos que osaron decir que era una guerra capitalista en busca de ganancias. Los objetores de conciencia contrarios a quitar vidas humanas fueron brutalmente maltratados por “maricas” y condenados a largas condenas de presidio. Hombres y mujeres que recordaron a sus compatriotas cristianos el precepto del Nazareno: “no matarás”, fueron calificados de cobardes y encarcelados. Radicales que declararon que a la guerra se iba por los intereses del capitalismo fueron tratados como “crueles extranjeros” y “espías enemigos”. Se promulgaron precipitadamente leyes y leyes para suprimir la libertad de expresión y de opinión. Castigos horribles se aplicaron a los objetores. Desde el Atlántico al Pacífico una turba, borracha de patriotismo asesino, difundía el terror. Todo el país enloquecía con el frenesí al son del patrioterismo. La propaganda militarista difundida por toda la nación arrastró por fin al pueblo norteamericano a la carnicería. Wilson se sintió “orgulloso de combatir”, pero no se sintió orgulloso de enviar a otros a pelear las batallas de los banqueros, a quienes servía. “Muy orgulloso de pelear”, pero no muy orgulloso de ayudar a que la plutocracia norteamericana acuñase oro con las vidas de setenta mil norteamericanos, muertos en los campos de batalla europeos.

La “guerra por la democracia”, la “guerra para terminar con la guerra” hizo patente la más grande farsa de la historia. En realidad, inició una cadena de nuevas guerras aún no terminadas.

Y ha sido admitido, hasta por el mismo Wilson, que la guerra no sirvió a propósito alguno, excepto para que el Gran Capital cosechase grandes beneficios. Complicó los asuntos europeos más de lo que lo estaban antes, empobreció a Francia

y Alemania y las colocó al borde de la bancarrota nacional. Gravó a los pueblos de Europa con enormes deudas, y añadió cargas intolerables a las clases laboriosas. Los recursos de cada país fueron casi agotados.

El progreso científico sólo conoció nuevas formas de destrucción.

El precepto cristiano se comprobó con la multiplicación de asesinatos y los tratados se firmaron con sangre humana.

La Guerra Mundial edificó fortunas colosales para los amos de las finanzas, y tumbas para los trabajadores.

¿Y hoy? Hoy volvemos a estar abocados a una nueva guerra, mucho más inmensa y terrible que el último holocausto. Todos los gobiernos están preparándose para ella y empleando los millones de dólares que extraen del sudor y la sangre de los obreros, en la maquinaria destinada a la próxima matanza. Medita esto, amigo mío, y ve lo que el capital y el gobierno están haciendo por ti, haciendo para ti.

¡Pronto volverán a llamarte para "defender tu patria"!

En tiempo de paz eres esclavo en el campo o en la fábrica, en tiempo de guerra sirves de carne de cañón. Todo a la mayor gloria de tus amos.

Y aún te dicen que "todo está bien así", que es "la voluntad de Dios", que esto "debe ser así".

¿No ves que esto no es, en modo alguno, lo que Dios quiere, sino las actuaciones del capital y del gobierno? ¿No puedes ver que esto es así y "debe ser así" sólo porque tú permites a tus amos políticos e industriales que te engañen y te estafen, y así ellos pueden vivir en la comodidad y el lujo, gracias a tu duro trabajo y a tus lágrimas, mientras te tratan de "clase baja", aunque bastante buena para ser sus esclavos?

"Siempre ha sido así" –observas, mansamente.

Capítulo VII

Iglesia y escuela

Sí, amigo mío, siempre ha sido así. Es decir, el gobierno y la ley han estado siempre del lado de sus amos. El rico y poderoso te ha engañado siempre con la frase "es la voluntad de Dios", ayudado por la Iglesia y la escuela.

¿Pero debe esto permanecer siempre así? Antaño, cuando la gente era esclava de cualquier tirano, un zar u otro autócrata, la Iglesia (de cualquier religión y denominación) enseñaba que la esclavitud existía por "la voluntad de Dios", que era buena y necesaria, que no podía ser de otro modo y que quienquiera que fuese contra ella iba contra la voluntad de Dios siendo un ateo, un hereje, un blasfemo y un pecador.

La escuela enseñaba que esto estaba bien y era justo, que el tirano gobernaba por "la gracia de Dios", que su autoridad era indiscutible y que había que servirlo y obedecerle.

El pueblo lo creía y permanecía esclavo.

Pero poco a poco surgieron hombres que se dieron cuenta de que la esclavitud estaba mal, que no era justo que un hombre tuviera sometido a todo un pueblo y fuera amo y señor de sus vidas y de su trabajo. Y fueron entre el pueblo y le contaron lo que habían pensado.

Entonces, el gobierno del tirano se abalanzó sobre aquellos hombres. Fueron acusados de quebrantar las leyes del país, fueron llamados perturbadores de la paz pública, criminales y enemigos del pueblo. Fueron asesinados y la Iglesia y la escuela dijeron que era correcto, que merecían la muerte por rebelarse contra la ley de Dios y del hombre. Y los esclavos lo creyeron.

Pero la verdad no puede ser silenciada eternamente.

Gradualmente iban siendo más y más las personas que se convencían de que los "agitadores" que habían sido asesinados tenían razón. Llegaron a comprender que la esclavitud era injusta y un mal para ellos. El número de los que así pensaban creció con el tiempo. El tirano elaboró severas leyes para suprimirlos y su gobierno lo intentó todo para cortarles el paso y detener sus "diabólicos designios". La Iglesia y la escuela denunciaron a aquellos hombres. Fueron perseguidos, cazados como fieras y ejecutados por los procedimientos de aquellos tiempos.

A veces, los ponían en una gran cruz y los clavaban a ella o les cortaban la cabeza con un hacha. Otras veces eran ahorcados, quemados en la pira, descuartizados o atados a caballos y descuartizados poco a poco.

Y esto lo hizo la Iglesia, la escuela, la ley y a menudo hasta el pueblo engañado. En los más variados países, en museos actuales puedes ver todavía los instrumentos de tortura y muerte que se emplearon para castigar a aquellos que trataron de decirle al pueblo la verdad.

Pero a pesar de la tortura y de la muerte, a pesar de la ley y del gobierno, a pesar de la Iglesia, de la escuela y de la prensa, la esclavitud fue al fin abolida, aunque la gente había insistido en que "esto fue siempre así y debía permanecer así".

Más tarde, en los días de la servidumbre, cuando los nobles gobernaban sobre el pueblo llano, la Iglesia y la escuela se pusieron de nuevo del lado de los dirigentes y de los ricos. De nuevo aterrorizaron al pueblo con la cólera divina si osaba rebelarse y se negaba a obedecer a sus amos y gobernantes. De nuevo descargaron sus anatemas sobre las cabezas de los "perturbadores" y los herejes, que osaban desafiar la ley predicando el evangelio de una mayor libertad y bienestar. De nuevo aquellos "enemigos del pueblo" fueron perseguidos, acorralados y exterminados.

Pero llegó el día en que la servidumbre fue abolida.

La servidumbre dejó su sitio al capitalismo con su esclavitud del salario. De nuevo encuentras a la Iglesia y a la escuela del lado del amo y el gobernante. De nuevo bramaron contra los "herejes", los ateos que desean que las personas sean libres y felices. De nuevo la Iglesia y la escuela predican "la voluntad de Dios", el capitalismo es bueno y necesario, te dicen, has de ser obediente a tus amos porque es "la voluntad de Dios que haya ricos y pobres", y quienquiera que vaya contra esto es un inconformista, un pecador, un anarquista.

Y así ves que todavía la Iglesia y la escuela están con los amos y contra los esclavos, como en el pasado. Igual que el leopardo, pueden cambiar sus manchas, pero no su naturaleza.

La Iglesia y la escuela siguen alineándose con el rico contra el pobre, con el poderoso contra sus víctimas, con la "ley y el orden" contra la libertad y la justicia.

Ahora, como antaño, enseñan al pueblo a respetar y a obedecer a sus amos. Cuando el tirano era un rey, la Iglesia y la escuela enseñaron el respeto y la obediencia a la "ley y el orden" del rey. Cuando el rey es depuesto y se instituye la república, la Iglesia y la escuela enseñan el respeto y la obediencia a la "ley y el orden" republicanos. ¡OBEDECE! Éste es el grito eterno de la Iglesia y de la escuela, sin importarle lo vil que es el tirano ni lo opresiva que es la "ley" ni lo injusto que es el "orden".

¡OBEDECE! Porque si dejas de obedecer a la autoridad podrías empezar a pensar por ti mismo. Y esto sería muy peligroso para la "ley y el orden" y la mayor desgracia para la Iglesia y la escuela. Porque entonces te encontrarías con que todo lo que te enseñaron era una mentira con el propósito de mantenerte esclavizado, en cuerpo y mente, de modo que continuases tranquilo, trabajando y sufriendo.

Que despertases sería para la Iglesia y la escuela la mayor calamidad, también para el amo y gobernante.

Pero si has llegado tan lejos conmigo. Si has comenzado a pensar por ti mismo; si comprendes que el capitalismo te roba y que el gobierno con su "ley y orden" está allí para ayudarlo a hacerlo; si concluyes que todas las instituciones religiosas y educacionales sirven solamente para engañarte y mantenerte esclavizado, entonces, podrías sentirte con razón ultrajado y gritar:

"¿No hay justicia en el mundo?".

Capítulo VIII

Justicia

No, amigo mío, es terrible tener que admitirlo, pero no hay justicia en el mundo.

Peor aún, no puede haber justicia mientras vivamos bajo condiciones que permitan que una persona se aproveche de las necesidades de otra, que saque beneficios de ello y que explote a su semejante.

No puede haber justicia mientras un hombre sea gobernado por otro, mientras uno tenga la autoridad y el poder de forzar a otro contra su voluntad.

No puede haber justicia entre amo y criado.

Ni igualdad.

Justicia e igualdad solamente pueden existir entre iguales.

¿Podemos decir que el pobre barrendero y Morgan son socialmente iguales?[3] ¿Y la lavandera y Lady Astor?[4].

Hagamos que Lady Astor y la lavandera entren en cualquier lugar, privado o público. ¿Serán recibidas y tratadas igual?

Simplemente sus ropas determinarán las respectivas bienvenidas.

Ya que sus vestidos, en las presentes circunstancias, indican la diferente posición social de las dos, su situación en la vida, sus influencias y sus riquezas.

Puede que la lavandera haya trabajado duramente durante toda su vida, puede que haya sido el miembro más laborioso y útil de la comunidad. Puede ser que la señora no haya trabajado en su vida, puede ser que nunca haya sido útil en lo más mínimo a la sociedad. Pero será la rica dama quien será bien recibida y a quien se preferirá.

He escogido este ejemplo casero porque simboliza todo el carácter de nuestra sociedad, de toda nuestra civilización.

Es el dinero y la influencia y la autoridad que trae aparejadas consigo, lo único que cuenta en el mundo.

No hay justicia, sino posesión.

---

[3] John Pierpont Morgan (1837-1913), empresario, banquero, filántropo y coleccionista de arte americano que dominó las finanzas corporativas y la consolidación industrial de su época.

[4] Nancy Witcher Langhorne, vizcondesa de Astor.

Amplía este ejemplo hasta englobar en él tu propia vida y hallarás que justicia e igualdad son palabras huecas, mentiras con las que te adoctrinan, mientras dinero y poder son verdaderos, reales.

Sin embargo, hay un profundo sentimiento de justicia en el género humano, y tu mejor naturaleza se resiente siempre que se comete una injusticia con alguien. Te sientes ultrajado y te indignas por ello porque todos nosotros tenemos una instintiva simpatía hacia nuestro semejante, pues por naturaleza y hábito somos seres sociales. Pero cuando tus intereses o tu seguridad se ven amenazados actúas siempre de diferente forma y tus sentimientos son distintos.

Suponte que ves cómo tu hermano perjudica a un extraño.

Le llamarás la atención, lo reprenderás por ello.

Cuando ves que tu jefe comete una injusticia con otro obrero como tú, también te ves agraviado y deseas protestar. Pero probablemente evitarás expresar tus sentimientos, porque podrías perder el trabajo o caer en desgracia con tu jefe.

Tus intereses suprimen el mejor impulso de tu naturaleza.

Tu dependencia de un jefe y su poder económico sobre ti, influyen sobre tu conducta.

Suponte que ves a alguien apaleando y pateando a otro cuando yace en el suelo. Pueden ambos serte extraños, pero si no le tienes miedo al agresor lo conminarás a que deje de patear al sujeto que está tendido.

Pero cuando ves que el policía hace lo mismo con un ciudadano, te lo pensarás más de dos veces antes de intervenir, porque podría apalearte a ti también y arrestarlos a los dos. Él tiene autoridad.

El primer agresor, que no tiene autoridad y que sabe que cualquiera podría interponerse cuando actúa injustamente, será, por lo general, cuidadoso con lo que está haciendo.

El policía, que está investido de alguna autoridad y que sabe que existen pocas probabilidades de que nadie se le interponga, actuará injustamente a placer.

Aun en este sencillo ejemplo, puedes observar el efecto de la autoridad, sus efectos sobre aquel que la posee y sobre aquellos contra los que se ejerce.

La autoridad tiene tendencia a hacer de quien la posee alguien injusto y arbitrario, también convierte a quienes la consienten en desatentos, subordinados y serviles. La autoridad corrompe a quien la detenta y envilece a sus víctimas.

Si esto es verdad para las más sencillas relaciones de convivencia, ¿cuánto más no lo será en el campo más amplio de nuestra vida política, industrial y social?

Hemos visto cómo el depender económicamente de tu jefe afectará a tus acciones. De modo semejante se verán afectados los actos de otros que también dependen de él y de su buena voluntad, siempre y cuando no estén sobre aviso y claramente decididos a no dejarse influenciar.

¿Y el jefe? ¿No estará, también, influenciado por sus intereses?

Sus simpatías, su actitud y su conducta, ¿no serán el resultado de sus intereses particulares?

De hecho, todo el mundo está controlado, en general, por sus intereses.

Hablo de la naturaleza humana ordinaria, del hombre medio. Aquí y allá encontrarás casos que parecen excepcionales.

Una gran idea, o un ideal, por ejemplo, pueden arraigar de tal forma en una persona que ésta le dedique su vida entera y, a veces, le ofrenda incluso ésta. En tal circunstancia podría parecer como si el hombre actuase contra sus propios intereses.

Pensar así es un error, ya que es sólo una apariencia. Porque, en realidad, la idea o el ideal por los que el hombre vivió y dio su vida eran su interés principal. La única diferencia es que el idealista halla su máximo interés en vivir por alguna idea, mientras el más poderoso interés del hombre medio es continuar en el mundo y vivir confortablemente y en paz. Pero ambos casos están controlados por sus intereses dominantes.

Los intereses de cada hombre difieren, pero nos asemejamos en que cada uno de nosotros siente, piensa y actúa en concordancia a SU interés particular, al concepto que de sus intereses tiene.

Ahora, ¿puedes esperar que tu jefe sienta y obre en contra de sus intereses? ¿Puedes esperar que el capitalista se deje guiar por los intereses de sus empleados? ¿Puedes pretender que los que más poseen encaminen sus negocios atentos a los intereses de los que menos poseen?

Hemos visto que los intereses de patrón y empleado difieren, tanto que se oponen los unos a los otros.

¿Puede haber justicia entre ellos? Justicia significa que cada uno obtiene lo que se le debe ¿Puede el trabajador ver cumplido su derecho o hallar justicia en la sociedad capitalista?

Si así fuera, el capitalismo no podría existir, porque entonces, tu patrón no podría obtener beneficios de tu esfuerzo. Si el obrero obtuviese lo que se le adeuda, los géneros que produce o su equivalente, ¿de dónde saldrían las ganancias del capitalista? Si al trabajo perteneciese la riqueza que produce, no habría capitalismo.

Esto significa que el obrero no puede reivindicar para sí lo que produce, no puede obtener lo que se le debe, y, por consiguiente, no puede conseguir justicia bajo la esclavitud del salario.

"Pero si ése fuese el caso –observas tú– podría apelar a la ley, a los tribunales."

¿Qué son los tribunales? ¿A qué fin sirven? Existen para confirmar la ley. Si alguien te ha hurtado tu abrigo y puedes probarlo, los tribunales se pronunciarán en tu favor. Si el acusado es rico o tiene un abogado hábil, lo más probable es que el veredicto establezca que todo fue una confusión o un problema mental, y nuestro hombre será absuelto.

Pero si acusas a tu patrón de que te roba la mayor parte de tu trabajo, de que te explota para su provecho y beneficio personal, ¿puedes obtener lo que se te debe acudiendo a los tribunales?

El juez desestimará el caso porque no va contra la ley el que tu jefe obtenga beneficios de tu trabajo. No hay ninguna ley que lo prohíba. No obtendrás justicia por esta vía.

Se dice que "la justicia es ciega", para evidenciar que no establece ninguna distinción ni reconoce diferencia alguna de posición, influencia, raza, credo o color.

Este axioma necesita ser examinado para que se establezca su completa falsedad. Porque la justicia es administrada por seres humanos, por jueces y jurados, y todo ser humano posee intereses particulares, sin hablar de sus sentimientos personales, opiniones, gustos, antipatías y prejuicios, de los que no puede desprenderse por el mero hecho de ponerse una toga de juez y sentarse en el estrado. La actitud del juez frente a los hechos, como la de cualquiera, estará determinada, consciente e inconscientemente, por su educación y formación, por el ambiente en que vive, por sus sentimientos y opiniones, y particularmente, por sus intereses y los del grupo social al que pertenece.

Considerando lo expuesto, debes deducir que la pretendida imparcialidad de los tribunales de justicia es, en verdad, psicológicamente imposible. No hay tal imparcialidad ni puede haberla. Puede que, a lo mejor, el juez sea relativamente imparcial en casos que no afecten a sus opiniones ni a sus intereses, como individuo y miembro de un cierto grupo social.

En tales casos podrías esperar justicia. Pero estos casos son normalmente de pequeña importancia y juegan un papel insignificante en el conjunto de la administración de justicia.

Vamos a poner un ejemplo. Supongamos que dos hombres de negocios pleitean por la posesión de cierta parte de una propiedad, no teniendo el asunto ninguna clase de consideraciones políticas o sociales. En tal caso, careciendo el juez de opiniones directas o intereses personales sobre la cuestión, puede fallar sobre la esencia del caso. Y aun entonces, su actitud dependerá considerablemente del estado de su salud y de su digestión, del pie con que se levantó, de si discutió o no con su esposa y de otras insignificancias semejantes, desatinadas, pero factores humanos verdaderamente decisivos.

O bien supongamos que dos trabajadores litigan sobre la propiedad de un gallinero. El juez puede decidir justamente sobre el caso, cualquiera sea el veredicto a favor de uno u otro litigante, no afecta en modo alguno a la posición, a las opiniones o a los intereses del juez.

Pero suponte el caso de que ante él comparezca un obrero en litigio con su terrateniente o con su patón. En tales circunstancias, todo el carácter y la personalidad del juez afectarán a su decisión. No es que necesariamente el juez haya de ser injusto, ya que no es este extremo el que trato de demostrar. Sobre lo que quiero llamar tu atención es que en este caso en concreto el juez no puede ser imparcial, ni lo será. Sus pareceres sobre el obrero, sus opiniones personales sobre los terratenientes o los patrones, y sus puntos de vista sociales, influenciarán su juicio, a veces inconscientemente. El veredicto puede ser justo, o puede no serlo, pero en ningún caso se basará en la evidencia. Se verá afectado y determinado por los sentimientos subjetivos y personales del juez, y por sus puntos de vista referentes a la clase trabajadora y al capital. Su actitud será, generalmente, la de su círculo de amigos y conocidos, la de su grupo social, y sus opiniones sobre la cuestión se

corresponderán con los intereses de este grupo. Él mismo puede ser también un terrateniente o tener acciones de una empresa que explote al trabajador.

Consciente o inconscientemente, la perspectiva del tribunal tomará el color de las opiniones y prejuicios del juez, y su veredicto será el resultado de éstos.

Además, la apariencia de los dos litigantes, sus diferentes modos de expresión y conducta, y especialmente, la destreza con que utilicen la habilidad de sus respectivos asesores, tendrán una considerable influencia sobre las impresiones del juez, y en consecuencia, sobre su decisión.

Por consiguiente, queda aclarado que en tales casos el veredicto dependerá más de la conciencia de clase del juez que del fondo del asunto.

Es tan general esta experiencia que la voz popular la ha definido con la frase: "el pobre no puede hallar justicia contra el rico".

Pueden darse excepciones, ahora y siempre, pero lo dicho es generalmente verdad y no puede ser de otro modo en tanto esté dividida la sociedad en clases diferentes con intereses distintos.

Mientras esta situación perdure la justicia tiene que ser partidista, justicia de clase, o sea, injusta en favor de una clase sobre otra.

Puedes ver esto ilustrado todavía más claramente en los casos que implican cuestiones definidas, casos de la lucha de clases.

Escoge, por ejemplo, el caso de una huelga de trabajadores contra una compañía o un rico patrón. ¿Al lado de quién hallarás a los jueces, a los tribunales? ¿De quién serán los intereses que protegerán la ley y el gobierno? Los obreros van a la huelga por conseguir mejores condiciones de vida. Tienen compañeras e hijos, para quienes tratan de obtener una participación un poco mayor de la riqueza que crearon con su esfuerzo. ¿Los apoyan la ley y el gobierno en esta digna empresa?

¿Qué ocurre en la realidad? Cada rama del árbol del gobierno acude en auxilio del capital contra el trabajador. Los tribunales emitirán requerimientos judiciales contra los huelguistas, prohibirán formar piquetes o los harán inefectivos, no permitiendo que los huelguistas persuadan a los rompehuelgas para que no les quiten el pan de la boca, la policía golpeará y arrestará a los piquetes, los jueces les impondrán multas y rápidamente serán encarcelados. Toda la maquinaria del gobierno estará al servicio del capitalismo para romper la huelga, aplastar la organización, si es posible, y reducir a la obediencia a los obreros.

Y a veces, el gobierno del Estado moviliza a la Guardia Nacional y el presidente lanza a la calle al ejército, todo en apoyo del capital y en contra de los trabajadores.

Mientras esto sucede, el consorcio o la empresa a quien se le está planteando la huelga ordenará a sus empleados que desalojen las casas de la compañía, arrojándolos a la intemperie con sus familias, y sustituyéndolos en el taller, la mina o la fábrica por rompehuelgas, bajo la protección y con la ayuda de la policía, los tribunales y el gobierno, a quienes mantienes con tu trabajo y con tus impuestos.

¿Puedes hablar de justicia en tales circunstancias? ¿Puedes ser tan ingenuo que creas posible la justicia en la lucha del pobre contra el rico, del trabajador contra el capital? ¿No puedes ver que esto es un combate encarnizado, una lucha de intereses opuestos, una guerra entre dos clases? ¿Puedes esperar justicia en la guerra?

La clase capitalista sabe que esto es una verdadera guerra, y por eso hace uso de cuantos medios dispone para derrotar a los trabajadores. Pero desgraciadamente, los obreros no ven la situación tan claramente como sus amos, y siguen diciendo tonterías sobre la "justicia", la "igualdad ante la ley" y la "libertad".

Para la clase capitalista es útil que los obreros se crean tales cuentos de hadas. Garantiza que se mantengan las reglas de juego de los amos. Por eso ponen todo su esfuerzo en mantenerlos en esa creencia. La prensa capitalista, el político y el orador público nunca pierden una oportunidad para meterte en la cabeza que la ley significa justicia, que todos somos iguales ante la ley y que todos tenemos libertad y las mismas oportunidades en la vida. Nuestra civilización entera, la gigantesca maquinaria de la ley, el orden, el capitalismo y el gobierno están edificados sobre esa colosal mentira. La repetición constante de esta mentira por medio de la Iglesia, la escuela y la prensa, obedece al único propósito de mantener las condiciones como están, de sostener y proteger "las sagradas instituciones" de la esclavitud asalariada y conseguir de ti obediencia a la autoridad y a la ley.

Intentan por todos los medios inculcar a las masas esta mentira de "justicia", "igualdad" y "libertad", porque bien saben que

todo su poder y su dominio reposan en esta creencia. En cualquier momento, venga o no a cuento, tratan de que te tragues como buena esta mentira, y han creado días especiales en los que grabarte la lección con más énfasis. Sus arrebatadores oradores te ceban con esa droga del 4 de julio, y te permiten lanzar a las nubes tu miseria e insatisfacción entre fuegos de artificio y olvidar la esclavitud del salario entre bullicio y alboroto. ¡Qué insulto para la memoria gloriosa de aquel gran acontecimiento, la guerra revolucionaria americana que abolió la tiranía de Jorge III e hizo de las colonias americanas una república independiente! Ahora, el aniversario de este acontecimiento se utiliza para enmascarar tu servidumbre en el país en que los trabajadores no tienen ni libertad ni independencia. ¡Para añadir el insulto a la injuria, te han dado un Día de Acción de Gracias para que puedas ofrendar piadosos agradecimiento por lo que no tienes!

Es tan grande la seguridad de tus amos en tu estupidez, que se atreven a hacer tales cosas. Se sienten seguros de que te han embaucado por completo y de que han reducido tu tendencia natural a la rebelión frente a tan abyecta veneración de "la ley y el orden", que nunca más soñarás con abrir tus ojos y permitirás que tu corazón grite en una furibunda protesta de resistencia.

Al más mínimo signo de rebeldía, todo el peso del gobierno, la ley y el orden caen sobre ti, empezando con la comisaría, el calabozo y la cárcel y terminando con la horca o la silla eléctrica. La totalidad del sistema de gobierno capitalista se moviliza para aniquilar cualquier síntoma de descontento y rebeldía, incluso los intentos de mejorar tus condiciones de existencia como trabajador.

Porque tus amos comprenden perfectamente la situación y conocen ampliamente el peligro de que despiertes y te des cuenta de la situación real, de que eres un esclavo. Están atentos a sus intereses, a los intereses de su clase. Tienen conciencia de clase mientras que los obreros permanecen confundidos y aturdidos.

Los grandes industriales saben lo ventajoso que es mantenerte aislado y desorganizado, o destruir tus organizaciones cuando son fuertes y militantes. Por las buenas o por las malas se oponen a cada avance que hagáis como trabajadores con conciencia de clase. Todo movimiento por mejorar las condiciones de trabajo es odiado y combatido a sangre y fuego.

Preferirán derrochar millones en el tipo de educación y propaganda que sirve a la continuidad de su mandato, que en mejorar tu situación como trabajador. No ahorran ni en gastos ni en energías para sofocar cualquier pensamiento o idea que pueda reducir sus ganancias o que amenace su dominio sobre ti.

Por esta razón intentan aplastar toda aspiración de los trabajadores por mejorar las condiciones de trabajo. Considera, por ejemplo, el movimiento por la consecución de la jornada de ocho horas. Es una historia relativamente reciente, y probablemente recordarás con qué acritud y decisión se opusieron los patrones a este esfuerzo de los trabajadores. En algunas industrias de América y en muchos países europeos, la lucha continúa.

En los Estados Unidos comenzó en 1886, y fue combatida por los empresarios con la mayor brutalidad con el objetivo de que los trabajadores volviesen a las fábricas bajo las antiguas condiciones.

Recurrieron a cierres patronales (*lock-outs*), despidiendo a miles y miles, a la violencia, contratando matones y lanzándolos, junto con los Pinkertons[5], contra las asambleas y sus miembros más activos, a la demolición de los locales de los sindicatos y de cualquier otro local donde se diese un mitin.

¿Dónde estuvo "la ley y el orden"? ¿De qué parte se puso el gobierno? ¿Qué hicieron los tribunales y los jueces? ¿Dónde estaba la justicia?

Las autoridades locales, estatales y federales utilizaron todos los mecanismos y todo el poder a su servicio para ayudar a los patrones. No dudaron en recurrir al asesinato. Los miembros más activos y capaces del movimiento pagaron con sus vidas la intentona de los trabajadores para reducir sus horas de trabajo. Se han escrito muchos libros sobre esta epopeya, por lo que es innecesario que entre en detalles. Pero un relato breve de aquellos acontecimientos refrescará la memoria del lector.

El movimiento por la jornada diaria de ocho horas se inició en Chicago, el 1 de mayo de 1886, extendiéndose gradualmente por todo el país. Sus comienzos estuvieron marcados por huelgas en la mayor parte de los grandes centros industriales.

Veinticinco mil trabajadores abandonaron sus tareas en Chicago el primer día de la huelga y en dos días su número se duplicó.

[5] La Agencia Nacional de Detectives Pinkerton fue un servicio de seguridad privada de los Estados Unidos y una agencia de detectives fundada por Allan Pinkerton en 1850.

Hacia el 4 de mayo, casi todos los trabajadores sindicados se habían sumado a la huelga.

El brazo armado de la ley se lanzó inmediatamente en ayuda de los patrones. La prensa capitalista despotricaba contra los huelguistas y pedía contra ellos todo el plomo que fuese necesario. Inmediatamente se produjeron asaltos policiales a los mítines de los huelguistas. El ataque más virulento se produjo en las obras de Mr. Cormick, donde las condiciones de trabajo eran tan insoportables que los obreros se habían visto forzados a ir a la huelga ya en febrero. En este lugar, la policía y los Pinkerton dispararon sobre una asamblea de trabajadores, matando a cuatro de ellos e hiriendo a una veintena más.

Para protestar contra esta infamia se convocó un mitin en Haymarket Square para el 4 de mayo de 1886.

Fue una asamblea ordenada, tal como hacían diariamente los obreros de Chicago. El alcalde de la ciudad, Carter Harrison, estaba presente; escuchó varios discursos y entonces, según su posterior testimonio ante el tribunal, retornó al cuartel general de la Policía para informar a su jefe de que el mitin se desarrollaba en orden. Se hacía tarde, eran alrededor de las diez de la noche, pesadas nubes se cernían y aglutinaban sobre el cielo, amenazaba lluvia. La asamblea comenzó a dispersarse, hasta que solamente quedaron unos doscientos oyentes. Entonces, súbitamente, un destacamento de cien policías irrumpió en escena, comandado por el inspector de policía Bonfield. Se detuvieron frente a la tribuna de los oradores, desde la que Samuel Fielden hacía el resumen del mitin. El inspector ordenó a la asamblea que se dispersase. Fielden replicó: “Esto es una asamblea pacífica”. Sin advertencia alguna, los policías se arrojaron sobre la gente, apaleando y aporreando sin piedad a hombres y mujeres. En ese instante, algo silbó, rasgando el aire. Hubo una explosión, como de una bomba, y siete policías resultaron muertos y cerca de sesenta heridos.

Nunca pudo establecerse quién arrojó la bomba, y aún hoy se desconoce la identidad del hombre u hombres que la arrojaron.

Tan brutalmente se habían comportado la policía y los Pinkerton con los huelguistas que no sería sorprendente que cualquiera expresase su protesta con un acto así. ¿Quién fue? Los amos industriales de Chicago no estaban interesados en este detalle. Estaban decididos a aplastar a los trabajadores rebeldes, a acabar con la campaña por las ocho horas y a ahogar la voz de los propagandistas obreros. Declararon abiertamente su resolución de “dar a esos hombres una lección”.

De entre los más activos e inteligentes líderes del movimiento obrero destacaba, por aquel entonces, Albert Parsons, un hombre de antigua raigambre americana, cuyos antepasados habían combatido en la Revolución americana. Unidos a él, en la agitación por la reducción de la jornada de trabajo, estaban August Spies, Adolf Fischer, George Engel y Louis Lingg. Los intereses monetarios de Chicago y del Estado de Illinois decidieron ir a por ellos. Su objetivo era castigar y aterrorizar al trabajador mediante el asesinato de sus líderes más entusiastas. El juicio de aquellos hombres fue la conspiración más infernal del capital contra los trabajadores que conoce la historia de América. El perjurio en las pruebas, el soborno del jurado y la venganza policial se combinaron para perderlos.

Parsons, Spies, Fischer, Engel y Long fueron condenados a muerte; Lingg se suicidó en la cárcel, Samuel Fielden y Michael Schwab fueron sentenciados a cadena perpetua, y Oscar Neebe a quince años. No se ha escenificado nunca una parodia de la justicia más colosal que el juicio de esos hombres, conocidos como los anarquistas de Chicago.

Que el veredicto fue un ultraje legal, puedes juzgarlo por la decisión de John P. Altgeld, posteriormente gobernador de Illinois, quien tras revisar cuidadosamente el proceso, declaró que los hombres ejecutados y condenados a prisión habían sido víctimas de un complot de los empresarios, los tribunales y la policía. No pudo deshacer los asesinatos judiciales, pero tuvo el valor de liberar a los anarquistas que todavía estaban en la cárcel, enmendando, mientras estuvo en el poder, el terrible crimen que contra ellos se había cometido. La venganza de los explotadores continuó hasta que pudieron castigar la valerosa conducta de Altgeld, eliminándolo de la vida política de América.

La tragedia de Haymarket, sobradamente conocida, demuestra de forma terminante la clase de “justicia” que los trabajadores pueden esperar de sus amos. Es una demostración del carácter de su justicia de clase y de los medios a los que recu-

rrirán el capital y el gobierno para aplastar a los trabajadores. La historia del movimiento obrero norteamericano está llena de tales ejemplos.

No es el propósito de esta obra revisar su gran cantidad, repartida en numerosos libros y publicaciones, a las cuales remito al lector que desee un conocimiento más íntimo del Gólgota del proletariado norteamericano. Los asesinatos judiciales de Chicago, aunque en menor escala, se repiten en cada lucha de los trabajadores. Basta con mencionar las huelgas mineras del Estado de Colorado, con el terrible capítulo de Ludlow, donde la milicia del estado disparó sobre las tiendas de decenas de trabajadores, haciéndolas arder y causando la muerte de numerosos hombres, mujeres y niños.

El asesinato de huelguistas en los campos de lúpulo de Wheatland, California, en el verano de 1913. En Everett, Washington, en 1916. En Tulsa, Oklahoma, en Kansas, en las minas de cobre de Montana y en numerosos lugares de todo el país.

Nada despierta tanto el odio y la venganza de los amos, como el esfuerzo por iluminar a sus víctimas. Esto es tan verdad hoy como lo fue en tiempos de la esclavitud y el vasallaje.

Hemos visto cómo la Iglesia persiguió y martirizó a sus críticos, y combatió cada avance de la ciencia como una amenaza para su autoridad e influencia. Igualmente todo déspota ha suspirado siempre por ahogar la voz de la protesta y la rebeldía. Con el mismo ánimo, capital y gobierno se lanzan hoy y hacen pedazos a cualquiera que ose remover los cimientos de su poder y sus intereses.

Tomemos dos casos recientes de esta actitud invariable de la autoridad y la propiedad: el caso Mooney-Billings y el caso Sacco y Vanzetti. Uno se dio en el Este, el otro en el Oeste, los dos separados por una década y por toda la extensión del país.

Sin embargo, fueron exactamente iguales, demostrando que no hay ni Este ni Oeste, ni ninguna diferencia de tiempo o lugar en el trato que los amos dan a sus esclavos.

Mooney y Billings están condenados en California a cadena perpetua. ¿Por qué? Si tuviera que contestar en pocas palabras, diría con toda franqueza y determinación que porque son organizadores inteligentes que trataron de instruir a sus compañeros de trabajo y mejorar su situación.

Fue justamente esto y no otra cosa lo que los condenó. La Cámara de Comercio de San Francisco, el poder del dinero de California, no podía tolerar las actividades de dos hombres tan enérgicos y militantes. Los trabajadores se estaban rebelando en San Francisco, las huelgas se multiplicaban y los obreros demandaban una mayor participación en la riqueza que producían.

Los magnates de la industria de la Costa Oeste declararon la guerra a los trabajadores organizados. Proclamaron el "open shop"[6] y su decisión de destruir los sindicatos. Era el primer paso para colocar a los trabajadores en una situación de indefensión y entonces, reducir los jornales. Su odio y persecución se dirigió, ante todo, contra los trabajadores más activos.

Tom Mooney había organizado a los tranviarios de San Francisco, un crimen que la compañía no podía perdonarle. Mooney, junto con Warren Billings y otros obreros, habían actuado también en numerosas huelgas. Eran conocidos y admirados por su devoción a la causa del sindicato. Esto fue suficiente para que los patrones y la Cámara de Comercio de San Francisco tratasen de quitárselos de en medio. En varias ocasiones, acusaciones falsas inventadas por los agentes de la compañía de transporte y de otras corporaciones provocaron su detención.

Pero los cargos eran tan débiles que tuvieron que ser puestos en libertad. La Cámara de Comercio esperó su oportunidad para "cazar" a aquellos dos hombres, como abiertamente amenazaron sus agentes con hacer.

La oportunidad se presentó con la explosión de un artefacto en el "Preparedness Parade"[7], en San Francisco el 22 de julio de 1916. Los sindicatos de la ciudad decidieron no participar en el desfile, porque no era más que una demostración de fuerza del capital de California dirigida contra los trabajadores organizados, a los que la Cámara de Comercio había intentado aniquilar.

La "open shop" era la muestra pública de su política, y no era un secreto su decidida y amarga hostilidad hacia los sindicatos.

Nunca se ha descubierto quién colocó la máquina infernal que

[6] Práctica laboral que se realiza en los EE.UU. por la que se puede contratar a trabajadores, con independencia de si están afiliados o no a un determinado sindicato.

[7] Desfile en honor a los preparativos bélicos para la entrada en guerra de los EE.UU.

explotó durante el desfile, pero la policía de San Francisco jamás hizo serios esfuerzos por encontrar al o a los responsables.

Inmediatamente después del trágico incidente, Thomas Mooney y su esposa Rena fueron detenidos, como también Warren Billings, Edward D. Nolan, miembro del Sindicato de Maquinistas, e I. Weinberg, del Sindicato de Conductores.

El caso de Billings y Mooney fue uno de los mayores escándalos en la historia de los tribunales de justicia de América.

Los testigos del Estado eran perjuros declarados, sobornados y amenazados por la policía para dar falso testimonio. La prueba que demostraba la completa inocencia de Mooney y Billings se omitió. Mooney fue acusado de haber colocado la máquina infernal. En el momento de la explosión estaba con unos amigos sobre el tejado de una casa, a milla y media[8] del lugar de la explosión.

Una fotografía tomada por una compañía cinematográfica durante el desfile muestra con toda claridad a Mooney sobre el tejado, y detrás, al fondo, un reloj que indicaba 2:02h de la tarde.

La explosión se produjo a las 2:06h, por lo que habría sido imposible para Mooney estar en ambos sitios casi al mismo tiempo.

Pero no era una cuestión de evidencias, de culpabilidad o inocencia. Tom Mooney era odiado ferozmente por determinados intereses de San Francisco. Había que quitarlo de en medio. Mooney y Billings fueron condenados, el primero a muerte y el segundo a cadena perpetua.

La ultrajante forma en que se produjo el juicio, el evidente perjurio de los testigos del Estado, y la mano en la sombra de los fabricantes, claramente visible tras la acusación, sublevaron al país. El asunto terminó por llegar al Congreso. Éste pasó una resolución al Departamento de Trabajo ordenando que se investigase el caso. El informe del comisionado John B. Densmore, enviado a este propósito a San Francisco, expuso la conspiración para colgar a Mooney como uno de los métodos que empleó la Cámara de Comercio para destruir la organización de los trabajadores de California.

Desde ese momento, la mayor parte de los testigos, no habiendo recibido la recompensa ofrecida, confesaron haber jurado en falso instigados por Charles M. Fickert, por entonces fiscal del distrito de San Francisco y conocido instrumento de la Cámara de Comercio. Draper Haud y R. W. Smith, oficiales de policía de la ciudad, declararon bajo juramento que la prueba contra Mooney y Billings fue preparada de principio a fin por el fiscal del distrito, y sus testigos sobornados y escogidos entre la más baja escoria de la Costa Oeste.

El caso Mooney-Billings atrajo la atención nacional e internacional. El presidente Wilson se vio inducido a llamar dos veces al orden al gobernador de California, pidiendo una revisión de la causa. La sentencia a la última pena de Mooney fue conmutada por prisión perpetua, pero no se hizo ningún esfuerzo para asegurarle a Mooney un nuevo juicio.

Los poderes monetarios de California querían que Mooney y Billings siguieran encarcelados. La Corte Suprema del Estado se negó constantemente por cuestiones de forma a revisar los testimonios del juicio, cuyo carácter se convirtió en proverbial en toda California.

Todos los jurados que sobreviven han declarado que, si los verdaderos hechos del caso hubieran llegado a su conocimiento durante el juicio, de ningún modo hubiesen condenado a Mooney. Hasta el juez Frazer, que presidió el juicio, ha pedido el perdón de Mooney en similares términos.

Tom Mooney y Warren Bilings todavía permanecen en presidio.

La Cámara de Comercio de California está decidida a mantenerlos allí, y su poder es supremo ante tribunales y gobiernos.

¿Puedes hablar aún de justicia? ¿Crees posible la justicia para los trabajadores en el reinado del capitalismo?

Los asesinatos judiciales de los anarquistas de Chicago acaecieron hace muchos años, en 1887. Mucho tiempo ha transcurrido, también, desde el caso Mooney-Billings, en 1916-17.

Este último, sin embargo, sucedió muy lejos, en la costa del Pacífico, en tiempos de la psicosis de la guerra. Tan enorme injusticia pudo darse solamente en aquellos días –podrías decir– y hoy difícilmente se repetiría.

Lleguemos, entonces, a nuestros días, al verdadero corazón de América, a la orgullosa sede de la cultura, a Boston, Massachusetts.

[8] Aproximadamente un kilómetro y seiscientos metros.

Basta mencionar Boston para evocar la imagen de dos proletarios:

Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. El uno, un pobre zapatero, el otro, un vendedor ambulante de pescado. Dos nombres hoy conocidos y honrados en todos los países civilizados del mundo.

Mártires de la humanidad, si alguna vez existió alguno; dos hombres que entregaron sus vidas por su devoción al género humano, por su lealtad al ideal de una clase trabajadora emancipada y libre. Dos hombres inocentes que soportaron con valor la tortura durante siete largos años, y que afrontaron su terrible muerte con una serenidad de espíritu raramente igualada por los más grandes mártires de todos los tiempos.

La historia del asesinato judicial de dos hombres nobles, el crimen de Massachusetts, que ni será olvidado ni perdonado mientras el Estado exista, está demasiado fresco en la memoria de cualquiera para que necesite recapitulación aquí.

Pero ¿por qué tuvieron que morir Sacco y Vanzetti? Esta pregunta es de la máxima importancia, y nos lleva directamente al quid de la cuestión.

¿Piensas que si Sacco y Vanzetti hubiesen sido precisamente un par de criminales, como la acusación trató de hacer creer, habría existido esa despiadada determinación de ejecutarlos frente las apelaciones, los alegatos y las protestas del mundo entero?

O si hubiesen sido plutócratas culpables de asesinato, sin que hubiera otra cuestión en el caso, ¿hubieran sido ejecutados?

¿No habrían permitido la apelación a los tribunales superiores de Estado? ¿Se hubiera negado a considerar el caso la Corte Suprema Federal?

Has oído a menudo de tipos ricos que asesinan a un hombre, o de hijos de padres adinerados condenados por asesinato en primer grado. ¿Pero me puedes nombrar uno solo de entre ellos que haya sido ejecutado en los Estados Unidos? ¿Descubrirás alguno en prisión todavía? ¿No alega siempre la ley excusas de "locura transitoria", de "arrebato y obcecación", de "irresponsabilidad legal" en todos los casos de hombres ricos convictos de crimen?

Pero incluso si Sacco y Vanzetti hubiesen sido delincuentes comunes sentenciados a muerte, ¿no hubiesen conseguido para ellos clemencia las apelaciones de hombres prominentes de todos los estadios de la vida, de sociedades caritativas, y de cientos de miles de amigos y simpatizantes? ¿No hubiera tenido como resultado la duda de su culpabilidad, expresada por las autoridades legales supremas, un nuevo juicio, una revisión de los antiguos testimonios y la consideración de nuevas evidencias en su favor?

¿Por qué se les rehusó todo esto a Sacco y Vanzetti? ¿Por qué "la ley y el orden", empezando por la policía local y los detectives federales, continuando por el juez confesadamente parcial, por toda la Corte Suprema del Estado, el gobernador y terminando por la Corte Suprema Federal mostró tal decisión para enviarlos a la silla eléctrica?

Porque Sacco y Vanzetti eran peligrosos para los intereses del capital. Estos hombres expresaban la disconformidad de los trabajadores con su situación servil. Ellos expresaban conscientemente los más íntimos sentimientos inconscientes de los obreros. Porque eran hombres con conciencia de clase, anarquistas, significaban una mayor amenaza para la seguridad del capitalismo que todo un ejército de huelguistas no conscientes de los verdaderos objetivos de la lucha de clases. Saben los amos que cuando vas a la huelga sólo reclamas una mayor paga o menos horas de trabajo. Pero la lucha con conciencia de clase de los trabajadores contra el capital es algo mucho más serio; significa la entera abolición del sistema del salario y la liberación del trabajo del yugo capitalista. Puedes comprender rápidamente por qué los amos vieron en hombres como Sacco y Vanzetti un peligro mayor que en la más colosal huelga por la mejora de las condiciones de vida en el marco del sistema capitalista.

Sacco y Vanzetti amenazaban toda la estructura del capitalismo y del gobierno. No como dos simples proletarios, no como individuos, sino como representantes del espíritu de rebelión consciente contra las condiciones de explotación y de opresión.

Es este espíritu el que el capitalismo y el gobierno intentaron asesinar en la persona de estos dos hombres. Y para matar este espíritu y al movimiento de emancipación de los trabajadores quisieron sembrar el terror en los corazones de todos los que podían pensar y sentir como Sacco y Vanzetti. Castigar a aquellos dos hombres intimidaría a los trabajadores y los mantendría al margen del movimiento proletario.

Y es por esta razón por lo que ni los tribunales ni el gobierno de Massachusetts pudieron ser inducidos a permitir a Sacco y Vanzetti un nuevo juicio. Existía el peligro de que fueran absueltos en un contexto social de creciente sentido de la justicia; se corría el riesgo de que el complot para asesinarlos saliese a la luz. Es por esto por lo que los jueces de la Corte Suprema Federal, al igual que los de la Corte Federal del Estado de Massachusetts denegaron las peticiones de nuevo juicio pese a evidencias recientes de gran importancia. También por esta razón no intercedió en el asunto el presidente de los Estados Unidos, pese a tener el deber, tanto moral como legal, de mediar en el caso. Deber moral, en interés de la justicia; obligación legal, porque como presidente había jurado defender la Constitución que garantiza a todo el mundo un tribunal imparcial, lo que no obtuvieron Sacco y Vanzetti.

El presidente Coolidge tenía los suficientes precedentes para intervenir en favor de la Justicia, el más notable, el ejemplo de Woodrow Wilson en el caso de Mooney. Pero Coolidge no tenía el coraje para hacer eso, al ser un completo lacayo de los grandes intereses. No hay duda de que el caso Sacco y Vanzetti fue considerado incluso de mayor importancia y con mayor significado de clase que el de Mooney. De cualquier forma, el gobierno y el capital estaban de acuerdo en su resolución de sostener a toda costa a los tribunales de Massachusetts y sacrificar a Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

No hubo por tanto ni apelación ni nuevo tribunal, tan sólo un despacho oficial a puerta cerrada en la mansión del gobernador, una vista realizada por hombres cuya lealtad a la clase dominante estaba más allá de toda sospecha; hombres que por su formación y su educación, y por tradición e intereses estaban destinados a sostener a los tribunales y a limpiar el veredicto de Sacco y Vanzetti de toda imputación de justicia de clase. Por ello Sacco y Vanzetti tenían que morir.

El gobernador de Massachusetts, Fuller, pronunció la última palabra de sus sentencias. Hasta el último instante, millares de personas habían esperado que el gobernador retrocediera y no se ejecutara este asesinato a sangre fría. Pero estas gentes no sabían, o lo habían olvidado, que años antes, en 1919,

este mismo Fuller había declarado en el Congreso que todo "radical, socialista, I.W.W.[9], o anarquista sería exterminado", esto es, que todos los que pretendiesen liberar a los trabajadores, sería asesinados. ¿Podían esperar, razonablemente, que un hombre así fuese justo con dos anarquistas declarados como Sacco y Vanzetti?

El gobernador Fuller actuaba de acuerdo con sus opiniones, y defendiendo con su actitud sus intereses de miembro de la clase gobernante, con completa conciencia de clase. De manera similar había actuado el juez Thayer y todos aquellos que habían participado en la acusación, sin excluir a los "respetables caballeros" de la Comisión que designó Fuller para revisar la causa en sesión secreta. Todos ellos, conscientes de clase, estaban interesados solamente en apoyar la "justicia" capitalista, así como también "la ley y el orden" que les permite vivir y beneficiarse.

¿Hay justicia para el trabajador dentro del capitalismo y del gobierno? ¿Podría haberla mientras subsista el actual sistema?

Decide tú mismo.

Los casos que se citan son algunos de entre las numerosas contiendas que el trabajo organizado de Norteamérica ha sostenido contra el capital. Lo mismo puede decirse de cada país.

Claramente demuestran el hecho de que:

1. Solamente hay justicia de clase en la guerra del capital contra los trabajadores. No puede haber justicia para el trabajo bajo el capitalismo.
2. Ley y gobierno, lo mismo que las demás instituciones capitalistas (la prensa, la escuela, la Iglesia, la policía y los tribunales) están siempre al servicio del capital y contra el trabajador, sean cuales fueren las circunstancias en un caso determinado. Capital y gobierno son gemelos con un interés común.
3. Capital y gobierno utilizarán cualquier medio para mantener al proletariado sojuzgado. Aterrorizarán a la clase trabajadora y asesinarán despiadadamente a sus miembros más inteligentes y abnegados.

[9] Industrial Workers of the World más conocidos como Wobblies. Para más información véase Renshaw, Patrick: *Wobblies. Historia de la Industrial Workers of the World*. Tierra de Fuego, 2004.

Y no puede ser de otro modo, porque hay una lucha a vida o muerte entre capital y trabajo.

Cada vez que el capital y su sirviente, la ley, ahorcan a hombres como los anarquistas de Chicago, o electrocutan Saccos y Vanzettis, proclaman que "han librado a la sociedad de una amenaza". Quieren que creas que los ejecutados eran tus enemigos y los de la sociedad. También quieren que creas que sus muertes han resuelto la cuestión, que la justicia capitalista ha sido vindicada y que "la ley y el orden" han triunfado. Pero no se ha resuelto la cuestión y la victoria de los amos sólo es temporal.

La lucha continúa, como se continuó a través de toda la historia del hombre, durante la marcha del trabajo y la libertad. Ninguna cuestión se ha resuelto todavía, al menos correctamente. No puedes suprimir en el corazón humano el anhelo de libertad y bienestar, pese al terrorismo y a los infinitos asesinatos a que recurran los gobiernos. No puedes sofocar la demanda del obrero por mejores condiciones. La lucha continúa y continuará a despecho de todo lo que pueda hacer la ley, el gobierno y el capital. Pero lo que no deben hacer los trabajadores es derrochar sus energías y esfuerzos en direcciones erróneas; deben comprender claramente que no pueden esperar justicia de los tribunales, de la ley y del gobierno; que no pueden pretender que la esclavitud del salario sea abolida por sus amos.

"¿Qué hay que hacer entonces?" –preguntas. "¿Cómo obtendrán justicia los trabajadores?".

Capítulo IX

¿Puede la Iglesia apoyarte?

¿Qué puede hacerse?

¿Cómo abolir la miseria, la opresión y la tiranía? ¿Cómo eliminar el dolor y la injusticia, arrancar de raíz la corrupción, poner fin al crimen y al asesinato?

¿Cómo acabar con la esclavitud del salario?

¿Cómo asegurarle a cada uno libertad y bienestar, sol y alegría?

"Retorna hacia Dios", ordena la Iglesia; "Solamente una vida cristiana puede salvar el mundo."

"Permítenos aprobar una nueva ley", dice el reformista; "el hombre necesita ser obligado a ser bueno."

"Vota por mí", dice el político; "yo atenderé después a tus intereses."

"Los sindicatos", aconseja tu compañero de trabajo; "ésa es tu esperanza."

"Sólo el socialismo puede abolir el capitalismo y acabar con la esclavitud del salario", insiste el socialista.

"Yo soy bolchevique", anuncia otro; "sólo la dictadura del proletariado liberará a los trabajadores."

"Permaneceremos esclavos mientras tengamos gobernantes y amos", dice el anarquista; "sólo la libertad puede hacernos libres."

Los proteccionistas, librecambistas, partidarios del impuesto único, fabianos, tolstoianos y mutualistas, y una veintena más de médicos sociales, prescriben sus particulares medicinas para curar los males de la sociedad y tú te preguntas quién tiene razón y cuál podría ser la solución verdadera.

No puede haber error más grave que aceptar ciegamente este o aquel consejo. Ten por seguro que es un camino equivocado.

Solamente tu propio juicio y experiencia pueden decirte dónde se encuentra el camino correcto. Examina las diversas proposiciones y decide con tu inherente sentido común cuál es la más razonable y práctica. Sólo entonces conocerás lo que es más beneficioso para ti mismo, para el obrero, y para el género humano.

Consideremos los diferentes planes. ¿Puede la Iglesia apoyarte?

Puede que seas cristiano, o miembro de cualquier otra religión, judío, mormón, mahometano, budista o cualquier otra cosa.

Es indiferente. Cada hombre debería ser libre de creer en lo que le plazca. El tema no es qué fe religiosa profesas, sino si puede la religión abolir los males que nos aquejan.

Como dije antes, tenemos una sola vida y queremos vivirla lo mejor posible. Lo que será de nosotros cuando estemos muertos no lo sabemos. Las probabilidades son que nunca lo sabremos, y no sirve de nada molestarse en intentarlo.

La pregunta es sobre la vida, no sobre la muerte. Es el vivir lo que nos concierne a ti, a mí y a otros como nosotros. ¿Puede hacerse del mundo un lugar mejor donde vivir? Esto es lo que necesitamos saber. ¿Qué religión mejora el mundo?

El cristianismo tiene alrededor de dos mil años de edad. ¿Ha abolido algún mal? ¿Ha acabado con el crimen y el asesinato, nos ha librado de la miseria y la pobreza, de la tiranía y el despotismo?

Tú sabes que no ha sido así. Sabes que la Iglesia cristiana, como todas las demás iglesias, ha estado siempre al lado de los amos y contra el pueblo. Más aún: la Iglesia ha causado peores contiendas y más derramamientos de sangre que todas las guerras de reyes y de emperadores. La religión ha dividido a la humanidad en credos opuestos, y han tenido lugar las más sangrientas guerras a causa de las diferencias religiosas. La Iglesia ha perseguido a la gente por sus opiniones religiosas, las ha encarcelado y asesinado. La Inquisición católica aterrorizó al mundo entero, torturando y quemando vivos a los sedicentes herejes. Otras iglesias hicieron lo mismo cuando tuvieron el poder. Siempre suspiran por esclavizar y explotar al pueblo, mantenerlo en la ignorancia y en la oscuridad. Condenan todo esfuerzo del hombre por desarrollar su mente, por progresar, por mejorar su condición. Reprueban la ciencia y silencian al hombre sediento de sabiduría. Hasta el día de hoy, la religión institucionalizada es el Judas de su pretendido Redentor. Aprueba el asesinato y la guerra, la esclavitud del salario y el pillaje capitalista, y siempre se pronuncia a favor de "la ley y el orden" con las que crucificaron al Nazareno.

Piensa que Jesús pretendía que todos los hombres fuesen hermanos, que viviesen en paz y en buena voluntad. La Iglesia mantiene la desigualdad, la disensión nacional y la guerra.

Jesús condenó a los ricos como víboras y opresores del pobre.

La Iglesia se doblega ante el rico y acumula vastas riquezas.

El Nazareno nació en un pesebre y fue pobre durante toda su vida.

Sus pretendidos representantes y sus portavoces en la tierra viven en palacios.

Jesús predicaba la humildad. Los príncipes de la Iglesia son altaneros y están orgullosos de sus riquezas.

"Lo mismo que hicierais con el último de mis hijos", dijo Cristo, "lo hacéis conmigo". La Iglesia sostiene el sistema capitalista que esclaviza a niños pequeños y los lleva prematuramente a la tumba.

"No matarás", ordenó el Nazareno. La Iglesia aprueba las ejecuciones y la guerra.

El cristianismo es la mayor hipocresía creada. Ni las naciones cristianas ni los individuos practican los preceptos de Jesús. Los primeros cristianos sí lo hacían, y por eso fueron crucificados, quemados en la hoguera o arrojados a las fieras en el circo de Roma. Más tarde, la Iglesia cristiana llegó a un acuerdo con los que tenían el poder, ganaba dinero e influencia poniéndose al lado de los tiranos y contra el pueblo. Dio por bueno todo lo que Cristo condenó, y por eso se granjeó la voluntad y el apoyo de los amos y los reyes. Hoy en día, rey, amo y sacerdote son una trinidad. Crucifican a Jesús diariamente, lo glorifican con servicios religiosos sólo de palabra y lo traicionan por monedas de plata. Alaban su nombre pero matan su espíritu.

Es obvio que el cristianismo es la mayor impostura y vergüenza de la humanidad, y un completo fracaso, porque la súplica cristiana es una mentira. Las iglesias no practican lo que predican.

Además, te predican un evangelio que saben incompatible con tu vida, te incitan a que seas "mejor persona" sin darte una sola posibilidad de serlo. Por el contrario, las iglesias sostienen y apoyan las condiciones que te hacen "malo", mientras que te ordenan que seas "bueno". Se benefician materialmente con el régimen existente y están interesados económicamente en mantenerlo.

La Iglesia Católica, la Protestante, la Anglicana, la Ciencia Cristiana, la Mormona y el resto de denominaciones se cuentan hoy en día entre las organizaciones más opulentas del mundo.

Sus propiedades y riquezas se han amasado con la sangre y la carne de los obreros. Su radio de influencia es una prueba de cómo se engaña al pueblo. Los profetas de las diferentes religiones yacen muertos y olvidados, sólo quedan las ganancias.

"Pero si nosotros viviéramos una vida cristiana –remarcas– el mundo sería diferente."

Tienes razón, amigo mío. Pero ¿puedes vivir una vida cristiana bajo las condiciones actuales? ¿Te permite el capitalismo llevar una vida tal? ¿Te permitirá el gobierno hacer eso? ¿Es más, te daría la Iglesia alguna probabilidad de vivir una vida cristiana?

Trata de intentarlo un solo día y mira lo que te sucede.

Al abandonar tu hogar por la mañana temprano, decides ser un buen cristiano durante el día y decir solamente la verdad.

Cuando pasas frente al policía que está en la esquina le recuerdas a Cristo y sus mandamientos. Dile que "ame a sus enemigos como a sí mismo", y persuádele de que arroje lejos de sí su porra y su pistola.

Y cuando en la calle encuentras a un soldado, incúlcale las palabras de Jesús: "no matarás".

En el taller o en la oficina dile la verdad a tu patrón.

Háblale de la advertencia del Nazareno: "¿Para qué te servirá ganar el mundo entero si pierdes tu alma y tu salvación?".

Menciónale que Él nos ordenó partir nuestro último pedazo de pan con un pobre, que le es más difícil a un rico entrar en el cielo que a un camello pasar por el ojo de una aguja.

Y cuando al fin seas llevado ante un tribunal por perturbar la paz de los buenos cristianos, recuérdale al juez: "No juzgues si no quieres ser juzgado".

Te declararán loco o demente y te enviarán a un manicomio o a prisión.

Puedes ver qué gran hipocresía es que los pilotos celestiales[10] te prediquen una vida cristiana. Saben tan bien como tú que bajo el capitalismo y el gobierno "es tan imposible llevar una vida cristiana como al camello pasar por el ojo de una aguja". Todas aquellas buenas gentes que pretenden ser cristianas son, simplemente, unos hipócritas que predican lo que no puede llevarse a la práctica, puesto que no te procuran ninguna oportunidad de que lleves una vida cristiana. No, ni siquiera una vida decente y honesta, sin farsas ni engaños, sin fraudes ni mentiras.

Es verdad que si pudiéramos seguir los preceptos del Nazareno, la vida en el mundo se tornaría diferente. No habría entonces ninguna guerra ni asesinato, ningún fraude, mentira o búsqueda del lucro. No habría amo ni esclavo y todos viviríamos como hermanos en paz y armonía. No habría pobres ni ricos, ni crimen ni prisión, pero esto no es lo que quiere la Iglesia. Esto es lo que los anarquistas quieren, ya hablaremos de esta cuestión más adelante.

Así, amigo mío, nada tienes que esperar de la Iglesia cristiana ni de ninguna otra Iglesia. Todo progreso y superación ha sido hecho en el mundo contra la voluntad y el deseo de la Iglesia. Puedes creer en la religión que te plazca, pero no pongas en la Iglesia ninguna esperanza de mejoras sociales.

Vamos a ver, ahora, si el reformista o el político pueden ayudarnos.

[10] Nombre coloquial en el ejército y en las prisiones de los EE.UU. para referirse a los curas.

Capítulo X

Reformistas y política

¿Quién es y qué se propone el reformista?

El reformista quiere "reformar y mejorar". No está seguro de lo que quiere cambiar realmente. A veces dice que "las personas son malas" y son éstas las que él quiere "reformar". Otras veces, pretende "mejorar" las condiciones de vida. No cree en la abolición de todos los males juntos. Suprimir aquello que esté podrido es "demasiado radical" para él. "Por todos los cielos –te advierte– no te precipites". Él quiere cambiar las cosas gradualmente, poco a poco. Tomemos la guerra como ejemplo.

La guerra es mala, qué duda cabe, admite el reformista, es un asesinato a gran escala, una mancha sobre nuestra civilización.

Pero, ¿abolirla? ¡Oh, no! Él quiere "reformarla". Quiere "limitar los armamentos", por ejemplo. Con menos armas –dice– mataremos menos personas. Quiere "humanizar" la guerra, hacer la matanza más decorosa, en una palabra.

Si pusieses en práctica estas ideas en tu vida personal, no te extraerías una muela podrida que te doliese. Te la sacarían un poco hoy, un poco más la semana próxima, y así durante varios meses o años, y entonces ya estarías en condiciones para su extracción total, y así te dolería menos. Ésta es la lógica del reformista: "no vayas demasiado deprisa", no te extraigas un diente de una vez.

El reformista piensa que puede hacer mejores a las personas por medio de una ley. "¡Paso a una nueva ley!", dice cuando algo marcha mal, "obliga al hombre a ser bueno".

Se olvida de que durante cientos e incluso miles de años se han hecho leyes para forzar al hombre a ser bueno, y todavía la naturaleza humana sigue siendo, más o menos, como siempre fue. Tenemos tantas leyes, que hasta el proverbial abogado de Filadelfia se pierde en su laberíntico enredo. Las personas corrientes no pueden explicarte más sobre lo que es razonable o pernicioso, de acuerdo con lo establecido, lo que es justo, lo que es verdad, o lo que es falso. Una clase especial de personas –los jueces– deciden sobre lo que es honesto o deshonesto; cuándo está permitido hurtar y en qué forma, cuándo es legal el fraude y cuándo no, cuándo asesinar es ejercer un derecho

y cuándo es un crimen; qué uniforme te da derecho a matar y cuál no. Se requieren muchas leyes para determinar todo esto. Durante siglos los legisladores han estado atareados haciendo leyes (con un buen salario). Y aún hoy necesitamos todavía más leyes, puesto que las demás han fracasado en su propósito de hacernos "buenos".

Todavía continúa el leguleyo compeliendo a las personas a ser buenas. Si las leyes vigentes no te han hecho mejor –dice– entonces necesitas más leyes y que sean más estrictas. Las sentencias inflexibles disminuirán y prevendrán el crimen, proclama él, mientras que llama en apoyo de su "reforma" a los mismos hombres que han robado la tierra al pueblo.

Si uno cualquiera mata a otro en el curso de una discusión de negocios, por dinero u otros beneficios, el reformista no admitirá que sea el dinero y su ganancia lo que excita las más enconadas pasiones que inducen a los hombres al crimen y al asesinato. Argumentará que arrebatar una vida humana premeditadamente merece la pena capital, mientras que apoyará al gobierno para que envíe a cualquier otro país hombres armados a cometer una matanza a gran escala.

El reformista no puede pensar rectamente. No comprende que si los hombres actúan con maldad es porque piensan que los beneficia proceder así. El reformista dice que todo esto lo cambiará una nueva ley. Es un prohibicionista nato, quiere prohibir a los hombres que sean malos. Si, por ejemplo, un hombre pierde su trabajo y esto lo abruma y se emborracha para olvidar sus problemas, el reformista no pensará en ayudarlo a encontrar trabajo. No, es beber lo que debe prohibirse, insiste él. Cree que te ha reformado por sacarte del bar y meterte en un sótano donde, a hurtadillas, te emborrachas a la luz de la luna en vez de tomarte abiertamente un trago. Del mismo modo quiere reformarte en lo que comes, haces, piensas y sientes.

Se niega a ver que sus "reformas" generan peores males que los que supuestamente suprimen. Estas reformas provocan más mentiras, corrupción y vicio. Pone a unos hombres para que espíen a otros, y piensa que ha enarbolado el estandarte de la "moralidad". Pretende haberte hecho "mejor" obligándote a ser un hipócrita.

No pretendo entretenerte mucho más con el reformista. Nos lo volveremos a encontrar otra vez, con el político. Sin deseo

de tratarlo duramente, puedo decir con entera franqueza que cuando el reformador es honrado es un imbécil, y cuando es un político, es un estafador. En ninguno de los dos casos, como veremos pronto, puede resolver nuestro problema: cómo hacer del mundo un lugar mejor donde vivir.

El político es primo hermano del reformador. "Promulgo una nueva ley –dice el reformista– y obligo al hombre a ser bueno". "Permitidme a mí promulgar la ley –dice el político– y las cosas serán mejores".

Puedes reconocer al político en el hablar. Muchas veces, es un ambicioso que quiere servirse de tus hombros para llegar al poder. Una vez allí, olvida sus solemnes promesas y sólo se ocupa de su ambición y de sus intereses.

Cuando el político es honrado, te engaña en no menor escala que el ambicioso. Puede que sea peor, porque tú confías en él y la desilusión es mayor cuando ves que no te beneficia en nada.

El reformador y el político van, ambos, por una ruta equívoca.

Tratar de cambiar a los hombres a base de nuevas leyes es precisamente lo mismo que tratar de cambiar tu cara comprando un nuevo espejo. Porque son los hombres los que hacen las leyes, no las leyes a los hombres. La ley refleja simplemente cómo son los hombres, del mismo modo que el espejo refleja tus facciones.

"Pero la ley evita que las personas se vuelvan criminales", aseveran el reformador y el político.

Si esto es verdad, si la ley previene realmente el crimen, entonces cuantas más leyes mejor. Cuando llegue el día en que hayamos promulgado las suficientes leyes no habrá un solo crimen más. Bien, ¿por qué sonríes? Porque sabes que esto es una necedad. Sabes que lo más que puede hacer la ley es castigar el crimen, pero no prevenirlo.

Si llegase un día en que la ley pudiese leer en el cerebro de un hombre y detectar su intención de cometer un crimen, entonces, podría prevenirlo. Pero en este caso la ley no dispondría de policías para prevenirlo, porque éstos estarían ya en la cárcel. Y si la administración de justicia fuese honrada e imparcial, no habría jueces ni legisladores, porque tendrían todos que estar haciendo compañía a los policías.

Pero hablando seriamente, tal como hoy están las cosas, ¿puede la ley prevenir el crimen? Solamente puede hacerlo cuando se ha anunciado la intención de cometer un crimen o es un hecho patente. Pero tales casos son muy raros. Nadie anuncia sus planes criminales. La pretensión de que la ley previene el crimen está completamente desprovista de fundamento.

"Pero el temor al castigo", objetas, "¿no impide eso el crimen?"

Si fuera así, hace mucho tiempo que hubiera desaparecido el crimen, puesto que, seguramente, la ley ya ha castigado bastante.

Toda la experiencia humana rebate la idea de que el castigo prevenga el crimen. Por el contrario, se ha hallado que ni aun los más severos castigos atemorizan a la gente para que evite el crimen.

En Inglaterra, como en otros países, se usó la pena de muerte para castigar no sólo el asesinato sino toda una serie de delitos menores. A pesar de ello no disuadió a otras personas de cometer los mismos delitos. En esa época la gente era ejecutada públicamente, en la horca, en el garrote vil o en la guillotina, con el propósito de inspirar mayor temor. Hasta el más pavoroso castigo ha fracasado siempre como medio de disminuir o prevenir el crimen. Se halló que las ejecuciones públicas tenían un efecto embrutecedor sobre las personas y se han registrado casos de personas que presenciaron una ejecución e inmediatamente cometieron el mismo crimen cuya terrible sanción habían presenciado. Es por esto por lo que las ejecuciones públicas fueron abolidas, pues hicieron más daño que beneficio. Y las estadísticas muestran que no se ha incrementado el crimen en países que han abolido la pena capital.

Desde luego que existirán casos en los que el temor al castigo prevendrá un crimen, pero, en conjunto, la única ejemplaridad que lleva en sí el castigo es hacer al criminal más cuidadoso, con lo cual su detención será más difícil.

Generalizando, pueden considerarse dos tipos de crímenes.

Unos cometidos al calor de la pasión y la ira, en los que no hay lugar para detenerse a considerar las consecuencias, de modo que el temor al castigo no entra aquí como factor. Otros cometidos tras fría deliberación, en su mayor parte llevados a cabo profesionalmente, y en tales casos, el temor al castigó sólo sirve para que el criminal se cuide aún más de no dejar rastro alguno.

Una característica bien conocida del criminal profesional es que se cree lo suficientemente diestro como para evitar su detención, sin que importe la frecuencia con la que de hecho lo apresen.

Siempre culpará a alguna circunstancia en particular, a alguna causa accidental o simplemente a "la mala suerte" de haber sido arrestado. "La próxima vez tendré más cuidado" dice, o "nunca más confiaré en mi compinche".

Pero casi nunca verás que piense en abandonar el crimen, por miedo al castigo que puede sobrevenirle. He conocido a miles de criminales y difícilmente se encuentra a uno que tome en consideración el posible castigo.

Y es justamente porque el temor al castigo no disuade al criminal por lo que el crimen continúa a despecho de todas las leyes, tribunales, presidios y ejecuciones.

Pero vamos a suponer que el castigo tenga un efecto disuasorio.

¿No es preciso entonces que existan poderosas razones para que las personas cometan crímenes, a pesar de todos los crueles castigos que se infligen?

¿Cuáles son esas razones?

Todo funcionario de prisiones te dirá que cuando el desempleo crece, cuando corren malos tiempos, las cárceles están llenas.

Este dato es también desechado en la investigación de las causas del crimen. El porcentaje más alto de criminalidad es resultado de las condiciones de vida y de situaciones económicas e industriales.

Y es por esto por lo que la inmensa mayoría de la población penal viene de las clases desposeídas, de las clases pobres. Se ha comprobado que en la pobreza y el desempleo, con su acompañamiento de miseria y desesperación, están los gérmenes del crimen. ¿Hay alguna ley para prevenir la miseria y el desempleo? ¿Hay alguna ley para abolir las causas principales del crimen? ¿No están todas las leyes destinadas a mantener las condiciones que crean pobreza y miseria, y provocar el crimen en todo momento?

Supón que una cañería de tu casa revienta. Tú pones un cubo bajo la rotura a fin de recoger el agua que se escapa. Puedes continuar poniendo cubos, pero mientras no arregles la cañería rota, el agua continuará derramándose por mucho que la maldigas.

Los cubos son nuestras prisiones abarrotadas. Promulga cuantas leyes quieras, castiga a los criminales cuanto puedas, pero la fuga continuará hasta que repares la cañería social rota.

El reformador y el político, ¿quieren, en realidad, arreglar esa cañería?

He dicho que la mayoría de los crímenes tienen una naturaleza económica. Es decir, tienen que ver con el dinero, con la posesión, con el deseo de obtener algo con el mínimo esfuerzo, con asegurarse la vida o la riqueza recurriendo al fraude y al engaño.

Pues eso es justamente la ambición de toda nuestra vida, de toda nuestra civilización. Mientras nuestra existencia se base en tal contenido espiritual, ¿será posible extirpar el crimen? Mientras nuestra existencia se edifique sobre la máxima de apropiarse de todo lo que se pueda, deberemos continuar viviendo como vivimos. Unos buscarán esta vida "dentro de la ley", otros, más valerosos, temerarios o desesperados, la buscarán al margen de ella. Pero unos y otros estarán haciendo lo mismo, esto es, un crimen, independientemente de la forma en que se haga.

Aquellos que pueden realizarlo dentro de la ley llaman criminales a los otros. Y es para los criminales "ilegales", y para aquellos que podrían convertirse en tales, para los que se han hecho la mayoría de las leyes.

Los criminales "ilegales" son apresados a menudo. La culpabilidad y la pena que pueda derivarse dependerán de lo provechosa que haya sido su carrera criminal. Cuanto más provechosa, menos culpabilidad y menos pena. No es el crimen cometido lo que en último extremo decidirá sobre la suerte del que lo cometió, sino su destreza para emplear costosos abogados, sus relaciones sociales y políticas y su dinero e influencia.

Por lo general serán el pobre y el individuo sin amigos quienes sentirán todo el peso de la ley; obtendrán "justicia" rápida y el castigo más duro. No es capaz de aprovecharse de las diversas dilaciones que concede la ley a sus compañeros criminales más ricos, pues las apelaciones a los tribunales superiores son lujos caros que no se puede permitir el criminal sin dinero.

Es por esto por lo que casi nunca ves un ricachón tras los barrotes de la prisión. Alguna vez "son declarados culpables", pero muy raramente castigados. No encontrarás en prisión a muchos criminales profesionales. Éstos conocen los "hilos", tienen amigos y relaciones; con frecuencia tienen "dinero para las caídas", con el cual engrasan el camino que los ha de llevar fuera de las mallas legales. Los que hallas en nuestras cárceles y presidios son los más pobres de la sociedad, criminales accidentales, en su mayoría obreros y campesinos a quienes la pobreza y la desgracia, la huelga y el piquete, el desempleo y el desamparo general han arrojado tras las rejas.

¿Son al menos reformados por las leyes y por las penas que soportan? Difícilmente. Salen de la prisión debilitados de cuerpo y mente, endurecidos por el maltrato y por las crueldades que soportaron o presenciaron allí, amargados por la fatalidad de sus vidas. Han de volver a las mismas condiciones que les hicieron infringir la ley por primera vez, pero ahora están marcados como "criminales", son despreciados, menospreciados hasta por sus amigos de la infancia y perseguidos y acosados por la policía como hombres con "antecedentes criminales". No ha transcurrido mucho tiempo cuando muchos de ellos vuelven a encontrarse otra vez tras los barrotes de la prisión.

Así funciona la rueda de la fortuna social. Las condiciones que hicieron de aquellos desgraciados unos criminales continúan elaborando nuevas generaciones, "la ley y el orden" siguen como antes y reformador y político continúan atareados haciendo nuevas leyes.

Es un negocio rentable este de hacer leyes. ¿Te has detenido alguna vez a considerar si la policía, los tribunales, y toda nuestra maquinaria de la denominada justicia pretenden de verdad abolir el crimen?

¿Le interesa al policía, al detective, al *sheriff*, al juez, al abogado, al contratista de prisiones, a los oficiales de prisiones, diputados, carceleros y a los miles que viven de la "administración de justicia", acabar con el crimen? Suponiendo que no hubiese un solo criminal, ¿podrían todos estos "administradores" mantenerse en sus cargos? ¿Podrían obligarte a contribuir a su mantenimiento? ¿No tendrían que dedicarse a hacer algún trabajo honesto?

Piénsalo por encima y mira si el crimen no es una fuente de ingresos más lucrativa para los "dispensadores de la justicia" que para los criminales mismos. ¿Puedes creer, razonablemente, que realmente quieren abolir el crimen?

Su "negocio" es apresar al criminal y castigarlo; pero no les interesa acabar con el crimen, porque éste es su pan y su mantequilla.

Es la razón de que no quieran ver las causas del crimen.

Les satisface que las cosas estén como están. Son los más abnegados defensores del actual sistema de "justicia" y castigo, los defensores de "la ley y el orden" detienen y castigan a los "criminales" pero dejan de lado al crimen y sus causas.

"¿Pero qué es la ley para ellos?" –preguntas tú.

La ley está para mantener las condiciones existentes, para preservar "ley y orden".

Constantemente se hacen más leyes, todas con el mismo propósito de defender y sostener el presente orden de cosas. "Para reformar a los hombres", como dice el reformador y "para mejorar las condiciones", como te asegura el político.

Pero las nuevas leyes dejan a los hombres como están, y las condiciones de vida permanecen iguales. Desde que comenzó el capitalismo y la esclavitud del salario, millones de leyes se han promulgado, pero éstos siguen existiendo. La verdad es que todas las leyes sólo sirven para fortalecer al capitalismo y perpetuar el sometimiento de los trabajadores. El negocio del político, como el de la "ciencia política", consiste en hacerte creer que la ley te protege y defiende tus intereses, mientras que simplemente sirve para mantener el sistema que te roba, te engaña y esclaviza tu cuerpo y tu mente. Todas las instituciones de la sociedad tienen este único fin: inculcarte el respeto a la ley y al gobierno, amedrentarte con su autoridad y santidad, y de este modo mantener la estructura social que descansa sobre tu ignorancia y obediencia. El secreto del asunto es que los amos quieren preservar sus propiedades robadas. Ley y gobierno son los medios de que se valen para conseguirlo.

No existe un gran misterio en torno de este asunto del gobierno y las leyes. Ni hay nada inviolable y sagrado en ellos. Las leyes se hacen y se deshacen, antiguas leyes son abolidas y nuevas leyes se promulgan. Todo ello es resultado de la labor de los hombres, del trabajo humano, y por lo tanto falible y temporal.

Nada respecto de ellas es eterno e inmutable. Pero de cualquier modo que las hagan, y como quiera que las cambien, sólo sirven a un propósito: obligar a las personas a hacer ciertas cosas y restringir o prohibir el libre ejercicio de otras. Es decir, el único propósito de ley y gobierno es dirigir al pueblo a fin de que se guarde de hacer lo que quiera, y en cambio haga lo que determinadas personas quieren que haga.

Pero ¿por qué ha de evitarse que el pueblo haga lo que quiera? ¿Y qué es lo que desea hacer?

Si profundizas en esto, hallarás que las personas quieren vivir, satisfacer sus necesidades, gozar de la vida. Y, en esto, todas las personas son iguales, como ya te dije anteriormente. Pero si se priva a las personas de vivir y gozar sus vidas, entonces debe de ser que algunos de nosotros tenemos interés en ello.

Y así es en realidad. Existen personas que no quieren que vivamos y disfrutemos de nuestras vidas, porque han expropiado de ellas el gozo y no quieren devolvérnoslo. Es lo que ha hecho el capitalismo y el gobierno que le sirve. Permitir que las gentes gocen de la vida significa cesar el robo y la opresión. Por esto necesita gobiernos el sistema capitalista, por esto se nos enseña a respetar "la santidad de la ley". Se nos ha hecho creer que cualquier acto contra la ley es malo para la sociedad, pero sólo es malo para los amos y explotadores. Se nos ha hecho creer que todo aquello que amenaza las propiedades del rico es "dañino" y "pernicioso", y que todo lo que debilite nuestras cadenas y destruya nuestra esclavitud es "criminal".

Resumiendo, con el correr del tiempo se ha desarrollado una clase de "moralidad" que sólo es útil a los amos y a los dirigentes, una moralidad de clase, en realidad una moralidad de esclavo, porque auxilia a mantenernos en la esclavitud. Y quienquiera que vaya contra esta moralidad de esclavo es tachado de "malvado", "inmoral", de criminal y de anarquista.

Si yo te robase todo lo que tuvieses, te persuadiera de que lo he hecho por tu bien y de que deberías proteger mi botín de otros, habría hecho un bonito juego de manos, ¿verdad? Esto me aseguraría la propiedad de lo hurtado. Suponte que más tarde me las arreglase para convencerte de que también necesitábamos hacer un reglamento que especificase que nadie puede apropiarse de mi riqueza robada, que puedo seguir acumulando

más del mismo modo y que el arreglo es justo y en beneficio de tus intereses. Si un esquema tan disparatado se trasladase a la actualidad tendríamos "la ley y el orden" del gobierno y del capitalismo que tenemos hoy.

Está claro, por lo tanto, que las leyes no tendrían fuerza ninguna si el pueblo no creyese en ellas ni las obedeciese. De modo que lo primero es hacerle creer que las leyes son necesarias y beneficiosas. Y es mejor aún si puedes inducirle a creer que él mismo hace las leyes. Entonces, estarán deseando y ansiando obedecerlas. Es lo que se llama democracia, mantener a las personas en la creencia de que son sus propios gobernantes y que ellas mismas promulgan las leyes de su país. Y ésta es la gran ventaja que la democracia y la república tienen sobre la monarquía. En épocas anteriores el negocio de gobernar y robar a las gentes era mucho más duro y peligroso. El rey o el señor feudal tenían que obligar a las personas a que les sirviesen, recurriendo a la fuerza. Contrataba bandas armadas para que sus súbditos se sometiesen y le pagasen tributo. Pero esto costaba mucho y era muy penoso. Se encontró un camino mejor "educando" a la plebe en la creencia de que "debe" al rey leales y fieles servicios. Gobernar se hizo entonces mucho más fácil, pero el pueblo aún sabía que el rey era su amo y señor.

Sin embargo, una república está más a salvo y es más confortable para los gobernantes, porque en ella las gentes se imaginan que ellas mismas son los amos. Y, no obstante lo explotados y oprimidos que estén en una "democracia", se creen libres e independientes. Es por esto por lo que el obrero medio de los Estados Unidos, por ejemplo, se considera un ciudadano soberano, aunque no tiene más que decir sobre cómo funcionan las cosas en su país que el hambriento campesino de la Rusia zarista. Se cree que es libre, mientras que es simplemente un esclavo del salario. Cree que goza de "libertad para perseguir la felicidad", mientras que sus días, semanas y años están hipotecados a su jefe en la mina o en la fábrica.

El pueblo bajo la tiranía sabe que está esclavizado y a veces se rebela. El pueblo norteamericano está esclavizado y no lo sabe.

Por esto en Norteamérica no hay revoluciones.

El capitalismo moderno es sabio. Conoce bien que prospera mejor bajo instituciones "democráticas", con un pueblo que elije a sus representantes en los cuerpos legislativos, y emitiendo indirectamente un voto para elegir al presidente. Los amos capitalistas no se preocupan de cómo o por quién votas, si es por los republicanos o por los demócratas. ¿Qué diferencia hay entre uno y otro? Cualquiera que elijas legislará en favor de "la ley y el orden" para conservar las cosas como están. Lo que realmente importa a los poderosos es que las personas continúen creyendo en el sistema y lo apoyen. Por eso derrochan millones en escuelas, colegios y universidades en donde "educarte" en el credo capitalista y gubernamental.

Los políticos, los estadistas, los gobernantes y los legisladores son sólo sus marionetas. Vigilarán para que no se promulgue ninguna legislación en contra de sus intereses. De cuando en cuando simularán combatir ciertas leyes y favorecer otras, pues, si no, el juego perdería para ti todo interés. Pero cualesquiera que sean las leyes los amos cuidarán de que no dañen a sus negocios y, como prueba la experiencia diaria, sus bien pagados abogados saben transformar una ley para provecho de los Grandes Intereses.

Un ejemplo llamativo de esto es la famosa ley Sherman de defensa de la competencia (antitrust). El proletariado organizado derrochó miles de dólares y años de energías para conseguir aprobar esta legislación. Iba dirigida contra el incremento de los monopolios capitalistas, contra las poderosas combinaciones del dinero que ordenaban legislaturas y tribunales y dominaban a los trabajadores con puño de hierro. Después de largos y costosos esfuerzos fue aprobada la ley Sherman y los líderes de los trabajadores y los políticos estaban entusiasmados ante la "nueva época" creada por la ley, como, exultantemente, aseguraban a los trabajadores.

¿Qué se ha cumplido de esta ley? No ha dañado a los trusts, éstos permanecen sanos y salvos. De hecho, han crecido y se han multiplicado. Dominan el país y tratan a los trabajadores como abyectos esclavos. Son aún más potentes y prósperos que antes.

Pero la ley Sherman ha cumplido una misión importante.

Promulgada, específicamente, en "interés del trabajo", se ha vuelto contra los trabajadores y sus organizaciones. Actualmente es habitual destruir las organizaciones obreras como "obstáculos a la libre competencia". Los sindicatos están ahora constantemente amenazados por esta ley de defensa de la competencia, mientras que los oligopolios capitalistas continúan sus andanzas sin ser perturbados en lo más mínimo.

Amigo mío: ¿necesito hablarte sobre los sobornos y el libertinaje de los políticos, de la corrupción de los tribunales y de la indigna administración de "la justicia"? ¿Necesito recordarte el Teapot Dome[11] y las escandalosas concesiones de petróleo, y otros sucesos menores diarios? Sería un insulto a tu inteligencia insistir sobre cosas tan universalmente conocidas, porque son inherentes a todos los políticos de todos los países.

Lo malo no es que los políticos sean unos corruptos y la administración de la ley sea injusta. Si ésta fuese la única calamidad, podríamos tratar entonces, como hacen el reformador y el político, de "purificar" a los políticos y trabajar por una "administración más justa". Pero no es ésta la verdadera calamidad. La desgracia no es que los políticos sean impuros, sino que la totalidad del juego político es una completa podredumbre. Lo calamitoso no está en los defectos de la administración de la ley, sino que la ley misma es un instrumento para subyugar y oprimir al pueblo.

Todo el sistema de la ley y el gobierno es una maquinaria para mantener a los trabajadores esclavizados y robarles su trabajo. Toda "reforma" social cuya realización dependa de la ley y del gobierno está ya, por eso mismo, condenada al fracaso.

"¡Pero el sindicato –exclama tu amigo– el sindicato es la mejor defensa del trabajador!"

[11] Arrendamiento secreto de tierras del gobierno de EE.UU. a intereses privados. En 1922, el secretario del Interior, Albert Fall, alquiló indebidamente las reservas de petróleo de Teapot Dome, Wyo, y Elk Hills, California, a empresas petroleras privadas, y aceptó donativos en dinero y préstamos sin interés de dichas empresas. Cuando se supo de los alquileres, el Congreso instó al presidente Warren G. Harding que los anulara. Una investigación posterior reveló actuaciones ilegales de diversos funcionarios públicos que, en algunos casos, fueron sancionados con multas y breves condenas de cárcel. El escándalo se convirtió en un símbolo de la corrupción gubernamental.

Capítulo XI
Los sindicatos

"Sí, la asociación es nuestra única esperanza –agregas tú– ella nos hace fuertes."

En verdad, nunca se dijo nada más cierto: la unión hace la fuerza. Mucho tiempo han tardado los trabajadores en deducir esto, y aun hoy, son muchos los proletarios que no acaban de comprenderlo.

Hubo un tiempo en que los trabajadores no sabían nada respecto de organización. Más tarde, cuando empezaron a tratar juntos de superar su condición, se promulgaron leyes en contra de esto y las asociaciones de trabajadores fueron prohibidas.

Los amos se opusieron siempre a que sus empleados se organizasen, y los gobiernos los auxiliaron a impedir y prohibir los sindicatos. No hace mucho tiempo, en Inglaterra y otros países, existían leyes severas contra cualquier intento de organización de los obreros. El intento de mejorar su situación mediante el esfuerzo conjunto fue prohibido y castigado como "conspiración". Los asalariados tuvieron que emplear mucho tiempo en conquistar mediante la lucha el derecho de asociación; y recuérdalo, tuvieron que *luchar* por ella. Lo que te demuestra que los amos no han concedido nunca a los trabajadores nada que aquellos no les hayan forzado a conceder en el curso de la lucha.

Y aun hoy, muchos patrones se oponen a que sus empleados se organicen y lo evitan como pueden. Arrestan y expulsan de la ciudad a quienes organizan a los trabajadores, y la ley siempre está de su lado para auxiliarlos en este proceder. O recurren al truco de crear falsos gremios profesionales, sindicatos amarillos dóciles al mandato de los jefes.

Es fácil comprender por qué no quieren los amos que te organices, porque tienen miedo de una verdadera unión del proletariado. Saben muy bien que una unión fuerte y combativa puede forzar a que haya salarios más elevados y mejores condiciones, lo que significa menos beneficios para los plutócratas.

Por ello hacen todo lo que está en sus manos a fin de contener la progresiva organización de los obreros. Cuando no la pueden detener, buscan debilitar el sindicato o sobornar a sus dirigentes para que la unión deje de ser peligrosa para los intereses de los caudillos industriales.

Los amos han encontrado un modo eficaz de paralizar la pujanza del trabajo organizado. Han persuadido a los trabajadores de que ellos y los amos tienen los mismos intereses.

Les han hecho creer que el capital y el trabajo tienen "intereses idénticos", y en consecuencia, lo que es bueno para el patrón es bueno para sus empleados. A esto le han adjudicado la hermosa y sonora denominación de "armonía entre el capital y el trabajo". Si tus intereses son los mismos que los de tu patrón, entonces, ¿por qué has de combatirlo? Eso es lo que te dicen. El capitalismo, la prensa, el gobierno, la escuela y la Iglesia predican lo mismo: que vivas en paz y amistad con tu patrón. Es beneficioso para los magnates industriales que sus obreros crean que todos, magnates y obreros, son "compañeros" con un negocio común. De esta manera trabajarás duro y de forma fiel por "sus propios intereses". Los trabajadores no pensarán en combatir a sus amos por mejores condiciones, pues esperarán pacientemente hasta que su patrón pueda "compartir su prosperidad" con ellos. También considerarán los intereses y el bienestar de su país y no "perturbarán la industria" y la "ordenada vida de la comunidad" con huelgas y con el sistemático sabotaje de la producción.

Si escuchas a tus explotadores y a sus voceros, habrás de ser "bueno" y pensar solamente en el interés de tus amos, de tu ciudad y de tu patria, pero nadie cuida de tus intereses y los de tu familia, el interés de tu sindicato, de tus compañeros de trabajo y de la clase trabajadora en general. "No seas egoísta", te dicen, mientras que el patrón se va haciendo rico porque eres bueno y desinteresado. Y se ríen disimuladamente y agradecen al Señor que seas tan idiota.

Pero, si me has seguido hasta aquí, entonces sabes que los intereses del capital y del trabajador no son los mismos. No se inventó nunca mayor mentira que eso que llaman "igualdad de intereses". Tú sabes que el trabajo produce la riqueza del mundo y que el mismo capital no es más que la acumulación del producto del trabajo. Sabes que no puede haber más capital, más riqueza, que la resultante del trabajo. Y así, por derecho, toda la riqueza pertenece al trabajo, a los hombres y mujeres que la crearon y continúan creándola, o sea, a los obreros industriales, agrarios o cualquier tipo de todo el mundo; a la clase trabajadora, en general.

También sabes que el capital que poseen los amos es propiedad robada, producto del trabajo hurtado. La industria capitalista no es más que el proceso continuo de apropiación de los productos del trabajo para beneficio de la clase de los amos. Éstos, dicho de otro modo, existen y se enriquecen reservándose para ellos el producto de tu esfuerzo. ¡Sin embargo, se os pide que os creáis que vosotros, los trabajadores, tenéis los mismos intereses que vuestros explotadores y saqueadores! ¿Puede cualquiera que no sea un completo imbécil aceptar un fraude tan notorio?

Está claro que tus intereses como trabajador son diferentes de los de tus amos capitalistas. Más aún que diferentes, enteramente opuestos. De hecho, antagónicos, contrarios los unos a los otros. Cuanto mejor jornal te pague tu jefe, menos es el provecho que de ti extrae. No hace falta ser filósofo para comprenderlo. No puedes evadirte de esto, y ninguna objeción o tergiversación puede cambiar esta firme verdad. El hecho de que existan sindicatos es en sí mismo prueba de lo dicho, aunque la mayoría de las organizaciones y de sus miembros no lo comprenden así. Si los intereses del capital y el trabajo fuesen los mismos, ¿para qué la unión? Si el jefe cree, realmente, que lo que es bueno para él, como jefe, es también bueno para ti, como empleado, te trataría, entonces, más razonablemente, te pagaría sueldos elevados, y asi ¿para qué serviría tu unión? Pero sabes que necesitas la organización; la necesitas para que te auxilie en tu lucha por mejores salarios y mejores condiciones de trabajo, ¿para combatir a quién? A tu jefe, desde luego, a tu patrón, al empresario, al capitalista. Pero si tienes que combatirlo, entonces parece que eso de que tus intereses y los suyos son los mismos es mentira. ¿Qué pasa entonces con la preciada "comunidad de intereses"? ¿O puede ser, tal vez, que combatas a tu jefe porque está tan desequilibrado que no comprende cuáles son sus intereses? ¿Puede ser que no comprenda que para él es beneficioso pagarte más?

Puedes ver la necedad que es en sí la ocurrencia de la "comunidad de intereses". Y todavía la mayoría de los sindicatos se edifican sobre esa "comunidad de intereses". Hay excepciones, desde luego, como la Industrial Workers of the World (I.W.W.), las organizaciones sindicales revolucionarias y otras organizaciones obreras con conciencia de clase, que son bien conocidas.

Pero en general los sindicatos como los que en los Estados Unidos pertenecen a la American Federation of Labor (AFL)[12], o las asociaciones conservadoras de Inglaterra, Francia, Alemania y otros países, proclaman la "comunidad de intereses" entre capital y trabajo. Aunque, como hemos visto, su simple existencia y todas sus huelgas y luchas prueban que la "comunidad" es una broma y una mentira. ¿Qué sucede, entonces, para que las organizaciones aparenten creer en la "comunidad de intereses", mientras que su existencia y actividad lo desmienten?

Esto es porque el obrero medio no se detiene a pensar por sí mismo. Confía en que los dirigentes de su organización y los periódicos pensarán por él, y éstos ven así confirmado que el obrero no se esforzará en pensar. Porque si los trabajadores comenzasen a pensar por sí mismos, pronto verían la trama de corrupción, engaño y robo llamada capitalismo y gobierno, y no la apoyarían. Harían, entonces, lo que los pueblos ya han hecho antes. Tan pronto comprendiesen que eran esclavos aniquilarían la esclavitud. Más tarde, cuando dedujesen que eran siervos, acabarían con la servidumbre. Y tan pronto como comprendiesen que eran esclavos de un sueldo, abolirían la esclavitud del salario.

Ves, entonces, que al capital le interesa evitar que los trabajadores comprendan que son esclavos del salario. El cuento de la "comunidad de intereses" es uno de los medios de conseguirlo.

Pero no es sólo el capitalismo quien está interesado en embaucar así a los trabajadores. Todos aquellos que se benefician de la esclavitud del salario están interesados en conservar el sistema y es natural que traten de evitar que los obreros comprendan la situación.

Hemos visto antes a quiénes beneficia mantener las cosas como están: a los amos, a los gobiernos, a las iglesias y a las clases medias, en suma, a todo el que vive del trabajo de las masas. Pero incluso los líderes obreros están interesados en conservar la esclavitud del salario. Muchos de ellos son demasiado ignorantes para percibir el fraude y, en consecuencia, creen que realmente el capitalismo es bueno y que nada podemos hacer sin él. Sin embargo, otros, los más inteligentes, conocen muy bien la verdad, pero como funcionarios bien pagados e influyentes del sindicato, se benefician con la continuidad del sistema capitalista. Saben que si los trabajadores viesen todo el juego, pedirían cuentas a sus líderes por haberlos engañado y embaucado.

Se alzarían contra su esclavitud y contra sus malos pastores y de esto podría derivarse una revolución, como ha sucedido a menudo en el curso de la historia. Pero los líderes de los trabajadores no se preocupan por la revolución, prefieren dejar las cosas como están, porque las cosas están bastante bien para ellos.

En verdad, los falsos líderes no favorecen la revolución, se oponen siempre a las huelgas y tratan de evitarlas siempre que pueden.

Cuando estalla una huelga, ellos vigilarán para que los hombres "no vayan demasiado lejos" e intentarán arreglar las diferencias con el patrón mediante el "arbitraje", en el que el obrero lleva siempre la peor parte. Mantendrán reuniones con los patrones y les suplicarán que hagan algunas concesiones menores, y con demasiada frecuencia harán una huelga con desventaja para el sindicato; pero en cualquier caso exhortarán a los trabajadores a "mantener la ley y el orden", a estarse quietos y tener paciencia. Se sentarán a la misma mesa que los explotadores, a comer y beber con ellos y apelar a que el gobierno "interceda" y arregle el "conflicto", pero tendrán sumo cuidado en no mencionar nunca el origen de todos los conflictos del trabajo ni atacar la esclavitud del salario.

¿Has visto alguna vez que un solo líder sindical –de la American Federation of Labor, por ejemplo– establezca y declare que el sistema del salario, en su conjunto, es simplemente un robo y un fraude, y en consecuencia, pida para los obreros todo el producto del trabajo realizado por ellos? ¿Has oído alguna vez que cualquier "distinguido" líder del trabajo, de cualquier país, dijese eso? Nunca lo he oído, ni nadie.

Contrariamente, cuando algún hombre honrado osa decirlo, los líderes de los trabajadores son los primeros que lo señalan como un perturbador, un "enemigo de los trabajadores", un socialista o un anarquista. Son los primeros en gritar: "¡Crucificadlo!", y desgraciadamente los trabajadores irreflexivos les hacen eco.

[12] La Federación Americana del Trabajo (American Federation of Labor) comúnmente llamada por su acrónimo: AFL, fue una de las primeras federaciones de sindicatos en los Estados Unidos de América. Fundada en Columbus, Ohio, en 1886 por Samuel Gompers tras una reorganización de su predecesora, la Federación de Sindicatos Organizados (Federation of Organized Trades and Labor Unions).

Y tales hombres son crucificados porque capital y gobierno se sienten a salvo haciéndolo, mientras que cuenten con la aprobación del pueblo.

¿Ves la trama, amigo mío? ¿Parece que tus líderes sindicales quieren aproximarte a las cosas, para que comprendas que tú eres un esclavo asalariado? ¿No sirven ellos, en realidad, a los amos?

Los líderes sindicales y los políticos –los más inteligentes– saben muy bien el colosal poder que podría ejercer la clase trabajadora como única productora de la riqueza del mundo.

Pero no quieren que lo sepas. No quieren que sepas que los trabajadores, convenientemente organizados e ilustrados, podrían acabar con su esclavitud y dependencia. En lugar de eso, te dicen que vuestra unidad es sólo para ayudarte a obtener mejores jornales, aunque saben que no mejorarás tu situación gran cosa en el marco del sistema capitalista, y que permanecerás un esclavo del jornal, cualquiera que sea la paga que te entregue tu jefe. Saben muy bien que cuando consiguieras, por medio de una huelga, una mejora, volverías a perderla al elevarse el costo de la vida. Sin contar con lo que pierdes mientras dura la huelga.

Las estadísticas demuestran que la mayoría de las huelgas se pierden. Pero vamos a suponer que ganaste tu huelga y que estuviste fuera del trabajo unas cuantas semanas solamente. Has perdido en este tiempo más en jornales que lo que puedes ganar en unos meses volviendo al trabajo con un salario más alto.

Tomemos un sencillo ejemplo. Imagínate que estuvieras ganando cuarenta dólares semanales antes de ir a la huelga.

Vamos a imaginar los mejores resultados posibles. Diremos que la huelga duró sólo tres semanas y que conseguiste un aumento de cinco dólares. Durante tus tres semanas de huelga perdiste ciento veinte dólares en jornales. Ahora obtienes cinco dólares más cada semana. Necesitarás 2,4 semanas para recuperar la pérdida de 120 dólares. Después de trabajar seis meses con la nueva paga, estarás, justamente, como antes. ¿Pero qué ocurre mientras tanto con el aumento del costo de la vida?

Porque no eres sólo un productor, sino también un consumidor.

Y cuando vas a comprar cosas te encuentras con que están más caras que antes. Jornales más elevados aumentan el costo

de la vida. Porque lo que el patrón pierde pagándote mayor salario lo vuelve a recuperar elevando el precio de su producto.

Puedes ver entonces que, en su conjunto, la idea de jornales más elevados es, en realidad, un espejismo. Hace creer al obrero que está mejor cuando obtiene más paga, pero el hecho es —en todo lo concerniente a la clase trabajadora— que lo que gane el obrero elevando su salario lo pierde como consumidor, y a la larga, la situación permanece igual. Cuando acaba un año de “salarios más elevados” el trabajador no posee más que después de un año de “salarios más bajos”. Incluso algunas veces está peor, pues el costo de la vida crece más rápidamente que los sueldos.

Esto es una regla general. Desde luego que hay factores particulares que afectan tanto a los salarios como al costo de la vida, como escasez de materias primas o de trabajo. Pero no necesitamos recurrir a situaciones especiales, a casos de crisis industrial o financiera, o a tiempos de anormal prosperidad. Lo que nos interesa es una situación corriente, la condición normal del trabajador. En ésta el obrero permanece siempre como un esclavo asalariado, cobrando lo suficiente para poder vivir y continuar trabajando para su jefe. Hallarás excepciones aquí y allá, como el trabajador que, heredando o de otro modo, obtiene algún dinero para auxiliarse, para poder hacer negocios o inventar algo que le traiga prosperidad. Pero tales casos son excepciones y no alteran tu condición, esto es, la del trabajador medio, la de los millones de trabajadores esparcidos por todo el mundo.

Para estos millones, como para ti y para cada obrero, sólo existe la esclavitud del salario, en cualquier trabajo y cualquier jornal, y ninguna oportunidad tenéis de obtener otra cosa bajo el sistema capitalista.

Ahora podrías preguntar: “¿Para qué sirve el sindicato? ¿Qué hacen los líderes contra esto?”.

La verdad es que tus líderes no hacen nada contra esto. Al revés, hacen todo lo que pueden por mantenerte esclavizado al salario. Y lo consiguen, haciéndote creer que el capitalismo marcha bien y que has de soportar el sistema existente con el gobierno y “la ley y el orden”. Te engañan diciéndote que no puede ser de otro modo, curiosamente igual que te dicen el amo, la escuela, la Iglesia y el gobierno. De hecho, tu líder obrero hace para el capitalismo la misma faena que tu líder político

hace para el gobierno. Ambos sustentan, y consiguen que sostengas el presente sistema de injusticia y explotación.

"Pero el sindicato –dices tú–, ¿por qué no puede cambiar las cosas?"

El sindicato podría cambiarlas. Pero ¿qué es el sindicato?

La asociación eres tú, otro compañero y muchos más compañeros –los afiliados y los burócratas–. Deduces, ahora, que los burócratas, los líderes obreros, no están interesados en cambiar las cosas.

Entonces, son los afiliados los que han de hacerlo, ¿no es eso?

Así es. Pero si los afiliados –los obreros en general– no ven todo lo que los rodea, entonces, el sindicato no puede hacer nada. Esto quiere decir que es necesario hacer comprender a los afiliados la situación real.

Éste debería ser el verdadero objetivo de las organizaciones obreras. Asunto del sindicato debería ser ilustrar a sus miembros respecto de su condición, enseñarles cómo y por qué se les roba y se los explota, y hallar medios y formas de acabar con esto.

Hacer esto sería cumplir el verdadero propósito del sindicato, que es proteger los intereses de los trabajadores. La abolición del orden de cosas capitalista, con su gobierno y su ley, sería la única defensa real de los intereses del trabajador. Y mientras el sindicato trabajase en esa dirección, también podría ocuparse de las necesidades inmediatas del trabajador. El mejoramiento de las presentes condiciones en la medida en que esto es posible dentro del capitalismo.

Pero generalmente los sindicatos conservadores apoyan –como ya hemos visto– al capitalismo y a todo lo relacionado con él. Adopta esta posición admitiendo que eres un trabajador, que vas a permanecer siéndolo y que las cosas están bien como están. Afirma que todo lo que la organización puede hacer es ayudarte a obtener jornales un poco mejores, a acortar tus horas de trabajo y a mejorar las condiciones generales de tu empleo. Y considera al patrón como a un socio del negocio y, por así decirlo, hace con él contratos. Pero nunca se pregunta por qué uno de los socios –el patrón– se enriquece con esta clase de contrato, mientras que el otro socio –el obrero– permanece siempre pobre, trabaja duramente y muere esclavo del salario. No parece esto, desde luego, una sociedad equitativa.

Más bien parece un juego fraudulento, ¿no es verdad?

Ciertamente, eso es. Es un juego en el que una parte saca las castañas del fuego, mientras que la otra se apodera de ellas.

Es una sociedad muy desigual, y todas las huelgas de los obreros son simplemente para mendigar u obligar al socio capitalista a que entregue un puñado de castañas del gran montón que tiene acumulado. Una verdadera estafa, aun cuando alguna vez el trabajador se encuentre con que ha obtenido unas pocas castañas de más.

Y todavía te hablan de tu dignidad, de "la dignidad del trabajador". ¿Puedes imaginar mayor insulto? Trabajas toda tu vida como un esclavo, sirves a tus amos, los mantienes entre comodidades y lujos, permites que se conviertan en tus dueños y ellos en su interior se ríen de ti y te desprecian por tu estupidez, ¡en ese momento te hablan de tu "dignidad"!

Desde el púlpito y la tribuna, en la escuela y en la sala de lectura, cada líder obrero y político, cada explotador y chanchullero ensalzan la "dignidad del trabajador", mientras que viven confortablemente sentados sobre tu espalda. ¿No ves que te manejan como manejarían a un bebé?

¿Qué hace el sindicato contra esto? ¿Qué hacen tus líderes obreros mientras se embolsan el buen salario que les pagas? Se ocupan de "organizarte", se entretienen en decirte lo buen muchacho que eres, lo grande y fuerte que es tu sindicato y lo mucho que sus burócratas hacen por ti. Pero ¿qué hacen ellos?

Pierden el tiempo con insignificantes cuestiones de procedimiento, en luchas de facciones, polemizando sobre jurisdicción, con elecciones de comités burocráticos, conferencias y asambleas.

Tú pagas por todo, desde luego, y por eso tus dirigentes quieren siempre que la caja del sindicato esté bien provista.

Pero, ¿qué obtienes tú de ella? Tú permaneces trabajando en el taller o la fábrica y pagando tus cuotas. Mientras, a tus dirigentes no les importa tus condiciones de trabajo o cómo vives, y tienes que armar un escándalo en los mítines del sindicato para llamar la atención sobre tus necesidades y tus demandas.

Cuando se plantea una huelga, notarás –como mencioné antes– que los dirigentes se oponen a ella, generalmente porque al igual que el patrón y el gobernante, quieren "paz y tranquilidad" en lugar de que vayan a la lucha los disconformes.

Siempre que puedan, los dirigentes te disuadirán de que vayas a la huelga y, a veces, directamente te lo prohibirán y tomarán sus medidas para que no hagas el paro. Pondrán la organización fuera de la ley si vas a la lucha sin su consentimiento. Pero si la presión es demasiado fuerte para que puedan resistirla, autorizarán gentilmente la huelga. Imagínate: trabajas penosamente y de tus escasas ganancias has de contribuir al mantenimiento de los burócratas de tu sindicato –que deberían servirte– ¡y aún necesitas que te den su permiso para mejorar tu condición! Es el resultado de haberlos erigido en jefes de tu sindicato, exactamente igual que has hecho de tus gobernantes tus amos en lugar de tus criados; o como permites al policía –al que pagas con tus impuestos– que te dé órdenes en lugar de dárselas tú a él.

¿Te has preguntado alguna vez por qué cuando vas a la huelga (y también en cualquier otro momento) la ley y toda la maquinaria gubernamental están siempre del lado del empresario?

Porque aunque los huelguistas son millares y el patrón un solo individuo –y aunque todos son ciudadanos con los mismos derechos–, es este último, cosa rara, el que siempre tiene al gobierno a su servicio. Él puede conseguir que los tribunales procedan contra tu "intromisión" en "sus" negocios, puede conseguir que los policías te aporreen y puede conseguir que te arresten y te encarcelen. ¿Has visto alguna vez que en caso de huelga, algún alcalde, jefe de policía o gobernador proteja tus intereses? Además, el empresario puede conseguir, bajo la protección de la policía, todos los rompehuelgas que quiera y romper tu huelga, porque has estado trabajando tantas horas que siempre hay a mano un ejército de desocupados listo para ocupar tu puesto.

Generalmente pierdes tu huelga porque tus dirigentes obreros no te permitieron organizarte de forma correcta.

Yo he visto, por ejemplo, cómo los albañiles de un rascacielos de Nueva York abandonaban su trabajo mientras que los carpinteros y metalúrgicos de la misma obra continuaban trabajando.

La huelga no les concernía –dijeron sus sindicatos– porque pertenecían a otro oficio; o no pudieron unirse a los huelguistas porque esto hubiera significado romper los acuerdos que sus organizaciones tenían firmados con el empresario. De modo que

cincuenta de ellos continuaron trabajando en el mismo edificio en el que hombres de sindicatos hermanos estaban en huelga. O sea, que estaban actuando como esquiroles y ayudaban a derrotar la huelga de los albañiles. ¡Todo porque pertenecían a otro oficio, a otro gremio! Como si la lucha de los trabajadores contra el capital fuera un asunto de oficio y no la causa común de la clase trabajadora de todo el mundo!

Otro ejemplo, los mineros de las minas de carbón de Pensilvania están en huelga y los mineros del carbón de Virginia están aportando dinero para sostener la huelga. Pero los mineros de Virginia siguen trabajando porque están "obligados por contrato". Continúan extrayendo carbón, de modo que los magnates del carbón pueden proveer el mercado y no pierden nada con la huelga de los mineros de Pensilvania. A veces hasta obtienen beneficios poniendo la huelga como pretexto para elevar el precio del carbón. ¿Te parece extraño que los mineros de Pensilvania perdiesen la huelga si sus propios compañeros hacían de carneros? Pero si los trabajadores comprendieran sus verdaderos intereses, si estuvieran organizados, no por oficios y profesiones, sino por industrias, de modo que la industria entera –y, si fuera necesario, toda la clase trabajadora– pudiera ir a la huelga como un solo hombre, ¿se perdería alguna huelga?

Volveremos a tratar esto. Ahora quiero indicarte que tu sindicato tal como está organizado, y tus dirigentes sindicales no están hechos para combatir al capitalismo eficazmente, ni siquiera para conducir las huelgas con éxito. Les es materialmente imposible mejorar tus condiciones.

Solamente sirven para mantener a los trabajadores divididos en diferentes y, a menudo, enfrentadas organizaciones; conducir a los obreros a la creencia de que el capitalismo es bueno y paralizar sus iniciativas y su capacidad de pensar y actuar con conciencia de clase. Y es por esto por lo que los líderes obreros y los sindicatos conservadores son el baluarte más fuerte de las instituciones existentes. Son la espina dorsal del capitalismo y del gobierno, el mejor apoyo de "la ley y el orden" y la razón por la que permaneces esclavizado al salario.

"Pero nosotros escogemos a los dirigentes sindicales –objetas tú. Si los actuales no son buenos, podemos elegir otros."

Desde luego, puedes elegir nuevos líderes, pero ¿hay alguna diferencia en que sea este o aquel hombre, si lo es Gompers[13] o Green[14], Jouhaux[15] en Francia, o Thomas[16] en Inglaterra, mientras tu sindicato sostenga las mismas ideas idiotas y falsos métodos, creyendo en el capitalismo y apoyando la "armonía de intereses", dividiendo a los trabajadores y disminuyendo su potencia organizándolos por oficios, firmando con el patrón contratos que coartan a los afiliados y los convierten en traidores a sus propios compañeros, y muchos otros modos de auxiliar al régimen que te mantiene esclavo?

"Entonces, ¿el sindicato no es beneficioso?", preguntas tú.

La unión hace la fuerza, pero ha de ser una verdadera unión, una verdadera organización de los trabajadores, pues en todas partes tienen los mismos intereses, no importa qué trabajo hagan y a qué oficio pertenezcan. Una unión tal se basaría en los intereses mutuos y solidarios del trabajo mundial. Y sería consciente de su formidable poder como creadora de toda la riqueza.

"¡Poder! –objetas–. ¡Has dicho que somos esclavos! ¿Qué poder pueden tener los esclavos?".

Vamos a ver esto, entonces.

---

13 Samuel Gompers (1850-1924), dirigente obrero estadounidense. En 1881 creó una asociación de sindicatos que en 1886 adoptaría el nombre de Federación Americana del Trabajo (American Federation of Labor, AFL) de la cual fue presidente desde 1886 hasta su muerte en 1924.

14 William Green (1873-1952), sucesor de Gompers en la presidencia de la AFL.

15 Léon Jouhaux (1879-1954), líder sindicalista francés, primero en la CGT, de la que se marchó para fundar la Confederación General del Trabajo-Fuerza Obrera (CGT-FO).

16 James Henry Thomas (1874-1949), dirigente sindical británico. Secretario colonial del gobierno del Partido Laborista de 1924. Junto con MacDonald abandonó el Partido Laborista en 1931, cuando se le volvió a dar la Secretaría Colonial.

Capítulo XII

¿Qué es el poder?

La gente habla de la grandeza de su patria, de la fortaleza del gobierno y del poder de la clase capitalista. Vamos a ver en qué consiste realmente el poder, dónde reside y quién lo tiene actualmente.

¿Qué es el gobierno de un país? Es el rey con sus ministros, o el presidente con su Gabinete, o el Parlamento o el Congreso y los funcionarios de los diferentes departamentos estatales y federales.

En conjunto, un pequeño número de personas comparado con el número total de habitantes. Ahora, ¿cuándo este puñado de hombres, llamado gobierno, es fuerte y en qué consiste tal fortaleza?

Es fuerte cuando las personas están con él. Cuando éstas proveen al gobierno de dinero, de una armada y un ejército, le obedecen y le permiten funcionar. En otras palabras, la potencia de un gobierno depende enteramente del apoyo que recibe.

Pero, ¿puede un gobierno existir si las personas se le oponen activamente? ¿Podría el gobierno más fuerte sacar adelante cualquier empresa sin la ayuda de la plebe, sin el apoyo de las masas, los trabajadores del país?

Está claro, desde luego, que ningún gobierno puede hacer nada completamente solo. Solamente puede hacer lo que el pueblo aprueba o, en último extremo, permite que se haga.

Tomemos como ejemplo la Gran Guerra. Los financieros norteamericanos querían que los Estados Unidos entrasen en ella porque sabían que podrían obtener enormes ganancias, como en realidad hicieron. Pero el trabajador no tenía nada que ganar en la guerra, porque ¿cómo van a beneficiarse los obreros de la matanza de sus compañeros de cualquier otro territorio? Las masas de Estados Unidos no eran favorables a mezclarse en el embrollo europeo. Como con anterioridad he mencionado, habían elegido presidente a Woodrow Wilson con su programa "de mantenernos al margen de la guerra".

Si el pueblo norteamericano hubiera insistido en esa línea, ¿podría el gobierno habernos metido en la carnicería?

¿Cómo fue manipulado todo para inducir al pueblo norteamericano a que fuera a la guerra habiendo votado en contra de ella eligiendo a Wilson? Ya he explicado esto en un capítulo anterior.

Aquellos que estaban interesados en participar en la guerra emprendieron una campaña de propaganda en favor de ello.

Se llevó a cabo en la prensa, en la escuela y en el púlpito, preparando desfiles, oradores patrióticos y clamando por "democracia" y "guerra para terminar con la guerra". Fue esto una atroz manera de engañar al pueblo en la creencia de que la guerra era por algún "ideal" en lugar de ser sencillamente una guerra capitalista por las ganancias, como todas las guerras modernas.

Millones de dólares se derrocharon en tal propaganda, dinero del pueblo, desde luego, pues al fin y al cabo, es el pueblo quien todo lo paga. Se suscitó un entusiasmo artificial haciendo a los trabajadores toda clase de promesas respecto de las maravillosas cosas que podrían derivarse para ellos de la guerra. Fue un gigantesco fraude y el mayor embuste, pero el pueblo norteamericano se lo creyó y fue a la guerra, aunque no voluntariamente sino mediante el reclutamiento obligatorio.

¿Y los portavoces de los obreros, los líderes de los trabajadores?

Como es natural, probaron ser los mayores "patriotas" mandando a la guerra a los miembros de sus sindicatos para hacerse matar, a la mayor gloria de Mammon. ¿Qué hizo el hoy difunto Samuel Gompers, presidente entonces de la Federación Americana del Trabajo?

Se convirtió en la mano derecha del presidente Wilson, en su principal oficial de reclutamiento. Él y sus funcionarios sindicales se convirtieron en los sargentos del capital empujando a los trabajadores a la matanza. Los líderes sindicales de otros países hicieron lo mismo.

Todo el mundo sabe que la "guerra para terminar con la guerra" no acabó en realidad con nada. Al revés, ha causado mayores complicaciones políticas de las que nunca antes hubo en Europa, y ha preparado el terreno para una nueva guerra más terrible que la última. Pero esta cuestión no tiene que ser discutida aquí. Me he referido al asunto simplemente para demostrarte que sin Gompers y los otros líderes obreros, sin el consentimiento y el apoyo de las masas trabajadoras, el gobierno de los Estados Unidos se hubiera visto imposibilitado para llevar adelante los deseos de los señores de las finanzas, de la industria y del comercio.

O considera el caso de Sacco y Vanzetti. ¿Podrían haberlos ejecutado en Massachusetts si los trabajadores organizados de Norteamérica hubieran estado en contra, si hubieran actuado para impedirlo? Suponte que el proletariado de Massachusetts se hubiese negado a ayudar al gobierno del Estado en sus intenciones homicidas. Suponte que los trabajadores hubieran boicoteado al gobernador y a sus agentes, dejando de suministrarles alimentos, interrumpiendo los medios de comunicación y cortando la corriente eléctrica en Boston y en la prisión de Charleston. El gobierno no hubiera podido funcionar.

Si miras la cuestión con serenidad y sin prejuicios, deducirás que no es el pueblo el que depende del gobierno –como se cree generalmente– sino lo contrario.

Cuando las gentes dejan de apoyar al gobierno, cuando le niegan obediencia y no pagan los impuestos, ¿qué sucede? El gobierno no puede mantener a sus funcionarios, no puede pagar a su policía, no puede cubrir las necesidades de su ejército y su armada. Se queda sin fondos, sin medios de hacer cumplir sus órdenes. Se paraliza. El puñado de personas, llamado por ellos mismos gobierno, se torna impotente, pierde su poder y su autoridad. Si consiguen reunir suficientes hombres para que los ayuden, pueden intentar combatir al pueblo. Si no pueden o pierden el combate, tienen que entregarse. Su "gobierno" ha llegado a su fin.

Es decir, aun el poder del gobierno más fuerte descansa enteramente en el pueblo, en su voluntad de apoyo y de obediencia. De esto se deduce que el gobierno en sí mismo no tiene poder. En el mismo momento en que el pueblo le rehúse inclinarse ante su autoridad, el gobierno cesa de existir.

Ahora bien, ¿qué fuerza tiene el capitalismo? ¿Descansa el poder de los capitalistas en ellos mismos, o de dónde viene?

Es evidente que su fuerza reposa en sus capitales, en sus riquezas. Poseen las industrias, los comercios, las fábricas y la tierra. Pero todas estas posesiones no les servirían de nada sin la buena disposición del pueblo para trabajar para ellos y pagarles tributo. Suponte que los trabajadores dijesen a los capitalistas: "Nos hemos cansado de crear ganancias para ti. No queremos ser tus esclavos nunca más. Vosotros no creasteis la tierra, no edificasteis las fábricas, ni los talleres ni los comercios. Nosotros los hicimos y desde ahora en adelante los utilizaremos para

trabajar en ellos y lo que produzcamos no será para vosotros sino que pertenecerá al pueblo. Nada obtendréis y ni siquiera os daremos alimentos a cambio de vuestro dinero. Seréis como nosotros y trabajaréis como el resto de la comunidad".

¿Qué sucedería? Pues que los capitalistas apelarían al gobierno. Pedirían protección para sus intereses y propiedades.

Pero si el pueblo se negara a reconocer la autoridad del gobierno, éste se vería desamparado e impotente.

Podrías decir que esto es la revolución. Puede que lo sea.

Pero como quiera que lo llames, la suma total sería: el gobierno y los capitalistas –los dirigentes políticos y financieros– hallarían que su ostentoso poder y su fuerza desaparecen en cuanto el pueblo rehúsa reconocerlos como amos, cuando se niega a dejar que se conviertan en sus dueños.

Te maravillas de que esto pueda suceder. Bien, esto ya ha sucedido antes, y no hace mucho, en Rusia, en Alemania, en Austria. En Alemania, el poderoso señor de la guerra, el Káiser, tuvo que huir para salvar su vida, porque las masas habían decidido que no lo querían ver más. En Austria fue expulsada la monarquía porque el pueblo se había cansado de su tiranía y corrupción. Y el poderoso zar de las Rusias fue feliz pudiendo entregar el trono por salvar su cabeza, que perdió a pesar de todo. No pudo encontrar en su propia capital un solo regimiento que lo protegiese, y toda su gran autoridad se desvaneció como el humo en cuanto el pueblo se negó a doblegarse ante él. Fue así como los capitalistas rusos se hallaron impotentes cuando el pueblo dejó de trabajar para ellos y se apoderó de la tierra, las fábricas y los talleres. Todo el dinero y poder de la burguesía rusa no pudo suministrarles una libra de pan cuando las masas rehusaron proporcionárselo, a no ser que realizasen un trabajo honrado.

¿Qué prueba todo esto?

Prueba que el denominado poder político, industrial y financiero, toda la autoridad del gobierno y del capitalismo está realmente en las manos del pueblo. Esto prueba que solamente el pueblo, las masas, tienen poder.

Este poder, el poder del pueblo, es efectivo, no se lo pueden arrebatar, como puede hacerse con el poder del gobernante o del político, y con el del capitalista. No puede arrebatarse porque este poder no consiste en posesiones sino en aptitud.

Es la habilidad de crear y producir; es el poder que viste y alimenta al mundo, que nos trae la vida, la salud y las comodidades, el gozo y el placer.

La grandeza de este poder la deducirás cuando te preguntes:

¿Sería posible la vida si los obreros no trabajasen? ¿No perecerían de hambre las ciudades si los campesinos dejasen de abastecerlas?

¿Podrían funcionar los ferrocarriles si los trabajadores ferroviarios dejaran su trabajo? ¿Podría continuar el comercio si los trabajadores del transporte se pusieran en huelga?

Los teatros y cines, tu oficina y tu casa, ¿tendrían luz si los electricistas no las abasteciesen de corriente?

Con toda verdad ha cantado el poeta: "Todas las ruedas se detienen, cuando tus fuertes brazos lo desean".

Éste es el poder productivo, el poder industrial de los trabajadores.

No depende de ningún político, rey, presidente, Parlamento o Congreso. No depende ni de la policía ni del ejército y la armada –pues éstos sólo destruyen y nada crean–. Ni depende de reglamentos y leyes, de leguleyos y tribunales, de políticos o plutócratas. Se asienta exclusivamente en la destreza del obrero de la fábrica y el campo, en el cerebro y los músculos del proletariado industrial y agrícola; destreza para trabajar, para crear, para producir.

Éste es el poder productivo de los trabajadores; –del hombre del arado y del hombre del martillo, del hombre de inteligencia y de músculos, de las masas, de toda la clase trabajadora.

Se deduce que la clase trabajadora es en cada país la parte más importante de la población total. De hecho, es su única parte vital. El resto de las personas auxilian a la vida social, pero, si fuese preciso, podríamos pasarnos sin ellos, mientras que no podemos vivir un solo día sin el hombre del trabajo, que es el más importante poder económico.

La fuerza del gobierno y el capital es externa, al margen de ellos mismos. La fuerza del trabajador no es externa.

Descansa en él mismo, en su destreza para producir y crear.

Es el único poder de verdad. Y todavía el trabajo se mantiene en los peldaños más bajos de la escala social.

¿No es el mundo al revés, éste del capitalismo y del gobierno?

Los trabajadores, que como clase integran la parte más esencial de la sociedad, los únicos que poseen realmente poder, son los más impotentes en las presentes condiciones. Son la clase pobre, la menos influyente y respetada. Se los mira de arriba abajo y son víctimas de toda clase de explotación y de opresión; son los peor apreciados y los menos honorables. Viven en alojamientos feos e insalubres; su índice de mortalidad es el más alto; abarrotan las prisiones, y los patíbulos y la silla eléctrica están reservados para ellos.

Éste es el premio que recibe el trabajador en nuestra sociedad de gobierno y capitalismo; esto es lo que obtienes del sistema de "ley y orden".

¿Tal ley y orden merecen existir? ¿Debería tolerarse la continuidad de un sistema así? ¿No debería cambiarse por lo que fuese, por algo mejor, y no está el trabajador más interesado que cualquier otro en llevarlo a cabo? ¿No debería su propia organización, el sindicato, creado específicamente para apoyarlo en la consecución de sus intereses, realizar este cambio?

¿Cómo?

Capítulo XIII

Socialismo

Cuando haces esta pregunta, los socialistas te dicen:

"Vota la candidatura socialista. Elige a nuestro partido. Nosotros aboliremos el capitalismo y estableceremos el socialismo".

¿Qué es lo que quieren los socialistas, y cómo se proponen conseguirlo?

Existen muchas variedades de socialistas. Hay socialdemócratas, socialistas fabianos, nacionalsocialistas, socialistas cristianos y socialistas con otras etiquetas. Generalizando, el credo de todos ellos es la abolición de la pobreza y de las condiciones sociales injustas. Pero discrepan en la apreciación de cuáles son las condiciones justas y, todavía más, en el modo de hacer éstas efectivas.

En nuestros días, el simple intento de mejorar el capitalismo es, a menudo, llamado "Socialismo", mientras que en realidad sólo implica reformas. Pero tales reformas no pueden ser llamadas socialistas puesto que el socialismo de verdad no quiere decir "mejorar" el capitalismo sino abolirlo totalmente. El socialismo enseña que las condiciones del trabajo no pueden ser mejoradas bajo el capitalismo, al contrario, demuestra que la condición del obrero empeorará progresiva e inexorablemente a medida que el desarrollo del industrialismo progrese, de modo que esos esfuerzos para "reformar" y "mejorar" el capitalismo se oponen directamente al socialismo y solamente dilatan sus realizaciones.

Hemos visto en capítulos precedentes que la esclavitud de los trabajadores, la desigualdad, la injusticia y otros daños sociales son el resultado del monopolio y la explotación, y que el sistema es sostenido por la máquina política llamada gobierno. Sería inútil, por lo tanto, discutir aquellas escuelas de socialismo (así llamadas impropiamente) no creadas para abolir el capitalismo y la esclavitud asalariada. Como tampoco serviría a nuestro propósito sumergirnos en supuestas proposiciones socialistas, tales como "una distribución de la riqueza más justa", "la igualdad de salarios", "el impuesto único" y otros planes similares. Éstas no significan socialismo, son sólo reformas. Son socialismo de salón, como el fabianismo, por ejemplo, y carecen de interés para las masas.

Vamos a examinar, por consiguiente, esa escuela de socialismo que trata, fundamentalmente, del capitalismo y del salario, que se refiere al trabajador, al desheredado y que es conocido como movimiento socialdemócrata[17]. Éste considera impracticables y utópicas todas las otras formas de socialismo. Se declara la única teoría de socialismo sólida y científica, tal como formuló Karl Marx, el autor de *El capital*, que es el evangelio y guía de todo socialdemócrata.

Ahora bien, ¿qué es lo que los socialistas seguidores de Karl Marx –conocidos como socialistas marxistas, y a los que, para abreviar, llamaremos simplemente socialistas– se proponen?

Ellos dicen que los trabajadores no serán nunca libres ni tendrán asegurado su bienestar a menos que el capitalismo sea abolido. Los medios de producción y de distribución deben ser arrebatados de las manos privadas. Es decir, tierra, maquinaria, talleres, fábricas, minas, ferrocarriles y otros servicios de utilidad pública no deberían ser de propiedad privada, porque ésta esclaviza tanto a los trabajadores como a la humanidad en general.

Por lo tanto, la posesión privada de las cosas sin las cuales no puede existir la humanidad, ha de cesar. Los medios de producción y de distribución han de ser propiedad pública. La posibilidad de utilizarlos sin costo acabaría con el monopolio, con los intereses y las ganancias, con la explotación y la esclavitud del salario. La desigualdad social y la injusticia serían eliminadas, las clases abolidas y todos los hombres serían libres e iguales.

Estos puntos de vista socialistas coinciden con las ideas de la mayor parte de los anarquistas.

Los propietarios actuales –enseña, además, el socialismo– no entregarán sus posesiones sin lucha. Esto lo prueba la historia y las experiencias pasadas. Las clases privilegiadas han conservado sus privilegios y se han opuesto siempre a todo intento que debilitase su poder sobre las masas. Incluso actualmente combaten implacablemente todo esfuerzo del trabajo por mejorar su situación.

Es cierto, por lo tanto, que en el futuro, como lo hizo en el pasado, la plutocracia se resistirá si tratas de despojarla de sus monopolios, de sus derechos especiales y de sus privilegios. Esta resistencia desencadenará una dura lucha, una revolución.

[17] Organizado bajo los variados nombres de "Partido Social Demócrata", "Partido Obrero Social-Demócrata" o "Partido Socialista Obrero". *(Nota del autor.)*

El verdadero socialismo es, en consecuencia, radical y revolucionario.

Radical, porque va hasta la verdadera raíz del conflicto social ("radix" significa en latín "raíz"), y no cree ni en reformas ni en arreglos provisionales, quiere cambiar las cosas desde su base. Revolucionario, no porque busque el derramamiento de sangre sino porque sabe que la revolución es inevitable.

Sabe que el capitalismo no puede ser sustituido por el socialismo sin una lucha violenta entre las clases poseedoras y las masas desposeídas.

"Pero si tiene que haber una revolución –preguntas–, ¿por qué pretenden, entonces, los socialistas que los vote para llegar al poder? ¿Van a luchar por la revolución en él?

Tu pregunta va al centro de la cuestión. Si el capitalismo tiene que abolirse mediante la revolución, ¿qué busca el socialismo en el poder? ¿Por qué intentan entrar en el gobierno?

Aquí es donde aparece la mayor contradicción del socialismo marxista, contradicción fundamental que en todos los países ha sido fatal para el movimiento socialista, y que lo ha hecho ineficaz e impotente para servir de alguna utilidad a la clase trabajadora.

Es imprescindible comprender claramente esta contradicción para entender por qué ha fracasado el socialismo, por qué se ha metido en un callejón sin salida y no puede conducir a las clases trabajadoras a su emancipación.

¿Cuál es esta contradicción? Es la siguiente: Marx enseñó que "la revolución es la comadrona del capitalismo que lleva en su vientre una nueva sociedad". O sea, que el capitalismo no se convertirá en socialismo si no es mediante una revolución.

Pero en su *Manifiesto comunista*, por otra parte, Marx insiste en que el proletariado debe apoderarse de la maquinaria política, del gobierno, a fin de conquistar a la burguesía.

La clase trabajadora –adoctrina– debe tomar las riendas del Estado por medio de los partidos socialistas y utilizar el poder político para introducir el socialismo.

Esta contradicción ha creado entre los socialistas gran confusión y ha dividido el movimiento en varias facciones. La mayoría de éstas, los partidos socialistas corrientes de cada país, abogan, ahora, por la conquista del poder político, por

el establecimiento de un gobierno socialista, cuya misión sería abolir el capitalismo y establecer el socialismo.

Juzga por ti mismo si tal cosa es posible. En primer lugar, los mismos socialistas admiten que las clases poseedoras no entregarán sus riquezas y privilegios sin una lucha áspera y consecuentemente, sin revolución.

Además, ¿sirve esto de algo? Tomemos como ejemplo los Estados Unidos. Durante cincuenta años los socialistas han intentando que los miembros del partido fueran elegidos para el Congreso y el resultado de ese medio siglo de trabajo político es que sólo hay un miembro en la Cámara de Representantes de Washington. Con este promedio –y el promedio decrece más que crecer–, ¿cuántos siglos pasarán para conseguir en el Congreso una mayoría socialista?

Pero aun suponiendo que los socialistas pudiesen asegurarse algún día tal mayoría, ¿podrían entonces transformar el capitalismo en socialismo? Esto requeriría enmendar y alterar tanto la constitución de los Estados Unidos, como las de cada Estado, para lo que sería preciso los votos de dos tercios del censo.

Hagamos un alto aquí y considera si los plutócratas norteamericanos, los trusts, la burguesía y todas las demás fuerzas que se benefician del capitalismo, permanecerán tranquilamente sentados y permitirían que se modificase la constitución de tal modo que les desposeyese de sus riquezas y privilegios. ¿Te puedes creer esto? ¿Recuerdas lo que dijo Jay Gould[18] cuando fue acusado de conseguir sus millones ilegalmente y a despecho de la Constitución? "¡Al infierno con la Constitución!" replicó. Y así piensa todo plutócrata, aunque no sea tan franco como Gould.

Con Constitución o sin ella, los capitalistas pelearán a muerte por sus riquezas y privilegios. Y es esto precisamente lo que se quiere con la revolución. Puedes juzgar entonces si el capitalismo puede ser abolido eligiendo socialistas para los cargos públicos y si el socialismo puede ser proclamado por las urnas. No es difícil conjeturar quién vencerá en la lucha entre votos y balas.

En un primer momento los socialistas se dieron perfecta cuenta de esto. Exclamaban, entonces, que solamente tenían intención de utilizar a los políticos con fines propagandísticos.

[18] Jason "Jay" Gould (1836-1892) hizo su fortuna en el mundo de los ferrocarriles y en la especulación bursátil. Pionero en la quiebra estratégica de compañías.

Era en la época en que la agitación socialista fue prohibida, particularmente en Alemania. "Si tú nos eliges para el Reichstag (el Parlamento alemán), decían entonces los socialistas a los trabajadores, podremos desde allí predicar el socialismo e inculcárselo al pueblo." Había en esto algo de razón, porque las leyes que prohibían hacer propaganda socialista no se aplicaban en el Reichstag. De modo que los socialistas favorecieron las actividades políticas y tomaron parte en elecciones con el fin de tener una oportunidad para defender el socialismo.

Esto puede parecer un hecho inocente, pero implica la ruina del socialismo. Porque nada es más verdadero que el que los medios que utilizas para lograr tu objetivo se convierten rápidamente en objetivos en sí mismos. Como el dinero, por ejemplo, que es solamente un medio de existencia y pasa a ser la única finalidad de nuestra vida. Lo mismo pasa con el gobierno. El "anciano" escogido por las comunidades primitivas para que cuidara de algunos asuntos de la aldea se transformaba en el amo, en el jefe, en el gobernante. Precisamente es los que les ha sucedido a los socialistas.

Poco a poco cambiaron su postura. En lugar de que las elecciones fueran un simple método educacional, se transformaron gradualmente en un fin en sí mismo para asegurarse los cargos políticos, ser elegidos para los cuerpos legislativos y otras posiciones gubernamentales. El cambio, naturalmente, condujo a que los socialistas sofocaran su ardor revolucionario y les obligó a suavizar sus críticas al capitalismo y al gobierno para evitar persecuciones y asegurarse más votos.

Hoy en día la propaganda socialista se centra no tanto en mostrar el valor educativo de la política sino en la elección de socialistas para acceder al poder.

Los partidos socialistas ya no hablan de revolución. Dicen, ahora, que cuando consigan una mayoría en el Congreso o en el Parlamento, traerán el socialismo legislando. Quieren abolir el capitalismo de forma legal y pacíficamente.

En otras palabras, han cesado de ser revolucionarios, se han transformado en reformistas que quieren cambiar las cosas con la ley.

Vamos a ver cómo han estado haciendo esto en décadas anteriores.

En casi todos los países europeos los socialistas se han asegurado un gran poder político. Algunos países tienen ahora gobiernos socialistas, en otros, los partidos socialistas tienen mayoría. En otros, además, los socialistas ocupan los puestos más elevados del Estado, como cargos ministeriales e incluso el puesto de primer ministro. Vamos a ver qué es lo que están haciendo por el socialismo y por los trabajadores.

En Alemania, cuna del movimiento socialista, el partido socialdemócrata ocupa numerosos cargos de gobierno, sus miembros están en el cuerpo legislativo nacional y en los municipales, en el jurídico y en el gabinete ministerial. Dos presidentes alemanes, Haase[19] y Ebert[20], fueron socialistas. El actual *Reichskanzler* (canciller), el doctor Herman Müller[21], es un socialista. Herr Loebe[22], presidente del Reichstag, es también un miembro del partido socialista. Scheidemann[23], Noske[24] y unos cuantos más de los que ocupan las más altas posiciones del gobierno, del ejército y de la armada son todos ellos líderes del poderoso partido socialdemócrata alemán. ¿Qué han hecho ellos por el proletariado de cuya causa es supuesto representante el partido? ¿Han conseguido el socialismo? ¿Han abolido la esclavitud del salario? ¿Han hecho el más ligero intento de aproximarse hacia estos objetivos?

19 Hugo Haase (1863-1919), miembro del Partido Socialdemócrata Alemán, elegido como co-presidente junto con Auguste Bebel en 1911. Tomó la dirección de una minoría centrista, que se oponía a la política de guerra de la socialdemocracia alemana y fundó el USPD en 1917. Fue asesinado en las escaleras del Parlamento por un fanático de derecha.

20 Friedrich Ebert (1871-1925), dirigente obrero y primer presidente de la República de Weimar.

21 Herman Müller (1876-1931), político socialdemócrata alemán que fue ministro de Asuntos Exteriores (1919-1920), y dos veces Canciller de Alemania (1920, 1928-1930) bajo la República de Weimar. Como ministro de Asuntos Exteriores, fue uno de los signatarios alemanes del Tratado de Versalles en 1919.

22 Paul Loebe, socialdemócrata que fue presidente del Reichstag entre 1924 y 1932.

23 Philipp Heinrich Scheidemann (1865-1939) político socialdemócrata alemán, responsable de la proclamación de la República el 9 de noviembre de 1918, y primer Canciller (con el título de *Reichsministerpräsident*) de la república de Weimar.

24 Gustav Noske (1868-1946), ministro de Defensa de Alemania entre 1919 y 1920. Primer ministro de Defensa de la República de Weimar.

La sublevación de los trabajadores alemanes en 1918 forzó al Káiser a huir del país y el reinado de los Hohenzolen tocó a su fin. El pueblo puso su confianza en los socialdemócratas y votaron llevándolos al poder. Pero una vez hechos fuertes en el gobierno, los socialistas se volvieron contra las masas. Se mezclaron con la burguesía alemana y la casta militar, y se convirtieron en baluarte del capital y del militarismo. No sólo desarmaron al pueblo y eliminaron a los obreros, sino que fusilaron y encarcelaron a todo socialista que osó protestar contra su traición.

Noske, como jefe socialista del ejército durante la revolución, mandó a sus soldados contra los trabajadores y ordenó la masacre a gran escala de los mismos proletarios que lo llevaron al poder, sus propios hermanos socialistas. En sus manos perecieron Karl Liebknecht[25] y Rosa Luxemburg[26], dos de los más leales y devotos revolucionarios, asesinados a sangre fría en Berlín el 16 de enero de 1919 por oficiales del ejército, en secreta connivencia con el gobierno socialista. El poeta y pensador anarquista Gustav Landauer[27] corrió la misma suerte y decenas de los mejores amigos de los trabajadores fueron asesinados por toda Alemania.

Haase, Ebert, Scheidemann, Noske y sus lugartenientes socialistas no permitieron que la revolución realizase nada esencial.

Al instante de conseguir el poder lo utilizaron para aplastar al trabajador rebelde. El asesinato público y clandestino de los

25 Karl Liebknecht (1871-1919), político alemán. Se unió a la socialista alemana Rosa Luxemburg para crear una facción radical dentro del SPD; se les conocía como "espartaquistas". Este grupo sería el germen del que nacería el Partido Comunista Alemán (KPD). Fue expulsado del SPD el 1 de enero de 1916. Se opuso al gobierno provisional formado en noviembre de 1918 por el socialdemócrata Friedrich Ebert tras la proclamación de la República de Weimar y lideró la insurrección. Las fuerzas policiales sofocaron la revuelta. Liebknecht fue arrestado y, mientras era conducido a prisión el 15 de enero de 1919, fue ejecutado.

26 Rosa Luxemburg (1870-1919), teórica marxista de origen judío. Formó parte del grupo alemán Spartakus, que fundó junto con Karl Liebknecht y Clara Zetkin. Tomó parte en la frustrada revolución de 1919 en Berlín, aun cuando este levantamiento tuvo lugar en contra de sus consejos. La revuelta fue sofocada con la intervención del ejército monárquico y la actuación de los Cuerpos Libres (o Freikorps, grupos de mercenarios nacionalistas de derecha), y a su término cientos de personas, entre ellas Rosa Luxemburg, fueron encarceladas, torturadas y asesinadas.

27 Gustav Landauer (1870-1919), teórico anarquista, escritor, traductor y filósofo.

elementos verdaderamente revolucionarios fue tan sólo uno de los medios empleados por el partido socialista para subyugar la revolución. Lejos de introducir algún cambio que beneficiase a los trabajadores, el partido socialista se volvió el más celoso defensor del capitalismo conservando todas las prerrogativas y ventajas de la aristocracia y la clase señorial. Es por esto que la revolución alemana no consiguió nada más que expulsar al Káiser. La nobleza mantuvo la posesión de todos sus títulos, propiedades, derechos especiales y privilegios. La casta militar retuvo el poder como lo hizo bajo la monarquía. La burguesía salió fortalecida y los reyes y magnates de las finanzas y la industria dominaron al trabajador con mayor arbitrariedad que antes.

El partido socialista de Alemania, respaldado por millones de votos, tuvo éxito… en conseguir el poder. Los trabajadores siguen siendo esclavos y sufren como antes.

El mismo cuadro hallarás en otros países. En Francia, el partido socialista tiene una fuerte representación en el gobierno.

El ministro de Asuntos Exteriores, Aristide Briand[28], que también ha sido primer ministro, fue anteriormente una de las grandes mentes del partido en Francia. Hoy es el más firme defensor del capitalismo y del militarismo. Muchos de sus primeros compañeros socialistas son sus colegas de gobierno, y muchos otros socialistas actuales están en el Parlamento francés y en otros cargos importantes. ¿Qué están haciendo por el socialismo?

¿Qué hacen por los trabajadores?

Están ayudando a defender y a "estabilizar" el régimen capitalista francés. Están muy atareados promulgando leyes, incrementando los impuestos para que los altos funcionarios del gobierno puedan tener mejores salarios. Se han comprometido a cobrar las indemnizaciones de guerra a Alemania, para lo que están sangrando a sus trabajadores, como a sus hermanos franceses. Están trabajando duramente para "educar" a Francia, y particularmente a los niños de sus escuelas, en el odio al pueblo alemán. Ayudan a construir más navíos de guerra y aviones militares para la próxima guerra que preparan cultivando el espíritu chauvinista y de venganza contra sus países vecinos. Las nuevas leyes que movilizan a todo adulto y mujer de Francia en caso

[28] Aristide Briand (1862-1932), político francés considerado uno de los precursores de la unidad europea.

de guerra, fueron presentadas por el promitente socialista Paul Boncour[29], y aprobadas con la ayuda de los miembros socialistas de la cámara de los diputados.

En Austria, Bélgica, Suiza, Noruega, Holanda, Dinamarca, Checoslovaquia y en muchos otros territorios europeos, los socialistas han asumido el poder. En algunos países parcialmente, en otros por completo. Y en todas partes, sin una sola excepción, su trayectoria ha sido la misma, en todas partes han abjurado de sus ideales, han embaucado a las masas, han encaminado su ascenso político en su propio provecho y gloria.

"Esos hombres que suben al poder sirviéndose de las espaldas del trabajador y una vez allí les traicionan, son unos canallas", oigo que dices con justa indignación. Es verdad, pero eso no es todo.

Hay una razón más profunda para su constante y habitual traición, una causa más importante y significativa de este casi universal fenómeno. Los socialistas no son en esencia diferentes de los demás hombres. Son seres humanos como tú y como yo. Y ningún hombre se vuelve un traidor o un canalla en una sola noche.

Es el poder el que corrompe. La conciencia de que posees poder es en sí misma el peor veneno que corroe las esencias más bellas del hombre. La mugre y la contaminación de los políticos de todo el mundo prueba esto suficientemente.

Incluso, hasta los socialistas que han llegado a los cuerpos legislativos y a posiciones de gobierno con las mejores intenciones son impotentes para hacer nada de naturaleza socialista, nada que beneficie a los trabajadores. Porque los políticos no son el medio para mejorar la condición del trabajador. Nunca lo fueron y nunca podrán serlo.

La desmoralización y la corrupción llegan poco a poco, tan gradualmente que es difícil darse cuenta. Observa, por ejemplo, las circunstancias de un socialista elegido para el Congreso.

Está completamente solo frente a varios centenares de hombres de otros partidos. Nota la oposición general a sus ideas radicales y respira una atmósfera extraña y hostil. Pero está allí y ha de participar en los asuntos que se tratan. A muchos de éstos, los proyectos de ley o las leyes propuestas les son enteramente extraños.

[29] Joseph Paul-Boncour (1873-1972), político francés. Fundador de la Unión socialista Republicana (1931), senador (1931-1940) y ministro de la Guerra (1932 y 1934) y de Asuntos Exteriores (1933-1934 y 1938).

No hay nada que tenga conexión con las ideas de los socialistas ni ninguna relación con los intereses de los votantes de la clase trabajadora que lo eligieron. Es exclusivamente rutina legislativa. Sólo cuando llega a la cámara un proyecto de ley sobre algún aspecto del trabajo o de la situación industrial y económica, nuestro socialista puede tomar parte en los debates. Lo hace y se lo ignora o se ríen de él por sus impracticables ideas sobre el asunto. Pues para ellos son en verdad impracticables. Incluso en el mejor de los casos, cuando la ley propuesta no está proyectada especialmente para otorgar nuevos privilegios a los monopolios, trata de asuntos en los que está implicado el negocio capitalista con algún tratado o convenio comercial entre un gobierno y otro. Pero él, el socialista, fue elegido por la etiqueta de socialista y es su misión abolir el régimen capitalista, terminar en su conjunto con el sistema de comercio y ganancia, y así, ¿cómo puede hablar él, "prácticamente", sobre los proyectos de ley sometidos a discusión? Por supuesto que se convierte en el blanco de las burlas de sus colegas, y pronto empieza a comprender lo inútil y estúpida que es su presencia en las antesalas de la legislación. Por esto, algunos de entre los mejores hombres del partido socialista alemán se revolvieron contra la actuación política, como hizo Johan Most[30], por ejemplo. Pero existen pocas personas con tal honradez y valor.

[30] Johann Most (1846-1906), anarquista alemán de finales del siglo XIX. Más conocido por popularizar la estrategia de la "propaganda por el hecho". Most establecía que "el sistema actual será más rápido y radicalmente vencido eliminando a todo opositor". Most prefería el método del atentado, principalmente a través de explosivos por lo cual ganó el apodo de Dynamost, aunque curiosamente no se conoce a ciencia cierta que participara en acciones de corte violento. Most fue contemporáneo de muchos otros famosos anarquistas, tales como Emma Goldman, Alexander Berkman y Errico Malatesta, quienes lo respetaban pero diferían de algunos de sus planteamientos teóricos. Most era además un ferviente seguidor de los ideales de la emancipación de clase del proletariado. Con el tiempo Most empezó a favorecer la concienciación de los trabajadores y su organización libre a través de tácticas ajenas de dogmas e insensateces "radicales", por lo que empezó a condenar cualquier indicio de violencia gratuita y pseudorrevolucionaria. Publicó un conocido periódico anarquista denominado *Freiheit*, popular entre los libertarios de Austria, Bohemia y Hungría. Originalmente publicado en Londres, luego siguió publicándose en Nueva York, con amplia acogida además entre los alemanes en el exilio. En él se nota su evolución desde sus originales posturas incendiarias hacia finalmente la preferencia por la educación y la estrategia de organización revolucionaria con principios formativos.

Por regla general, el socialista permanece en su posición y cada día se ve forzado a comprobar, más y más, el papel absurdo que está representando. Y acaba por entender que es necesario que halle algún modo de tener una participación seria en el trabajo, de presentar en las exposiciones opiniones sólidas y convertirse en un elemento importante de los debates.

Siente esta necesidad imperativa para preservar su dignidad, para obligar a sus colegas a que lo respeten, y también, para demostrar a sus electores que no eligieron un simple maniquí.

Así, se pone al corriente de la rutina. Estudia el dragado de los ríos y la mejora de las costas, lee a fondo sobre apropiaciones, examina las ciento y una proposiciones de ley sometidas a consideración, y cuando ocasionalmente desciende de estas alturas –que no es muy a menudo– trata de explicar la legislación propuesta desde el punto de vista de los principios básicos socialistas, sobre cuya delimitación tiene sus dudas. "Hace un discurso socialista". Pinta con vívidos colores los sufrimientos de los trabajadores y el crimen de la esclavitud del salario; informa a sus colegas de que el capitalismo es un mal, de que el rico debe ser abolido y que hay que acabar con todo el sistema. Termina su perorata y se sienta. Los estadistas cambian miradas, sonrisas, chanzas, y la asamblea pasa a debatir el asunto que se trae entre manos.

Nuestro socialista percibe que es el hazmerreír de la sala. Sus colegas se van aburriendo de su "aspecto furibundo", y cada vez encuentra más dificultad en asegurarse el turno de palabra. A menudo es llamado al orden y se lo amonesta para que se limite a tratar el tema, pero sabe que ni con su palabra ni con su voto puede influir sobre los debates en lo más mínimo. Ni aun sus discursos llegan al público; son sepultados en el Diario de Sesiones que nadie lee, y se entera con dolor de que es una voz solitaria e inadvertida en el yermo de las maquinaciones políticas. Recurre a los electores para que voten para los cuerpos legislativos a más camaradas. Un solo socialista, les dice, no puede conseguir nada. Pasan los años y por fin el partido socialista consigue tener electos a una parte de sus miembros. Cada uno de ellos pasa por la misma experiencia que su primer colega, pero ahora llegan rápidamente a la conclusión de que predicar doctrinas socialistas a los estadistas es poco menos que inútil. Deciden, entonces, participar en la legislación.

Les es preciso demostrar que no están "vomitando revolución" sino que son hombres prácticos, hombres de Estado, que están haciendo algo por sus asociaciones, mirando por sus intereses.

De este modo, la situación los empuja a participar de forma "práctica" en los debates, a "hablar de negocios", a enfrentarse con los asuntos en trámite en el cuerpo legislativo. Saben perfectamente que esos temas no tienen ninguna relación con el socialismo o con la abolición del capitalismo. Al contrario, todo ese fabricar leyes y esa hipocresía política solamente afianzan la garra de los amos sobre el pueblo; peor aún, ilusiona a los trabajadores en la creencia de que la legislación puede hacer algo por ellos y los engaña con la falsa esperanza de que pueden obtener resultados por mediación de los políticos. Así, se los mantiene esperando que la ley y el gobierno "cambien las cosas" y "mejoren" su situación.

Y así continúa funcionando la maquinaria del gobierno, los amos mantienen su posición privilegiada y los trabajadores permanecen a la espera de "la actuación" de sus representantes en los cuerpos legislativos con promesas de nuevas leyes que les aliviarán "en alguna medida" su situación.

Este proceso se ha venido siguiendo durante años en todos los países de Europa. Los partidos socialistas han conseguido que muchos de sus miembros fueran elegidos para diversos puestos legislativos y gubernamentales. Al respirar durante años en esta atmósfera, disfrutando de buenas comisiones y pagas, los socialistas electos se han vuelto una parte de la maquinaria política. Han llegado a pensar que no vale la pena esperar hasta la Revolución Socialista para abolir el capitalismo. Es más práctico trabajar por algunas "mejoras", tratar de obtener en el gobierno una mayoría socialista. Porque cuando tengan una mayoría, dicen ahora, no necesitarán ninguna revolución.

El viraje socialista se abre camino gradualmente. Cuanto más grande es su éxito electoral y más firme su poder político, más conservadores se vuelven y más conformes con las condiciones existentes. Apartados de la vida y de los sufrimientos de la clase trabajadora, viviendo en un ambiente burgués de opulencia, se han convertido en lo que ellos llaman "gente práctica". Viendo en primer plano cómo funciona la máquina política, conociendo su libertinaje y su corrupción, han deducido que en esta charca de engaños, sobornos y corrupción no hay esperanza para el socialismo. Pero pocos, muy pocos socialistas, encuentran el coraje necesario para mostrar a los trabajadores que no hay esperanzas en la política para su causa. Una confesión tal significaría el final de su carrera política, con pérdida de sus emolumentos y ventajas. De modo que la gran mayoría de ellos se contenta con reservarse su opinión y seguir beneficiándose. El poder y la posición han ahogado gradualmente sus conciencias y carecen de firmeza y honradez para nadar contra la corriente.

Esto es lo que se ha hecho del socialismo, que fue un día la esperanza de los oprimidos del mundo. Los partidos socialistas han estrechado las manos de los partidos burgueses y de los enemigos del trabajador. Se han convertido en el más firme baluarte del capitalismo, fingiendo ante las masas que están luchando por los intereses de éstas, mientras que, en realidad, han hecho causa común con los explotadores. Hasta tal extremo se han olvidado y alejado del socialismo original que, en la Gran Guerra, los partidos socialistas de todos los países europeos ayudaron a sus gobiernos a conducir a los trabajadores al matadero.

La guerra ha evidenciado claramente la bancarrota del socialismo.

Los partidos socialistas, cuyo lema era "¡Trabajadores del mundo, uníos!", enviaron a unos obreros para que asesinaran a otros. Pasaron de enemigos encarnizados del militarismo a defensores de "sus" patrias, apremiando a los trabajadores para que se pusiesen el uniforme y matasen a sus hermanos trabajadores de otros países.

Extraño, ¿verdad? Habían estado diciendo a los proletarios durante años que no tenían patria, que sus intereses son opuestos a los de sus amos, que el trabajador no tiene "nada que perder sino sus cadenas", pero al primer signo de guerra convocan a éstos a enrolarse en el ejército y a votar dando apoyo y dinero para que el gobierno ponga en marcha la masacre. Esto sucedió en todos los países de Europa. Es verdad que hubo minorías socialistas que protestaron contra la guerra, pero la aplastante mayoría, dentro de los partidos socialistas, las ignoró y excomulgó, posicionándose con la gran matanza.

Y esto fue la más terrible traición, no sólo del socialismo, sino de toda la clase trabajadora, de la humanidad misma. El socialismo, cuyo propósito fue educar al mundo en el conocimiento de los males capitalistas, del carácter homicida del patriotismo, de la bestialidad e inutilidad de la guerra; el socialismo, que fue el defensor de los derechos del hombre, de la libertad y de la justicia, esperanza y promesa de un día mejor, se convirtió miserablemente en defensor del gobierno y de los amos y se convirtió en criado al servicio de militares y ultranacionalistas. Los más destacados socialdemócratas se convirtieron en "socialpatriotas".

Pero no sucedió esto simplemente por traición. Pensar así sería equivocar su verdadero origen y comprender mal las enseñanzas de esta lección. Claro que hubo traición, en lo espiritual y en la práctica, y los resultados de esta traición han quebrantado el socialismo, desilusionado a los millones que creían de verdad en él y hundido al mundo en una negra reacción.

Pero no fue sólo una traición ordinaria. La verdadera causa es mucho más honda.

"Somos lo que comemos", ha dicho un gran pensador. Esto es, la vida que llevamos, el ambiente en que vivimos, los pensamientos que ideamos y los actos que ejecutamos, conforman sutilmente nuestro carácter y nos hacen como somos.

La prolongada actividad política y la cooperación de los socialistas con los partidos burgueses han cambiado sus ideas y su forma de pensar. Poco a poco olvidaron que el propósito del socialismo era educar a las masas, hacerles ver el juego del capitalismo, enseñarles que el gobierno es su enemigo, que la Iglesia las mantiene en la ignorancia, que son embaucadas con ideas destinadas a perpetuar las supersticiones y los prejuicios en que se fundamenta la sociedad presente. Abreviando, olvidaron que el socialismo iba a ser el Mesías que disiparía las tinieblas de las mentes y de las vidas humanas, sacándolos de la ciénaga de ignorancia y materialismo y elevando su idealismo natural, su deseo de justicia y fraternidad, hacia la libertad y la luz.

Lo olvidaron. Lo habían olvidado para ser "prácticos", para "conseguir" algo, para convertirse en políticos de éxito.

Tú no puedes zambullirte en una charca y permanecer limpio.

Lo habían olvidado, porque su objetivo era sólo "conseguir resultados, venciendo en las elecciones y asegurándose el poder".

Sabían que no podrían triunfar en la política diciéndole al pueblo toda la verdad sobre sus condiciones de vida, porque la verdad no solamente atrae la enemistad del gobierno, la Iglesia y la escuela, sino que también ofende los prejuicios de las masas. Es necesario instruirlas y esto exige un proceso lento y dificultoso. Pero el juego político precisa del éxito, de resultados inmediatos. Los socialistas tuvieron que ser cuidadosos para evitar todo conflicto demasiado grave con cualquier poder.

No podían perder su tiempo educando al pueblo.

En consecuencia, conseguir votos se convirtió en su principal objetivo. Para conseguir esto tuvieron que arriar velas.

Tuvieron que recortar, poco a poco, todas aquellas partes del socialismo que podían provocar la persecución de las autoridades, la desaprobación de la Iglesia, o que impidiera que individuos fanáticos se unieran a sus filas. Tuvieron que transigir.

Así lo hicieron. Ante todo dejaron de hablar de revolución.

Sabían que el capitalismo no podía ser derribado sin una lucha encarnizada, pero decidieron decirle al pueblo que ellos podrían conseguir el socialismo gracias a la ley, a la legislación, y que todo lo que se necesita es colocar en el gobierno a suficientes socialistas.

Cesaron de denunciar al gobierno como un mal, dejaron de ilustrar a los trabajadores sobre el verdadero carácter del gobierno como agente esclavista. Además de esto, comenzaron a afirmar que ellos, los socialistas, eran los más leales mantenedores del "Estado" y sus mejores defensores; que lejos de oponerse a "la ley y el orden", son sus mejores amigos; que son, en verdad, los únicos que creen sinceramente en el gobierno, sólo que éste debe ser socialista; esto es, que ellos, los socialistas, hacen las leyes e impulsan el gobierno.

Y así, en lugar de debilitar la falsa y esclavizadora credulidad en la ley y el gobierno, debilitarla a fin de que aquellas instituciones pudiesen ser abolidas como medios opresivos, los socialistas se afanan actualmente en fortalecer la fe del pueblo en la eficacia de la autoridad y el gobierno, de tal modo que los miembros de los partidos socialistas de todo el mundo son hoy los que firmemente creen en el Estado y son llamados, por consiguiente, estatales.

Y eso que sus maestros, Marx y Engels, explicaron claramente que el Estado sirve solamente para reprimir, y que cuando el pueblo alcance la libertad real el Estado será abolido, "desaparecerá".

La búsqueda socialista del éxito político no paró aquí, fue mucho más lejos. Para ganar votos, los socialistas acordaron no educar al pueblo respecto de la falsedad, hipocresía y amenaza que significa la religión organizada. Sabemos que la Iglesia como institución es y ha sido siempre un baluarte del capitalismo y la esclavitud.

Es obvio apuntar que las gentes que creen en la Iglesia, se confiesan con el sacerdote y reverencian su autoridad, le serán obedientes y seguirán sus órdenes. Tales individuos, impregnados de ignorancia y superstición, son las víctimas más fáciles de los amos.

Pero con el fin de alcanzar mayores éxitos en sus campañas electorales, los socialistas decidieron suprimir la propaganda educativa antirreligiosa para así no ofender los prejuicios populares.

Declararon la religión "cuestión privada", y excluyeron de su agitación toda crítica sobre la Iglesia.

Aquello en lo que crees personalmente es en verdad un asunto privado; pero cuando te reúnes con otras personas y las organizas en un ente para imponer a otros tu creencia, para forzarlos a pensar como tú y castigarlos (en la medida de tu poder) si profesan otras creencias, entonces esto ya no es una "cuestión privada". Se podría decir entonces que la Inquisición, que torturaba y quemaba vivas a las personas por herejes, fue un "asunto privado".

La declaración de que "la religión es una cuestión privada" fue una de las peores traiciones que a la causa de la libertad hicieron los socialistas. La humanidad ha ido lentamente desprendiéndose de la ignorancia, de la superstición, del fanatismo y de la intolerancia que hicieron posibles las persecuciones religiosas y la Inquisición. El progreso de la ciencia y de la inventiva, la palabra impresa y los medios de comunicación trajeron la Ilustración, y ésta es la que en cierta medida ha liberado la mente humana de las garras de la Iglesia, que no ha cejado en su empeño de condenar a aquellos que no aceptan sus dogmas.

Todavía existe esa persecución, pero el avance del conocimiento le ha quitado a la Iglesia su pretérito y absoluto predominio sobre la mente, la vida y la libertad del hombre; de igual modo que el progreso ha desposeído al gobierno de poder tratar al pueblo como a esclavos y siervos.

Puedes ver fácilmente lo importante que es, pues, continuar con ese proceso de ilustración que se ha demostrado en el pasado tan beneficioso para la liberación de las gentes.

Continuarlo para que algún día podamos desterrar por completo todas las influencias de la superstición y la tiranía.

Pero los socialistas abandonaron esta labor tan necesaria, declarando que la religión es "una cuestión privada".

Transigir así y repudiar los verdaderos fines socialistas fue muy provechoso. Los socialistas ganaron fortaleza política sacrificando sus ideales. Pero tal "fortaleza" ha sido sustituida a la larga por descomposición y perdición.

No hay nada más corruptor que las claudicaciones. Un paso en esa dirección exige otro, se hace necesario y obligatorio, y pronto te arrolla con la fuerza de una bola de nieve que descendiendo se convierte en un alud.

Una a una, todas estas facetas significativas del socialismo, instrucción y libertad, fueron ofrendadas en apoyo de los políticos, para asegurarse una opinión pública más favorable, suavizar la persecución y realizar "algo práctico"; es decir, conseguir la elección de más socialistas para los cargos del Estado. En este proceso, que se ha desarrollado durante años y años en todos los países, los partidos socialistas de Europa consiguieron millones de afiliados. Pero no todos eran socialistas, eran seguidores del partido pero desconocían el verdadero espíritu y el significado del socialismo. Hombres y mujeres empapados de prejuicios ancestrales y con los puntos de vista del capitalismo; gentes de mentalidad burguesa, nacionalistas mezquinos, miembros de la Iglesia, creyentes en la autoridad divina y, en consecuencia, también en el mandato de los hombres, en el predominio de un hombre sobre otro, en el Estado y sus instituciones de explotación y de opresión, en la necesidad de defender sus gobiernos y sus países, en el patriotismo y el militarismo.

¿Sorprende, entonces, que cuando estalló la Gran Guerra los socialistas de todos los países, con pocas excepciones, tomaran las

armas para "defender la madre patria", la madre patria de sus amos y dirigentes? Los socialistas alemanes combatieron por el Káiser, los austríacos por la monarquía de los Habsburgo, los rusos por el zar, los italianos por el rey y los franceses por "la república".

De esta manera los socialistas y sus simpatizantes fueron a destrozarse entre sí hasta que diez millones de ellos encontraron la muerte y veinte millones más quedaron ciegos, mutilados o inválidos.

Era inevitable que la actividad política y parlamentaria condujese a tales resultados. Porque, en verdad, la denominada "acción" política es, respecto de la causa de los trabajadores y del progreso, peor que la inacción. La esencia misma de los políticos es la corrupción, saber nadar en todas las aguas, el sacrificio en pos del éxito de ideales e integridad. Para las masas los frutos de este éxito han sido amargos, al igual que para todo hombre y mujer honrado del mundo.

La consecuencia directa de esto es que millones de trabajadores de todos los países del mundo quedaron desanimados y sin esperanzas. Sienten claramente que los socialistas los han engañado y traicionado. Cincuenta, más aún, cien años de "labor" socialista han declarado la completa bancarrota de los partidos socialistas, la desilusión de las masas y han desencadenado la reacción que hoy domina al mundo entero y atenaza la garganta del trabajador con un guante de hierro.

¿Sigues pensando que los partidos socialistas con sus elecciones y sus políticos pueden librar al proletariado de la esclavitud del salario? Por sus frutos sabrás quiénes son.

"Pero los bolcheviques –protestas– no han traicionado a los trabajadores. ¡Ellos han implantado el socialismo en Rusia!"

Echemos entonces un vistazo a Rusia.

Capítulo XIV
La revolución de febrero

En Rusia, los bolcheviques, denominados Partido Comunista, tienen el control del gobierno. La revolución de octubre, en 1917, los colocó en el poder[31]. Esta revolución fue el acontecimiento más importante desde la Revolución Francesa en 1789-1793. Fue la rusa más grande que aquélla, porque removió los cimientos más profundos de la sociedad. La Revolución Francesa pretendió instaurar la libertad política y la igualdad, creyendo que con eso aseguraría también la fraternidad y el bienestar para todos. Fue un paso poderoso para el avance del progreso y finalmente cambió la faz política de los pueblos de Europa. Abolió la monarquía en Francia, instauró una república y dio un golpe de muerte al feudalismo, al absolutismo de la Iglesia y la nobleza. Y a la larga, influyó con medidas progresistas a cada país del continente y contribuyó a promover sentimientos democráticos por toda Europa.

Pero en el fondo no alteró nada. Fue una revolución "política " para asegurar derechos y libertades políticas. Lo consiguió. Francia es hoy una "democracia" y el lema "Libertad, Igualdad y Fraternidad" se graba aún sobre los muros de todas las prisiones.

Pero no libró al hombre de la explotación y de la opresión, lo que, después de todo, es la necesidad más apremiante.

La Revolución Francesa colocó a las clases medias, a la burguesía, en el gobierno, que antes ocupaban la aristocracia y la nobleza. Concedió ciertos derechos constitucionales al campesino y al obrero industrial, que hasta entonces eran simples siervos. Pero el poder burgués, su dominio industrial, hizo del campesino un subordinado servil y convirtió al trabajador de la ciudad en un esclavo del jornal.

Y no pudo ser de otro modo, porque la libertad es una palabra vacía mientras se te mantenga cautivo económicamente.

Como he señalado antes, libertad quiere decir que tienes el derecho de hacer determinadas cosas; pero si no tienes ninguna oportunidad de hacerlas, ese derecho es una burla. La oportunidad, en cualquier situación política, depende de tu situación

[31] Según el antiguo calendario ruso, en noviembre. *(N. del A.)*

económica. Los derechos políticos no son útiles al hombre que se ve forzado a esclavizarse de por vida para no morir de hambre ni él ni su familia.

Pese a la grandiosidad de la Revolución Francesa como un paso adelante para liberarse del despotismo de reyes y nobles, nada concreto pudo hacer por la liberación del hombre, puesto que no le aseguró oportunidad e independencia económica. Es por esa razón por lo que la Revolución Rusa fue un hecho mucho más significativo que todas las sublevaciones anteriores. No sólo abolió al zar y su autocrático poder, sino que hizo algo más importante: destrozó el poder económico de las clases poseedoras, de los barones de la tierra y de los reyes de la industria.

Por esta razón, es el suceso más importante de toda la historia, la primera y única vez que se ha intentado tal cosa.

No se pudo hacer en la Revolución Francesa porque el pueblo creía aún que la emancipación política bastaría para hacer a los hombres iguales y libres. Aún no habían llegado a la conclusión de que la base de toda libertad es económica. Pero esto no es en modo alguno, un desmérito de la Revolución Francesa; los tiempos no estaban maduros para un cambio económico fundamental.

Al ocurrir ciento veintiocho años después que la francesa, la Revolución Rusa estaba más ilustrada que la anterior. Fue la raíz del problema. Sabía que no sería beneficiosa ninguna clase de liberación política, a menos que los campesinos consiguieran la tierra y los obreros ocupasen las fábricas, a fin de no permanecer a merced de los latifundistas y los propietarios del capital y de la industria.

Desde luego que la Revolución Rusa no realizó su grandiosa obra en una sola noche. Las revoluciones, como todo en la vida, pasan por un proceso de crecimiento: comienzan por poco, acumulan fuerzas, se desarrollan y se extienden.

La Revolución Rusa comenzó durante la guerra, debido a la insatisfacción de la gente en sus hogares y de los soldados en el frente. El país estaba cansado de la guerra y descontento por el hambre y la miseria que sufría. Los soldados habían sufrido demasiadas matanzas y empezaban a preguntarse por qué debían matar y morir. Y cuando los soldados empiezan a hacerse preguntas no hay guerra que pueda prolongarse por mucho tiempo.

El despotismo y corrupción del gobierno zarista echó más leña al fuego. La corte era un constante escándalo público con el monje Rasputín[32] seduciendo a la emperatriz y controlando los asuntos del Estado mediante la influencia que tenía sobre ella y el zar. Las intrigas, el soborno y toda forma de venalidad se multiplicaban.

Los fondos del ejército eran saqueados por la alta oficialidad, y a menudo se forzaba a los soldados a entrar en batalla sin suficientes municiones ni los suministros necesarios. Las suelas de sus zapatos eran de cartón, y muchos de ellos no tenían botas de ninguna clase. Algunos regimientos se sublevaron, otros, se negaron a combatir. Era cada vez más frecuente que los soldados fraternizaran con "el enemigo", otros jóvenes a quienes el azar había hecho nacer en diferente país y que como a los rusos se les había ordenado ir a la guerra y habían ido sin saber por qué matar y morir. Numerosos soldados rusos tiraban sus fusiles y volvían a sus hogares y, una vez allí, narraban a las gentes las pavorosas condiciones de la campaña, la inútil matanza, la desventura y el desastre.

Contribuían a que creciera el descontento de las masas y entonces se empezaron a oír voces contra el zar y su régimen.

Día tras día este sentimiento crecía. El incremento de los impuestos, el aumento de la carestía de la vida y el racionamiento de los alimentos y provisiones atizaron la llama hasta convertirla en una llamarada.

En febrero de 1917 estalló la revolución. Como es habitual en tales casos, los poderes fueron sorprendidos dormidos en sus cargos, ciegos a la realidad que afloraba. El autócrata y sus ministros, los aristócratas y sus asesores creyeron que sólo eran desórdenes callejeros, huelgas y tumultos en demanda de pan. Se creían a salvo en sus poltronas. Pero los "desórdenes" siguieron, se extendieron por todo el país y el zar se vio forzado a abandonar el trono. Al poco tiempo, quien fuera un todopoderoso monarca fue arrestado y exiliado a Siberia, adonde él había enviado a morir a miles y miles de hombres, y donde él y toda su familia hallaron más tarde su castigo[33]. La autocracia rusa fue abolida.

[32] Grigori Yefímovich Rasputín (Pokróvskoie, Rusia, 1872 - St. Petersburgo, 1916). Monje analfabeto, que llegó a ejercer una tutela absoluta sobre la familia Romanov. Fue asesinado por una conspiración palaciega.

[33] Ejecutado por los bolcheviques en Ekaterinburg, Siberia, en 1918. *(N. del A.)*

La Revolución de febrero, dirigida contra el más poderoso gobierno de Europa, se llevó a cabo casi sin disparar un tiro.

"¿Cómo pudo hacerse tan fácilmente?" –te maravillas.

El régimen de los Romanov era absolutista. Rusia fue, bajo los zares, el país más esclavizado de Europa. Las personas carecían en la práctica de derechos. Los deseos del autócrata eran órdenes y los decretos policiales, la más alta ley. El pueblo vivía en la indigencia y sufría la mayor opresión. Y ansiaba libertad.

Durante un centenar de años los libertarios y revolucionarios rusos actuaron socavando el régimen de tiranía, ilustrando a las gentes e incitándolas a rebelarse contra el yugo que las mantenía esclavas. La historia de este movimiento se ha hecho con el entusiasmo y el sacrificio de los mejores hombres y mujeres. Miles, cientos de miles de ellos siguieron el camino del Gólgota, llenaron las prisiones, fueron torturados y ejecutados en las heladas estepas de Siberia. Desde el intento decembrista para asegurar una Constitución, hace aproximadamente un centenar de años, y durante todo el siglo, el fuego de la libertad se mantuvo encendido merced al heroico sacrificio de los nihilistas y revolucionarios. La historia de este grandioso martirologio no tiene igual en los anales del hombre.

Era, en apariencia, una lucha perdida de antemano, porque la falta total de libertad hacía prácticamente imposible que los pioneros de la libertad pudiesen llegar al pueblo, ilustrar a las masas. El zarismo estaba bien protegido por sus numerosos policías y servicios secretos, como también por la Iglesia oficial, la prensa y la escuela, que amaestraban al pueblo en el más absoluto servilismo al zar y en la indiscutible obediencia a "la ley y el orden". Se infligieron crueles castigos a todo aquel que osaba expresar un sentimiento liberal, y severas leyes castigaban hasta el intento de enseñar a los campesinos a leer y escribir. El gobierno, la nobleza, el clero y la burguesía combinaron sus fuerzas para triturar y aplastar el menor intento de ilustrar a las masas. Privados de todo medio de esparcir sus ideales, los elementos liberales de Rusia se vieron en la necesidad de emplear la violencia contra la bárbara tiranía, de recurrir a los actos terroristas a fin de mitigar por tales medios –aunque a pequeña escala– el despotismo dictatorial, y a la vez, atraer la atención del país y del mundo sobre las insoportables condiciones de existencia. Fue esta trágica necesidad la que hizo surgir el terrorismo en Rusia, que convirtió a los idealistas –para quienes la vida humana era sagrada– en ejecutores de tiranos. Los hombres y mujeres que voluntaria, casi ansiosamente, daban sus vidas por levantar el yugo que inmovilizaba al pueblo, eran de naturaleza noble. Como estrellas brillantes en el firmamento de la ancestral contienda entre libertad y opresión, permanecen los nombres de Sofía Perovskaya[34], Kibaltchitch[35], Grinevistky[36], Sasonov[37] y otros incontables mártires, conocidos y desconocidos de la Rusia más oscura.

Fue una lucha desigual, un combate en apariencia sin esperanza.

Pues los revolucionarios no eran sino un puñado contra el casi ilimitado poder del zarismo, con sus colosales ejércitos, su numerosa policía, sus oficinas especiales de espionaje político, su conocida Tercera Sección, la secreta Okhrana[38], su sistema de hacer de cada portero un ayudante policial secreto y todos los formidables resortes de un vasto país de cerca de cien millones de habitantes.

Un combate perdido, pero el espléndido idealismo de la joven Rusia –en particular del elemento estudiantil–, su inextinguible entusiasmo y la devoción por la libertad, no fueron en vano. El pueblo fue el victorioso, como en último extremo lo ha sido siempre en la lucha de la luz contra las tinieblas.

---

[34] Sophia Lvovna Perovskaya (1853-1881), revolucionaria rusa miembro del comité ejecutivo de *Narodnaya Volya (La voluntad del pueblo)*. Condenada y ahorcada por su participación en la muerte del zar Alejandro II.

[35] Nikolai Ivanovich Kibaltchitch (1853-1881), revolucionario ruso. Era el experto en explosivos de *Narodnaya Volya*. Condenado a muerte y ejecutado por su participación en la muerte de Alejandro II.

[36] Ignati Yoajimovich Grinevitsky (1856-1881) integrante de *Narodnaya Volia*, ejecutó al zar Alejandro II tirándole una bomba, pero murió con el estallido.

[37] Egor Sergueyevich Sasonov (1879-1910), miembro de Partido Socialista Revolucionario (SR), en 1904 arrojó una bomba que mató al ministro del Interior Pleve y resultó gravemente herido. Condenado a cadena perpetua, se envenó en 1910 para protestar contra los duros castigos del nuevo director de la cárcel.

[38] Policía secreta creada en 1881 tras la muerte de Alejandro II, desapareció en la Revolución de 1917 para dejar paso a la no menos represora policía soviética.

¡Qué lección para el mundo, qué estímulo para el débil de espíritu, qué esperanza encierra para el posterior avance del género humano a despecho de toda tiranía y persecución!

En 1905 estalló en Rusia la primera revolución. La autocracia todavía era fuerte y el alzamiento de las masas fue aplastado, aunque no sin que forzasen al zar a conceder ciertos derechos constitucionales. Pero el gobierno se vengó ferozmente de aquellas pequeñas concesiones. Centenares de revolucionarios las pagaron con sus vidas, miles fueron apresados y muchos miles más, deportados a Siberia.

El despotismo volvió a respirar tranquilo y a sentirse seguro de sí mismo en su pugna con el pueblo. No por mucho tiempo.

El hambre de libertad puede ser reprimida durante un tiempo, pero nunca exterminada. El instinto natural del hombre es la libertad, y ningún poder sobre la tierra puede conseguir aplastarla durante mucho tiempo.

Doce años más tarde –muy poco tiempo en la vida de un pueblo– llegó otra revolución, la de febrero de 1917. Prueba de que el espíritu de 1905 no había muerto, que el precio pagado en vidas humanas no fue en vano. Se ha dicho, y es verdad, que la sangre de los mártires nutre el árbol de la libertad.

La obra y el sacrificio de los revolucionarios dieron su fruto.

Rusia había aprendido mucho con la experiencia del pasado, como probaron los eventos que se sucedieron.

El pueblo había aprendido. En 1905 solamente había demandado una mitigación del despotismo, algunas mínimas libertades políticas. Ahora pedía la completa abolición del dominio tiránico.

En la revolución de febrero sonó el tañido a muerto del zarismo. Fue la revolución menos sangrienta de la historia.

Como he explicado antes, hasta el poder del gobierno más fuerte se evapora como el humo en el momento en que el pueblo se niega a reconocer su autoridad, a reverenciarlo, y le retira su apoyo. El régimen de los Romanov fue derribado casi sin lucha. Fue algo natural, ya que el pueblo estaba cansado de su reinado y decidió que era pernicioso e innecesario, y que el país estaría mejor sin él. La incesante agitación y la obra educacional llevada a cabo por los elementos revolucionarios (socialistas de varios grupos, incluyendo a los anarquistas) habían hecho comprender al pueblo que era preciso acabar con el zarismo.

Este sentimiento se difundió tanto que hasta el ejército –que es en Rusia, como en el resto de países, el grupo más inculto– había perdido la fe en las condiciones existentes. Al pueblo le quedaba pequeño el despotismo, se habían liberado a sí mismos de él en mente y en espíritu ganándose de este modo la fortaleza y la posibilidad de liberarse de forma real.

Por todo esto el poder autocrático no encontró ningún apoyo en Rusia, ni siquiera un regimiento que lo protegiese. El gobierno más poderoso de Europa se derrumbó como un castillo de naipes.

Un gobierno provisional ocupó el lugar del zar. Rusia era libre.

Capítulo XV

Entre febrero y octubre

Recuerdo haber asistido en el Madison Square Garden, de Nueva York, a un formidable mitin convocado para celebrar el destronamiento del zar. En la gigantesca sala hervía una multitud de veinte mil personas llevadas hasta las más altas cumbres del entusiasmo. "¡Rusia es libre!", empezó el orador que presidía el acto. Una verdadera tempestad de aplausos, gritos y vivas saludó la declaración, continuando durante algunos minutos y repitiéndose más y más. Pero cuando el auditorio se calmó y el orador se preparaba para proseguir, llegó una voz desde la multitud: "¿Libre para qué?" No hubo réplica. El orador continuó su arenga. Los rusos eran gentes sencillas e ingenuas. No habiendo tenido nunca derechos constitucionales, no tenían el más mínimo interés por los políticos y no estaban corrompidos por éstos. Poco sabían de congresos y parlamentos y no les interesaba nada de ellos.

"¿Libre para qué?", se preguntaban.

"Estáis libres del zar y de su tiranía", les decían.

"Eso es muy bonito", pensaban ellos. Pero "¿qué pasa con la guerra?", preguntaba el soldado; "¿qué hay de la tierra?", demandaba el campesino; "¿qué hay de una existencia decorosa?", urgía el proletario. Ya ves, amigo mío; aquellos rusos estaban tan poco "educados" que no les satisfacía precisamente ser libres de algo. Querían ser libres por algo, libres para hacer lo que quisiesen. Y lo que querían era un cambio en la vida y en el trabajo, y gozar de los frutos de su esfuerzo. Esto es, querían acceder a la tierra, para poder cultivar alimento para ellos, acceso a las minas, los talleres y las fábricas para producir lo que necesitaban. Pero bajo el gobierno provisional, exactamente igual que con los Romanov, tales cosas pertenecían a los ricos, eran "propiedad privada".

Como digo, el ruso de a pie no sabía nada de políticos, pero conocía exactamente lo que quería. No perdió el tiempo haciendo saber lo que quería, simplemente tenía la determinación de conseguirlo. Los soldados y marineros eligieron de entre ellos a sus portavoces para que expusiesen ante el gobierno provisional sus peticiones de acabar la guerra. Sus representantes se organizaron en consejos de soldados, llamados en Rusia soviets.

El campesino y el trabajador de la ciudad hicieron lo mismo.

De este modo, cada rama del ejército y la marina, cada distrito agrario o industrial, hasta cada fábrica implantó sus propios soviets. Con el transcurrir del tiempo los diversos soviets formaron el soviet de toda Rusia de los diputados obreros, soldados y campesinos, que celebraba sus sesiones en Petrogrado.

Por medio del soviet el pueblo pudo expresar sus demandas.

El gobierno provisional, el nuevo régimen "liberal" bajo el caudillaje de Miliukov[39], no los escuchaba. Es característico de todos los partidos políticos que, una vez en el poder, se vuelvan sordos a las necesidades y deseos de las masas. El gobierno provisional no fue diferente, en esto, de la autocracia zarista. No supo entender el espíritu de la época, creía que algunas pequeñas reformas dejarían satisfecho al país. Se mantuvo atareado discutiendo y charlando, proponiendo nuevas leyes y decretando más legislación. Pero no eran leyes lo que el pueblo quería. Quería paz, mientras que el gobierno insistía en continuar la guerra.

Clamaban por tierra y pan, pero sólo obtenían más leyes.

Si algo enseña la Historia en sus claras lecciones, es que no puedes desafiar o resistir a la voluntad de todo un pueblo.

Puedes suprimirla por un tiempo, contener el curso de la protesta popular, pero más violenta y furiosa se volverá la tempestad.

Entonces destrozará los obstáculos, barrerá la oposición e irá en su ímpetu más allá de su intención original. Ésta ha sido la historia de todo gran conflicto, de toda revolución.

Recuerda la Guerra de la Independencia norteamericana, por ejemplo.

La rebelión de las colonias contra la Gran Bretaña empezó con la negativa a pagar el impuesto del té exigido por el gobierno de Jorge III. La objeción a los "impuestos sin representación", aparentemente insignificante, al tropezar con la oposición del

[39] Pável Nikoláievich Miliukov (1859-1943), historiador y político ruso. Durante la Revolución de 1905 fue nombrado presidente del Comité Central del Partido Constitucional Democrático, conocidos como los "cadetes". Se convirtió en el personaje más representativo de la democracia constitucional rusa. Fue nombrado ministro de Asuntos Extranjeros en el primer gobierno provisional del príncipe L'vov (marzo de 1917), y se declaró favorable a la continuación de la guerra. Después de la Revolución de Octubre, se refugió en el sur de Rusia y en 1921 emigró a París.

rey, desencadenó la guerra que liberó a las colonias americanas de todo mandato inglés. Así nació la República de los Estados Unidos.

La Revolución Francesa comenzó, igualmente, con la demanda de pequeñas mejoras y reformas. La negativa de Luis XVI a escuchar la voz popular le costó, no sólo el trono, sino la cabeza, y determinó la destrucción total del feudalismo francés.

Lo mismo hizo el zar Nicolás II, creyendo que algunas concesiones insignificantes detendrían la revolución. También él pagó su estupidez con la corona y con la vida. Igual suerte corrió el gobierno provisional. Y es por esto que un hombre sabio ha dicho que "la historia se repite". Siempre es así para los gobiernos.

El gobierno provisional se componía mayoritariamente de conservadores que no comprendían al pueblo y que estaban muy alejados de sus necesidades. Las masas pedían, ante todo, paz.

El gobierno provisional liderado por Miliukov y más tarde por Kerensky[40], decidió continuar la guerra pese al descontento general y el derrumbe de la vida económica e industrial del país. El creciente oleaje de la revolución lo barrería pronto. El soviet de los delegados de obreros y soldados se preparaba para tomar el control de los asuntos en sus manos.

Mientras tanto, el pueblo no esperaba. Los soldados que estaban en el frente decidieron detener la guerra por ser innecesaria y una matanza inútil. Cientos y miles dejaban los campos de batalla y regresaban al hogar, a sus granjas y a las fábricas.

Y comenzaron a llevar a efecto los objetivos de la revolución.

Para ellos la revolución no significaba constituciones selladas y derechos sobre el papel, sino la tierra y el taller. Entre junio y octubre de 1917, mientras el gobierno provisional discutía interminables "reformas", los campesinos empezaron a confiscar las fincas de los grandes terratenientes y los obreros tomaron posesión de las industrias.

[40] Aleksandr Fiódorovich Kerensky (1881 -1970), político socialdemócrata, abogado de profesión, líder revolucionario ruso que desempeñó un papel primordial en el derrocamiento del régimen zarista en Rusia. Fue el segundo primer ministro del gobierno provisional instaurado tras la Revolución de Febrero. Hizo fracasar el golpe de Kornilov para más tarde ser destituido por la Revolución de Octubre, en la que los bolcheviques tomaron el poder.

A esto se le llamó la "expropiación" de la clase capitalista.

Esto es, despojar a los amos de aquello sobre lo que no tienen ningún derecho de monopolio, las cosas que le habían arrebatado a la clase trabajadora, al pueblo.

De esta forma, la tierra le fue arrebatada a los terratenientes, las minas y talleres a los "propietarios", y los almacenes a los especuladores. Los obreros y los campesinos se encargaron de todo mediante sus asociaciones y organizaciones agrarias.

El gobierno "liberal" de Miliukov había insistido en mantener la guerra, porque los aliados lo querían así. El gobierno revolucionario de Kerensky también permaneció sordo a las demandas populares. Promulgó drásticas leyes contra las tomas de tierras no "autorizadas" del campesinado. Kerensky hizo todo lo que pudo por mantener al ejército en el frente, y hasta introdujo la pena de muerte por "deserción". Pero ahora el pueblo ignoraba al gobierno.

Esta situación prueba una vez más que el verdadero poder de un país descansa en manos de las masas, de aquellos que luchan, trabajan y producen, y no en las de ningún parlamento o gobierno. Kerensky, que fue durante un tiempo adorado como un ídolo de Rusia, más poderoso que ningún zar, perdió su autoridad, cayó su gobierno y hasta tuvo que huir para salvarse cuando el pueblo dedujo que no estaba sirviendo a su causa.

Mientras estaba aún a la cabeza del gobierno provisional, el poder empezó a pasar al soviet de Petrogrado, muchos de cuyos miembros eran obreros revolucionarios, campesinos y soldados.

Varios y hasta opuestos puntos de vista estaban representados en el soviet, como es inevitable en organizaciones compuestas por diferentes clases de población, cada una con sus intereses particulares. Pero en tales circunstancias siempre tienen mayor influjo aquellos que expresan las necesidades y los sentimientos más íntimos del pueblo. Por lo tanto, los elementos más revolucionarios del soviet predominaron, pues expresaban las verdaderas aspiraciones y necesidades de las masas.

En el soviet había individuos que creían que una constitución como la de los Estados Unidos era todo lo que Rusia necesitaba para conseguir libertad y bienestar. Aseguraban que el capitalismo estaba bien; que debía haber amos y esclavos, ricos

y pobres; y que el pueblo se sentiría satisfecho con los derechos y libertades que un gobierno democrático les garantizase. Eran los demócratas constitucionales, conocidos en Rusia como los Cadetes. Perdieron influencia rápidamente porque los "ingenuos" obreros y campesinos rusos sabían que no eran derechos y libertades sobre el papel lo que necesitaban, sino la posibilidad de trabajar y gozar de los frutos del trabajo. Señalaban a América con su Constitución y su declaración de independencia y no les inquietaba la injusticia, corrupción y esclavitud del salario que constitucionalmente existía y existe en ese país.

Los siguientes elementos liberales eran los socialdemócratas, conocidos como mencheviques. Como socialistas creían en la abolición del capitalismo, pero declaraban que no era la hora de hacer la revolución. ¿Por qué no? Porque no era una revolución proletaria, clamaban, aunque lo parecía. Sostenían que podía no ser una revolución social, y entonces, no alteraría las condiciones económicas del país. Según ellos, era una revolución burguesa, política, y como tal, sólo realizaría cambios políticos. No podía ser más que una revolución burguesa, argumentaban los mencheviques, porque ¿hubiese, si no, enseñado Karl Marx que la revolución proletaria sólo podría surgir en un país que hubiese llegado al más alto grado de su desarrollo?

Rusia estaba industrialmente atrasada y, por lo tanto, sería contrario a las doctrinas de Marx el considerar a la revolución como proletaria. Por tal razón el capitalismo tenía que seguir existiendo en Rusia y había que dejarlo madurar antes de que el pueblo pudiese pensar en abolir la esclavitud del salario.

Los socialdemócratas tuvieron muchos seguidores entre los trabajadores de Rusia, muchos sindicatos eran mencheviques.

Pero el argumento de que la revolución no era proletaria, sólo porque Marx había dicho hacía cincuenta años que no podía serlo, no tenía éxito entre los trabajadores. Éstos habían hecho la revolución, combatido y dado su sangre por ella. Habían derrocado al zar y a su camarilla, y estaban derrocando ahora a sus amos industriales para así abolir la esclavitud del salario y el capitalismo. No podían comprender por qué no podían hacer lo que estaban haciendo actualmente sólo porque alguien, que hacía mucho que había muerto, había dicho que esto no era posible. El razonamiento de los líderes socialistas era demasiado "científico"

para ellos. El sentido común les decía que tal objeción era una necedad y los mencheviques perdieron a gran número de adherentes de entre los obreros.

Otro partido político era el llamado de los socialistas revolucionarios.

A este partido pertenecieron muchos de los terroristas que habían actuado contra el zarismo en otros tiempos.

Los socialistas revolucionarios tenían numerosos afiliados, sobre todo entre la población campesina, a la que enajenaron para que apoyara la continuación de la guerra estando el país en contra.

Esta actitud provocó una escisión en el partido. Los elementos conservadores se denominaron socialistas revolucionarios de derecha, mientras que la fracción más revolucionaria se llamó a sí misma socialistas revolucionarios de izquierda. Esta última, liderada por María Spiridonova[41] –que bajo el zar había sufrido muchos años de prisión en Siberia– abogaba por poner fin a la guerra, consiguiendo una cantidad considerable de partidarios, especialmente entre las clases campesinas más pobres.

Los elementos más radicales de Rusia eran los anarquistas, que exigían paz inmediata, tierras para el campesino y la socialización de los medios de producción y distribución. Querían la abolición del capitalismo y de la esclavitud del salario, iguales derechos para todos y nadie con privilegios especiales.

La tierra, las fábricas y talleres, la maquinaria productora y los medios de distribución habían de ser propiedad del pueblo.

Cada individuo capaz tenía que trabajar según su capacidad y recibir de acuerdo con sus necesidades. Tenía que haber libertad plena para cada uno y un uso común basado en los intereses mutuos. Los anarquistas prevenían a los obreros contra la delegación del poder en gobierno alguno o contra darle autoridad a algún partido político. Cualquier clase de gobierno, decían, ahogaría la revolución y robaría al obrero los resultados ya conseguidos. La vida y el bienestar de un país dependen de la economía, no de la política, argumentaban. O sea, lo que el pueblo quiere es vivir, trabajar y satisfacer sus necesidades.

Para esto es necesario el manejo sensato de la industria, no la política. Ésta, insistían, es un juego para dominar y gobernar a los hombres, no para ayudarlos a vivir. Resumiendo, los anarquistas ponían sobre aviso a los obreros, y les decían que no permitiesen que ninguno volviese a convertirse en amo, que aboliesen el gobierno político y que manejasen los asuntos agrarios, industriales y sociales en beneficio de todos, en lugar de en beneficio de los gobernantes y los explotadores. Exhortaron a las masas a permanecer en los soviets, cuidando de sus intereses mediante sus propias organizaciones.

Los anarquistas eran, sin embargo, poco numerosos, comparativamente hablando. Como elementos más avanzados y revolucionarios, habían sido perseguidos por el régimen zarista aún más encarnizadamente que los socialistas. Muchos de ellos fueron ejecutados, otros encarcelados y sus organizaciones declaradas ilegales. Fue extremadamente peligroso pertenecer a los grupos anarquistas y su obra educativa era excesivamente difícil. Por lo tanto, los anarquistas no eran fuertes y no podían ejercer mucha influencia sobre el pueblo, máxime en un vasto país con 120 millones de habitantes.

Pero poseían la gran ventaja de que el ideal anarquista apelaba a los instintos más sensatos y al sentido común de las masas. En la medida de su capacidad y de su limitado poder, los anarquistas promovían la demanda de la paz, la tierra y el pan, y ayudaban activamente a llevar a cabo tales demandas por expropiación directa y la organización de una vida comunal libre.

Pero había en Rusia otro partido mucho más numeroso y mejor organizado que los anarquistas. Este partido comprendió el valor de las ideas anarquistas y comenzó a obrar para ponerlas en práctica.

Eran los bolcheviques.

[41] Mariya Aleksándrovna Spiridonova (1884-1941). Se unió inicialmente al Partido Socialista Revolucionario. En enero de 1906, Spiridonova asesinó al inspector general de la Policía G. N. Luzhenovsky, quien había ordenado la brutal represión policial del levantamiento campesino durante la Revolución Rusa de 1905. Después del asesinato, y después de su arresto, fue objeto de horrendas torturas tanto físicas como sexuales por parte de sus captores. Se le conmutó la pena de muerte por la de prisión en el exilio. Después de la Revolución de febrero de 1917, Spiridonova de facto se convirtió en la líder de la Izquierda del Partido Socialista Revolucionario en 1917. La Izquierda del Partido Socialista Revolucionario, en teoría, compartía el programa bolchevique de la dictadura de los trabajadores, pero era muy renuente a seguir las brutales tácticas de aquéllos. Se oponían al tratado de Brest-Litovsk y rompieron con los bolcheviques por este tema. Detenida varias veces por la Cheka y asesinada finalmente por la NKVD en 1941.

Capítulo XVI

Los bolcheviques

¿Quiénes eran y qué querían los bolcheviques?

Hacia el año 1903, los bolcheviques eran miembros del partido socialista ruso, o sea, socialdemócratas, seguidores de Karl Marx y sus doctrinas. Ese año, el partido socialdemócrata ruso se escindió por cuestiones de organización y otros asuntos menores. Bajo el liderazgo de Lenin la oposición formó un nuevo partido, que se denominó bolchevique. El antiguo partido fue llamado menchevique[42].

El bolchevique era más revolucionario que el partido madre del que se apartaron. Cuando estalló la guerra no traicionaron la causa de los trabajadores alistándose junto con los patriotas, como hicieron los demás partidos socialistas. Hay que ser justos y decir que, como la mayoría de los anarquistas y social-revolucionarios de izquierda, los bolcheviques se opusieron a la guerra, argumentando que al proletariado no le interesaban los problemas y los conflictos entre grupos capitalistas. Cuando comenzó la revolución de febrero, los bolcheviques comprendieron que los cambios políticos no traerían nada bueno, no solucionaría los problemas sociales y laborales. Sabían que el poner un gobierno en lugar de otro no ayudaría a resolver el asunto. Lo que se necesitaba era un cambio radical, un cambio fundamental.

Aunque marxistas como sus hermanastros los mencheviques (seguidores de las teorías de Marx), los bolcheviques no compartían la posición menchevique frente a la gran sublevación.

Desestimaban la idea de que en Rusia no podría haber una revolución proletaria porque la industria no había desarrollado todas sus posibilidades. Comprendieron que no era un simple cambio burgués o político el que estaba abriéndose paso. Sabían que el pueblo no tenía suficiente con la abolición del zar, ni se contentaba con una Constitución. Vieron cómo las cosas iban cada vez más lejos. Comprendieron que la toma de la tierra por el campesinado y la creciente expropiación de las clases poseedoras no significaba una "reforma". Más cerca de las masas que los mencheviques, los

[42] De la palabra rusa "bolshe", que significa más o mayoría: "menshe", significa menos. *(N. del A.)*

bolcheviques sentían el pulso popular y juzgaban con más exactitud el espíritu y propósito de acontecimientos tan formidables. Fue Lenin[43], el líder bolchevique, el primero que creyó que se aproximaba la hora en que su partido podría tomar las riendas del gobierno e implantar el socialismo según el plan bolchevique.

El socialismo bolchevique significa la ocupación del poder político en nombre del proletariado. Coincidían con los anarquistas en que el comunismo sería el mejor sistema económico, es decir que la tierra, la maquinaria de producción y distribución, y todos los servicios públicos, lejos de ser propiedad privada, pasarían a ser de propiedad común. Pero mientras que los anarquistas querían que el pueblo en su conjunto fuese el propietario, los bolcheviques sostenían que todo debería estar en manos del Estado, lo que significaba que el gobierno no solamente sería el jefe político del país, sino también su amo industrial y económico. Los bolcheviques creían, como marxistas, en un gobierno fuerte que dirigiese el país con poder absoluto sobre las vidas y fortunas de las gentes. Dicho de otro modo, la idea bolchevique era una dictadura, una que estuviera en sus manos, en las de su partido político.

A este planteamiento le llamaron "dictadura del proletariado", porque su partido, decían, representaba a los mejores y más avanzados elementos, a la vanguardia de la clase trabajadora y, por consiguiente, el partido sería el dictador en nombre del proletariado.

La gran diferencia entre anarquistas y bolcheviques era que los primeros pretendían que las masas decidieran y manejasen sus asuntos por sí mismas, mediante sus propias organizaciones, sin mandatos de ningún partido político. Querían una libertad verdadera y cooperación voluntaria en la propiedad colectiva.

Por eso, los anarquistas se llamaban comunistas libertarios o comunistas anarquistas, mientras que los bolcheviques eran comunistas autoritarios, comunistas gubernamentales o estatales.

Los anarquistas no querían que ningún Estado dirigiese al pueblo, porque eso siempre significa tiranía y opresión. En oposición, los bolcheviques, repudiando el Estado capitalista y la dictadura burguesa, querían el Estado y la dictadura de su partido.

[43] Seudónimo de Vladimir Ilich Ulianov (1870–1924), dirigente revolucionario ruso y líder bolchevique. Responsable último de la persecución del anarquismo en Rusia bajo el gobierno bolchevique.

Puedes ver, por lo tanto, que un mundo separa a anarquistas y bolcheviques. Los anarquistas se oponen a todo gobierno; los bolcheviques están a favor del gobierno, a condición de que esté en sus manos. "Ellos no están en contra de la espada –como ha dicho un ingenioso amigo mío–, sólo quieren tenerla por la empuñadura".

Pero los bolcheviques dedujeron que las perspectivas y métodos defendidos por los anarquistas eran sensatos y prácticos y que sólo por tales métodos se podría asegurar el éxito de la revolución. Decidieron servirse de las ideas anarquistas para sus propios propósitos. Y así sucedió, que aunque los anarquistas eran numéricamente débiles para adoctrinar a las masas, consiguieron influir sobre a los bolcheviques, que enseguida empezaron a abogar por métodos y tácticas anarquistas, pretendiendo, desde luego, que eran suyos.

Pero no lo eran. Podrías objetar que no importa quién aboga o ayuda a divulgar una idea que beneficiara al pueblo. Pero si meditas esto un poco, deducirás que importa mucho, como lo prueba toda la historia y, en particular, la Revolución Rusa.

Importa porque todo depende de los motivos, del propósito y del espíritu con que se propaga una idea. Hasta la mejor idea puede ser aplicada en forma tal que haga mucho daño.

Porque las masas, inflamadas por la gran idea, pueden no estar advertidas de cómo, en qué manera y por qué medios llevarla a cabo. Pues hasta la más noble y hermosa idea puede tornarse en la ruina de un país y su pueblo cuando se lleva a cabo equivocando su espíritu o por falsos medios.

Esto es lo que sucedió en Rusia. Los bolcheviques defendieron, y en parte desarrollaron, las ideas anarquistas, pero no eran anarquistas y no creían de corazón en ellas. Las utilizaban para sus propios fines, objetivos que no eran anarquistas sino que eran realmente antianarquistas, contrarios a la idea anarquista.

¿Cuáles eran los propósitos bolcheviques?

La idea anarquista iba a acabar con toda clase de opresión, a abolir el dominio de una clase sobre otra, a sustituir la ordenación de cosas en virtud de la cual se afirmaba el dominio de un hombre sobre otro, a asegurar la libertad y el bienestar para todos. Los métodos anarquistas estaban pensados para alcanzar este resultado.

Los bolcheviques utilizaban los métodos anarquistas para un fin totalmente distinto. No querían abolir la dominación política y el gobierno, solamente trataban de tenerlo en sus manos.

Su objetivo era, como he explicado antes, hacerse con el control del poder político para su partido y establecer una dictadura bolchevique. Es necesario dejar este extremo muy claro a fin de comprender lo que aconteció en la Revolución Rusa, y por qué la "dictadura del proletariado" se convirtió rápidamente en una dictadura bolchevique sobre el proletariado.

Inmediatamente después de la revolución de febrero los bolcheviques empezaron a proclamar los principios y tácticas anarquistas. Entre esos medios se contaban "la acción directa", "la huelga general", "la expropiación", y otros métodos similares de actuación de las masas. Como he dicho, los bolcheviques, como marxistas, no creían en tales métodos. Al menos, no habían creído en ellos hasta la revolución. Durante años, los socialistas de todas las ramas, incluyendo a los bolcheviques, habían ridiculizado la defensa que los anarquistas hacían de la huelga general como el arma más potente de los trabajadores contra la explotación capitalista y la opresión gubernamental.

"La huelga general es un disparate general", fue el grito de guerra de los socialistas contra los anarquistas. Los socialistas no querían que los trabajadores empleasen la acción directa de masas y la huelga general, porque esto podría conducirlos a la revolución y a tomar en sus manos el control de las cosas. Los socialistas no querían la acción revolucionaria independiente llevada por las masas. Abogaban por la actividad política.

Querían que los trabajadores los pusieran a ellos, a los socialistas, en el poder, y así podrían hacer la revolución.

Si ojeas los escritos socialistas de los últimos cuarenta años, te convencerás de que los socialistas estuvieron siempre contra la huelga general y la acción directa, como también se opusieron a la expropiación y al sindicalismo revolucionario, que es otro nombre para los soviets de trabajadores. Dos congresos socialistas aprobaron resoluciones drásticas en contra, y los agitadores socialistas denunciaron ferozmente tales tácticas revolucionarias.

Pero los bolcheviques aceptaron esos métodos anarquistas y comenzaron a defenderlos con una recién nacida convicción.

Desde luego, no cuando estalló la revolución de febrero de 1917. Comenzaron mucho más tarde, cuando vieron que las masas no estaban contentas con los nuevos cambios políticos y demandaban pan en vez de una Constitución. La marcha acelerada de los acontecimientos revolucionarios obligó a los bolcheviques a alinearse con las aspiraciones populares más radicales, a fin de no ser dejados atrás por la Revolución, como les sucedió a los mencheviques, los social-revolucionarios de derecha, a los demócratas constitucionales y a otros reformistas.

La aceptación bolchevique de los métodos anarquistas fue tan súbita porque hacía poco tiempo que habían reclamando insistentemente la Asamblea Constituyente. Durante los meses que siguieron a la Revolución de febrero estuvieron pidiendo la convocatoria de un cuerpo representativo que decidiese la forma de gobierno que se le iba a dar a Rusia. Era lógico que los bolcheviques estuviesen a favor de la Asamblea Constituyente, puesto que eran marxistas y decían creer en el mandato de las mayorías. La Asamblea Constituyente iba a ser elegida por el pueblo entero, y en la Asamblea, la mayoría decidiría los asuntos. Pero la verdadera razón de la agitación bolchevique a favor de la Asamblea era que creían que las masas estaban con ellos y que así el partido bolchevique podría asegurarse en la Asamblea una mayoría. En la realidad se vio claramente que sólo podían aspirar a una pequeña minoría en ese cuerpo consultivo. Las esperanzas de dominarlo se desvanecieron.

Como buenos gubernamentales y creyentes en el mandato de las mayorías debían haberse inclinado ante la voluntad popular. Pero tal cosa no cuadraba con los planes de Lenin y sus amigos. Buscaron otros caminos para conseguir el control del gobierno y su primer paso fue iniciar una vehemente campaña de agitación contra la Asamblea Constituyente.

Estaba claro que la Asamblea no podía aportar nada de valor al país. Era simplemente una máquina parlante, carente de vitalidad e impotente para afrontar ningún trabajo constructivo.

La revolución fue un hecho aparte e independiente de la Asamblea Constituyente, al margen de cualquier cuerpo legislativo o gubernamental. Empezó y fue desarrollándose a despecho de gobierno y Constitución, a despecho de toda oposición, como un desafío a la ley. Su carácter fue ilegal, no gubernamental, hasta

antigubernamental. La revolución siguió los impulsos naturales del pueblo, sus necesidades y aspiraciones. Su verdadero sentido era anarquista en el espíritu y en los hechos. Sólo los anarquistas, aquellos herejes antigubernamentales que creían en la libertad y en la iniciativa popular como remedio a los males sociales, acogieron a la revolución tal como era, trabajaron para su desarrollo posterior y para que profundizase a fin de que la vida entera del país entrase en su esfera de influencia.

Los demás partidos, incluyendo al bolchevique, tenían el objetivo único de atar al movimiento revolucionario y engancharlo a su carro particular. Los bolcheviques necesitaban el apoyo de las masas para dirigir el poder político hacia su partido y proclamar la dictadura comunista. Viendo que no había esperanzas de conseguirlo por medio de la Asamblea Constituyente se volvieron contra ella, aliándose a los anarquistas, condenándola y más tarde forzando su disolución. Pero puedes ver que mientras que los anarquistas podían hacer esto con honestidad, en coherencia con sus ideas no gubernamentales, una acción igual por parte del lado bolchevique era una hipocresía enorme y un truco político.

Junto con su oposición a la Asamblea Constituyente, los bolcheviques tomaron prestadas del arsenal anarquista muchas otras tácticas militantes. Y así, proclamaron su gran grito de guerra, "todo el poder a los soviets", recomendando a los trabajadores que ignorasen y desafiasen al gobierno provisional y recurriesen a la acción directa de masas para llevar adelante sus demandas. También adoptaron los procedimientos anarquistas de la huelga general y una enérgica campaña de agitación en favor de la "expropiación de los expropiadores".

Es importante tener presente que esas tácticas de los bolcheviques no eran –como ya he indicado– resultado lógico de sus ideas, sino solamente un medio de ganarse la confianza de las masas con el objeto de conseguir su dominio político. En verdad, estos métodos eran contrarios a las teorías marxistas y los bolcheviques no creían en ellos. No es extraño, por lo tanto, que una vez en el poder, todos repudiasen estas ideas y tácticas antimarxistas.

Las consignas anarquistas proclamadas por los bolcheviques no tardaron en conseguir resultados. Las masas se congregaron bajo su bandera. De un partido que no tenía casi ninguna influencia, con sus principales líderes Lenin y Zinoviev[44], desacreditados y odiados, con Trotsky[45] y otros en prisión, pasó rápidamente a ser el factor más importante del movimiento revolucionario del proletariado.

Atentos a las demandas de las masas, particularmente a las de los obreros y los soldados, expresando sus necesidades con energía y persistencia, los bolcheviques ganaban cada vez más influencia entre el pueblo y en los soviets, especialmente en los de Petrogrado y Moscú. La inactividad del gobierno provisional y su desinterés por acometer cambios importantes agravaron la insatisfacción general y el resentimiento pronto se iba a convertir en furia. El carácter pusilánime del régimen de Kerensky servía para fortalecer la garra bolchevique en los soviets. Diariamente se acentuaba la ruptura entre éstos y el gobierno, convirtiéndose luego en abierto antagonismo y lucha.

El evidente desamparo del gobierno, la decisión de Kerensky de lanzar una ofensiva en el frente junto con la reintroducción de la pena de muerte para la deserción militar, la persecución de elementos revolucionarios y la detención de sus líderes, fueron causas que apresuraron la crisis. El 3 de julio de 1917[46], miles de obreros armados, soldados y marineros se manifestaron, pese a la prohibición del gobierno, pidiendo "todo el poder para los soviets". Kerensky trató de suprimir el movimiento popular. Y hasta se solicitaron del frente regimientos de "confianza" para dar al proletariado de Petrogrado una "severa lección". Pero todos los esfuerzos de la burguesía, representada por Kerensky, los líderes socialdemócratas y los social-revolucionarios de derecha, para detener la creciente marea, resultaron inútiles. Las manifestaciones de julio fueron sofocadas, pero al poco tiempo el movimiento revolucionario barría al gobierno provisional.

[44] Grigori Yevseyevich Zinoviev (1883-1936), revolucionario bolchevique y político comunista de la Unión Soviética. Después de la muerte de Lenin formó el triunvirato junto a Stalin y Kamenev. Murió ejecutado junto a éste por su oposición a Stalin.

[45] Lev Davídovich Bronstein (1879-1940). Político y teórico revolucionario soviético. Negoció la retirada de Rusia de la Primera Guerra Mundial mediante la Paz de Brest- Litovsk. Creador del Ejército Rojo. Represor de la Insurrección de Kronstadt y la Ukrania Makhnovista. Posteriormente se enfrentó política e ideológicamente a Stalin, lo que le causó el exilio y su posterior asesinato a manos de la GPU.

[46] 16 de julio según el nuevo calendario. *(N. del A.)*

El Soviet de soldados y obreros de Petrogrado abolió el gobierno y Kerensky pudo salvar su vida huyendo disfrazado.

Las masas apoyaban al soviet de Petrogrado. El ejemplo de la capital fue seguido rápidamente por Moscú y, de allí en adelante, por todo el país.

El 25 de octubre[47] fue declarado abolido el gobierno provisional, arrestados sus miembros y tomado el Palacio de Invierno por el Comité militar-revolucionario del Soviet de Petrogrado.

Ese mismo día abría sus sesiones el segundo Congreso de los Soviets de todas las Rusias. Prácticamente, se había abolido en Rusia el gobierno político. Ahora, todo el poder estaba en manos de los obreros, soldados y campesinos representados en el Congreso. Este último comenzó inmediatamente a tomar en consideración la voluntad de las masas. Siguió los pasos necesarios para terminar con la guerra, asegurar la tierra para los campesinos, las industrias para los obreros e instaurar la libertad y el bienestar para todos.

Ésta era la posición de la Revolución Rusa en octubre de 1917. Empezando por la abolición del zar, fue gradualmente ampliándose y desarrollándose hacia una reorganización cabal de la economía y de la industria del país. El espíritu del pueblo y sus necesidades marcaron los progresivos avances de la revolución hacia la reconstrucción de la vida sobre las bases de la libertad política, la igualdad económica y la justicia social.

Esto sólo se pudo realizar como se habían llevado a cabo los grandes cambios acaecidos de febrero a octubre, por la conjunción de esfuerzos y la libre cooperación de los obreros y campesinos, estos últimos salidos del grueso del ejército.

Pero tal desarrollo no entraba de lleno en el marco bolchevique. Como he explicado ya, la finalidad bolchevique era establecer una dictadura manejada por su partido. Pero una dictadura significa dictado, imponer al país la voluntad del dirigente. Los bolcheviques se sentían ahora bastante fuertes para llevar a cabo su verdadero objetivo. Prescindieron de las consignas revolucionarias y anarquistas. Declararon que era preciso un poder político fuerte para llevar adelante la obra de la Revolución.

Bajo el pretexto de proteger al pueblo contra la burguesía y los monárquicos, empezaron a utilizar medidas represivas. De hecho,

[47] 7 de noviembre según el nuevo calendario. *(N. del A.)*

no existían en Rusia partidarios del zar o monárquicos que valiese la pena nombrar. El pueblo se hallaba al margen del zarismo, y no había en Rusia una sola oportunidad más para la monarquía. En cuanto a la burguesía, en Rusia no había habido nunca clase capitalista organizada, tal como la encontramos en países con un alto desarrollo industrial –en los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania–. La burguesía rusa era poco numerosa y débil. Sólo continuó existiendo tras la Revolución de febrero por la protección del gobierno de Kerensky. En cuanto este último fue abolido, la burguesía se hizo pedazos. Ni siquiera tuvo fuerzas para evitar que los obreros y los campesinos confiscaran sus tierras y fábricas.

Aunque parezca extraño, es un hecho el que durante todo este período de la revolución la burguesía no hizo ningún intento organizado y efectivo para recuperar sus posesiones[48].

Considera qué diferente hubiera sido esto en América. Allí, los capitalistas, que son poderosos y están bien organizados, habrían ofrecido la máxima resistencia. Habrían formado grupos de defensa para protegerse y resguardar sus intereses por la fuerza de las armas.

No me cabe ninguna duda de que lo harán cuando las cosas comiencen a desarrollarse allí como en la Rusia de 1917. No conseguirán nada, sin embargo. Pero, como digo, en la Revolución Rusa no se produjo una resistencia burguesa organizada y efectiva por la simple razón de que no había en este país una verdadera burguesía o clase capitalista. Hubo, es verdad, algunos intentos militares, como el del general zarista Kornilov[49] para atacar Petrogrado con cosacos traídos del frente, pero tan inofensiva fue esta aventura que el ejército de Kornilov se diluyó incluso antes de que pudiera llegar a la capital. Sus hombres se pasaron a la guarnición de Petrogrado casi sin disparar un solo tiro[50].

[48] Al sur de Rusia (hoy Ucrania), la burguesía ofreció alguna resistencia, durante el gobierno de Hetman Skoropadski y Petliura, ayudados por los ejércitos aliados. En cuanto la ayuda extranjera fue retirada, quedaron indefensos. *(N. del A.)*

[49] Lavr Georgevich Kornilov (1870-1918), general del ejército ruso, más conocido por el intento de golpe de Estado al gobierno provisional de Aleksandr Kerensky, durante la Revolución Rusa de 1917. Murió en Krasnodar en abril de 1918, durante un enfrentamiento con el Ejército Rojo.

[50] La contrarrevolución real comenzó mucho después, cuando el terror bolchevique y su dictadura estaban en pleno apogeo, lo cual alienó a las masas y terminó en insurrecciones. *(N. del A.)*

El hecho es que, cuando las masas están con la revolución, no pueden prosperar los proyectos de resistencia de ningún enemigo, no hay posibilidad alguna de suprimir la revolución.

Ésta era la situación de Rusia en octubre de 1917 cuando los soviets tomaron en sus manos el poder.

El plan bolchevique era conseguir para el partido el control total y exclusivo del gobierno. No entraba en sus planes el permitir que el pueblo administrase las cosas por medio de sus organizaciones de soviets. Mientras éstos tuvieran la palabra, los bolcheviques no podrían conseguir su propósito. Era, por consiguiente, necesario, o bien abolir los soviets, o bien hacerse con su control.

Abolir los soviets era imposible. Representaban a las masas trabajadoras y la idea del Soviet había sido un sueño acariciado durante siglos por el pueblo ruso. En el pasado Rusia tuvo soviets de varias clases, y toda la vida rural estaba edificada sobre el principio del soviet, es decir, igualdad de derechos y representación de todos los miembros. El antiguo Mir[51] ruso, la asamblea pública para tratar los asuntos de la aldea o ciudad, era una de las formas de soviet.

Sabían los bolcheviques que los obreros y campesinos revolucionarios, como también los soldados (que eran obreros y campesinos de uniforme), no estaban por la abolición de sus soviets. Sólo quedaba la alternativa de conseguir su control.

Sostenidos por la máxima de Lenin de que "el fin justifica los medios", no desdeñaron arma alguna para desacreditar y eliminar a los demás elementos revolucionarios de los soviets.

Emprendieron una persistente campaña de envenenamiento y difamación con el propósito de engañar a las masas y enfrentarlas a los demás partidos, en particular contra los social-revolucionarios de izquierda y contra los anarquistas.

Sistemáticamente y por los más jesuíticos medios procuraron convertirse en el único poder, para así poder llevar a buen término el proyecto de Lenin: "la dictadura del proletariado".

Finalmente, por medio de tales tácticas, consiguieron los bolcheviques organizar un soviet de Comisarios del Pueblo, que se convirtió en realidad en el nuevo gobierno. Todos sus miembros eran bolcheviques, a excepción de dos puestos de menor importancia: los comisariados de justicia y agricultura que estaban encabezados por socialistas revolucionarios de izquierda. Después de algún tiempo, fueron también eliminados y reemplazados por bolcheviques. El soviet de Comisarios del Pueblo fue la máquina política del partido bolchevique, que ahora se había rebautizado como Partido Comunista Ruso.

Ya sabemos lo que este Partido Comunista defendía y cuáles eran sus objetivos y propósitos. Confesaba abiertamente su decisión de asegurar la exclusiva dominación bolchevique bajo la etiqueta de "dictadura del proletariado".

Y esto fue fatal para la revolución y su gran objetivo de una profunda reconstrucción social y económica. Fatalidad que la historia posterior de Rusia ha probado.

¿Por qué?

[51] Comunidad campesina cuyas tierras se poseían y labraban en común.

Capítulo XVII

Revolución y dictadura

Porque la revolución y la dictadura bolchevique eran cosas completamente diferentes y hasta opuestas. Y es aquí donde muchos cometen el gran error de confundir la Revolución Rusa con el Partido Comunista y hablar de ambas cosas como si fuesen lo mismo, y hay que recalcar que no lo son.

Esto se verá claro si comparamos los objetivos de la revolución con los fines perseguidos por los bolcheviques.

Fue la revolución un poderoso levantamiento contra la opresión y la miseria. Expresaba el anhelo de las masas de libertad y justicia. Intentaba acabar con todo lo que mantuviese al hombre sometido, todo lo que hiciese de él un esclavo y una bestia de carga. La revolución buscaba establecer nuevas formas de vida, condiciones reales de igualdad y fraternidad.

Ya hemos visto que la revolución no fue un cambio superficial y que no se detuvo en los acontecimientos de febrero. Había sido derrocado el zar y roto el poder de su autocracia, pero el resultado fue tan sólo una nueva forma de gobierno. Las condiciones sociales y económicas permanecieron iguales. Sin embargo, eran precisamente éstas las que el pueblo quería cambiar, por eso tuvo lugar la revolución de octubre. El objetivo de ésta era reconstruir la vida en su conjunto sobre nuevas bases sociales.

¿Cómo iba a ser reconstruida? Es evidente que no iba a ser arrojando a los Romanov del Kremlin y poniendo en su lugar a Lenin. Era necesario algo más. Era necesario entregar al campesino la tierra y poner las fábricas en manos de los obreros y sus organizaciones laborales. En resumen, el objetivo de la revolución de octubre era procurar al pueblo una oportunidad de hacer uso de la libertad política conquistada en febrero.

Por eso las masas aprovecharon la situación y actuaron en consecuencia. Comenzaron a aplicar la libertad a sus necesidades.

Querían paz, por eso lo primero que hicieron fue parar la guerra. Fue meses después cuando el gobierno bolchevique

firmó el tratado de Brest-Litovsk[52] y concluyó una paz oficial con Alemania. Pero para los ejércitos rusos la guerra acabó mucho antes, sin negociaciones diplomáticas. Trotsky lo admite francamente en su obra sobre la Revolución.

Los obreros y campesinos rusos –temporalmente uniformados– tomaron los asuntos en sus propias manos y terminaron con la guerra abandonando los frentes.

De la misma manera actuaron el campesinado y el proletariado resolviendo los problemas agrarios e industriales.

Mientras el gobierno provisional seguía discutiendo las reformas de la tierra, las masas actuaban por medio de sus consejos locales y de sus soviets. Los campesinos tomaron la tierra que necesitaban y comenzaron a cultivarla. Simplemente con sentido común e innata justicia popular resolvieron el problema agrario, en el que políticos y leguleyos se habían estado rompiendo la cabeza, durante décadas, sin resultado. Cuando los bolcheviques llegaron al poder "legalizaron" lo que los campesinos ya habían hecho sin pedirle permiso a nadie.

De igual modo empezaron los obreros a resolver el problema industrial apoderándose de fábricas y minas y administrándolas para beneficio general, en lugar de hacerlo en provecho de los "propietarios". Fue la efectiva abolición del capitalismo y de la esclavitud del salario, mucho antes de que el gobierno bolchevique declarase, por fin, "legalmente" abolida la propiedad capitalista.

El resto de los problemas de la vida diaria de la revolución se estaban resolviendo de la misma manera mediante la actuación práctica y directa de las masas. Las organizaciones cooperativas unían la ciudad y el campo para el intercambio de productos. Los comités de la vivienda se preocuparon de esta cuestión.

Se organizaron comités de distrito y de calle para la seguridad de la ciudad, y fueron formados otros cuerpos voluntarios para la defensa de los intereses del pueblo y de la revolución.

[52] Tratado de paz firmado el 3 de marzo de 1918 en la ciudad polaca de Brest-Litovsk (entonces bajo soberanía rusa, actual Brest) entre el Imperio Alemán, Bulgaria, el Imperio Austrohúngaro, el Imperio Otomano y la Rusia soviética. En el tratado, Rusia renunciaba a Finlandia, Polonia, Estonia, Livonia, Curlandia, Lituania, Ucrania y Besarabia, que a partir de entonces quedaron bajo el dominio de los Imperios Centrales. Asimismo, entregó Ardahan, Kars y Batumi al Imperio Otomano. La derrota alemana en la Primera Guerra Mundial anuló el tratado. Solamente Finlandia y Turquía, sucesora del Imperio Otomano, conservaron los territorios recibidos en Brest-Litovsk.

Las exigencias de la situación dirigían los esfuerzos de las masas. La libertad de acción ponía en juego la iniciativa, y los deseos de las gentes amoldaban sus capacidades creadoras a las necesidades del momento.

Esas actividades colectivas constituían la revolución. Eran la revolución. Porque "revolución" no es algo vago, sin propósito y sin significado definido; no significa un cambio de la escena política o una nueva legislación. La revolución "real" no se abrió camino ni en febrero ni en octubre, sino entre estos dos meses, y consistió en la libre acción e interacción de las energías y esfuerzos revolucionarios del pueblo, en la iniciativa independiente popular y la obra creadora inspirada en las necesidades comunes y en los intereses mutuos.

Éste fue el espíritu y la tendencia de la gran agitación social y económica en Rusia. Agitación que resolvía los problemas a medida que éstos se presentaban sobre la base de la libertad y la cooperación libre.

Este proceso de la Revolución fue detenido en su desarrollo por el Partido Comunista apoderándose del poder político y constituyéndose en nuevo Gobierno.

Hemos visto con precisión cuál fue el objetivo de la revolución, también sabemos lo que las masas rusas querían y qué medios utilizaron para conseguirlo.

Los objetivos bolcheviques, al fin y al cabo objetivos de un partido político, eran de naturaleza completamente distinta.

Como ellos mismos admitían francamente, su meta inmediata era una dictadura, es decir, la formación de un poderoso Estado bolchevique que dirigiría la vida y actividades del país de acuerdo con las perspectivas y teorías del Partido Comunista.

Para ser justos con los bolcheviques, permitidme que haga constar aquí que no hubo nunca un partido político más devoto de su causa, que se esforzara más por avanzar en su camino y más decidido y enérgico en la consecución de sus propósitos, que el bolchevique. Pero aquellos objetivos eran totalmente ajenos a la revolución y opuestos a sus verdaderas necesidades. De hecho, eran tan contrarios al espíritu y fines de la revolución, que su consecución significó la destrucción de la propia revolución.

Sin duda, los bolcheviques pensaban realmente que sólo por medio de su dictadura podría convertirse Rusia en el paraíso

socialista de los obreros y campesinos. En realidad, como marxistas, no podían ver las cosas de otro modo. Creyentes en un Estado todopoderoso, no tenían confianza en el pueblo, no tenían fe en la iniciativa y habilidad creadora de los trabajadores.

Desconfiaban de ellos como de un "populacho abigarrado que había de ser forzado a marchar hacia la libertad".

Y añadían, según la cínica máxima de Rousseau, que las masas sólo se pueden liberar por la fuerza.

"La coacción proletaria en todas sus formas –escribía Bujarin[53], el teórico comunista más destacado–, comenzando por las ejecuciones sumarias y acabando por el trabajo forzoso es, por muy paradójico que parezca, un método de modelar el material humano de la época capitalista en humanidad comunista."

Éste era el evangelio bolchevique, ésta era la actitud de un partido que creía que podía dirigir una revolución mediante las órdenes de un comité central.

Lo que ocurrió a continuación fue el resultado de la lógica bolchevique.

Pretendiendo que sólo la dictadura del partido podría conducir de forma adecuada la revolución, pusieron todas sus energías en asegurarla. Esto significaba que querían tener los asuntos exclusivamente en sus propias manos para cumplir los designios del partido a cualquier precio.

No necesitamos entrar en detalles de las conspiraciones y maquinaciones políticas de aquellos días, cuya resultado final encumbró al Partido Comunista. Lo importante es que éste se las arregló para llevar a cabo sus planes. En abril de 1918, algunos meses después de la revolución de octubre, tenían pleno control del gobierno.

Aprovechándose del entusiasmo revolucionario y de la inevitable confusión de esos días, explotaron la situación para sus propios fines.

Utilizaron las diferencias políticas para desatar rabiosas rivalidades de partido, recurrieron a todos los medios para denunciar a sus oponentes como enemigos del pueblo, tachándolos de contrarrevolucionarios, consiguiendo finalmente presentarlos ante los ojos de

[53] Nikolai Ivanovich Bujarin (1888-1938). Político, economista y filósofo marxista y revolucionario ruso. Participó activamente en la Revolución de Octubre (1917). Fue detenido y ejecutado por su oposición a la política de Stalin.

obreros y soldados como elementos reprobables. Declarando que la revolución debía de ser protegida de estos supuestos enemigos, consiguieron proclamar su dictadura de partido.

Al grito de "salvemos la revolución" comenzaron a eliminar de los lugares de influencia a los demás elementos revolucionarios no bolcheviques, hasta que los suprimieron por completo.

Debe dejárseles a los historiadores futuros determinar si la represión bolchevique contra la burguesía, con la que iniciaron su mandato, no fue un simple medio encaminado al ulterior propósito de suprimir todos los demás elementos no bolcheviques.

Porque la burguesía rusa no era un peligro para la revolución.

Como ya he explicado, era una insignificante minoría desorganizada e impotente. Por el contrario, los elementos revolucionarios constituían un verdadero obstáculo para la dictadura de cualquier partido político.

Puesto que la dictadura tropezaría con una gran oposición, no por parte de la burguesía, sino de las verdaderas clases revolucionarias, que creían que la dictadura era hostil a los intereses de la revolución, la eliminación de éstas sería el primer objetivo de cualquier partido que pretendiera imponer su dictadura.

Tal política, sin embargo, no podía empezar por la supresión de los revolucionarios, esto hubiera provocado la desaprobación y la resistencia de obreros y soldados. Se debía empezar por la burguesía e ir tratando de extender gradualmente la red sobre los otros elementos. Era preciso generar desconfianza y hostilidad, estimular la intolerancia, la persecución y crear el temor popular de que la seguridad de la Revolución estaba en peligro a fin de asegurarse el apoyo del pueblo para una amplia y constante campaña de eliminación y supresión, para introducir en la vida de la revolución la mano sangrienta del terror rojo.

Pero, según he dicho, pertenece a los historiadores futuros determinar de qué manera influyeron estos motivos en los acontecimientos de aquellos días. Lo que aquí nos concierne es lo que en realidad sucedió.

Lo que sucedió es que, en poco tiempo, los bolcheviques instauraron la exclusiva dictadura del partido.

"¿Cómo era esta dictadura –preguntas–, y qué consiguió?"

Capítulo XVIII
La dictadura en acción

Consiguió el dominio completo de los bolcheviques sobre un país de ciento cuarenta millones de habitantes. En nombre de "la dictadura del proletariado", una organización política, el Partido Comunista, se convirtió en el gobernante absoluto de Rusia. La dictadura proletaria no fue una dictadura ejercida por el proletariado. Millones de individuos no pueden ser todos dictadores. Tampoco pueden serlo los millares de miembros del partido. Por su misma naturaleza, una dictadura se limita a un pequeño número de personas. Cuantas menos son, más fuerte y unificada es la dictadura. Por lo general, la dictadura está siempre en manos de una persona, un hombre enérgico cuya voluntad fuerza el consentimiento de sus co-dictadores nominales. No puede ser de otro modo, y así fue en la dictadura bolchevique.

El dictador real no fue el proletariado, ni siquiera el Partido Comunista. Teóricamente tenía el poder el Comité Central del Partido, pero en realidad lo ejercía un círculo íntimo de ese Comité, llamado buró político o "Politburó". Pero ni siquiera el Politburó era el dictador real, aunque sus miembros eran menos de una veintena. Porque en el Politburó había diferentes puntos de vista sobre cada cuestión a tratar, como ocurre siempre que hay varios dirigentes. El auténtico dictador era el hombre que con su influencia se aseguraba la mayoría en el Politburó.

Este hombre era Lenin, y fue él la verdadera "dictadura del proletariado", de igual modo que, por ejemplo, Mussolini, y no el Partido Fascista, es el dictador de Italia. Fueron siempre los proyectos e ideas de Lenin los que se llevaron a cabo, desde los inicios del Partido Bolchevique hasta el último día de vida del primero. Se llevaron a cabo incluso con la oposición de todo el partido y hasta el Comité Central combatió duramente algunas de sus proposiciones. Siempre fue Lenin quien se impuso y su voluntad la que prevaleció. Así fue en todos los períodos críticos de la historia bolchevique, y no podía dejar de ser así porque la dictadura significa siempre la dominación de la personalidad más enérgica, la supremacía de una sola voluntad.

La historia del Partido Comunista, como la de toda dictadura, lo demuestra de modo irrebatible. Los propios documentos

bolcheviques lo prueban. Basta con mencionar aquí algunos de los acontecimientos más fundamentales para corroborar mi tesis.

En marzo de 1917, cuando Lenin regresó a su país desde Suiza, donde estaba exiliado, el Comité Central del Partido había decidido entrar en la coalición gubernamental formada después de la abolición del régimen zarista. Lenin se opuso a la cooperación con la burguesía y los mencheviques que integraban el gobierno. Y pese a que el partido tenía ya decidida la cuestión y que Lenin estaba prácticamente solo en su oposición, su influencia prevaleció. El Comité Central cambió radicalmente de opinión y adoptó la posición de Lenin.

Días más tarde, en julio de 1917, Lenin defendía una revolución inmediata contra el gobierno de Kerensky. La proposición fue condenada de forma rotunda como temeraria y criminal, hasta por sus camaradas y amigos más afines. Pero de nuevo venció Lenin, aun a costa de Zinoviev, Kamenev[54], y otros influyentes bolcheviques que rehusaron participar en el proyecto y renunciaran a sus puestos en el Comité Central. Hay que decir que el "putsch" (el golpe para derribar a Kerensky) fue un fracaso y costó la vida de muchos obreros.

El terror rojo instituido por Lenin, tan pronto llegó al poder después de la revolución de octubre, fue denunciado con dureza por sus colaboradores como indeseable y como una traición directa a la causa revolucionaria. Pero a despecho de la protesta oficial de muchos activos e influyentes miembros del partido, Lenin se salió con la suya[55].

Durante las negociaciones de Brest-Litovsk, otra vez fue Lenin quien insistió en que se firmase con Alemania una "paz sin condiciones", mientras que Trotsky, Radek[56] y otros

[54] Lev Borisovich Kamenev (1883-1936), revolucionario bolchevique y prominente político soviético, además de temprano miembro del poderoso Politburó. Ejecutado por su oposición a Stalin.

[55] Véanse las protestas oficiales de viejos bolcheviques como Lodovski y otros, citadas por Trotsky en su obra sobre 1917. *(N. del A.)*

[56] Karl Berngárdovich Radek (1885-1939). Ingresó en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia en 1898, y participó en la Revolución de 1905 en Varsovia. Se unió al Partido Comunista después de la Revolución de Octubre. Sus contradicciones con Stalin lo llevaron a salir del Comité Central del Partido y finalmente a ser expulsado de éste en 1927. Durante las Grandes Purgas fue acusado de traición y obligado a firmar su "confesión" durante el Juicio de los Diecisiete o Segundo Juicio de Moscú (1937). Murió en 1939 en una riña con otro prisionero.

importantes líderes bolcheviques se oponían a las condiciones del káiser como humillantes y onerosas. Una vez más Lenin se apuntó un tanto.

La "Nueva Política Económica" (NEP)[57] propuesta por Lenin a su partido durante los acontecimientos de Kronstadt[58] fue combatida por el Comité Central como anuladora de todas las realizaciones revolucionarias y como un golpe mortal al comunismo.

La NEP era, en efecto, una negación completa de todo lo que la Revolución defendió y un retorno a las mismas condiciones que el magno cambio de octubre había abolido. Pero volvió a prevalecer la voluntad de Lenin, y su resolución fue llevada al IX Congreso Comunista, celebrado en Moscú en marzo de 1921.

Como ves, la pretendida dictadura del proletariado fue sólo la dictadura de Lenin. Él mandaba al Politburó, el Politburó al Comité Central, el Comité Central al partido y el partido al proletariado y al resto del pueblo. Rusia cuenta con una población de más de un centenar de millones, el Partido Comunista tenía menos de cincuenta mil miembros, el Comité Central lo integraban varias veintenas, el Politburó lo constituían una docena, y Lenin era uno. Pero este uno era la dictadura del proletariado.

Rusia es un vasto país que se extiende sobre la mitad de Europa y una buena parte de Asia. Está poblado por numerosas razas y nacionalidades que hablan distintas lenguas, con diferentes psicologías, variados intereses y diversos modos de ver la vida. Conocemos lo que hizo del país la dictadura de los zares. Vamos a ver ahora lo que efectuó la dictadura "proletaria".

Hoy, después de más de una década de mandato bolchevique en Rusia, podemos evaluar de forma clara sus efectos y examinar los resultados conseguidos. Vamos a recopilarlos.

Políticamente, la finalidad de la Revolución era abolir la tiranía gubernamental y la opresión, liberando al pueblo. El gobierno bolchevique es indudablemente el peor despotismo de Europa, con la sola excepción del fascista italiano. El ciudadano

[57] (1921-1925) En el X Congreso del Partido Comunista Ruso se anunció la sustitución del sistema de entregas forzosas de granos por el impuesto en especie, con lo que los campesinos podían disponer de un excedente con el que comerciar en el mercado. El objetivo último era estimular la economía agrícola. Reemplazó la política del "Comunismo de guerra".

[58] La rebelión de los marineros de Kronstadt en marzo de 1921. Véase *The Kronstadt Rebellion*, por el autor. *(N. del A.)*

no tiene ningún derecho que el gobierno se sienta obligado a respetar. El Partido Comunista es un monopolio político ya que los demás partidos y movimientos están al margen de la ley. Se desconoce la seguridad personal y del domicilio. La libertad de expresión y la de prensa no existen. Hasta la más mínima diferencia de opinión dentro del partido es suprimida y castigada con la cárcel y el exilio, como atestigua la suerte de Trostky y sus seguidores de la oposición. Las opiniones independientes no son toleradas. La G.P.U.[59], el servicio secreto, primeramente llamado *Cheka*, es un supergobierno con ilimitados poderes arbitrarios sobre la libertad y las vidas del pueblo.

Solamente aquellos que están totalmente del lado de la camarilla dominante del partido gozan de libertad y privilegios. Pero tal "libertad" es estar bajo el peor despotismo, si no tienes nada que decir, eres perfectamente libre de decirlo hasta en la tierra de Mussolini. Como un prominente miembro de un reciente Congreso Comunista estableció, "hay en Rusia lugar para todos los partidos políticos", el Partido Comunista está en el gobierno, los demás están en la cárcel.

Económicamente el objetivo fundamental de la Revolución era abolir el capitalismo y establecer el comunismo y la igualdad.

La dictadura bolchevique empezó por instituir un sistema de salarios desigual y de remuneraciones discriminatorias, y acabó por reintroducir la propiedad capitalista después de haber sido abolida por la acción directa del proletariado agrario e industrial. Hoy en día, Rusia es un país mitad capitalista de Estado, mitad capitalista de mercado.

La dictadura, y el terror rojo que la mantenía, fueron los principales factores de paralización de la vida económica del país. El arbitrario gobierno bolchevique se granjeó la enemistad del pueblo, su despotismo amargó a las masas. La represión de todo esfuerzo independiente distanció de la Revolución a sus mejores elementos y les hizo comprender que ésta se había convertido en el negocio privado del partido político en el poder. Al sufrir una nueva tiranía en vez de la ansiada libertad, cundió el desaliento entre los trabajadores. Sintieron que se les arrebataban sus conquistas revolucionarias y las

59 La GPU o Directorio Político del Estado fue la policía secreta de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) y de la URSS. Se formó a partir de la Cheka en 1922. Se transformó en OGPU (Directorio Unificado Político del Estado) en 1923.

utilizaban como un arma contra ellos y sus aspiraciones. El proletario vio sus comités de fábrica sometidos a los dictados del Partido Comunista y se encontró desasistido para proteger sus intereses como trabajador. Sus sindicatos degeneraron en simples intérpretes y transmisores de las órdenes bolcheviques. El trabajador mismo se halló privado de voz, no sólo respecto de la ordenación industrial, sino hasta en su propia fábrica, en la que se le obligó a trabajar muchas horas con un salario miserable. Los obreros dedujeron pronto que les habían arrebatado la Revolución de entre sus manos, que habían privado a sus soviets de todo poder y que el país estaba siendo dirigido por unos pocos individuos desde el lejano Kremlin, lo mismo que en tiempo de los zares. Eliminado de la actividad revolucionaria y creadora, viviendo sólo para obedecer a sus nuevos amos y constantemente acosado por bolcheviques y chequistas, el trabajador se sintió asqueado por la Revolución.

Desertó de la fábrica en busca de la aldea en donde podría hallarse más lejos de sus temidos dirigentes o por lo menos asegurarse el pan diario. Y así se derrumbaron las industrias del país.

El campesino vio cómo comunistas armados y vestidos de cuero llegaban a su tranquilo pueblo despojándolo del fruto de su duro trabajo y tratándolo con la brutalidad y la insolencia de los antiguos oficiales zaristas. Vio sus soviets dominados por algún holgazán, algún inútil autodenominado bolchevique y sostenido en el poder por Moscú. Había dado su trigo y su maíz voluntaria y generosamente a los obreros y soldados, pero vio cómo se pudrían sus provisiones en las estaciones del ferrocarril y en los almacenes, porque los bolcheviques no podían administrar por sí mismos las cosas ni permitir que ninguno las administrase.

Supo que sus hermanos de las fábricas y el ejército sufrían la carencia de alimentos por la inoperancia comunista, la burocracia y la corrupción. Comprendió por qué se le pedía siempre más. Vio sus posesiones y las provisiones de su familia confiscadas por los jóvenes chequistas. A menudo, les quitaban el último caballo, sin el cual un campesino no puede trabajar ni vivir. Vio las aldeas vecinas, que se rebelaban contra tales ultrajes destruidas a sangre y fuego, a los campesinos azotados y fusilados como antaño. Se revolvió contra la Revolución, y en su desesperación decidió no plantar ni sembrar más que para sus necesidades y las de su familia y, hasta esto, esconderlo en el bosque.

Éstos fueron los resultados de la dictadura, del militarismo comunista de Lenin y de los métodos bolcheviques. La industria también se estancó, y el hambre se apoderó del país. El sufrimiento general, la amargura de los obreros y los motines campesinos, comenzaron a amenazar la existencia del régimen bolchevique.

Para salvar la dictadura, Lenin decidió introducir una nueva política económica, conocida por la "NEP".

El objeto de la "NEP" era reavivar la vida económica del país. Iba encaminada a estimular al campesinado en pro de una mayor producción, permitiéndole vender su excedente en lugar de ser confiscado por el gobierno. También autorizaba el intercambio de productos, legalizando el comercio y resucitando las cooperativas, anteriormente suprimidas como contrarrevolucionarias.

Pero la decisión del Partido Comunista de continuar sosteniendo su dictadura hizo ineficaces todas estas reformas económicas, pues la industria no puede desarrollarse bajo un régimen despótico. El progreso económico, como también la industria y el comercio, requieren seguridad personal y de la propiedad, y de no injerencia para que pueda funcionar.

Pero la dictadura no permite esa libertad, sus "garantías" no pueden inspirar confianza. De ahí que la Nueva Política Económica no produjera los resultados deseados y Rusia siguiera en la miseria, constantemente al borde del desastre económico.

Industrialmente, la dictadura había castrado a la Revolución de sus propósitos básicos de colocar la producción en manos del proletariado e independizar al obrero de todo amo económico.

La dictadura cambió, simplemente, los amos. El gobierno se había convertido en amo, en el lugar del capitalista individual, aunque este último está ahora mismo desarrollándose en Rusia como una nueva clase. El trabajador ha permanecido tan dependiente como antes, de hecho, más. Se ha despojado de todo poder a sus sindicatos, y ha perdido hasta el derecho de huelga contra su patrón gubernamental. "Desde que los obreros, como clase, guían la dictadura –argumentan los comunistas–, no pueden hacer huelga contra ellos mismos".

De acuerdo con esto, los proletarios de Rusia se pagan ellos mismos sueldos insuficientes para cubrir sus necesidades, viven en habitaciones antihigiénicas, trabajan en condiciones insalubres, arriesgan la salud y la vida por la falta de prevención y de seguridad en los sitios de trabajo y se arrestan y encarcelan a sí mismos por una sola expresión de descontento.

Culturalmente, el régimen bolchevique es una escuela para amaestrar al pueblo en el comunismo y el fanatismo de partido, sin acceso a ideas que difieran de las concepciones de la camarilla dominante. Esto es criar a todo un pueblo en los dogmas de una Iglesia política, sin una sola oportunidad de ampliar y cultivar el entendimiento fuera del círculo de opiniones permitidas por la clase dirigente. No existe en Rusia más prensa que las publicaciones comunistas oficiales y las que merecen la aprobación del censor bolchevique. Ningún sentimiento público puede hallar expresión desde que el gobierno posee el monopolio de la palabra, de la prensa y de reunión.

No es exagerado afirmar que hay menos libertad de pensamiento y menos oportunidades para opinar bajo la dictadura bolchevique que bajo los zares. Cuando Rusia era regida por los Romanov, podías en última instancia publicar panfletos y libros clandestinos, ya que el gobierno no tenía ningún monopolio sobre el suministro del papel ni de las imprentas. Todo esto estaba en manos privadas, y los revolucionarios hallaban siempre el modo de utilizarlo para su propaganda.

En la Rusia actual, todos los medios de publicación y distribución son posesión exclusiva del Gobierno, y ninguna persona puede trasladar al público sus puntos de vista, a menos que primero cuente con el permiso bolchevique. Miles de publicaciones ilegales fueron impresas y difundidas por los partidos revolucionarios durante el régimen de los Romanov. Bajo el mandato comunista, tal caso es muy excepcional, como lo atestigua el indignado asombro de los bolcheviques cuando se descubrió que Trostky había conseguido publicar la plataforma del grupo de oposición en el partido.

Socialmente, la Rusia bolchevique es, diez años después de la Revolución, un país donde ningún hombre puede gozar de seguridad política o independencia económica, donde la mano oculta de la G.P.U. está siempre presente, aterrorizando al pueblo con repentinos registros nocturnos, deteniendo por causas desconocidas, por confidencias sobre supuestas contrarrevoluciones, que obedecen a venganzas personales, encarcelando sin juicio previo y deportando por largos años al norte de la helada

Siberia o a las áridas regiones desérticas del Asia occidental. Una gigantesca prisión, en la que igualdad significa que el terror es el mismo para todos, y libertad es la indiscutible sumisión a los poderes existentes.

Moralmente, Rusia representa la lucha entre las mejores cualidades del hombre y los degradantes y corruptores efectos de un sistema edificado sobre la coacción y la intimidación. La Revolución puso en primer plano los mejores instintos del hombre: madurez, conciencia del valor humano, amor a la libertad y a la justicia.

El ambiente revolucionario inspiró y cultivó tales tendencias existentes en el pueblo, en particular el sentimiento contra la opresión, el hambre de libertad, el espíritu de apoyo mutuo y cooperación.

Pero la dictadura ha tenido el efecto contrario, neutralizando tales rasgos, exaltando en su lugar el miedo y el odio, el espíritu de intolerancia y persecución. Los procedimientos bolcheviques han debilitado de forma sistemática la moral del pueblo, han alentado el servilismo y la hipocresía, fomentado la desilusión y la desconfianza, y creado una atmósfera de contemporización que domina actualmente a Rusia.

Ésta es, hoy, la situación en esta infeliz tierra, éstos son los efectos de la idea bolchevique de que un pueblo ha de ser libre por la violencia, el dogma de que la dictadura puede llevar hacia la libertad.

"Según eso, ¿tú crees que la Revolución fracasó por la dictadura? –me preguntas–. ¿No fue que Rusia estaba demasiado atrasada para que fuese un éxito la Revolución?".

Fracasó por las ideas o métodos bolcheviques. Las masas rusas no estaban "retrasadas" para destronar al zar, para derribar el gobierno provisional, para destrozar el capitalismo y el sistema del salario, para devolverle la tierra al campesino y las industrias al obrero. Hasta aquí, la Revolución constituía el mayor éxito, y el pueblo amenazaba con edificar la nueva vida sobre la base de la libertad, la oportunidad y la justicia. Pero en el momento en que un partido político usurpó las riendas del gobierno y proclamó su dictadura, un resultado desastroso era inevitable.

La Revolución, cuando llega, debe tratar las situaciones tal como las encuentra. Son los medios y métodos utilizados, y los propósitos para los que se utilizan, lo vital. De ellos depende el curso y destino de la Revolución.

Cualquiera que sea la situación política, social o económica de un país dado –sea la "retrasada" Rusia o la "avanzada" América–, el problema más importante es lo que quieres efectuar y con qué medios asegurarás mejor tus objetivos.

Si el propósito de la Revolución Rusa fue establecer una dictadura, entonces, los métodos bolcheviques fueron perfectos, y el éxito, completo.

Pero si la finalidad de la Revolución fue abolir la opresión y la servidumbre, entonces los bolcheviques y sus políticas han sido un auténtico fracaso.

Como ves, todo depende de cuál sea tu propósito, de lo que quieras realizar. Tus fines determinan tus medios. Medios y fines son en realidad lo mismo, no puedes separarlos. Son los medios los que modelan tus fines. Los medios son la semilla que germina en flor y fructifica. Y el fruto responderá siempre a la especie de semilla que plantaste. No puedes obtener una rosa de una semilla de cactus. Nunca puedes cosechar libertad de la violencia, justicia y virilidad de una dictadura.

Vamos a aprendernos bien esta lección, porque de ello depende la suerte de la Revolución. "Tú cosecharás lo que siembras" es la suma de toda la sabiduría y experiencia humana.

No puedes curar a un hombre enfermo deteniendo la circulación de su sangre. La libre actuación de las masas es el sistema sanguíneo de la revolución, y su función es vital para ella. Si se la elimina o reprime, la Revolución se torna anémica y muere.

Esto quiere decir que los fines de la revolución deben amoldar sus medios. Ni la coacción ni la dictadura, solamente libertad y libre expresión de las masas, pueden servir a los objetivos de la Revolución. En la Revolución, como en la vida corriente, no hay término medio, o violencia o libertad.

La dictadura y el terror han sido ensayados en Rusia. La lección de esta experiencia es clara y convincente: aquellos métodos implican la destrucción de la Revolución. Se ha de fijar un nuevo camino.

"¿Hay algún otro camino?" –preguntas.

Sólo existe el camino de la libertad, y todavía no ha sido probado.

Yo no sé si tú deseas buscarlo –muchas personas temen la libertad–, pero yo sé que, a menos que se busque este camino,

el de la libertad, la justicia y la razón, la Revolución conducirá necesariamente a la dictadura, al fracaso y a la muerte.

La dictadura, sea blanca o roja, significa siempre la misma cosa: significa violencia, opresión y miseria. Ése es su carácter y esencia, y no puede ser otra cosa. La dictadura es un gobierno que gobierna mucho. Pues, como Thomas Jefferson[60] dijo sabiamente, "el mejor gobierno es el que gobierna menos".

Y es esto lo que los anarquistas buscamos y por eso vamos a apartarnos del socialismo y del bolchevismo, de Marx y de Lenin, para considerar qué es lo que nos ofrece el anarquismo.

[60] Thomas Jefferson (1743-1826), el tercer presidente de los EE. UU., ocupando el cargo entre 1801 y 1809.

Capítulo XIX
¿Es violento el anarquismo?

Has oído decir que los anarquistas tiran bombas, que creen en la violencia y que la anarquía significa el desorden y el caos.

No sería extraño que lo creyeses así. La prensa, el púlpito y todos los que tienen autoridad te lo repiten constantemente.

Pero muchos de ellos lo conocen mejor y tienen sus razones para no decirte la verdad. Es tiempo de que la oigas.

Quiero hablarte honrada y francamente y tienes mi palabra de que lo haré así, pues yo soy precisamente uno de esos anarquistas a quienes se señala como partidarios de la violencia y la destrucción. Yo debería saberlo, pues, bien; creo no tener nada que ocultar.

"Luego, ¿realmente significa el anarquismo desorden y violencia?"

No, amigo mío, son el capitalismo y el gobierno los que están a favor del desorden y la violencia. anarquismo es el otro lado de la moneda, significa orden sin gobierno y paz sin violencia.

"¿Pero es esto posible?" —preguntas.

De esto justamente vamos a hablar ahora. Pero antes quiere saber tu amigo si los anarquistas han arrojado bombas alguna vez o recurrido a la violencia en ocasiones.

Sí, los anarquistas han arrojado bombas y han recurrido a veces a la violencia.

"¡¿Lo ves?! —exclama tu amigo— tal como yo pensaba."

Pero no nos apresuremos. Si bien los anarquistas hemos empleado a veces la violencia, ¿quiere esto, necesariamente, decir que el anarquismo es violento?

Plantéate esta pregunta y trata de contestártela honradamente.

Cuando un ciudadano se pone un uniforme de soldado puede suceder que tenga que arrojar bombas y usar la violencia. ¿Dirías, entonces, que la ciudadanía es partidaria de las bombas y la violencia?

Te sentirías indignado ante esta imputación. Esto quiere decir, sencillamente –replicarías– que bajo ciertas condiciones un hombre puede tener que recurrir a la violencia. Y ese hombre puede suceder que sea demócrata, monárquico, socialista, bolchevique o anarquista. Encontrarás esta regla aplicable a todos los hombres y a todas las épocas.

Bruto asesinó a César porque temía que su amigo quisiese traicionar a la República y coronarse rey. No es que Bruto "amase a César menos, sino que amaba más a Roma". Bruto no fue un anarquista. Era un republicano leal.

Guillermo Tell, según nos cuenta la leyenda, dio muerte al tirano para librar de la opresión a su país, y nada sabía de anarquismo.

Menciono estos ejemplos para mostrar el hecho de que, desde tiempo inmemorial, los déspotas han acabado a manos de ultrajados amantes de la libertad. Tales hombres se rebelaron contra la tiranía. Generalmente, eran patriotas, demócratas o republicanos; ocasionalmente, socialistas o anarquistas. Sus actos fueron actos de rebelión individual contra el mal y la injusticia. Y el anarquismo nada tuvo que ver con esto.

Hubo un tiempo, en la antigua Grecia, en que matar a un déspota era considerado como una elevada virtud. La ley moderna condena tales actos, pero los sentimientos humanos parecen haber permanecido inmutables a través de los tiempos. La conciencia mundial no siente como afrenta el tiranicidio. Aun cuando no siempre se apruebe públicamente, el corazón de la humanidad absuelve y hasta se regocija secretamente con tales actos. ¿No hubo en América miles de jóvenes patriotas que anhelaban asesinar al káiser alemán, al que hacían responsable de iniciar la Guerra Mundial? ¿No absolvió, recientemente, un tribunal francés al hombre que mató a Petliura[61], para vengar a los miles de hombres, mujeres y niños asesinados en los *pogroms*[62] de Petliura contra los judíos del sur de Rusia?

En todos los países, en todos los tiempos, ha habido tiranicidas, esto es, hombres y mujeres que amaban tanto a su país que estaban dispuestos a ofrendar hasta sus propias vidas.

Habitualmente, eran personas sin ideario político ni partido, que simplemente odiaban la tiranía. En ocasiones, eran fanáticos

[61] Simón Vasílievich Petliura (1877-1926). Líder nacionalista ukraniano. Enfrentado con el Ejército Insurreccional Makhovista y responsable de la muerte de miles de judíos ukranianos. Asesinado en París por Sholom Shvarzbard, antiguo guerrillero makhnovista cuya familia había sido asesinada en un *pogrom* (véase nota 62).

[62] Del ruso "devastación". El término se utilizó por vez primera para referirse a la violencia antijudía de 1881, tras el asesinato del zar Alejandro II. Son numerosos los pogromos documentados durante la Revolución Rusa de 1917 y la posterior Guerra Civil Rusa (1918-1921).

religiosos como el devoto católico Kullmann[63], que trató de asesinar a Bismark[64]. O la equivocada Charlotte Corday[65], que asesinó a Marat[66] durante la Revolución Francesa.

En los Estados Unidos fueron tres los presidentes muertos por atentados individuales. Lincoln[67] fue ejecutado en 1865 por John Wilkes Booth[68], que era un demócrata sureño; Garfield[69], en 1881, por Charles Jules Guiteau[70], un republicano; y McKinley[71], en 1901, por León Czolgosz[72]. De estos tres, sólo uno era anarquista.

El país que tiene los peores opresores produce también el mayor número de tiranicidas. Tomemos, como ejemplo, Rusia.

Suprimida por completo la libertad de expresión y de prensa bajo los zares, no había más camino para mitigar el régimen despótico que llevar "el temor de Dios" al corazón del tirano.

[63] Heinz Kullman atentó en Kissingen contra el canciller Otto von Bismarck, que resultó levemente herido; el suceso se inscribe dentro del período de tensiones originadas por el *Kulturkampf* (lucha por la cultura), que enfrentó al gobierno con la Iglesia católica.

[64] El 13 de julio de 1874. *(N. del A.)*

[65] Marie Anne Charlotte Corday d'Armont (1768-1793), dio muerte al revolucionario francés Jean Paul Marat. Simpatizante de los girondinos, tomó la decisión de asesinar a Marat, por considerarlo responsable del Reinado del Terror.

[66] Jean Paul Marat (1743-1793). Médico, periodista y político francés. En 1789 lanza a la calle *El Amigo del Pueblo*, un diario de tendencia radical que tuvo una notable repercusión en la sociedad de la época. Lideró el club jacobino de París y se enfrentó con dureza a los girondinos.

[67] Abraham Lincoln (1809-1865), decimosexto presidente de los EE. UU. y el primero por el Partido Republicano.

[68] John Wilkes Booth (1838-1865). Simpatizante de los confederados e insatisfecho por cómo terminó la Guerra Civil Estadounidense, disparó sobre Abraham Lincoln.

[69] James Abram Garfield (1831-1881), vigésimo presidente de los EE. UU. Se convirtió en el segundo presidente que murió asesinado.

[70] Charles Guiteau (1841-1882). El 2 de Julio de 1881 disparó sobre Garfield. En su celda escribió su propio epitafio: "Aquí yace el cuerpo de Charles Guiteau, patriota y cristiano". Fue ahorcado el 30 de junio de 1882.

[71] William McKinley (1843-1901), vigésimo quinto presidente de los EE. UU., y el último veterano de la Guerra Civil Estadounidense elegido presidente, por el Partido Republicano.

[72] Leon Czolgosz (1873-1901), anarquista que ajustició al presidente de los EE.UU. William McKinley el 6 de septiembre de 1901. Su juicio duró ocho horas en total, desde la selección del jurado hasta el dictado de la sentencia que lo condenaría a morir en la silla eléctrica, ejecutada el 29 de octubre.

Estos vengadores eran en su mayor parte hijos e hijas de la más alta nobleza, jóvenes idealistas que amaban al pueblo y la libertad. Con el resto de los caminos cerrados, se vieron forzados a recurrir a la pistola y a la dinamita con la esperanza de aliviar las condiciones miserables de su patria. Se los conocía como terroristas y nihilistas. No eran anarquistas.

En los tiempos modernos, los actos individuales de violencia política han sido aún más frecuentes que en el pasado. Las mujeres sufragistas en Inglaterra, por ejemplo, recurrían a esto con frecuencia para propagar y hacer cumplir sus demandas de igualdad de derechos. En Alemania, desde la guerra, hombres con convicciones políticas de lo más conservadoras han usado tales métodos con la esperanza de restaurar el Imperio. Fue un monárquico quien asesinó a Karl Erzberger[73], el ministro de Hacienda prusiano, y Walter Rathenau[74], ministro de Asuntos Exteriores, también fue abatido por un hombre del mismo partido político.

Asimismo, la causa originaria, o en último extremo, el pretexto de la Gran Guerra, fue el asesinato de un heredero al trono austríaco por un patriota serbio, que nada había oído del anarquismo. En Alemania, Hungría, Francia, Italia, España y Portugal y en cualquier otro país europeo, hombres de las más variadas tendencias políticas han recurrido a actos de violencia, por no mencionar los casos de terrorismo político a gran escala practicado por grupos organizados, como los fascistas italianos, el Ku-Klux-Klan norteamericano o la Iglesia católica mexicana. ¿Ves, entonces, cómo los anarquistas no poseen el monopolio de la violencia política? El número de tales actos ejecutados por anarquistas es insignificante si se compara con los cometidos por personas de otras ideas políticas.

73 Matthias Erzberger (1875-1921). Político y economista alemán. Dirigió el grupo político católico Zentrum. El 26 de agosto de 1921 fue asesinado por dos militares nacionalistas.

74 Walther Rathenau (1867-1922). Político y empresario alemán. Miembro del Partido Socialdemócrata y representante de la gran burguesía industrial y liberal. Establecida la república de Weimar, fue ministro de Reconstrucción (1921) y al año siguiente de Exteriores. Firmó un acuerdo con la URSS, el Tratado de Rapallo, para restablecer la diplomacia entre ambos países y la colaboración entre ambos ejércitos. Fue el hecho que aprovecharon los grupos ultranacionalistas para asesinarlo en junio de 1922.

La verdad es que en cada país, en cada movimiento social, la violencia ha sido, desde tiempo inmemorial, arte y parte en la lucha. Hasta el Nazareno, que vino para predicar su evangelio de paz, recurrió a la violencia para arrojar del templo a los mercaderes.

Como he dicho, los anarquistas no tienen el monopolio de la violencia. Al contrario, las doctrinas anarquistas son de paz y armonía, de no invasión, de sacralización de la vida y la libertad. Pero los anarquistas son seres humanos como el resto de la humanidad, y puede ser que lo sean más. Son los más sensibles a la maldad y a la injusticia, prestos a reaccionar contra la opresión, y por lo tanto, expuestos a tener que expresar su protesta, ocasionalmente, con un acto violento. Pero tales actos son expresión del temperamento individual, y no consecuencia de una teoría en particular.

Podrías preguntar si el tener ideas revolucionarias no influirá en una persona encaminándola a realizar actos violentos. Yo no lo creo, porque hemos visto que también los métodos violentos son empleados por personas de fervientes opiniones conservadoras. Si personas de tendencias políticas opuestas cometen actos semejantes, es poco razonable decir que sus ideas son responsables de dichos actos.

Resultados semejantes tienen una causa semejante, pero esa causa no hay que buscarla en las convicciones políticas, sino más bien en el temperamento individual y en el sentimiento general sobre la violencia.

"Puede que tengas razón sobre el temperamento", dices.

"Puedo entender que las ideas revolucionarias no son la causa de los actos políticos violentos; en caso contrario, todo revolucionario cometería tales actos. ¿Pero no justifican, en cierta medida, esas ideas a los que cometen tales actos?"

A primera vista podría parecer así, pero si reflexionas sobre eso, encontrarás que es una idea completamente falsa. La mejor prueba de ello es que anarquistas que sostienen exactamente los mismos puntos de vista sobre el gobierno y sobre la necesidad de suprimirlo, con frecuencia están totalmente en desacuerdo en la cuestión de la violencia. Así, los anarquistas tolstoianos y la mayoría de los anarquistas individualistas condenan la violencia política, mientras que otros anarquistas la aprueban o al menos la justifican.

¿Es razonable entonces decir que las concepciones anarquistas son responsables de la violencia o que influyen de algún modo en tales actos?

Además, muchos anarquistas que en algún momento creyeron en la violencia como medio de propaganda, han cambiado su opinión sobre el asunto y no están ya a favor de tales métodos. Hubo una época, por ejemplo, en que los anarquistas defendían los actos individuales de violencia, conocidos como "propaganda por el hecho". No esperaban cambiar el gobierno y el capitalismo transformándolos en anarquismo mediante tales actos ni pensaban que la supresión de un déspota aboliría el despotismo. No, el terrorismo fue considerado como un medio de vengar una injusticia popular, de inspirar miedo al enemigo y también de llamar la atención sobre el mal contra el que estaba dirigido el acto de terror. Pero actualmente la mayoría de los anarquistas no creen ya en la "propaganda por el hecho" y no están a favor de actos de esa naturaleza.

La experiencia les ha enseñado que tales métodos podían estar justificados y haber sido útiles en el pasado, pero que las modernas circunstancias de vida los hacen innecesarios e incluso perjudiciales a la difusión de sus ideas. Pero sus ideas permanecen igual, lo que significa que no era el anarquismo el que configuraba su actitud hacia la violencia. Esto prueba que no son ciertas ideas o "ismos" las que conducen a la violencia, sino que son otras las causas que la provocan.

Por lo tanto debemos mirar hacia otra parte para encontrar la explicación correcta.

Tal como hemos visto, los actos de violencia política han sido cometidos no sólo por los anarquistas, socialistas y revolucionarios de todo tipo, sino también por patriotas y nacionalistas, por demócratas y republicanos, por partidarios del derecho al sufragio universal, por conservadores y reaccionarios, por monárquicos e incluso por hombres religiosos y por cristianos devotos. Sabemos ahora que no ha podido ser ninguna idea en particular o "ismo" lo que influyó en sus actos, porque las ideas e "ismos" más variados produjeron acciones semejantes. He dado como razón el temperamento individual y el sentimiento general sobre la violencia.

Aquí está el quid de la cuestión. ¿Qué es este sentimiento general sobre la violencia? Si podemos responder correctamente la pregunta, nos quedará claro todo el asunto.

Si hablamos con honradez, debemos admitir que todo el mundo cree en la violencia y la práctica, por mucho que condenen la de los demás. De hecho, todas las instituciones que sostenemos y la vida entera de la sociedad presente están basadas en la violencia.

¿Qué es eso que denominamos gobierno? ¿Es otra cosa que la violencia organizada? La ley te ordena que hagas esto y que no hagas lo otro, y si no obedeces, te obligará por la fuerza. Ahora mismo no estamos discutiendo si es justo o injusto, si debería o no debería ser así. Por el momento estamos interesados en el hecho de que es así, de que todo gobierno, toda ley y autoridad descansan por último en la fuerza y en la violencia, en el castigo o en el miedo al castigo.

Incluso la autoridad espiritual, la autoridad de la Iglesia y de Dios descansan sobre la fuerza y la violencia, porque es el temor a la cólera de Dios y a la venganza divina lo que ejerce poder sobre ti, lo que te obliga a obedecer e incluso a creer contra tu propia razón.

Adondequiera que mires, encontrarás que toda nuestra vida está edificada sobre la violencia o sobre el temor a ella. Desde la más tierna infancia estás sometido a la violencia de tus padres o de los mayores. En casa, en la escuela, en la oficina, en la fábrica, en el campo o en la tienda, siempre es la *autoridad* de alguien la que te mantiene obediente y te obliga a hacer su voluntad.

El derecho a obligarte se denomina autoridad. El temor al castigo lo han convertido en deber y lo han denominado obediencia.

En esta atmósfera de fuerza y violencia, de autoridad y obediencia, de deber, temor y castigo es donde hemos crecido, la respiramos durante toda nuestra vida. Estamos tan empapados con el espíritu de violencia que nunca nos detenemos a preguntarnos si ésta es justa o injusta. Tan sólo preguntamos si es legal, si la permite la ley. No te cuestionas el derecho del gobierno a matar, a confiscar y a encarcelar. Si un simple individuo fuera culpable de las cosas que el gobierno está continuamente haciendo, tú lo estigmatizarías como asesino, ladrón y canalla. Pero mientras que la violencia que se cometa sea "legal", tú la apruebas y te sometes a ella. Por eso, no es realmente a la violencia a lo que te opones, sino a que la gente use la violencia "ilegalmente".

Esta violencia legal y el miedo a ella dominan toda nuestra existencia, individual y colectiva. La autoridad controla nuestra vida, desde la cuna al sepulcro –autoridad familiar, sacerdotal y divina, política, económica, social y moral–. Pero sea cual sea el carácter de esta autoridad, es el mismo verdugo blandiendo el hacha del poder sobre tu cuello para que temas la sanción en una forma u otra. Tienes miedo de Dios y del demonio, del sacerdote y del vecino, de tu patrón y de tu jefe, del político y del policía, del juez y el carcelero, de la ley y del gobierno. Toda tu vida es una cadena de miedos –miedos que magullan tu cuerpo y laceran tu espíritu–. En ellos se basa la *autoridad* de Dios, de la Iglesia, de los padres, del capitalista y del gobernante.

Mira tu corazón y dime si no es verdad lo que te digo. Pues, hasta entre los niños de diez años, John domina a su hermano o a su hermana pequeña con la autoridad que le da su mayor fortaleza física, del mismo modo que el padre de John manda sobre él por su mayor fortaleza y porque John depende económicamente de su padre. Tú toleras la autoridad del sacerdote y del predicador porque piensas que pueden "atraer sobre tu cabeza la cólera divina". Te sometes a la autoridad del jefe, del juez y del gobierno por su poder para despojarte del trabajo, para arruinar tu negocio, para meterte en prisión. Poder que, además, tú has puesto en sus manos.

Así, la autoridad regula toda tu vida, el pasado y el presente, la muerte y la vida, y tu existencia es una continua invasión y violación, una subordinación constante a los pensamientos y a la voluntad de cualquier otro.

Y del mismo modo que eres mediatizado y violentado, te vengas inconscientemente mediatizando y violentando a otros sobre los que tienes autoridad o sobre los que puedes ejercer violencia física o moral. De este modo la vida entera es una absurda combinación de autoridad, de dominación y sumisión, de gobernantes y gobernados, de violencia y fuerza en mil y una formas.

¿Puede sorprenderte el que hasta los idealistas estén todavía presos en las redes de este espíritu de violencia y autoridad, y que a menudo se vean empujados por sus sentimientos o por el entorno a actos aborrecibles de intromisión y en contradicción con sus ideas?

Todavía somos bárbaros que recurrimos a la fuerza y a la violencia para resolver nuestras dudas, dificultades y conflictos.

La violencia es el método del ignorante, el arma del débil. Los fuertes de corazón y cerebro no necesitan de la violencia, pues son invencibles porque saben que tienen razón. Cuanto más alejados estemos del hombre primitivo y de la Edad de Piedra, más dejaremos de recurrir a la fuerza y la violencia. Cuanto más instruido se vuelva el hombre, menos necesitará emplear la violencia y la coacción. El hombre realmente civilizado se despojará de todo temor y autoridad. Se levantará de entre el polvo y se erguirá, no se inclinará ante ningún zar del cielo o de la tierra. Será un ser humano pleno cuando desdeñe gobernar y rehúse ser gobernado. Sólo será verdaderamente libre cuando no exista ni un solo amo.

El anarquismo es el ideal de una humanidad así; de una sociedad sin imposiciones ni violencia, en la que todos los hombres sean iguales, y vivan en libertad, paz y armonía.

La palabra anarquía deriva del griego. Significa sin imposición, sin violencia y sin gobierno, porque éste es el verdadero origen de la violencia, la coerción y la coacción.

Anarquía[75], por consiguiente, no significa desorden y caos, como pensaste antes. Es, en cambio, todo lo contrario, quiere decir sin gobierno, que es independencia y libertad. El desorden es hijo de la autoridad y la violencia. La libertad es la madre del orden.

"Un bello ideal –dices tú–, pero solamente los ángeles están preparados para él."

Vamos a ver, entonces, si podemos hacer que nos crezcan las alas que necesitamos para vivir en esta sociedad ideal.

[75] Anarquía se refiere a la condición. Anarquismo es la teoría o la doctrina sobre ello. *(N. del A.)*

Capítulo XX

¿Qué es el anarquismo?

"¿Puedes decirme brevemente –pregunta tu amigo– lo que es realmente el anarquismo?" Lo intentaré. En pocas palabras, el anarquismo enseña que podemos vivir en una sociedad en donde no exista coacción de ninguna clase.

Una vida sin coacción significa naturalmente libertad; significa liberación de ser forzado o coartado, una posibilidad de llevar la vida que más deseemos.

No puedes llevar tal vida a menos que acabes con las instituciones que limitan tu libertad y encadenan tu vida, con unas condiciones que te obligan a actuar de forma diferente de la que realmente quisieras.

¿Cuáles son esas instituciones y condiciones? Vamos a ver con lo que tenemos que acabar a fin de asegurar una vida libre y armónica. Una vez que sepamos lo que tiene que ser abolido y lo que debemos colocar en su lugar, daremos también con el modo de conseguirlo.

¿Qué es preciso abolir, entonces, para asegurar la libertad?

Ante todo, por supuesto, aquello que más te encadena, que más te imposibilita o más restringe tu libre actividad; aquello que te limita tu libertad y te fuerza a vivir una vida diferente de la que tú escogerías. Y eso es el gobierno.

Míralo bien y verás que el gobierno es el máximo usurpador; y, aún más: el peor criminal de que se tiene memoria.

Llena el mundo de violencia, de fraude e impostura, de opresión y miseria. Como dijo una vez un gran pensador, "su aliento es ponzoñoso". Corrompe todo lo que toca.

"Cierto, el gobierno significa violencia y es dañino –admites–, pero, ¿podemos pasar sin él?" Sobre esto, precisamente, vamos a hablar. Ahora, si te preguntase si tú necesitas el gobierno, estoy seguro que me contestarías que no, pero que para los otros es necesario.

Pero, si preguntase a alguno de esos otros, me diría lo mismo, contestaría que no lo necesita, pero que es necesario "para los otros".

¿Por qué todos piensan que pueden ser bastante decentes sin policía, pero que la porra es necesaria "para los otros"?

"Las gentes se robarían y asesinarían entre ellas si no hubiese ningún gobierno ni ley", dices tú.

Si realmente lo hiciesen así, ¿por qué lo harían? ¿Lo harían sólo por el placer de hacerlo o por determinadas razones? Puede ser que examinando estas razones descubramos el remedio.

Supongamos que tú, yo y una veintena más hemos naufragado y nos hallamos en una isla rica en frutos de todas clases.

Desde luego, tendríamos trabajo para recolectar el alimento. Pero supone que uno de nosotros declarase que todo le pertenece y que ninguno dará un solo bocado a menos que primero le pague tributo por ello. Nos indignaríamos, ¿no es así? Nos reiríamos de sus pretensiones. Y si tratase de crear conflicto, lo arrojaríamos al océano y lo tendría muy bien merecido, ¿no es así?

Suponte además que nosotros mismos y nuestros antepasados hemos cultivado la isla y la hemos provisto de todo lo que necesitamos para vivir cómodamente, y que uno cualquiera llega a la isla y declara que todo es suyo. ¿Qué diríamos nosotros?

No le haríamos caso, ¿verdad? Podríamos decirle que podía participar con nosotros y unirse a nuestro trabajo. Pero suponte que insiste sobre su pretendida propiedad y que confecciona un trozo de papel y dice que éste prueba que todo le pertenece. Le diríamos que está loco y seguiríamos con nuestros asuntos. Pero si tiene un gobierno tras él, apelará a éste para que proteja "sus derechos", y el gobierno enviará policías y soldados que nos desalojarían y devolverían al propietario "legal" sus posesiones.

Ésta es la función del gobierno, es la razón de su existencia y es lo que hace constantemente.

Ahora bien, ¿sigues pensado que sin esa cosa llamada gobierno nos robaríamos y asesinaríamos entre nosotros? ¿No es más cierto que con ese gobierno matamos y asesinamos?

Porque el gobierno no nos asegura nuestras legítimas posesiones, sino que, al contrario, nos las arrebata para provecho de aquellos que no tienen ningún derecho sobre ellas, como hemos visto en capítulos anteriores.

Si al despertarte una mañana te enterases de que ya no habrá más gobiernos, ¿tu primer pensamiento sería lanzarte a la calle y matar a alguien? No, sabes que pensar eso es una necedad. Hablamos de personas cuerdas y normales. El demente que quiere matar no pregunta primero si hay o no gobierno. Tales hombres necesitan las atenciones y el cuidado de médicos y psiquiatras, deberían ser hospitalizados para tratar sus enfermedades o demencias.

Lo más probable es que si tú o Johnson os hallaseis al despertar con que no hay ningún gobierno, trataríais de acomodar vuestras vidas a las nuevas condiciones.

Es indiscutible, desde luego, que si en ese momento vieses a las gentes atracándose mientras pasas hambre, tú también exigirías la oportunidad de comer, y estarías en tu perfecto derecho. Eso haría cualquier otro, lo que quiere decir que las personas no estarían conformes con que algunos acaparasen todas las cosas buenas de la vida, también querrían participar de ellas. Esto quiere decir, además, que el pobre rehusaría seguir siendo pobre mientras otros nadan en la abundancia.

El trabajador rechazaría dar sus productos al patrón que afirma "poseer" la fábrica, como todo lo que allí se fabrica.

El campesino no toleraría miles de acres improductivos mientras que no posee tierras suficientes para vivir él y su familia.

No se le permitiría a nadie monopolizar la tierra o los medios de producción. La propiedad privada de los recursos vitales no volvería a permitirse. Se consideraría como el mayor crimen el que algunos poseyesen más de lo que pueden utilizar en doce vidas, mientras que sus vecinos no tienen bastante pan para sus hijos. Todos los hombres participarían de la riqueza social y todos ayudarían a producir esta riqueza.

Todo esto significa, en resumen, que por primera vez en la historia, el derecho, la justicia y la igualdad triunfarían en vez de que lo hiciera la ley.

Ves, por lo tanto, que la supresión del gobierno significa también la abolición del monopolio y de la propiedad personal de los medios de producción y de distribución.

De esto se desprende que, cuando el gobierno es abolido, también tienen que irse con él la esclavitud del salario y el capitalismo, porque éstos no pueden existir sin el apoyo y la protección del gobierno. Lo mismo que el hombre que pretendía tener un monopolio sobre la isla, del cual te hablé antes, no podía poner en práctica su loca pretensión sin la ayuda del gobierno.

Una situación así, en la que hubiese libertad en lugar de gobierno sería la anarquía. Y cuando la igualdad de uso ocupase el lugar de la propiedad privada, sería el Comunismo.

Sería el Comunismo Libertario.

"¡Oh, Comunismo! –exclama tu amigo–. ¡Pero tú dijiste que no eras bolchevique!"

No, no soy bolchevique, porque los bolcheviques pretenden un Estado o un gobierno fuerte, mientras que anarquismo quiere decir acabar con el Estado y con el gobierno.

"¿Pero los bolcheviques no son comunistas?", preguntas.

En efecto, los bolcheviques son comunistas, pero ellos quieren su dictadura, su gobierno, para obligar a las personas a vivir en Comunismo. El Comunismo Libertario, por el contrario, significa Comunismo voluntario, Comunismo de libre elección.

"Veo la diferencia. Sería hermoso, desde luego –admite tu amigo–. Pero ¿piensas, realmente, que es posible?"

Capítulo XXI
¿Es posible la Anarquía?

"Podría ser factible –me dices– si pudiésemos prescindir del gobierno. ¿Podemos?"

Puede que contestemos mejor a esta pregunta examinando tu propia vida. ¿Qué papel juega el gobierno en tu existencia?

¿Te ayuda a vivir? ¿Te alimenta, te viste y te ampara? ¿Lo necesitas para ayudarte en tu trabajo u oficio? Si estás enfermo, ¿llamas al médico, o al policía? ¿Puede el gobierno darte mayor destreza de la que te ha dotado la naturaleza? ¿Puede librarte de la enfermedad, de la vejez o de la muerte?

Considera tu vida diaria y hallarás que realmente el gobierno no es un factor apreciable en ella, excepto cuando comienza a intervenir en tus asuntos, cuando te obliga a hacer ciertas cosas o te prohíbe hacer otras. Te fuerza, por ejemplo, a pagar ciertos impuestos y a contribuir a sostenerlo, quieras o no. Te hace ponerte un uniforme y alistarte en el ejército. Invade tu vida privada, te da órdenes sobre ésta, te coacciona, marca tu conducta y generalmente, te trata como le da la gana. Hasta te dice cómo has de pensar y te sanciona si piensas y actúas de otro modo. Dirige lo que comes y bebes, y te encarcela o fusila si desobedeces. Te manda y domina en cada paso de tu vida.

Te trata como a un chico malo o como a un niño *irresponsable* que necesita la mano dura de un guardián, pero, no obstante, si desobedeces, te considera *responsable*.

Consideraremos más tarde los detalles de la vida en anarquía y veremos qué condiciones e instituciones existirán en esta forma de sociedad; cómo funcionará, y qué efectos probables tendrá sobre el hombre.

Primero hemos de asegurarnos de que tal situación es posible, de que la anarquía es practicable.

¿Cuál es hoy la existencia del ser humano medio? Casi todo tu tiempo se va en ganarte el sustento. Estás tan ocupado ganándote la vida que a duras penas tienes tiempo de vivir, de gozar de la vida.

Ni tiempo ni dinero. Eres afortunado si consigues tener una fuente de recursos, un empleo. De vez en cuando vienen malos tiempos, hay desempleo y miles son despedidos, cada año, en cada país.

Esos malos tiempos significan que no hay ingresos, que no hay jornal. Lo que conlleva angustias y privaciones, enfermedad, desesperación y suicidio. Es una época de pobreza y crimen. Para aliviar la indigencia edificamos asilos, hospicios, hospitales para pobres y todo tipo de instituciones benéficas que sostienes con tus impuestos. Para prevenir el crimen y castigar a los criminales, de nuevo eres tú quien tiene que mantener a policías, fuerzas estatales, jueces, abogados, cárceles y carceleros. ¿Puedes imaginar un sinsentido mayor y algo menos práctico? Los legisladores aprueban leyes, los jueces las interpretan, los diferentes funcionarios las ejecutan, la policía persigue y detiene al criminal, y finalmente, el carcelero lo mantiene bajo su custodia. Numerosas personas e instituciones se emplean en evitar que el desempleado robe, y en castigarlo si éste trata de hacerlo. Entonces, se le provee de los medios de subsistencia cuya carencia lo llevó a quebrantar la ley. Después de un paréntesis más o menos largo se lo deja en libertad. Y si fracasa en su búsqueda de trabajo, comienza de nuevo el círculo de hurto, detención, juicio y encarcelamiento.

Esto es un ejemplo superficial pero típico, del carácter estúpido de nuestro sistema; estúpido e ineficaz. La ley y el gobierno mantienen este sistema.

"No es un poco raro que la mayoría de la gente no crea que podemos vivir sin gobierno, cuando en realidad nuestra vida cotidiana está totalmente desvinculada de éste, no lo necesita, y la única interferencia se produce cuando la ley y el gobierno se filtran en ella". "Pero la seguridad y el orden público –objetas– ¿podríamos tenerlos sin ley y sin gobierno? ¿Quién nos protegería del crimen?".

La verdad es que lo que se denomina "ley y orden" es en realidad el peor desorden, como hemos visto en capítulos anteriores.

El poco orden y paz que conseguimos tener es debido sobre todo al sentido común y a los esfuerzos conjuntos del pueblo, a pesar, desde luego, del gobierno. ¿Necesitas que el gobierno te diga que no te tienes que poner delante de un coche en movimiento? ¿Necesitas que el gobierno te ordene que no saltes desde el puente de Brooklyn o desde la torre Eiffel?

El hombre es un ser social, no puede subsistir solo y vive en comunidades o sociedades. De las necesidades mutuas y los intereses comunes resultan ciertos ordenamientos que nos ofrecen seguridad y comodidades. Tal cooperación funcional es libre, voluntaria, no necesita coerción alguna ni gobierno.

Te asocias a un club deportivo o a una sociedad de canto porque tus inclinaciones siguen ese camino y cooperas con los otros miembros asociados sin que nadie te obligue a ello. El hombre de ciencia, el escritor, el artista y el inventor buscan su propio tipo de inspiración y de trabajo mutuo. Los impulsos y las necesidades son sus mejores estímulos, la intromisión de cualquier gobierno sólo puede entorpecer sus esfuerzos.

Durante toda tu vida hallarás que las necesidades e inclinaciones de las personas conducen a la asociación, la protección y la ayuda mutua. Ésta es la diferencia entre administrar cosas y gobernar hombres, entre hacer algo por libre elección o ser obligado a hacerlo. Ésta es la diferencia entre libertad y coacción, entre anarquismo y gobierno. Porque el anarquismo significa cooperación voluntaria en lugar de participación forzada. Quiere decir armonía y orden en lugar de intromisión y desorden. "Pero ¿quién nos protegerá del crimen y de los criminales?", preguntas.

Pregúntate, más bien, si el gobierno nos protege realmente de ellos. ¿No crea y sostiene el mismo gobierno las condiciones que engendran el crimen? ¿No cultivan el espíritu de intolerancia y persecución, de odio y de más violencia? ¿No se incrementa el crimen con el aumento de la miseria y la injusticia, fomentadas por el gobierno? ¿No es el propio gobierno la mayor injusticia y el mayor crimen?

El crimen es el resultado directo de las condiciones económicas, de la desigualdad social, de injusticia y males que tienen su paternidad en el gobierno y el monopolio. El gobierno y la ley sólo pueden castigar al criminal. Nunca curan ni previenen el crimen. La única cura verdadera del crimen es abolir sus causas, y esto nunca puede hacerlo el gobierno porque está en su puesto para conservar esas mismas causas. Sólo puede terminarse con el crimen eliminando las condiciones que lo crean.

Y el gobierno no puede hacer esto.

El anarquismo significa acabar con esas condiciones. Los crímenes resultantes del gobierno, de su opresión e injusticia, de la desigualdad y la pobreza sobradamente desaparecerán con la anarquía.

Estas condiciones son responsables de largo del porcentaje más elevado de crímenes.

Es cierto que otros crímenes persistirán por algún tiempo, como los que se derivan de los celos, de los arrebatos y del espíritu de coerción y violencia que domina hoy el mundo.

Pero ésos, hijos de la autoridad y de la propiedad, desaparecerán, también gradualmente, bajo saludables condiciones y con la renovación de la atmósfera que los alimentó.

Por consiguiente, ni la anarquía engendrará el crimen ni ofrecerá un campo de cultivo donde pueda florecer. Los actos antisociales que ocasionalmente se den serán considerados como supervivencias de pretéritas condiciones de enfermedad y como actitudes anormales, y se los tratará más bien como anormalidad funcional del entendimiento, que como crimen.

La anarquía empezaría por dar de comer al "criminal" y asegurarle trabajo en vez de vigilarlo, arrestarlo, juzgarlo, encarcelarlo y tener finalmente que darle de comer a él y a los que tienen que vigilarlo y alimentarlo. Con toda seguridad, hasta este ejemplo demuestra cuánto más razonable y sencilla sería la vida bajo el anarquismo de lo que es ahora.

La verdad es que en la actualidad la vida es complicada, confusa y no es ni práctica ni satisfactoria desde ningún punto de vista. Por eso hay tanta miseria y descontento. El obrero no está satisfecho, tampoco lo está el amo por su constante ansiedad por los "malos tiempos", que suponen pérdidas de propiedades y de poder. El fantasma del miedo al mañana persigue al pobre y al rico por igual.

Es seguro que el trabajador no tiene nada que perder pasando de tener gobierno y capitalismo a una situación de no gobierno, de anarquía.

Las clases medias viven una existencia casi tan incierta como la de los obreros. Dependen de la buena voluntad del fabricante y del almacenista, de los grandes consorcios de la industria y el capital, y siempre están en peligro de bancarrota y ruina.

Hasta el gran capitalista tiene poco que perder en un cambio del presente sistema hacia la anarquía, porque bajo esta última, cada uno se aseguraría su sustento y su bienestar, quedando eliminado el miedo a la competencia con la abolición de la propiedad privada.

Cada uno hallaría sin estorbos y con plenas posibilidades la posibilidad de vivir y gozar de su vida hasta el límite de su capacidad.

Se añade a esto la conciencia de paz y armonía, el sentimiento que llega al liberarse de las angustias financieras y económicas, la constatación de que estás en un mundo agradable sin que envidias o rivalidades comerciales turben tu mente, en un mundo de hermanos, en una atmósfera de libertad y prosperidad colectiva.

Es casi imposible concebir las maravillosas posibilidades que tendrán los seres humanos en una sociedad comunista libertaria.

Los hombres de ciencia podrían dedicarse plenamente a sus queridas investigaciones sin los apremios del sustento diario. El inventor tendría a su disposición toda clase de facilidades para beneficiar a la Humanidad con sus descubrimientos e invenciones.

El escritor, el poeta, el artista, se elevarían, en las alas de la libertad y de la armonía social, hasta sus más grandes logros.

Sólo entonces la justicia y el derecho tendrían sentido pleno.

No se depreciaría el papel de estos sentimientos en la vida de un hombre o una nación. No sólo de pan vivimos. Es verdad que la existencia no es posible sin la posibilidad de satisfacer nuestras necesidades físicas. Pero la satisfacción de éstas no constituye todo en la vida. Nuestra civilización actual, al desheredar a millones de humanos, ha hecho, por así decirlo, del estómago el centro del universo. Pero en una sociedad razonable, con recursos para todos, la cuestión de la subsistencia, la seguridad de un sustento para todos será tan evidente y libre como lo es el aire. Los sentimientos de simpatía humana, justicia y derecho hallarían posibilidad para desarrollarse, para ser satisfechos para ampliarse y progresar. Al día de hoy el sentido de justicia y lealtad sigue viviendo en el corazón del hombre, a pesar de siglos y siglos represivos y perversos. No han sido exterminados, no pueden serlo porque son imborrables, innatos en el hombre, instintos más fuertes que el de la propia conservación, en tanto que vitales para nuestra felicidad. Pues no toda la miseria del mundo de hoy deriva de la carencia de bienestar material. El hombre soporta mejor el hambre que la conciencia de la injusticia. La conciencia de que eres tratado injustamente impulsará tu protesta y tu rebelión tan rápidamente como las

provocaría el hambre, puede que aún más. Es posible que sea el hambre la causa de toda rebelión o alzamiento, pero en el fondo debajo de ella está el antagonismo y el odio contra aquellos de cuyas manos recibes el sufrimiento, la injusticia y el daño. La verdad es que el derecho y la justicia juegan en nuestras vidas un papel mucho más importante del que se creen muchas personas. Aquellos que niegan esto conocen tan mal la naturaleza humana como la historia. Cada día de tu vida ves a la gente indignarse ante aquello que consideran como una injusticia.

"A esto no hay derecho", es la protesta instintiva del hombre que siente que algo se ha hecho mal. Desde luego que la concepción de lo que es justo e injusto es algo personal y depende en cada uno de sus tradiciones, ambiente y procedencia.

Pero cualquiera que sea tal concepto, su impulso natural es ofenderse por lo que crea malo e injusto.

Históricamente también se confirma esta verdad. Se han sostenido más rebeliones y guerras por la idea de lo justo o de lo injusto que por cuestiones materiales. Los marxistas pueden objetar que nuestras perspectivas del bien y del mal están ellas mismas configuradas por las condiciones materiales, pero esto no altera en modo alguno el hecho de que el sentimiento de justicia y del bien han inspirado, en pueblos de todas las épocas, el heroísmo y el sacrificio en nombre de esas ideas.

Los cristos y budas de todos los tiempos no se movieron por consideraciones materiales sino por devoción a la justicia y al bien.

Los pioneros de toda empresa humana han sido calumniados, perseguidos y hasta asesinados, no por buscar el engrandecimiento personal sino por la fe en la justicia de las causas que defendían.

Los Jan Hus, Lutero, Bruno, Savonarola, Galileo y otros numerosos religiosos e idealistas sociales, lucharon y murieron como esforzados campeones de la causa del bien, como ellos comprendían éste. Igualmente, desde Sócrates hasta nuestros días, en los avances de la ciencia, la filosofía, el arte, la poesía y la educación, el hombre ha ofrendado su vida al servicio de la verdad y de la justicia. En el área del progreso político y social, comenzando por Moisés y Espartaco, los más nobles de entre la humanidad se han consagrado a los ideales de la libertad y la igualdad. Y no ha de limitarse forzosamente el poder del idealismo a individualidades excepcionales. Las masas siempre han estado inspiradas por él. La Guerra de la Independencia norteamericana, por ejemplo, comenzó por el resentimiento popular de las colonias contra la injusticia del impuesto sin representación. Las Cruzadas duraron doscientos años buscando asegurar para los cristianos la posesión de Tierra Santa. Este ideal religioso inspiró a seis millones de hombres, y hasta ejércitos de niños, a enfrentarse a incontables penalidades, con la peste y con la muerte, en nombre del bien y de la justicia. Hasta la pasada Guerra Mundial, aunque capitalista en su causa y consecuencias, fue hecha por millones de hombres en la creencia de que se estaba sosteniendo por una causa justa, por la democracia y por el fin de todas las guerrsdas.

Así, a través de la historia pasada y presente, el sentido del bien y la justicia han impulsado individual y colectivamente al hombre hacia hechos de sacrificio personal y devoción y lo han alzado muy por encima del lodo de su existencia diaria. Es trágico, desde luego, que este idealismo se dé en actos de persecución, violencia y destrucción. Fueron la depravación y la ambición personal de reyes, sacerdotes y señores, la ignorancia y el fanatismo, quienes determinaron aquellas formas. Pero el espíritu que emanaba de ellas era el del bien y la justicia. Toda la experiencia pretérita prueba que aún existe este espíritu y que es un factor poderoso y dominante en la progresión de la vida humana.

En la actualidad las condiciones de nuestra existencia debilitan y vician estos excelsos rasgos del hombre, pervierten sus manifestaciones y los canalizan en torrentes de intolerancia, persecución, odio y lucha. Pero una vez que el hombre se libere de las corruptoras influencias de los intereses materiales, abandone su ignorancia y antagonismos de clase, su innato sentido de la justicia y del bien hallará nuevas formas de expresión, formas que tenderán hacia una mayor fraternidad y buena voluntad, hacia la paz individual y la armonía social.

Sólo en la anarquía podría este espíritu alcanzar su desarrollo completo. Liberados de la lucha brutal y degradante por nuestro pan diario, participando todos en el trabajo y el bienestar, las mejores cualidades del corazón y del cerebro del hombre hallarían oportunidad de acrecentarse y aplicarse beneficiosamente.

Se convertiría el hombre en la noble obra de la Naturaleza que hasta ahora sólo ha sido imaginada como un sueño.

Todo hombre y toda mujer, por lo tanto, deberían estar vitalmente interesados en apoyar la consecución de la anarquía.

Seguramente así lo harían, si comprendiesen la justicia y belleza de semejante vida nueva. Todo ser humano que no está desprovisto de sensibilidad y sentido común se inclina hacia el anarquismo.

Todo aquel que sufre el error y la injusticia, el mal, la corrupción e inmundicia de nuestra vida diaria, siente una instintiva simpatía por la anarquía. Todo aquel en cuyo corazón no ha muerto la bondad, la compasión y la simpatía hacia sus semejantes, ha de estar interesado en propiciarla. Todo el que padece indigencia y miseria permanente, tiranía y opresión, debería saludar alborozado el advenimiento de la anarquía. Todo hombre o mujer libre y amante de la justicia debería apoyar su realización.

Y en primer lugar, y más fuertemente interesados, deberían estar todos los subyugados y los humillados del mundo. Aquellos que edifican palacios y viven en chozas, los que disponen la mesa de la vida pero no les es permitido participar en el banquete, los que crean la riqueza del mundo y son sus desheredados, los que llenan la vida de gozo y claridad mientras permanecen despreciados en lo profundo de la oscuridad, el Sansón de la vida privado de su fuerza por culpa del temor y la ignorancia, el desvalido gigante del trabajo, el proletario del cerebro y el músculo, las masas agrarias e industriales, éstos deberían abrazar alegremente la causa de la anarquía. Es a ellos a quienes la anarquía dirige su más apremiante llamada, son ellos los que primero y principalmente deben trabajar, por el nuevo día que les devolverá su herencia y traerá libertad y bienestar, gozo y luz para todo el género humano. “Una cosa espléndida –remarcas–. Pero ¿funcionará esto? ¿Y cómo lo conseguiremos?”

Capítulo XXII

¿Funcionará el Comunismo Libertario?

Como hemos visto en capítulos anteriores la vida no puede ser libre y segura, armoniosa y satisfactoria a menos que esté edificada en principios de justicia y equidad. Lo primero que requiere la justicia es libertad e igualdad de oportunidades.

Bajo el gobierno y la explotación no puede haber ni libertad ni igualdad de oportunidades, por lo tanto, subsisten todos los males y conflictos de la sociedad de nuestros días.

El Comunismo Libertario se basa en comprender esta verdad irrefutable. Se fundamenta en principios de no intromisión y de no coacción, en otras palabras, sobre la libertad y la oportunidad.

Una vida bajo tales premisas satisface por completo las demandas de justicia. Eres completamente libre y cada cual, sea quien sea, goza de libertad, lo que significa que ninguno tiene el derecho de obligar o forzar a otro, pues cualquier clase de coacción es una intromisión en tu libertad.

De modo semejante, la igualdad de oportunidades es un patrimonio de todos. El monopolio y la propiedad privada de los medios de subsistencia se eliminan, por tanto, como limitaciones de la igualdad de oportunidades para todos. Si tenemos presente este principio de igualdad de oportunidades y de libertad podremos solventar las complicaciones en la edificación de una sociedad comunista libertaria.

Políticamente el hombre no reconocerá ninguna autoridad que pueda forzarlo o coartarlo. El gobierno será abolido.

Económicamente, no permitirá la posesión exclusiva de las fuentes de la vida a fin de preservar las mismas oportunidades de acceso.

El monopolio de la tierra, la propiedad privada de los medios de producción, distribución y comunicación no pueden ser tolerados bajo la anarquía. La posibilidad de utilizar lo que cada uno necesite para vivir deberá ser igual para todos.

En resumen, el significado de la anarquía es éste: abolición del gobierno, de la autoridad coercitiva y de todos sus derivados, además de la propiedad, lo que quiere decir libre e igual participación en la obra y prosperidad general.

"Tú dices que la anarquía asegurará la igualdad económica –subraya tu amigo–. ¿Significa esto la misma paga para todos?"

Eso es. O lo que es lo mismo, la misma participación en la prosperidad pública. Porque, como ya sabemos, el trabajo es social. Ningún nombre puede crear nada totalmente por sí mismo, por sus propios esfuerzos. Luego, si el trabajo es social, es razonable que sus resultados, la riqueza producida sea también social, que pertenezcan a la comunidad. Por ello, nadie puede, lícitamente, pretender la propiedad exclusiva de la riqueza social. Ésta tiene que ser disfrutada por todos por igual.

¿Pero por qué no dar a cada uno según el valor de su trabajo?", preguntas.

Porque no hay modo alguno de medir ese valor. Ésta es la diferencia entre valor y precio. Valor es el costo de una cosa, mientras que precio es cómo puede ser vendida o comprada en el mercado. Nadie puede decir de forma real el valor de un objeto. Los economistas políticos afirman por lo general que el valor de un objeto es el importe del trabajo requerido para su producción, del "trabajo socialmente necesario", como dijo Marx. Pero es evidente que esto no es un criterio de medida adecuado. Suponte que el carpintero trabaja tres horas para fabricar una silla de cocina, mientras que el cirujano emplea solamente media hora para llevar a cabo una operación que te salva la vida. Si la suma del trabajo empleado determina el valor, entonces vale más la silla que tu vida. Una necedad, desde luego. Incluso si tomases en cuenta los años de estudio y práctica que necesita el cirujano para ser capaz de efectuar una operación, ¿cómo vas a decidir lo que vale "una hora" de operación quirúrgica? El carpintero y el albañil han de formarse antes de que puedan hacer su respectivo trabajo, pero tú no te fijas en esos años de aprendizaje cuando los contratas para algún trabajo. También hay que tener en cuenta la habilidad y la capacidad personal con que cada obrero, escritor, artista o médico ejerce su trabajo. Y esto es un factor puramente individual, personal. ¿Cómo vas a calcular su valor?

Es por esto que el valor no puede determinarse. El mismo objeto puede ser muy valioso para una persona y no valer nada o valer poco para otra. Y puede valer mucho o poco para la misma persona, pero en épocas diferentes. Un diamante, una pintura o un libro pueden valer mucho para una persona y muy poco para otra.

Un pedazo de pan valdrá mucho para ti cuando estés hambriento, y mucho menos cuando no lo estés. Por eso, el valor real de una cosa no puede establecerse, es una cantidad desconocida.

Pero el precio es fácil fijarlo. Si hay cinco pedazos de pan para adquirir y diez personas que quieran conseguir uno cada una, el precio del pan subirá. Si hay diez pedazos y sólo cinco compradores, entonces el precio bajará. El precio depende de la oferta y la demanda.

El intercambio de productos por medio de precios conduce a hacer beneficios, a sacar provecho y a la explotación, en una palabra, a alguna forma de capitalismo. Si acabas con las ganancias no puedes tener un sistema de precios, ni ningún sistema de salarios o de pagos. Eso significa que el intercambio deberá ser acordado según el valor. Pero como el valor es incierto o no asegurable, el intercambio debe ser, en consecuencia, libre, sin un valor "igual", ya que éste no existe. Dicho de otro modo, el trabajo y sus productos deben ser intercambiados sin precio, sin ganancia, libremente, de acuerdo con la necesidad. Esto conduce, lógicamente, a la propiedad común y a la utilización colectiva. Lo cual es un sistema sensato, justo y equitativo, y se conoce bajo el nombre de comunismo.

"¿Pero esto supone entonces que todos participaríamos por igual? –preguntas–. El hombre inteligente y el estúpido, el competente y el incompetente, ¿todos lo mismo? ¿No habrá ninguna distinción, ningún reconocimiento para los más hábiles?"

Permíteme que te pregunte yo, amigo mío: ¿condenaremos al hombre cuya naturaleza no ha sido dotada tan generosamente como la de su vecino, más fuerte o más talentoso?

¿Añadiremos tal injusticia a la situación de inferioridad física en que lo ha situado la naturaleza? Todo lo más que podemos esperar, razonablemente, de un hombre, es que lo haga lo mejor posible, ¿puede alguien hacer más? Y si John no es tan capaz como lo es su hermano Peter, es debido al infortunio, pero no es en ningún caso una falta por la cual deba ser castigado.

No hay nada tan peligroso como la discriminación. En el momento en que empiezas a discriminar al menos capaz, estableces condiciones que engendran insatisfacción y resentimiento, incitas a la envidia, a la discordia y al enfrentamiento. Tú consideras brutal privar a los menos capaces del aire y el agua que necesitan.

¿No debería aplicarse el mismo principio a las demás necesidades del hombre? Después de todo, el sustento, el vestido y el cobijo, son las piezas más pequeñas de la economía del mundo.

El modo más seguro de que cada uno lo haga lo mejor que pueda no es discriminándolo, sino tratándolo en pie de igualdad con los demás. Ése es el incentivo y el estímulo más eficaz. Es justo y humano.

"¿Pero qué harás con el gandul, con el hombre que no quiere trabajar?", pregunta tu amigo.

Ésta es una pregunta interesante y probablemente te sorprenderá mucho que te diga que no existe eso que llaman holgazanería.

Lo que nosotros llamamos un vago es generalmente un hombre cuadrado en un agujero redondo. Es decir, el hombre apropiado en el puesto inapropiado. Y hallarás siempre que cuando a un sujeto se lo pone en el puesto equivocado se vuelve ineficiente e indolente. Porque eso que llamamos holgazanería y buena parte de la ineficiencia es, en su mayor parte, incompetencia, inadaptación al medio. Si estás obligado a hacer aquello en lo que eres incompetente por inclinación o temperamento, serás ineficiente. Si se te fuerza a hacer un trabajo en el que no estás interesado, serás perezoso.

Todo aquel que haya dirigido algún negocio con un gran número de empleados sabe esto. La vida en la prisión es una prueba especialmente convincente de la verdad de lo dicho, y después de todo, para muchas personas la existencia actual no es sino una gran cárcel. Todos los carceleros te contarán que los presos colocados en una tarea para la que carecen de destreza o en la que no tienen interés, son siempre perezosos y están sujetos a continuos castigos. Pero tan pronto como a estos "presos díscolos" se les asigna un trabajo para el que estén predispuestos, se convierten en "presos modelo", como los carceleros los denominan.

También Rusia ha demostrado, repetidamente, esta verdad.

Nos ha enseñado lo poco que conocemos las potencialidades humanas y el efecto del entorno sobre ellas, también nos ha enseñado la confusión que tenemos entre las malas condiciones y las malas conductas. Los refugiados rusos, llevando una vida miserable y humilde en tierras extranjeras, al volver a sus casas y hallar en la Revolución el terreno propicio para sus actividades, pudieron en la esfera de sus aptitudes llevar a cabo las más maravillosas obras. Se han convertido en brillantes organizadores, en constructores de ferrocarriles y creadores de industrias. Entre los nombres rusos más conocidos hoy, están los de aquellos hombres considerados como incompetentes e indolentes bajo condiciones en las que sus habilidades y sus energías no podían hallar una aplicación conveniente.

Ésta es la naturaleza humana, la eficiencia en una dirección dada significa inclinación y capacidad para ella, diligencia y aplicación significan interés. Es por esto que hay mucha deficiencia y ociosidad en el mundo de hoy. Pues ¿quién está, en nuestros días, colocado en su lugar? ¿Quién trabaja en aquello en lo que está realmente interesado?

Bajo las presentes condiciones se dan pocas oportunidades al hombre medio para que se dedique a la tarea que su vocación, sus inclinaciones y preferencias le señalan. La accidentalidad del nacimiento y de la posición social predeterminan, generalmente, tu oficio o profesión. El hijo del financiero, como regla general, no se convierte en leñador, aunque pueda estar más capacitado para manejar leños que cuentas corrientes. Las clases medias envían a sus hijos a la universidad para que se conviertan en doctores, abogados o ingenieros. Pero si tus padres fueron trabajadores que no pudieron permitirse el lujo de sufragar tus estudios, lo más probable es que aceptes cualquier trabajo que se te ofrezca, o comiences algún oficio en el que puedas seguir un aprendizaje. Tu situación personal decidirá tu trabajo o profesión y no tus preferencias, inclinaciones o habilidades naturales. ¿Es entonces sorprendente, que muchas personas, la gran mayoría, de hecho, se hallen fuera de lugar? Pregunta a los primeros cien hombres con quienes tropieces si han elegido el trabajo que hacen, o si continuarían en él si fuesen libres de escoger ocupación, y noventa y nueve admitirán que hubieran preferido cualquier otra ocupación. La necesidad y las ventajas materiales, o la esperanza de éstas, mantienen a muchas personas en un lugar que no es el suyo.

Y esto es lo que motiva que una persona sólo pueda dar lo mejor de sí misma cuando está interesada en su trabajo, cuando siente una atracción natural por él, cuando le gusta.

Entonces será laboriosa y eficiente. Las cosas que producía el artesano en los días que precedieron al capitalismo moderno eran objetos llenos de gusto y belleza, porque el artesano amaba su trabajo.

¿Puedes esperar que el esclavo moderno de la colosal y fea fábrica haga cosas hermosas? Forma parte de una máquina, es un diente del desalmado engranaje industrial y su trabajo es mecánico, forzado. Añade a esto la sensación de que no trabaja para él mismo sino para beneficio de otro, y que aborrece su trabajo, o en el mejor de los casos, no tiene por él más interés que el de ser su inseguro sueldo semanal. El resultado es desentenderse o evadirse de él en lo posible, la ineficiencia y la pereza.

La necesidad de actividad es una de las necesidades fundamentales del hombre. Observa al niño y verás lo fuerte que es su instinto por la acción, el instinto de movimiento, de hacer algo.

Es un instinto fuerte y continuo. Es igual para el hombre sano. Su energía y vitalidad demandan expresión. Permítele hacer un trabajo de su elección, aquello que él ama, y su entrega y aplicación no conocerán ni el desinterés ni el hastío. Puedes constatar esto en el obrero que es lo bastante afortunado para poseer un jardín o una parcela de tierra en donde cultivar algunas flores o legumbres.

Cansado como está de su faena, se alboroza en este penoso trabajo para beneficio propio, trabajo que hace por decisión propia.

En el anarquismo cada uno tendrá la posibilidad de llevar a cabo cualquier ocupación que atraiga sus inclinaciones naturales y sus aptitudes. El trabajo se convertirá en un placer en lugar de ser la implacable penalidad que es hoy. La holgazanería será desconocida y las cosas creadas por el interés y el amor serán objetos alborozados y bellos.

“Pero ¿puede convertirse el trabajo en un placer?”, preguntas.

Hoy en día el trabajo es una tarea desagradable, extenuante y aburrida. Pero normalmente no es el trabajo en sí mismo lo que es penoso, son las condiciones bajo las cuales estás obligado a trabajar lo que te lo hacen sentir así. En particular, las muchas horas, los talleres insalubres, los malos tratos, la paga insuficiente y el resto de malas condiciones. Sin embargo, hasta el trabajo más desagradable puede ser más soportable mejorando el entorno.

Toma como ejemplo el trabajo de pocero, la limpieza de pozos negros. Es un trabajo sucio y con un sueldo de miseria. Pero supone que cobrases por ese trabajo veinte dólares al día en lugar de cinco. Inmediatamente hallarías tu trabajo mucho más soportable y placentero. El número de los que aspirarían a este trabajo crecería de inmediato. Lo que nos dice que el hombre no es holgazán y no teme al trabajo duro y desagradable si éste es debidamente recompensado. Pero tal trabajo se considera insignificante y es menospreciado. ¿Por qué se considera insignificante?

¿No es de lo más útil y totalmente necesario? ¿No se extenderían las epidemias por nuestra ciudad si no fuese por los barrenderos y los poceros? Con seguridad, los hombres que mantienen nuestra ciudad limpia y en condiciones higiénicas son verdaderos bienhechores, más importantes para nuestra salud y bienestar que el médico de cabecera. Desde el punto de vista de la utilidad social, el barrendero es el colega profesional del doctor, este último nos trata cuando estamos enfermos, pero el primero nos ayuda a mantenernos sanos. Pero aun así el médico es admirado y respetado mientras que se menosprecia al barrendero. ¿Por qué? ¿Es porque la faena del barrendero es sucia? Pero el cirujano tiene que realizar a menudo trabajos más “sucios”. Entonces, ¿por qué es despreciado el barrendero? Porque gana poco.

En nuestra retorcida civilización las cosas se valoran según parámetros monetarios. Las personas que hacen los trabajos más útiles son los que están más abajo en la escala social, y con sus empleos mal pagados. Sin embargo, si sucediera algo que provocase que el barrendero cobrase cien dólares diarios mientras que el médico ganase sólo cincuenta, el “sucio” barrendero mejoraría su posición social y vería cómo crece la opinión que se tiene de él. Pasaría de ser un “obrero inmundo” a un solicitado hombre de buenos ingresos.

Ves que son la paga, la remuneración, la escala salarial y no el valor o el mérito, lo que hoy día –en nuestro sistema de búsqueda de ganancias– determina el valor del trabajo lo mismo que el “valor” de un hombre.

Una sociedad razonable, bajo condiciones anarquistas, tendría pautas diferentes para juzgar tales asuntos. Las personas serían apreciadas según su predisposión para ser socialmente útiles.

¿Puedes imaginarte los grandes cambios que produciría esa nueva actitud? Cada cual anhela el respeto y la admiración de sus semejantes, es un estímulo sin el cual no podemos vivir.

Hasta en la prisión he visto cómo el hábil carterista o el simple ratero buscan la consideración de sus amigos, y se esfuerzan por ganarse su respeto. Las opiniones de nuestro entorno marcan nuestra conducta. La atmósfera social determina, de forma extrema, nuestras virtudes y actitud. Tu experiencia personal te dirá hasta qué punto es esto verdad, y en consecuencia, no te sorprenderás cuando te diga que en una sociedad anarquista las personas buscarán las tareas más útiles y más dificultosas antes que los trabajos más livianos. Si meditas sobre esto no volverás a sentir miedo a la holgazanería y a la apatía por el trabajo.

Pero la tarea más penosa y onerosa se hará más fácil y limpia que en la actualidad. El empresario capitalista no invierte dinero, siempre que pueda evitarlo, en hacer más llevadera y placentera la tarea de sus empleados. Sólo introducirá mejoras cuando espere con ello obtener mayores beneficios, pero no tendrá gastos extraordinarios sólo por razones puramente humanitarias.

Aunque he de recordarte aquí que los patrones más inteligentes comienzan a ver que sus desembolsos para mejorar sus fábricas, haciéndolas más salubres e higiénicas, mejoran generalmente las condiciones de trabajo. Deducen que es una buena inversión. El resultado es un aumento de la satisfacción general y, en consecuencia, una mayor eficiencia de sus obreros. El principio es sensato. Por supuesto, en la actualidad está siendo explotado sólo con el propósito de aumentar las ganancias. Pero en la anarquía no se aplicaría este principio buscando las ganancias personales, sino en interés de la salud de los obreros, para aliviar su trabajo. Nuestro progreso técnico es tan enorme y continuo en su avance que muchas tareas penosas podrán ser eliminadas o disminuida su dureza con la utilización de maquinarias modernas e inventos que economicen esfuerzo.

En muchas industrias, como por ejemplo en las minas de carbón, no se introducen nuevos aparatos de seguridad y aplicaciones sanitarias por la indiferencia de los dueños por el bienestar de sus obreros y el importe de los desembolsos que tales mejoras conllevan. Pero en un sistema de no ganancia la técnica científica se encauzaría exclusivamente hacia el fin de hacer el trabajo seguro, saludable, liviano y más agradable.

"Pero, por liviano que hagas el trabajo –objeta tu amigo– ocho horas diarias en él no significan un placer."

Tienes toda la razón. ¿Pero te has parado a pensar por qué tenemos que trabajar ocho horas cada día? ¿No sabes que no hace mucho las gentes acostumbraban a esclavizarse durante doce y catorce horas, y que éste es el caso de países atrasados como China e India? Puede probarse con estadísticas que, como máximo, tres horas de trabajo al día son suficientes para alimentar, albergar y vestir al mundo y proporcionarle, no sólo lo necesario para cubrir sus necesidades, sino también todas las comodidades de la vida moderna. La cuestión es que hoy en día apenas un hombre de cada cinco realiza un trabajo útil. El mundo entero está mantenido por una pequeña minoría de obreros.

En primer lugar, considera la cantidad de trabajo que se realiza en la sociedad presente y que se tornaría innecesario bajo condiciones anarquistas. Observa los ejércitos y las armadas del mundo y piensa cuántos millones de hombres quedarán libres para esfuerzos útiles y productivos una vez que la guerra se haya abolido, que desde luego sería lo que pasaría con la anarquía.

En la actualidad, en todos los países, el trabajador mantiene a los millones de personas que no contribuyen al bienestar del país, que nada crean ni efectúan ninguna clase de trabajo útil.

Aquellos millones sólo son consumidores sin ser productores.

En los Estados Unidos, por ejemplo, de una población de ciento veinte millones, sólo menos de treinta millones son trabajadores, incluidos los campesinos[76].

¿Es acaso extraño que los trabajadores tengan que trabajar muchas horas si sólo hay treinta de ellos por cada ciento veinte personas? Las inmensas clases empresariales, con sus oficinistas, dependientes, representantes y viajantes de comercio; los tribunales con sus jueces, ujieres, alguaciles, etc.; la legión de abogados y sus empleados; la milicia y la policía; las iglesias y los monasterios; las instituciones benéficas y los asilos para pobres; las prisiones con sus guardias, oficiales y carceleros, y

[76] N. Y. World Almanac, 1927. Una situación semejante se vive en cada país. *(N. del A.)*

la improductiva población penal; el ejército de publicistas y sus ayudantes, cuyo negocio está en persuadirte de que compres lo que no quieres o no necesitas, por no referirnos a los numerosos elementos que viven lujosamente en el ocio total. Todos estos suman millones en cada país.

Ahora bien, si todos esos millones hicieran un trabajo útil, ¿tendría que afanarse el obrero durante ocho horas diarias? Si treinta hombres necesitan para la ejecución de una cierta tarea ocho horas de trabajo, ¿cuánto tiempo tardarían ciento veinte hombres en cumplir la misma obra? No quiero abrumarte con estadísticas, pero hay datos suficientes para probar que menos de tres horas de esfuerzo físico diario bastarían para llevar a cabo el trabajo del mundo.

¿Puedes dudar de que hasta el trabajo más penoso se volvería un placer, en vez de la abominable esclavitud que es actualmente, si sólo se requiriesen tres horas diarias bajo condiciones más saludables e higiénicas y en una atmósfera de fraternidad y respeto para con tu trabajo?

Pero no es difícil prever el día en que hasta tan corto número de horas se haga todavía más reducido. Porque constantemente estamos mejorando nuestros procedimientos técnicos y se inventan sin interrupción nuevas maquinarias que economizan trabajo. El progreso mecánico significa menos trabajo y más comodidad, como puedes ver comparando la vida en los Estados Unidos con la vida en China o en la India. En estos últimos países sus habitantes trabajan muchas horas para asegurarse las necesidades vitales más básicas, mientras que en Norteamérica hasta el trabajador medio disfruta de un tipo de vida más elevado con menos horas de trabajo. El avance de la ciencia y la invención significan más tiempo libre para nuestras ocupaciones preferidas. He bosquejado a grandes rasgos las posibilidades de vida bajo un sistema sensato en el que la ganancia esté abolida. No es necesario dar todos los detalles de tal condición social, se ha dicho lo suficiente para mostrar que el Comunismo Libertario significa el mayor bienestar material con una vida libre para todos y cada uno.

Podemos imaginar el momento en que el trabajo se haya convertido en un ejercicio agradable, una alborozada aplicación del esfuerzo físico a las necesidades del mundo. El hombre volverá entonces su mirada hacia atrás, hasta nuestra época,

y se sorprenderá de que el trabajo haya sido alguna vez una esclavitud y se cuestionará la sensatez de una generación que toleraba que menos de una quinta parte de su población ganase el pan para el resto con el sudor de su frente, mientras que los otros holgazaneaban y derrochaban su tiempo, su salud y la riqueza del pueblo. Se maravillará de que la libre satisfacción de las necesidades del hombre no haya sido siempre considerada como algo en sí mismo evidente, o que personas con los mismos objetivos hayan persistido en hacer de la vida algo duro y miserable a causa del enfrentamiento mutuo. Se negarían a creer que toda la existencia del hombre haya sido una lucha continua por el alimento, en un mundo rico hasta la opulencia, una lucha que no deja a la mayoría ni tiempo ni energías para satisfacer las altas necesidades del corazón y el cerebro. "¿Pero no existirá la voluntad en la anarquía? ¿La igualdad económica y social no significa una nivelación generalizada?", me preguntas.

No, amigo mío, es todo lo contrario. Porque igualdad no significa igual cantidad sino igualdad de oportunidades. No significa, por ejemplo, que si Smith necesita cinco comidas al día, Johnson deba necesitar otras tantas. Si éste quiere sólo tres comidas mientras que Smith prefiere cinco, la cantidad que cada uno consume puede ser desigual, pero ambos hombres están igualados en las oportunidades que cada uno tiene para consumir tanto como necesita, tanto como su naturaleza particular le demanda.

No cometas el error de identificar la igualdad y la libertad con la igualdad forzada de una colonia de penados. La verdadera igualdad anarquista implica libertad, no cantidad, y no significa que cada uno deba comer, beber, o llevar las mismas prendas, hacer el mismo trabajo o vivir de la misma manera. Ni mucho menos. En realidad, es todo lo contrario.

Las necesidades personales y los gustos son diferentes, como son distintos los deseos. Es la igualdad de oportunidades para satisfacerlas lo que constituye la verdadera igualdad.

Lejos de nivelar, esta igualdad abre la puerta a la mayor variedad posible de actividades y desarrollo. Pues el carácter humano es diverso y sólo la represión de esta diversidad produce nivelación, uniformidad y monotonía. La oportunidad de que tu personalidad se exprese y actúe libremente significa el avance y el desarrollo de desemejanzas y variaciones naturales.

Se dice que no se encuentran dos briznas de hierba iguales.

Poco más o menos así son los seres humanos. En todo el ancho mundo no existen dos personas exactamente iguales, ni siquiera físicamente, y todavía son más diferentes en sus aspectos psicológicos, mentales y psíquicos. Y a pesar de esta diversidad y de las mil y una diferencias de carácter, aún seguimos obligando a las personas a ser iguales. Nuestras vidas y hábitos, nuestras conductas y maneras, hasta nuestros pensamientos y sentimientos se prensan en un molde uniforme y se crean semejantes. El espíritu autoritario, la ley escrita y no escrita, la tradición y las costumbres nos fuerzan a una rutina común y hacen del hombre un involuntario autómata sin independencia ni individualidad.

Este cautiverio moral e intelectual es más coercitivo que cualquier amenaza física, y más aplastante para nuestra madurez y desarrollo.

Todos nosotros somos sus víctimas y sólo el que es excepcionalmente fuerte consigue romper algo sus cadenas.

La autoridad, pasada y presente, no sólo dicta nuestra conducta, sino que domina nuestros intelectos y nuestros espíritus, y obra continuamente a fin de ahogar todo síntoma de inconformidad, de independencia y de opiniones heterodoxas.

Todo el peso de la condena social cae sobre la cabeza del hombre o de la mujer que osan desafiar los códigos convencionales.

Una despiadada venganza cae sobre los protestantes que se niegan a seguir el camino marcado, o sobre los herejes que no creen en las fórmulas establecidas. En la ciencia y el arte, en la literatura, la poesía y la pintura este espíritu obliga a adaptarse y a ajustarse, a convertirse en simple copia de lo establecido y lo acostumbrado, en uniforme y semejante, en expresiones estereotipadas. Pero aún es más duramente sancionado el inconformismo en la vida actual, en nuestras relaciones y en nuestra conducta diaria. El pintor y el escritor pueden ser perdonados ocasionalmente cuando desafían las costumbres y la tradición, porque después de todo, sus rebeliones se hallan limitadas al papel o al lienzo, comparativamente sólo afectan a un reducido círculo. Puede que se los mire mal o se los califique de excéntricos que pueden hacer poco daño. Pero no sucede así con el hombre de acción que desafía las normas aceptadas en la vida social.

Este último no es inofensivo. Es peligroso por el poder de su ejemplo, por su misma presencia. Su transgresión de los cánones sociales no puede ser ignorada ni perdonada. Se lo denunciará como enemigo de la sociedad.

Es por esta razón que los sentimientos o pensamientos revolucionarios expresados en exóticas poesías o enmascarados en elevadas disertaciones filosóficas pueden perdonarse, pueden superar la censura oficial y extraoficial, porque no son accesibles ni comprendidos por el gran público. Pero expresa la misma actitud disconforme de forma popular e inmediatamente tendrás que enfrentarte a las rabiosas denuncias de las fuerzas conservadoras, que luchan por mantener lo establecido.

La sumisión forzada es más corruptora y mortal que el veneno más virulento. En todas las épocas ha sido el mayor impedimento para el avance del hombre, poniéndole mil prohibiciones y tabúes, abrumando su mente y su corazón con cánones y códigos caducos, frustrando su voluntad con imposiciones mentales y sentimentales, con el “debes” y el “no debes” dirigiendo su comportamiento y sus acciones. La vida, el arte de vivir, se ha convertido en un formulismo aburrido, plano e inerte.

Sin embargo, es tan fuerte la innata diversidad de la naturaleza humana, que siglos de estulticia no han conseguido erradicar por completo su originalidad y unicidad. Es verdad que una gran mayoría ha caído en abismos tan profundos, mediante incontables pasos, que no pueden remontar hacia amplios espacios.

Pero algunos se han salido del camino marcado y han encontrado una ruta nueva, donde nuevos panoramas de belleza e inspiración atraen al corazón y a la mente. A éstos el mundo los condena, pero poco a poco sigue su ejemplo y su conducta, y finalmente arriba a la línea señera que marcaron. Mientras tanto, aquellos buscadores de senderos ignorados han ido mucho más lejos o han muerto, y entonces les edificamos monumentos y glorificamos a los hombres que en un tiempo vilipendiamos y crucificamos, como crucificamos a sus hermanos en espíritu, los pioneros de nuestros días.

En el fondo, este espíritu de intolerancia y persecución es un hábito de la autoridad, coacción para conformarse con las normas dominantes, compulsión moral y legal para ser y actuar como los otros, según reglas preexistentes.

Pero el punto de vista tan generalizado de que la conformidad es un rasgo natural, es completamente falso. Por el contrario, en el momento en que se presenta la oportunidad y rebasando obstáculos mentales y hábitos inculcados desde la cuna, el hombre evidencia unidad y originalidad. Observa, por ejemplo, a los niños y verás en ellos las más acusadas y variadas diferenciaciones en las maneras y actitudes, en sus expresiones mentales y físicas. Descubrirás una tendencia instintiva hacia la individualidad y la independencia, al inconformismo, y todo manifestado en abierto desafío o como un reto secreto a la voluntad impuesta desde fuera a dentro, en rebelión contra la autoridad de los padres y los maestros. Toda la instrucción o la "educación" de un niño es un proceso continuo para ahogar y aplastar esta tendencia, para desarraigar sus características distintivas, sus desemejanzas con los otros, su personalidad y originalidad. Sin embargo, incluso a pesar de una represión, supresión y amoldamiento de años, aún persiste alguna originalidad en el niño cuando alcanza la madurez, lo que prueba lo profundas que son las fuentes de la individualidad. Toma, como ejemplo, dos personas cualesquiera que hayan presenciado alguna tragedia, un gran incendio —supongamos—, en el mismo momento y lugar. Cada una de ellas nos contará la historia de diferente manera, cada una será original en el modo de relatarla y en la impresión que producirá en él el suceso, porque sus psicologías son diferentes. Pero háblales a las mismas personas sobre algún asunto social fundamental, sobre la vida y el gobierno, por ejemplo, e inmediatamente oirás expresada una misma y exacta opinión, la perspectiva aceptada, la mentalidad dominante.

¿Por qué? Porque en donde se deja al hombre la libertad de pensar y sentir por sí mismo, desembarazado de preceptos y reglas y no restringido por el temor de ser "diferente" y heterodoxo, con las desagradables consecuencias que esto conlleva, ese hombre será independiente y libre. Pero en el momento en que la conversación toca asuntos comprendidos en la esfera de nuestros imperativos sociales se está entre las garras de los tabúes y las gentes se convierten en imitadores y en loros.

La vida en libertad, en anarquía, hará mucho más que liberar al hombre de su actual cautiverio político y económico. Esto será sólo el primer paso, el preliminar de una existencia verdaderamente humana. Mucho más grandiosos y significativos serán los resultados de tal libertad, sus efectos sobre la mente humana del hombre, sobre su personalidad. La abolición de los mandatos coercitivos externos, y unido a esto, el miedo a la autoridad, romperán las cadenas de la coacción moral lo mismo que las económicas y físicas. El espíritu del hombre respirará libremente, y esta emancipación mental será el nacimiento de una nueva cultura, de una nueva humanidad. Desaparecerán imposiciones y tabúes y el hombre comenzará a ser él mismo, a desarrollar y expresar sus inclinaciones individuales y únicas.

En lugar del "no debes", la conciencia pública dirá: "puedes, pero bajo tu completa responsabilidad". Se producirá un aprendizaje en torno de la dignidad y autoconfianza humana, iniciado en el hogar y en la escuela, que dará lugar a un nuevo grupo humano con una nueva actitud frente a la vida.

El hombre del porvenir verá y sentirá la existencia en un plano totalmente diferente. Vivir será para él un arte y un alborozo.

Dejará de considerar la vida como una carrera en la que cada uno debe tratar de ser tan buen corredor como el más veloz. Considerará el ocio como más importante que el trabajo, y éste evolucionará hasta su lugar apropiado, de subordinación, será el medio para el ocio, para disfrutar de la vida. La vida significará un empeño por refinar los valores culturales, por descubrir los misterios de la naturaleza, por la consecución de la más profunda verdad. Libre para ejercitar las ilimitadas posibilidades de su mente, para persistir en su búsqueda de conocimientos, para aplicar su genio inventivo, para crear y remontarse en las alas de su inspiración, el hombre alcanzará su plenitud y se hará verdaderamente hombre. Crecerá y se desarrollará según su naturaleza. Desdeñará la uniformidad y la diversidad humana le generará un acrecentado interés en ella, y un sentimiento más satisfactorio de la riqueza de la existencia. Para él la vida no consistirá en trabajar, sino en vivir, y conseguirá la clase más alta de libertad que el hombre es capaz de alcanzar, la libertad en alegría.

"Ese día está en un lejano futuro, me dices. ¿Cómo lo haremos llegar nosotros?"

Tal vez esté lejos en el futuro, aunque puede ser que no tan lejos, uno no puede saberlo. De todos modos, hemos de mantener a toda costa nuestro objetivo final en perspectiva si queremos permanecer en el buen camino. La posibilidad que he descrito no vendrá en una noche, nada se alcanza en una noche. Será un desarrollo gradual, como lo es todo en la naturaleza y en la vida social. Pero un desarrollo lógico, necesario, y –me atrevo a decir– inevitable. Inevitable, porque toda la tendencia evolutiva del hombre ha ido en esta dirección, aunque haya ido en zigzags, perdiendo su camino a menudo, pero siempre retornando al camino correcto. ¿Entonces, cómo podríamos hacer llegar ese día?

Capítulo XXIII

Anarquistas no comunistas

Antes de proseguir, permíteme hacer una breve aclaración. Se la debo a aquellos anarquistas que no son comunistas.

Porque has de saber que no todos los anarquistas son comunistas; no todos ellos creen que el comunismo –la propiedad social y la distribución de acuerdo con las necesidades– sería la mejor y más justa ordenación económica.

Te he explicado, primero, el Comunismo Libertario, porque él es, según yo lo aprecio, la forma social más práctica y deseable.

Los comunistas libertarios sostienen que sólo bajo condiciones comunistas podría prosperar la anarquía, que aseguraría a cada cual, sin distinción alguna, igual bienestar, justicia y libertad.

Pero hay anarquistas que no creen en el comunismo. Se les puede clasificar generalmente como individualistas y mutualistas[77], son no obstante, completos anarquistas, puesto que son incrédulos con respecto al gobierno y a la autoridad política de cualquier clase.

Todos los anarquistas están de acuerdo en la postura fundamental de que el gobierno significa injusticia y opresión, que es invasor y esclavizador, y que es el mayor obstáculo en el camino del desarrollo y la evolución humana. Todos ellos creen que sólo puede existir libertad en una sociedad donde no haya coacción de ninguna clase. Por lo tanto, todos los anarquistas se apoyan en el principio básico de la abolición del gobierno.

Generalmente disienten sobre los siguientes puntos:

Primero. El modo en que se llegará a la anarquía. Dicen los comunistas libertarios que sólo una revolución puede abolir el gobierno y establecer la anarquía, mientras que los anarquistas individualistas no creen en la revolución. Piensan que la sociedad actual irá desplazándose del gobierno hacia una situación no gubernamental.

Segundo. Los anarquistas individualistas y mutualistas creen en la propiedad privada, al contrario que los comunistas libertarios, que ven en la institución de la propiedad privada una de

[77] Los mutualistas, sin embargo, no se denominan a sí mismos anarquistas, probablemente porque el nombre es tan mal comprendido. *(N. del A.)*

las principales causas de injusticia y desigualdad, de pobreza y miseria. Los individualistas y mutualistas mantienen que libertad significa "el derecho de cada cual al producto de su esfuerzo", lo que, desde luego, es verdad. Libertad quiere decir eso. Pero la cuestión no está en que uno tenga derecho a su producto, sino en si existe el llamado producto individual.

He apuntado en capítulos anteriores que tal cosa no existe en la industria moderna, todo el trabajo y el producto del trabajo son sociales. Por lo tanto, el argumento del derecho del individuo a su producto no se puede tener en cuenta, ya que no tiene un valor práctico.

He demostrado también que el intercambio de productos o artículos no puede ser privado o individual, a menos que se emplee el sistema de búsqueda de beneficios. Desde el momento en que no puede determinarse el valor de un producto, ningún intercambio es equitativo. Este hecho conduce –en mi opinión– a la propiedad y al uso social, es decir al comunismo como sistema económico más práctico y justo.

Pero, según se ha establecido, los individualistas y mutualistas disienten en esto de los comunistas libertarios. Aseguran que la causa de la desigualdad económica es el monopolio, y argumentan que éste desaparecerá con la abolición del gobierno, puesto que el monopolio es un privilegio especial concedido y protegido por el gobierno, que es quien lo hace posible. La libre competencia, dicen, acabará con el monopolio y sus males.

Los anarquistas individualistas, seguidores de Stirner y Tucker, así como los anarquistas tolstoianos que creen en la resistencia pasiva, no tienen un plan muy claro de la vida económica bajo la anarquía. Por otro lado, los mutualistas proponen un nuevo sistema económico. Creen, con su maestro, el filósofo francés Proudhon, que el banco mutuo y los créditos mutuos sin intereses serían la mejor organización económica de una sociedad no gubernamental. Según sus teorías, el crédito gratis, concediendo a cada uno la oportunidad de recibir dinero prestado sin interés, tendería a igualar los ingresos y a reducir las ganancias al mínimo, eliminando así tanto la riqueza como la pobreza.

Crédito libre y libre competencia, dicen, producirían igualdad económica, mientras que la abolición del gobierno aseguraría la libertad. La vida social de la comunidad mutualista, como

también la de la sociedad individualista, estaría basada en la santidad del acuerdo voluntario, del contrato libre.

No he dado aquí más que un más breve bosquejo de la actitud de los anarquistas individualistas y mutualistas. No es el objetivo de este libro tratar en detalle aquellas ideas anarquistas, que el autor juzga erróneas e impracticables. Siendo comunista libertario, me interesa mostrar al lector los puntos de vista que considero mejores y más completos. Pensé, sin embargo, que era legítimo no dejarte en la ignorancia respecto de la existencia de otras teorías anarquistas no comunistas. Para un conocimiento más a fondo de tales teorías, te remito al apéndice de libros que tratan de anarquismo en general[78].

[78] Dicho apendice no llegó a ser incluido.

Capítulo XXIV

¿Por qué la revolución?

Vamos a retomar tu pregunta; "¿Cómo llegará la anarquía? ¿Podemos ayudar a su llegada?". Éste es un punto muy importante, porque en todo problema existen dos cosas fundamentales: primero, saber claramente lo que queremos, y segundo, lograrlo.

Nosotros ya sabemos lo que queremos. Nosotros queremos condiciones sociales donde todos seamos libres y cada uno tenga la oportunidad de satisfacer sus necesidades y sus aspiraciones, sobre las bases de la misma libertad para todos. En otras palabras, nos esforzamos por una comunidad de libre cooperación de anarco-comunistas. ¿Cómo se realizará esto?

No somos profetas, y nadie puede decir con precisión cómo sucederá tal cosa. Pero el mundo no existe desde ayer, y el hombre, como ser razonable, debe beneficiarse de la experiencia del pasado.

Ahora bien, ¿cuál es esa experiencia? Si hojeas la historia, verás que toda la vida del hombre ha sido una lucha por la existencia.

En su estado primitivo, el hombre combatía sin ayuda con las bestias salvajes del bosque, y se enfrentaba en vano con el hambre, el frío, la oscuridad y las tormentas. Debido a su ignorancia, todas las fuerzas de la naturaleza eran sus enemigas, creaban sus males y su destrucción, y él, solo, era impotente para combatirlas. Pero poco a poco aprendió el hombre a juntarse con otros de su clase. Juntos, buscaron protección y seguridad.

Aunando esfuerzos comenzaron, entonces, a poner a su servicio las energías de la naturaleza. La ayuda mutua y la cooperación multiplicaron gradualmente la fuerza y la habilidad del hombre hasta que consiguió conquistar la naturaleza, aplicando las fuerzas de ésta en su propio interés, encadenando el rayo, tendiendo puentes entre los océanos y dominando hasta el aire.

De igual forma, la ignorancia y el temor del hombre primitivo hicieron de la vida una continua lucha del hombre contra el hombre, de familia contra familia, de tribu contra tribu, hasta

que el ser humano dedujo que reuniéndose, aunando esfuerzos y gracias al apoyo mutuo, podría hacer más que con luchas y hostilidades. La ciencia moderna enseña que hasta los animales han aprendido bien esto en su lucha por la existencia.

Ciertas clases subsisten porque dejaron de combatirse y vivieron en manadas, y de este modo pudieron defenderse mejor contra las otras bestias[79]. En la proporción en que los hombres sustituyeron la lucha mutua por el esfuerzo y la cooperación conjunta avanzaron, evolucionaron para superar la barbarie y volverse civilizados. Familias que en un principio se habían combatido entre ellas a muerte, se unieron formando un grupo común. Éstos se juntaron y formaron tribus, y éstas se federaron en naciones. Las naciones todavía continúan combatiéndose entre ellas estúpidamente, pero gradualmente van aprendiendo la misma lección y ahora comienzan a buscar un modo de detener la matanza internacional conocida como guerra.

Desgraciadamente, en nuestra vida social estamos todavía reducidos a una condición de barbarie, destructiva y fratricida: todavía hay combates de grupo contra grupo, de clase contra clase. Pero también aquí comienzan a ver los hombres que es una guerra insensata y ruinosa, que el mundo es bastante grande y rico para ser disfrutado por todos, como pasa con el sol, y que una humanidad unida conseguiría más que una dividida.

Lo que se llama progreso es precisamente la realización de esto, un paso en esta dirección.

Todo el avance del hombre consiste en el empeño por conseguir mayor protección y paz, más seguridad y bienestar. El impulso natural del hombre lo lleva hacia la ayuda mutua y al esfuerzo conjunto, su mayor anhelo instintivo es la libertad y el gozo. Estas tendencias tratan de expresarse y afirmarse a despecho de todos los obstáculos y dificultades. La lección de toda la historia del hombre nos dice que ni las fuerzas hostiles de la naturaleza ni la oposición humana pueden contener su marcha hacia adelante. Si se me pidiese que definiera la civilización en una sola frase diría que es el triunfo del hombre sobre los poderes de la oscuridad, naturales y humanos. Hemos conquistado las fuerzas hostiles de la naturaleza, pero todavía tenemos que luchar contra los poderes tenebrosos de los hombres.

[79] Véase *El apoyo mutuo*, de Piotr Kropotkin. *(N. del A.)*

La historia no puede mostrar una sola mejora social importante que no encontrara la oposición de los poderes dominantes: la Iglesia, el gobierno y el capital. No se dio ningún nuevo paso adelante sin quebrantar la resistencia de los amos. Cada avance ha costado una dura lucha. Se necesitaron numerosos combates para abolir la esclavitud. Asegurar los más fundamentales derechos del pueblo requirió revueltas e insurrecciones. Para abolir el feudalismo y el vasallaje se necesitaron rebeliones y revoluciones.

Se necesitó la guerra civil para abolir el poder absoluto de los reyes e instaurar las democracias, para conquistar más libertad y bienestar para las masas. No hay un solo país sobre la tierra ni una época en la historia en la que se eliminase algún mal social sin una amarga lucha contra los poderes imperantes.

En nuestra época volvieron a necesitarse revoluciones para expulsar a los zares de Rusia, al káiser de Alemania, al sultán de Turquía, a la monarquía de China y así en diferentes países.

No se recuerda de ningún gobierno o autoridad, de ningún grupo o clase que haya entregado su poder voluntariamente.

En todo momento se tuvo que recurrir al uso de la fuerza, o en última instancia, a la amenaza de emplearla.

¿Es razonable suponer que la autoridad y la riqueza experimentarán una súbita conversión y se conducirán en el futuro de forma diferente de como lo hicieron en el pasado?

Tu sentido común te dirá que eso es una loca y vana esperanza.

El gobierno y el capital lucharán por mantener el poder. Lo hacen actualmente, a la más mínima amenaza dirigida contra sus privilegios.

Combatirán hasta morir por conservar su vida actual.

Es por esto que no es profecía el anticipar que algún día debe llegar una lucha decisiva entre los amos de la vida y las clases desposeídas.

De hecho, esta lucha continúa a través de los tiempos. Es una guerra continua entre el capital y el trabajo. Esta contienda se da generalmente en el marco de las llamadas formas legales.

Pero aquí y allá se dan estallidos violentos, como en las huelgas y *lock-outs*, porque el puño armado del gobierno está siempre al servicio de los amos, y este puño entra en acción en el

momento en que el capital ve sus ganancias amenazadas, entonces deja caer la careta de los "intereses comunes" y la "asociación" con el trabajador y recurre al último argumento de todo amo: a la coacción y a la fuerza.

Por lo tanto, es cierto que el gobierno y el capital no permitirán, si pueden impedirlo, ser abolidos pacíficamente. Tampoco desaparecerán milagrosamente, como algunas gentes pretenden creer. Se requiere una revolución para desembarazarse de ellos.

Existen aquellos que sonríen incrédulos cuando se menciona la palabra revolución. "¡Imposible!", dicen confiadamente. Es lo que pensaron Luis XVI y María Antonieta de Francia tan sólo unas pocas semanas antes de que perdiesen el trono junto con sus cabezas. Así pensó la nobleza de la corte del zar Nicolás II la misma víspera del alzamiento que los barrió. "Esto no parece una revolución", argumenta a veces el observador superficial. Pero las revoluciones suelen estallar precisamente cuando "no parecen una revolución". No obstante, los capitalistas modernos, más clarividentes, no quieren correr ningún riesgo.

Saben que las sublevaciones y las revoluciones son posibles en cualquier momento. Y es por esto por lo que las grandes corporaciones y los grandes empresarios, sobre todo en Norteamérica, están comenzando a introducir nuevos métodos que sirvan de pararrayos contra el descontento popular y la revuelta. Crean primas para sus empleados, participaciones en el beneficio y métodos similares destinados a satisfacer al trabajador y a que se interese financieramente en la prosperidad de su industria.

Estos medios pueden ocultar temporalmente al proletariado sus verdaderos intereses pero no creas que el trabajador permanecerá contento eternamente con su esclavitud salarial, aunque de vez en cuando se le doren ligeramente los barrotes de su jaula. Mejorar las condiciones materiales no es asegurarse contra la revolución. Por el contrario, la satisfacción de nuestras necesidades crea otras nuevas, da vida a nuevos deseos y aspiraciones. Así es la naturaleza humana y esto es lo que hace posible la superación y el progreso. El descontento del trabajador no se acalla con un pedazo extra de pan, aunque se unte el pan con mantequilla. Es por esto por lo que hay revueltas más activas y conscientes en los centros industriales de Europa que en las retrasadas Asia y África. El espíritu del hombre anhela

siempre mayores comodidades y libertades, y en las masas que padecen este ansia está el verdadero incentivo para seguir avanzando. La esperanza de la moderna plutocracia arrojando de vez en cuando un hueso más grande al trabajador para prevenir la revolución, es ilusoria y no tiene base.

Las nuevas políticas del capital pueden parecer que apaciguan al trabajo momentáneamente, pero su marcha adelante no puede ser detenida por tales componendas. La abolición del capitalismo es inevitable a pesar de todas las conspiraciones y resistencias, y sólo podrá llevarse a cabo a través de una revolución.

Una revolución es similar a la lucha del hombre contra la naturaleza. En solitario el hombre es impotente y no puede tener éxito, pero con la ayuda de sus semejantes triunfará por encima de todos los obstáculos.

¿Puede el trabajador individual conseguir algo en contra de la gran corporación? ¿Puede un insignificante sindicato obligar a que el gran empresario le conceda sus demandas? La clase capitalista está organizada en su lucha contra el trabajador. Se sabe con razón que en una revolución se luchará con éxito sólo cuando los trabajadores se hayan unido, cuando estén organizados en todo el mundo, cuando el proletariado de todos los países haga esfuerzos conjuntos, porque el capital es internacional y los amos se unen siempre contra el trabajador en cada cuestión importante. Es por esto, por ejemplo, que la plutocracia mundial se volvió contra la Revolución Rusa. Mientras el pueblo ruso sólo quiso abolir el zarismo, el capitalismo internacional no intervino; no le importaba la forma de gobierno que Rusia tuviese, mientras fuese burgués y capitalista. Pero tan pronto como la revolución intentó acabar con el sistema capitalista, el gobierno y la burguesía de todos los países se unieron para aplastarla. Veían en ella una amenaza para la continuidad de su propio dominio.

Ten esto bien presente, amigo mío. Pues hay revoluciones y revoluciones. Algunas revoluciones cambian sólo la forma de gobierno, colocando un nuevo grupo de gobernantes en el lugar de los antiguos. Ésas son revoluciones políticas y como tales, a menudo tropiezan con poca resistencia. Pero una revolución que aspire a abolir por completo el sistema de la esclavitud

del salario debe acabar también con el poder de una clase que oprime a otra. Esto no es, entonces, un simple cambio de gobernantes, de gobierno; no es una revolución política, sino una que trata de alterar todo el carácter de la sociedad. Sería una revolución social. Como tal, no sólo tendría que combatir contra el gobierno y el capitalismo, sino que también se enfrentaría con la ignorancia y los prejuicios populares de aquellos que creen en el gobierno y el capitalismo. ¿Cómo se realizará entonces?

Capítulo XXV

La Idea lo es todo

¿Te has preguntado alguna vez cómo es que el capitalismo y el gobierno continúan existiendo a pesar de todo el daño y el mal que causan en el mundo?

Si lo has hecho, tu contestación debe haber sido que esto es así porque el pueblo apoya tales instituciones y que las apoya porque cree en ellas.

Ésta es la clave del asunto: la sociedad actual reposa sobre la creencia popular de que es buena y útil. Se fundamenta sobre la idea de autoridad y propiedad privada. Son las ideas las que mantienen esas condiciones. El gobierno y el capitalismo son las formas en que se expresan las mismas ideas populares. Las ideas son los cimientos, las instituciones son la casa edificada sobre ellos.

Una nueva estructura social debe tener nuevos cimientos, nuevas ideas como base. Aunque consigas cambiar las formas de una institución, su carácter y significado seguirán siendo los mismos, como los fundamentos sobre los que tal institución está edificada. Mira la vida en conjunto y percibirás la verdad de esto. Existen en el mundo gobiernos de todas clases y formas, pero en todas partes es idéntica su verdadera naturaleza, como son iguales sus efectos: siempre significa autoridad y obediencia.

Ahora bien, ¿qué es lo que hace que exista el gobierno?

¿Los ejércitos y las armadas? Ciertamente, pero sólo en apariencia. ¿Qué es lo que mantiene las armadas y los ejércitos?

Es la creencia del pueblo, de las masas, de que el gobierno es necesario; es la idea generalizada de que el gobierno es necesario.

Ésa es su auténtica y sólida base. Elimina esta idea o creencia y ningún gobierno permanecerá un día más.

Esto mismo es aplicable a la propiedad privada. La idea de que ésta es razonable y necesaria es el pilar que la soporta y la asegura.

No existe hoy en día una sola institución que no esté basada sobre la creencia popular de que es buena y beneficiosa.

Vamos a ilustrar esto con los Estados Unidos como ejemplo.

Pregúntate por qué la propaganda revolucionaria ha sido tan poco efectiva en este país, pese a cincuenta años de esfuerzos socialistas y anarquistas. ¿Se explota menos intensamente al trabajador norteamericano que al obrero de otros países? ¿No es la clase capitalista de América la más arbitraria y despótica del mundo? En verdad, el trabajador de los Estados Unidos está materialmente mejor situado que el de Europa; al mismo tiempo, ¿no es tratado con la mayor brutalidad y con violencia terrorista en el momento en que muestra la más mínima insatisfacción?

Aun así el trabajador norteamericano permanece leal al gobierno y es el primero en defenderlo de toda crítica. Es también el más abnegado defensor de las "magnas y nobles instituciones del mayor país de la tierra". ¿Por qué? Porque cree que son *sus* instituciones, que él, como ciudadano soberano y libre, las controla y que podría cambiarlas si así lo desease. Es su fe en el orden existente lo que constituye la mayor protección frente a la revolución. Su fe es estúpida e injustificada y algún día ésta se derrumbará y con ella el despotismo y el capitalismo norteamericano. Pero mientras esta fe persista, la plutocracia norteamericana está a salvo de la revolución.

A medida que las mentes humanas crezcan y se desarrollen, en la medida en que avancen hacia nuevas ideas y pierdan la fe en creencias anteriores, comenzarán a cambiarse las instituciones y al final, se acabará con ellas. El pueblo evoluciona hacia la comprensión de que sus perspectivas pretéritas eran falsas, de que no eran verdades sino prejuicios y supersticiones.

De este modo, muchas ideas que en un tiempo parecían verdad, han llegado a ser vistas como equívocas y dañinas. Así ha pasado con la idea del derecho divino de los reyes, con la esclavitud y con el vasallaje. Hubo un tiempo en que todo el mundo creyó que aquellas instituciones eran razonables, justas e inalterables. En la medida en que fueron combatidas esas falsas creencias y supersticiones por pensadores de vanguardia se fueron desacreditando, perdieron su influencia sobre el pueblo y finalmente, las instituciones que materializaban esas ideas fueron abolidas. Los intelectuales te dirán que habían "sobrevivido más allá de su utilidad" y que, por consiguiente, "murieron". ¿Pero cómo "sobrevivieron" a su "utilidad"? ¿A quiénes fueron útiles, y cómo "murieron"?

Ya sabemos que sólo fueron útiles a la clase dominante, y que fueron abatidas por insurrecciones y revoluciones populares.

¿Por qué estas caducas y estériles instituciones no desaparecieron y se extinguieron de una manera pacífica?

Por dos razones, primero, porque algunas personas piensan más de prisa que otras. Y así acontece que una minoría en un determinado lugar avanza en sus perspectivas más velozmente que el resto. Cuanto más imbuida esté dicha minoría de nuevas ideas, cuanto más convencida esté de su verdad y más fuerte se sienta, más rápidamente tratará de llevar a la práctica sus ideas; y esto sucede generalmente antes de que la mayoría haya llegado a ver la nueva luz. De modo que la minoría tiene que luchar contra la mayoría que todavía se aferra a perspectivas y condiciones caducas.

Segundo, por la resistencia de aquellos que sostienen el poder.

Es indiferente que sea la Iglesia, el rey, el káiser, un gobierno democrático, una dictadura, una república o una autocracia: todos aquellos que estén investidos de autoridad lucharán desesperadamente por retener el poder, mientras mantengan la más mínima posibilidad de éxito. Y cuanta más ayuda consiguen de la mayoría más atrasada intelectualmente, tanto mejor pueden presentar combate. De ahí la furia de la revuelta y la revolución.

La desesperación de las masas, su odio a los responsables de su miseria y la decisión de los dueños de la vida de mantenerse asidos a sus privilegios y a su dominio, se combinan para producir la violencia de las sublevaciones y rebeliones populares.

Pero una revolución ciega, sin propósitos y objetivos definitivos, no es revolución. Revolución es rebelión consciente de sus fines. La revolución es social cuando se esfuerza por cambios fundamentales. Como los cimientos de la vida son económicos, la revolución social significa la reorganización de la vida económica e industrial del país y, en consecuencia, también de toda la estructura de la sociedad.

Pero hemos visto que la estructura social descansa sobre una base ideológica, lo que implica que para cambiarla hay que cambiar las ideas. En otras palabras: las ideas sociales deben cambiarse primero, antes de que una nueva estructura social pueda ser edificada.

Por consiguiente, la revolución social no es un accidente ni un acontecimiento imprevisto. No hay nada repentino en ella, pues las ideas no pueden cambiarse de golpe. Crecen lentamente, gradualmente, como las plantas o las flores. De aquí que la revolución social sea una consecuencia, una evolución, lo que quiere decir que es revolucionaria. Evoluciona en la medida en que un número considerable de gentes abraza las nuevas ideas y se decide a ponerlas en práctica. Cuando intentan hacerlo y tropiezan con oposición, entonces, la evolución social lenta, tranquila y pacífica se convierte en rápida, agitada y violenta. La evolución se convierte en revolución.

Ten presente, entonces, que evolución y revolución no son dos cosas separadas y diferentes, y aún menos, opuestas, como algunas personas creen erróneamente. La revolución es simplemente la evolución que comienza a hervir.

Puesto que la revolución es la evolución en su punto de ebullición no puedes "hacer" una auténtica revolución como no puedes apresurar el hervor de un jarro de té. Es el fuego que tiene debajo lo que lo hace hervir, la rapidez con que alcance el punto de ebullición dependerá de lo fuerte que sea el fuego.

Las condiciones económicas y políticas de un país son el fuego bajo el puchero evolutivo. Cuanto peor es la opresión más grande es la insatisfacción del pueblo, más fuerte es la llama. Esto explica por qué los fuegos de la revolución social arrasaron Rusia, el país más tiránico y atrasado, en vez de Norteamérica, donde el desarrollo industrial casi ha alcanzado su punto máximo, a pesar de todas las demostraciones eruditas de Karl Marx en contra.

Vemos entonces que las revoluciones, aun cuando no pueden improvisarse, pueden ser precipitadas por ciertos factores.

Concretamente, por la presión desde arriba con una intensa presión política y económica y por la presión desde abajo con una mayor ilustración y agitación. Éstas esparcen las ideas, adelantan la evolución y con ello también la llegada de la revolución.

Pero la presión desde abajo, aunque apresure la revolución, puede también provocar su fracaso, porque ésta puede derrumbarse antes de que el proceso evolutivo haya avanzado lo suficiente. Llegando prematuramente sería una simple rebelión sin un fin y un objetivo claro y consciente. En el mejor de los casos, la rebelión sólo puede asegurar algún alivio temporal; sin embargo, las causas reales de la lucha permanecen intactas y continúan causando el mismo efecto, provocando más insatisfacción y rebeliones posteriores.

Resumiendo lo que he dicho respecto de la revolución, debemos llegar a la conclusión de que:

1. Una revolución social es la que cambia enteramente los basamentos de la sociedad, su carácter político, económico y social.
2. Tal cambio debe, primero, abrirse paso en las ideas y las opiniones del pueblo, en los cerebros de los hombres.
3. La opresión y la miseria pueden apresurar la revolución, pero por eso mismo pueden también hacerla fracasar, porque la carencia de preparación evolutiva hará imposibles los verdaderos logros.
4. Sólo puede ser fundamental, social y exitosa, aquella revolución que sea la expresión de un cambio básico de las ideas y opiniones.

De esto se desprende evidentemente que la revolución social debe ser preparada. Preparada en el sentido de acelerar el proceso evolutivo, de aleccionar a las personas respecto de los males de la sociedad actual y convencerlas de lo deseable y factible, de lo justo y viable de una vida social basada en la libertad. Preparada también haciendo comprender a las masas con toda claridad lo que necesitan y cómo conseguirlo.

Tal preparación no es sólo un paso preliminar absolutamente necesario. Descansa en ello la seguridad de la revolución, la única garantía de que cumplirá sus objetivos.

El destino de la mayor parte de las revoluciones –como resultado de su falta de preparación– ha sido desviarse de su objetivo principal, que se la use mal y que termine en un callejón sin salida. Rusia es el mejor y más reciente ejemplo de lo dicho. La Revolución de febrero, que aspiró a acabar con la autocracia, tuvo un éxito completo. El pueblo sabía exactamente lo que quería, principalmente la abolición del zarismo. Todas las maquinaciones de los políticos, toda la oratoria y los planes de los Lvovs[80]

[80] Georgi Yevgenievich Lvov (príncipe de Lvov) (1861-1925), estadista ruso. Después de la Revolución de febrero fue el primer presidente del gobierno provisional de Rusia del 23 de marzo al 21 de julio de 1917 (con funciones de jefe de Estado y de gobierno), lo sucedió Kerensky. Cuando los bolcheviques tomaron el poder fue arrestado pero logró huir y se exilió en París, donde residió el resto de su vida.

y Miliukovs –los líderes liberales de aquellos días– no pudieron salvar el régimen de los Romanov frente a la consciente e inteligente voluntad del pueblo. Fue el conocimiento pleno de sus fines lo que hizo que la Revolución de febrero fuese un completo éxito, y tenlo presente, casi sin derramamiento de sangre.

Además de esto, ni las proclamas ni las amenazas del gobierno provisional pudieron prosperar contra la decisión popular de acabar con la guerra. Los ejércitos abandonaron los frentes y terminaron así el asunto por su propia acción directa. La voluntad de un pueblo consciente de sus objetivos siempre vence.

Fue otra vez la voluntad del pueblo y su firme decisión de apoderarse de la tierra lo que le aseguró ésta al campesino. Del mismo modo, los trabajadores de la ciudad, como repetidamente he mencionado antes, se apoderaron de las fábricas y de la maquinaria de producción.

Hasta aquí, la Revolución Rusa fue un éxito completo. Pero en el momento en que a las masas les faltó la conciencia de un propósito definido, comenzó la derrota. Ése es siempre el momento en que los políticos y los partidos políticos intervienen y explotan la revolución para sus propios intereses o para experimentar sus teorías. Esto es lo que pasó en Rusia, como en otras muchas revoluciones anteriores. El pueblo libró la verdadera batalla, los partidos políticos sólo combatieron por el botín en detrimento de la revolución y para ruina del pueblo.

Esto es lo que paso en Rusia. El campesino, habiéndose asegurado la tierra, no tenía las herramientas y maquinarias que necesitaba. El obrero, habiendo tomado posesión de las maquinarias y de las fábricas, no sabía cómo manejarlas para conseguir sus fines. En otras palabras, no tuvo la experiencia necesaria para organizar la producción y no pudo administrar la distribución de las cosas que estaba produciendo.

Sus propios esfuerzos –del obrero, del campesino y del soldado– habían acabado con el zarismo, paralizado el gobierno, detenido la guerra y abolido la propiedad privada de la tierra y de la maquinaria. Para eso se había preparado con años de educación y agitación revolucionaria. Pero para nada más que esto. Y porque no estaba preparado para más, donde cesó su conocimiento y le faltó un propósito definido, allí intervino el partido político arrebatando los asuntos de las manos de las

masas que habían hecho la revolución. La política reemplazó a la reconstrucción económica y con esto dieron el tiro de gracia a la revolución social, pues el pueblo vive de pan, de la economía, no de la política.

El alimento y las provisiones no se crean por decreto de partido o de gobierno. Los edictos legislativos no cultivan el campo, las leyes no pueden poner en marcha las ruedas de la industria.

La insatisfacción, las luchas y la carestía llegaron pegados a los talones de la coacción gubernamental y de la dictadura. Una vez más, como siempre, los políticos y la autoridad fueron el charco en el que los fuegos de la revolución se extinguieron.

Aprendamos esta importante lección vital, la comprensión por parte las masas de los verdaderos fines de la revolución significa su éxito. Llevando a cabo su voluntad consciente mediante sus propios esfuerzos garantizan el perfecto desarrollo de la nueva vida. Por otra parte, la ausencia de esta comprensión y de preparación significa derrota segura, bien a manos de la reacción, bien por las teorías experimentales de partidos políticos llamados amigos. Vamos a prepararnos, entonces.

¿Para qué y cómo?

Capítulo XXVI

Preparación

"¡Prepararse para la revolución! –exclama tu amigo–, ¿es esto posible?".

Ciertamente. No sólo es posible sino que es absolutamente necesario.

"¿Te refieres a preparación secreta, grupos armados, y hombres que dirijan el combate?", preguntas.

No, amigo mío, eso no es todo.

Si la revolución social sólo significase batallas en las calles y barricadas, entonces, las preparaciones de que hablas serían suficientes. Pero la revolución no significa esto; a fin de cuentas la fase combativa es la parte más pequeña y menos importante.

La verdad es que, en los tiempos modernos, las barricadas no significan nada en la revolución social. Pertenecen al pasado. La revolución social es una cuestión mucho más esencial y diferente, implica la reorganización de toda la vida de la sociedad. Y convendrás que esto no se conseguirá simplemente combatiendo.

Desde luego que los obstáculos en la senda de la reconstrucción social han de ser apartados. O sea, que los medios de esta reconstrucción deben ser asegurados por las masas. Estos medios están, actualmente, en manos del gobierno y del capitalismo, y éstos resistirán todo esfuerzo por despojarlos de su poder y sus posesiones. Esta resistencia implica lucha. Pero recuerda que el combate no es el principal objetivo, no es la revolución.

Es solamente el prefacio, los preliminares.

Es muy necesario que tengas esto claro. Mucha gente tiene nociones confusas respecto de la revolución. Para ellas, ésta significa, precisamente, combatir, hacer las cosas pedazos, destrozar. Esto es lo mismo que si remangarte para trabajar fuese considerado como el trabajo en sí mismo. La parte combativa de la revolución es simplemente remangar tu camisa. La tarea real y efectiva está más adelante.

¿Cuál es esta tarea?

"La eliminación de las condiciones actuales", replicas.

Es verdad. Pero las condiciones no se eliminan rompiendo y despedazando cosas. No puedes eliminar la esclavitud del salario destruyendo la maquinaria de talleres y fábricas, ¿no es así? No acabarás con el gobierno incendiando la Casa Blanca[81].

Imaginarse la revolución en términos de violencia y destrucción es interpretar mal y falsificar por completo su ideario. La aplicación práctica de tal concepción está destinada a conducir a la revolución a resultados desastrosos.

Cuando un gran pensador, como el famoso anarquista Bakunin, habla de la revolución como destrucción, tiene presentes las ideas de autoridad y obediencia que han de ser destrozadas. Es por esta razón por lo que dice que destrucción significa construcción, pues destruir una falsa creencia es en verdad la obra más constructiva.

Pero un porcentaje elevado de los hombres, y hasta con demasiada frecuencia de los revolucionarios, hablan irreflexivamente de la revolución como si fuese exclusivamente destructiva en el sentido físico de la palabra. Ésta es una percepción errónea y peligrosa. Cuanto más pronto la desechemos, mejor.

La revolución, y particularmente la revolución social, no es destrucción sino construcción. No podemos dejar de subrayarlo, y a menos que lo comprendamos así, la revolución resultará sólo destructiva y por esto mismo será siempre un fracaso. La revolución, naturalmente, va acompañada por la violencia, pero también se podría decir que edificar una casa nueva en el lugar de una vieja es destructivo porque primero tienes que demoler la casa ruinosa.

La revolución es el punto culminante de un determinado proceso evolutivo y comienza por un pronunciamiento violento. Es el remangarse inicial con el que te preparas para empezar el trabajo real.

En verdad, si consideras lo que tiene que hacer la revolución social, lo que tiene que llevar a cabo, percibirás que no llega para destruir sino para construir.

¿Qué hay que destruir, realmente?

¿La riqueza del rico? De ningún modo, esto es algo que queremos que disfrute toda la sociedad.

¿La tierra, los cultivos, las minas de carbón, los ferrocarriles, las fábricas, los talleres y los almacenes? No queremos destruirlos, sino que sean útiles a todo el pueblo.

[81] Residencia del presidente. *(N. del A.)*

Los telégrafos, teléfonos, los medios de comunicación y distribución ¿queremos destruirlos? No, los queremos para que sirvan a las necesidades de todos.

Entonces, ¿la revolución social es para destruir? No, es para tomar posesión de las cosas para beneficio general, no para destruirlas. Es reorganizar las condiciones para el bienestar público.

El fin de la revolución no es destruir, sino reconstruir y reedificar.

Es por esto por lo que es necesaria la preparación, porque la revolución social no es el Mesías bíblico que realiza su misión con una simple orden o edicto. La revolución trabaja con las manos y los cerebros de los hombres. Y éstos han de comprender los objetivos de la revolución para así poder llevarlos a cabo.

Deberán saber lo que quieren y cómo conseguirlo. El modo de conseguirlo será señalado por los objetivos a alcanzar. Pues el fin determina los medios, por lo mismo que tú has de sembrar una determinada semilla para cultivar lo que necesitas.

¿Cuál debe ser entonces, la preparación de la revolución social?

Si tu objetivo es asegurar la libertad, has de aprender a obrar sin autoritarismo y sin coacciones. Si piensas vivir en paz y armonía con tus semejantes, ellos y tú deberéis cultivar la fraternidad y el respeto entre todos. Si quieres trabajar con ellos para beneficio mutuo debes practicar la cooperación. La revolución social significa mucho más que la sola reorganización de la condiciones de vida; significa la instauración de nuevos valores y afinidades sociales, un cambio en la actitud del hombre para con el hombre, donde cada uno sea libre e independiente frente a su igual; significa un espíritu diferente en la vida individual y colectiva, y este espíritu no puede nacer en una noche. Es un espíritu que ha de ser cultivado, nutrido y criado como lo es la más delicada flor, pues es, en efecto, la flor de una nueva y bella existencia.

No te engañes con la estúpida creencia de que "las cosas se arreglan por sí mismas". Nada se arregla nunca por sí mismo, y menos aún las relaciones humanas. Son los hombres los que hacen los arreglos, y los hacen según su actitud y comprensión de las cosas.

Situaciones nuevas y condiciones diferentes nos harán sentir, pensar y actuar de distinta manera. Pero las nuevas condiciones llegan como resultado de nuevos sentimientos e ideas. La revolución social es una nueva condición. Nosotros debemos aprender a pensar de forma diferente antes de que la revolución pueda llegar. Sólo esto puede traer la revolución.

Debemos aprender a pensar de otro modo respecto del gobierno y la autoridad, porque mientras pensemos y actuemos como hoy lo hacemos habrá intolerancia, persecución y opresión, aun cuando el gobierno sea abolido. Debemos aprender a respetar la humanidad de nuestro semejante, a no invadirlo o a coartarlo, a considerar sus derechos tan sagrados como los nuestros; a respetar su libertad y su personalidad, a desechar cualquier forma de coacción; a comprender que la curación de todos los males de la libertad es más libertad; que ésta es la madre del orden.

Además de esto hemos de aprender que igualdad significa igualdad de oportunidades, que el monopolio es la negación de esto y que sólo la fraternidad asegura la igualdad. Sólo podemos aprender esto liberándonos de nuestras falsas ideas capitalistas y de posesión, del mío y el tuyo, de la mezquina concepción de propiedad.

Aprendiendo esto cultivaremos el espíritu de la libertad y la solidaridad verdaderas, y reconoceremos que la asociación libre es el alma de toda realización. Deduciremos, entonces, que la revolución social es una obra de cooperación, de propósitos solidarios, de apoyo mutuo.

Tal vez pienses que es un proceso demasiado lento, una obra que durará demasiado tiempo. Es verdad, tengo que admitir que es una tarea difícil. Pero pregúntate si es mejor edificar tu nueva casa rápidamente y mal para que se desplome sobre tu cabeza, o hacerlo eficientemente, aunque te lleve más tiempo y sea un trabajo más penoso.

Recuerda que la revolución social representa la libertad y el bienestar de toda la humanidad, que la completa e inapelable emancipación del trabajador depende de ella. Considera también que si la obra se hace mal, todos los esfuerzos y sufrimientos que conlleva no servirán para nada y tal vez peor que para nada, porque hacer una chapucería significa sustituir la antigua tiranía por una nueva, y ésta, por ser nueva, tiene mayores bríos. Esto significa que se forjan nuevas cadenas aún más resistentes que las viejas.

Considera también que la revolución social que tenemos en mente viene a terminar el trabajo que han estado esforzándose por realizar muchas generaciones de hombres y mujeres, ya que toda la historia de la humanidad ha sido una lucha de la libertad contra la servidumbre, del bienestar social contra la indigencia y la desventura, de la justicia contra la injusticia. Lo que llamamos progreso ha sido una penosa pero continua marcha para limitar la autoridad y el poder gubernamental al mismo tiempo que se incrementan los derechos y las libertades individuales y de las masas. Ha sido una lucha de milenios. La razón de que ésta durase tanto tiempo –y todavía no ha acabado– es que las personas no conocían el verdadero conflicto, combatían contra éste y por aquél, deponían reyes y formaban nuevos gobiernos, desechaban un gobernante sólo para poner a otro, expulsaban a un opresor "extranjero" sólo para sufrir el yugo de uno nativo, abolían una forma de tiranía, como la del zar, y se sometían a la dictadura de un partido, y siempre han derramado su sangre y sacrificado heroicamente sus vidas con la esperanza de asegurarse libertad y bienestar.

Pero sólo se aseguraron nuevos amos, porque por muy desesperada y noblemente que hubieran luchado nunca tocaban el verdadero origen de los problemas, el principio de autoridad y el gobierno. No supieron que éstos estaban en el origen de la esclavitud y de la opresión y, por lo tanto, nunca consiguieron alcanzar la libertad.

Pero ahora comprendemos que la verdadera libertad no es una cuestión de cambiar reyes o gobernantes. Sabemos que el sistema de amos y esclavos debe desaparecer, que el esquema social es erróneo, que gobierno y coacción han de abolirse, que deben arrancarse de raíz la autoridad y el monopolio. ¿Piensas todavía que puede ser demasiado difícil cualquier clase de preparación para una tarea tan grande?

Reconozcamos entonces lo importante que es para la revolución social prepararla y hacerla de forma correcta.

"¿Pero cuál es la forma correcta? –Preguntas–. ¿Y quién tiene que prepararla?"

¿Quién tiene que prepararla? Ante todo tú y yo; aquellos que están interesados en el éxito de la revolución, aquellos que quieran ayudar a propiciarla. Y "tú y yo" quiere decir todo hombre y

toda mujer; al menos, todo hombre y mujer honrados, todo aquel que aborrezca la opresión y ame la libertad, todo aquel que no pueda tolerar la miseria y la injusticia que colman hoy el mundo.

Y ante todo, aquellos que más duramente sufren las condiciones existentes, a causa de la esclavitud del salario, a causa del sometimiento y la degradación.

"Los trabajadores, desde luego", dices tú.

Sí, los trabajadores. Como víctimas más dañadas por las instituciones actuales, es interés suyo el abolirlas. Con razón se ha dicho que "la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos", pues ninguna otra clase lo hará por ellos. La emancipación del trabajador implica al mismo tiempo la total emancipación de la sociedad, y es por esto que algunas gentes hablan de "la misión histórica" del trabajador por conseguir un mañana mejor.

Pero "misión" es una palabra incorrecta. Sugiere ésta un deber o tarea impuesta desde el exterior, por algún poder externo. Es una concepción falsa y desorientadora, esencialmente religiosa, un sentimiento metafísico. Si de veras la emancipación del trabajador es una "misión histórica", la historia procurará que se lleva a cabo, sin que importe lo que nosotros podamos pensar, sentir o hacer al respecto. Esta actitud hace innecesarios y superfluos los esfuerzos humanos, porque: "lo que debe ser, será". Una noción tan fatalista destruye toda iniciativa, y el ejercicio cerebral y la voluntad del hombre.

Es ésta una idea peligrosa y nociva. No hay ningún poder fuera del hombre que pueda liberarlo, ninguno que pueda abrumarlo con una "misión". Ni el cielo ni la historia pueden hacerlo. La Historia es la narración de lo acontecido. Puede enseñar una lección, pero no imponer una tarea. No es "misión", sino *interés* del trabajador, emanciparse del cautiverio. Si los trabajadores no se empeñan en esto de forma activa y consciente, nunca "acontecerá". Es necesario que nos libremos de la estúpida y falsa creencia en "misiones históricas". Sólo mediante el desarrollo de su situación actual hasta conseguir su verdadera realización, viendo sus posibilidades y poderes y aprendiendo y practicando la unidad y la cooperación, podrán las masas alcanzar la libertad. Y al conseguir esto también habrán liberado al resto de la humanidad.

Por esto, la lucha proletaria es algo que nos concierne a todos. Los hombres y mujeres sinceros deberán, en consecuencia, estar al servicio de los trabajadores en su colosal tarea.

Pues, en verdad, aunque sólo los trabajadores pueden cumplir la obra de emancipación, necesitan la ayuda de otros grupos sociales. Porque debes recordar que la revolución se enfrenta al difícil problema de reorganizar el mundo y edificar una nueva civilización –una obra que requerirá una gran integridad revolucionaria y la cooperación inteligente de todos los hombres de buena voluntad y amantes de la libertad–. Nosotros ya sabemos que la revolución social no consiste sólo en abolir el capitalismo. Podríamos deshacernos del capitalismo como lo hicimos con el feudalismo, y seguir siendo tan esclavos como antes. En lugar de ser, como ahora, cautivos del monopolio privado podríamos convertirnos en los criados de un capitalismo de Estado, como le ha sucedido, por ejemplo, al pueblo ruso, y como está sucediendo en Italia y en otros países.

La revolución social, y esto no debe olvidarse nunca, no es cambiar una forma de vasallaje por otra. Es acabar con todo aquello que pueda esclavizarnos y oprimirnos.

Una revolución política puede ser realizada con éxito por una minoría conspiradora reemplazando en el poder a la facción dirigente. Pero la revolución social no es un simple cambio político, es una transformación fundamental económica, ética y cultural. Una minoría conspiradora o un partido político que intente esta opción se encontrará con la oposición activa y pasiva de la gran mayoría, y por lo tanto, han de degenerar en un sistema de dictadura y de terror.

Enfrentada con una mayoría hostil la revolución social está condenada al fracaso desde sus comienzos. Esto quiere decir, entonces, que el primer trabajo preparatorio de la revolución consiste en conquistar a las masas en favor de la revolución y sus objetivos. Conquistarlas en último extremo, a fin de neutralizarlas, para que pasen de enemigas activas a simpatizantes pasivas, para que no puedan combatir contra la revolución aunque no combatan por ella.

La verdadera y positiva obra de la revolución social debe ser llevada a cabo, desde luego, por los trabajadores, por el pueblo laborioso. Y aquí hemos de tener presente que trabajadores no son sólo los obreros sino también los campesinos.

Algunos radicales tienden a conceder demasiada importancia al proletariado industrial, ignorando, casi por completo, la existencia del obrero del campo. Pero ¿qué podría hacer el obrero industrial sin el campesino? La agricultura es el germen primario de la vida, y la ciudad perecería de hambre si no fuese por el campo. Es ocioso comparar al obrero industrial con el agricultor, o discutir sus valores relativos. Ninguno de ellos puede pasar sin el otro; ambos son igual de importantes en los esquemas de vida e igualdad, en la revolución y en la edificación de una nueva sociedad.

Es verdad que la revolución estalla primero en las localidades industriales antes que en las agrarias. Esto es natural, dado que aquéllas son centros de mayor población laboriosa y, por consiguiente, también, de mayor insatisfacción popular. Pero si el proletariado industrial es la vanguardia de la revolución, el campesino es, entonces, la espina dorsal. Si esta última es débil o se rompe, la vanguardia y la revolución misma está perdida.

Por lo tanto, la obra de la revolución social descansa en manos de ambos, del obrero industrial y del campesino.

Desgraciadamente, hay que admitir que la comprensión o cooperación directa entre estos dos estamentos revolucionarios es demasiado escasa. Peor aún –y sin duda resultado de eso– existe desagrado y antagonismo entre los proletarios del campo y de la fábrica. El hombre de la ciudad aprecia poco la penosa y extenuante faena del campesino. Éste, instintivamente, se resiente de esto; sin embargo, el campesino no familiarizado con el intenso y a menudo peligroso trabajo de la fábrica, se imagina al obrero de la ciudad como un holgazán.

Es absolutamente vital una aproximación más estrecha y una mejor comprensión entre los dos. El capitalismo no sólo prospera con la división del trabajo, sino por la división de los trabajadores. Trata de incitar a razas contra razas, a obreros contra campesinos, a operarios contra especialistas, a los trabajadores de un país contra los de otro. La fuerza de las clases explotadoras descansa en la desunión, en la división del trabajador. Pero la revolución social requiere la unidad de las masas trabajadoras y, ante todo, la cooperación del proletario industrial con su hermano del campo.

Una cooperación más estrecha entre los dos es un paso importante en la preparación de la revolución social. El contacto activo entre ellos es de primera necesidad. Asambleas conjuntas, intercambio de delegados, un sistema de cooperativas y otros métodos similares tenderían a crear un vínculo más estrecho y una mejor comprensión entre obreros y campesinos.

Pero la cooperación entre el proletariado industrial y el campesinado no es lo único necesario para la revolución. Hay otro elemento absolutamente indispensable para su obra constructiva.

Es el cerebro cualificado de los profesionales.

No cometamos el error de pensar que el mundo ha sido edificado solamente con las manos. Se han requerido también cerebros.

Del mismo modo la revolución necesita a ambos, al hombre de músculo y al hombre de cerebro. Algunas personas se imaginan que el obrero manual puede hacer solo todo el trabajo social. Ésta es una idea falsa, un grave error que ha dado lugar a un daño irreparable. De hecho, esta concepción ha producido en anteriores ocasiones grandes males, y existen buenas razones para temer que pueda frustrar los grandes esfuerzos de la revolución.

La clase obrera está compuesta de los que ganan un salario industrial y de los trabajadores agrícolas. Pero los obreros precisan los servicios de los grupos profesionales, organizadores industriales, ingenieros electromecánicos, técnicos especialistas, sabios, inventores, químicos, educadores, doctores, cirujanos, etc. Resumiendo, el proletariado necesita la ayuda de ciertos elementos profesionales sin cuya cooperación no es posible ningún trabajo productivo.

En realidad, muchos de estos profesionales pertenecen también al proletariado. Son el proletariado intelectual, el proletariado del cerebro. Está claro que no hay diferencia entre quien se gana la vida con sus manos y entre quien lo hace con su cabeza. Es evidente que ningún trabajo se hace sólo con las manos o con el cerebro. Se requiere la aplicación de ambos en todo tipo de tareas. El carpintero, por ejemplo, debe calcular, medir y delinear en el curso de su tarea; ha de usar ambos: mano y cerebro. De modo semejante, el arquitecto debe pensar sobre sus diseños antes de que pueda dibujarlos en el papel y ponerlos en práctica.

"Pero sólo el trabajo manual puede producir –objeta tu amigo–; el trabajo intelectual no es productivo."

Erróneo, amigo mío. Ni el trabajo intelectual ni el manual pueden producir nada por sí solos. Se requiere de ambos, trabajando juntos, para crear algo. El albañil no puede edificar una fábrica sin los planos del arquitecto, ni el ingeniero puede tender un puente sin el obrero del metal. Ninguno de ellos puede producir solo. Pero juntos pueden realizar maravillas.

Además de esto, no caigas en el error de creer que sólo cuenta el trabajo productivo. Hay muchas clases de trabajos que no son directamente productivos, pero que son útiles y hasta absolutamente necesarios para nuestra existencia y comodidad y, por consiguiente, tan importantes como el trabajo productivo.

Toma como ejemplo el ingeniero ferroviario y el maquinista.

Ellos no son productores pero son factores esenciales en el sistema de producción. Sin los ferrocarriles y otros medios de transporte y comunicación no podríamos administrar ni la producción ni la distribución.

Producción y distribución son dos puntos del mismo polo de la vida. El trabajo requerido por uno es tan importante como el que necesita el otro.

Lo dicho es aplicable a numerosas fases de los esfuerzos humanos que, aunque por sí mismos no son directamente productivos, juegan una parte vital en los múltiples procesos de nuestra vida económica y social. El científico, el educador, el médico, el cirujano no son productivos en el sentido industrial de la palabra.

Pero su obra es absolutamente necesaria para nuestra vida y bienestar. La sociedad civilizada no podría existir sin ellos.

Es, en consecuencia, evidente que el trabajo útil es igualmente importante ya lo haga el cerebro o las manos, ya sea manual o intelectual. No importa si se recibe o no un sueldo, si se cobra mucho o poco, o cuáles puedan ser sus opiniones políticas o de cualquier clase.

Todos los elementos que pueden contribuir con trabajo útil al bienestar general son necesarios en la revolución para la edificación de la nueva vida. Ninguna revolución puede triunfar sin su cooperación solidaria, y cuanto más pronto comprendamos esto, mejor. La reconstrucción de una sociedad implica la

reorganización de la industria, el propio funcionamiento de la producción, la administración de la distribución, y numerosos esfuerzos sociales, educativos y culturales, para transformar la actual esclavitud del salario y la servidumbre en una vida de libertad y bienestar. Sólo trabajando solidariamente podrá el proletariado intelectual y manual resolver esos problemas.

Es muy deplorable que exista enemistad, incluso hostilidad, entre los trabajadores manuales e intelectuales. Ese sentimiento está enraizado en la falta de comprensión, en el prejuicio y en la cerrazón de ambos lados. Es triste tener que admitir que existe la tendencia en ciertos círculos obreros, incluso entre algunos socialistas y anarquistas, de enfrentar a los trabajadores contra los miembros del proletariado intelectual. Tal actitud es estúpida y criminal, porque sólo puede provocar daño al crecimiento y desarrollo de la revolución social. Poner en contra, de forma deliberada, a los asalariados y a las clases profesionales, fue uno de los errores fatales de los bolcheviques durante las primeras fases de la Revolución Rusa, ya que la cooperación amistosa se hizo imposible. El resultado directo de esta política fue el derrumbamiento de la industria por la ausencia de una dirección inteligente, así como la casi total suspensión de las comunicaciones ferroviarias porque no había una administración experimentada.

Viendo a Rusia al borde del naufragio económico Lenin comprendió que el obrero y el campesino no podían mantener solos la vida industrial y agraria del país, y que la ayuda de los elementos profesionales era necesaria. Entonces, introdujo un nuevo sistema para inducir al técnico a que ayudase a la obra de reconstrucción.

Pero el viraje llegó casi demasiado tarde, porque los años de odio y acoso mutuo habían creado tal abismo entre el trabajador manual y su hermano intelectual que la comprensión y cooperación común se habían hecho excepcionalmente dificultosas. Ha necesitado Rusia años de esfuerzos heroicos para deshacer, en parte, los efectos de esta guerra fratricida.

Vamos a aprender esta valiosa lección del experimento ruso.

"Pero los profesionales pertenecen a las clases medias –objetas– y ellos tienen mentalidades burguesas."

En efecto, los hombres de profesiones liberales, tienen, generalmente, una actitud burguesa hacia la vida, ¿pero no tienen también muchos obreros una mentalidad burguesa? Esto significa simplemente que ambos están impregnados de prejuicios autoritarios y capitalistas. Son precisamente éstos, los que han de arrancarse ilustrando y educando a las personas, sean éstas obreros manuales o intelectuales. Éste es el primer paso en la preparación de la revolución social.

Pero no es verdad que los especialistas, como tales, hayan de pertenecer necesariamente a las clases medias.

Los verdaderos intereses de los llamados trabajadores intelectuales están más bien con los obreros que con los amos. Es seguro que muchos de ellos no lo comprenden así. Pero tampoco el comparativamente bien pagado maquinista del ferrocarril tiene la sensación de ser miembro de la clase obrera. Por sus ingresos y su actitud pertenece a la burguesía. Pero no son los ingresos o los sentimientos lo que determina a qué clase social pertenece una persona. Si el mendigo fantasease que es un millonario, ¿lo sería por eso? Lo que uno se imagina ser no altera su situación real. Y la situación real dice que aquel que tiene que vender su trabajo es un empleado, un dependiente asalariado, un jornalero, y como tal, sus intereses son los de los empleados y pertenece, pues, a la clase trabajadora.

De hecho, el proletariado intelectual está aún más subordinado a su amo capitalista que el hombre de pico y pala. Este último puede fácilmente cambiar de empleo. Si no le gusta trabajar para un cierto patrón puede buscar otro. El proletariado intelectual, por otra parte, depende mucho más de su empleo. Su radio de acción es más limitado. Al no tener conocimientos de ningún oficio y ser físicamente incapaz de servir como trabajador temporario, está (como regla general) confinado al comparativamente limitado campo de la arquitectura, la ingeniería, el periodismo o cualquier trabajo similar. Esto le pone más a merced de su empresario y por lo tanto lo pone del lado de éste y en contra de los compañeros más independientes en las fábricas.

Pero cualquiera que sea la actitud del trabajador intelectual asalariado y dependiente, pertenece a la clase proletaria. También es totalmente falso mantener que este tipo de personal está siempre del lado de los amos y contra los trabajadores.

"Generalmente lo están", oigo que interrumpen algunos fanáticos extremistas. ¿Y los obreros? ¿No soportan ellos generalmente a los amos y al sistema del capitalismo? ¿Podría continuar tal sistema si no fuese por el apoyo que le prestan? Pero es un error argumentar por esto que los obreros se dan la mano con los explotadores. Tampoco es verdad esto respecto de los trabajadores intelectuales. Si la mayoría de estos últimos apoyan a la clase dirigente es por ignorancia social, porque no conocen sus propios intereses, a pesar de toda su "intelectualidad". Del mismo modo las masas de trabajadores, que tampoco son conscientes de sus verdaderos intereses, ayudan a los amos contra sus compañeros obreros, a veces hasta en el mismo oficio y fábrica, sin hablar de su carencia de solidaridad nacional e internacional.

Ello prueba objetivamente que tanto el uno como el otro, el obrero manual y el intelectual, necesitan ser ilustrados.

Haciendo justicia a los intelectuales, sus mejores representantes han estado siempre al lado del oprimido. Han abogado por la libertad y la emancipación, y a menudo fueron los primeros en expresar las más profundas aspiraciones de las masas trabajadoras. En la lucha por la libertad han combatido frecuentemente en las barricadas, hombro con hombro con los obreros y murieron defendiendo su causa.

No necesitamos mirar muy lejos para probar esto. Es un hecho que todo movimiento radical, progresista y revolucionario de los últimos cien años ha sido inspirado, mental y espiritualmente, por los esfuerzos de los mejores elementos de las clases intelectuales.

Los iniciadores y organizadores del movimiento revolucionario ruso, por ejemplo, hace un siglo, eran intelectuales, hombres y mujeres de origen y situación no proletaria. Su amor a la libertad no fue teórico. Miles de ellos consagraron sus conocimientos y su experiencia, y dedicaron sus vidas al servicio de las masas. No existen tierras en las que tales hombres y mujeres no hayan atestiguado su solidaridad con los desheredados exponiéndose ellos mismos al odio y a la persecución de su propia clase y uniendo sus manos con los oprimidos. La historia reciente, como la pasada, está llena de tales ejemplos. ¿Quiénes eran Garibaldi, Kossuth, Liebknecht, Rosa Luxemburg, Landauer,

Lenin o Trotsky sino intelectuales de clase media que se unieron al proletariado? La historia de cada país y de cada revolución brilla con su desinteresada devoción a la libertad y a la causa del trabajo.

Vamos a tener presentes esos hechos para no dejarnos cegar por prejuicios fanáticos y antagonismos sin base. El intelectual ha hecho en el pasado un gran servicio a los trabajadores. Será la actitud de los obreros hacia él la que determine cómo pueda y desee contribuir a la preparación y realización de la revolución social.

Capítulo XXVII
Organización de los trabajadores para la revolución social

La preparación apropiada, como he sugerido en páginas precedentes, facilitará mucho la tarea de la revolución social y le asegurará un desarrollo y un funcionamiento saludable.

Ahora bien, ¿cuáles serán las funciones más importantes de la revolución?

Cada país tiene condiciones específicas, psicología propia, hábitos y tradiciones, y el proceso revolucionario reflejará naturalmente las peculiaridades de cada nación y de sus habitantes.

Pero en general, todos los países son semejantes en su carácter social –más bien antisocial–, cualesquiera que sean las formas políticas o las condiciones económicas. Todos están erigidos sobre la intervención autoritaria, sobre el monopolio, sobre la explotación del trabajador. La tarea primordial de la revolución social es, por lo tanto, la misma en todas partes: abolir el gobierno y la desigualdad económica, y socializar los medios de producción y distribución.

Producción, distribución y comunicación son los orígenes básicos de la existencia; sobre ellos descansa el poder de la autoridad coercitiva y del capital. Despojados de este poder, los gobernantes y mandatarios se tornan en hombres ordinarios, como tú y como yo, ciudadanos comunes entre millones de otros. Cumplir esto es, consecuentemente, el objetivo primordial y más vital de la revolución social.

Sabemos que la revolución comienza con disturbios y tumultos callejeros, ésta es la parte inicial que implica fuerza y violencia. Pero sólo es el espectacular prólogo de la verdadera revolución social. La miseria y la humillación sufridas durante años por las masas estalla convirtiéndose en tumultos y desórdenes, el desprecio y la injusticia soportadas mansamente durante décadas se convierten en actos de furia y destrucción.

Esto es inevitable y la única responsable de este carácter preliminar de la revolución es la clase de los amos. Pero es más una verdad social que individual que "quien siembra vientos recoge tempestades", cuanto más grande sea la opresión y la miseria a que hayan sometido al pueblo, más fiera estallará la tormenta social.

Toda la historia lo prueba, pero los dueños de la vida nunca escucharon su voz de alarma.

Esta fase de la revolución es de corta duración. Generalmente le sigue una destrucción más consciente pero aún espontánea, de las ciudadelas de la autoridad, de los símbolos visibles de la violencia y brutalidad organizadas: cárceles, comisarías y otros edificios gubernamentales son atacados, los prisioneros liberados y los documentos legales destruidos. Es la manifestación de la instintiva justicia popular. Por eso una de las primeras gestas de la Revolución Francesa fue la demolición de la Bastilla. De forma similar en Rusia, en los comienzos de la revolución, fueron asaltadas las prisiones y los presos liberados[82].

El sano instinto del pueblo ve en los presos a desafortunadas víctimas de las circunstancias, y como tales, simpatiza con ellos. Las masas consideran a los tribunales y a sus registros como instrumentos de la justicia de clase, y todo es destrozado al comienzo de la revolución, y muy bien hecho está.

Pero este preámbulo pasa rápidamente, la ira del pueblo se disipa pronto. Simultáneamente, la revolución comienza su obra constructiva.

"¿Crees, realmente, que la reconstrucción puede emprenderse tan pronto?", preguntas.

Amigo mío, debe empezar inmediatamente. De hecho, cuanto más cultivadas estén las masas y más claramente comprendan sus fines los obreros, más preparados estarán para llevarlos a cabo, menos destructiva será la revolución y más rápida y efectivamente comenzará la obra de reconstrucción.

"¿No eres demasiado optimista?". No, no lo soy. Estoy convencido de que la revolución social no "va a ocurrir sin más".

Habrá de ser preparada, organizada. Sí, organizada, lo mismo que se organiza una huelga. Verdaderamente será una huelga, la huelga de todos los trabajadores de un país, una huelga general.

Detengámonos un momento y consideremos esto.

¿Cómo te imaginas que será rechazada una revolución en estos días de tanques, gas venenoso y aviones militares? ¿Crees que las masas desarmadas podrían resistir los ataques de la

[82] La liberación oficial de los presos políticos tuvo lugar posteriormente, después de que las masas revolucionarias hubieron destruido las prisiones en Petrogrado, Moscú y otras ciudades. *(N del A.)*

artillería de gran calibre y los bombardeos aéreos? ¿Podrían los trabajadores combatir las fuerzas militares del gobierno y el capital?

Es ridículo, ¿no es así? Y no menos ridículo es sugerir que los trabajadores deberían formar sus propios regimientos, "tropas de choque", o el "frente rojo", como te aconsejan los partidos comunistas que hagas. ¿Podrían estos cuerpos proletarios sublevarse contra los entrenados ejércitos del gobierno y las tropas privadas del capitalismo? ¿Tendrían la más mínima posibilidad?

Basta formular tal proposición para que se vea que es una locura imposible de realizar. Sólo significaría enviar a miles de trabajadores hacia una muerte segura.

Es hora de desechar esta anticuada idea de la revolución.

En nuestros días, el gobierno y el capital están demasiado bien organizados militarmente para que los trabajadores puedan vencerlos alguna vez. Sería criminal intentarlo, tan sólo pensar en ello es una locura.

La fuerza de los trabajadores no está en el campo de batalla.

Está en la mina, en el taller y en la fábrica. Allí descansa su poder que ningún ejército del mundo puede derrotar, ninguna intervención humana conquistar.

En otras palabras, la revolución social sólo puede tener efecto por medio de la huelga general. La Huelga General, perfectamente entendida y llevada a cabo de forma concienzuda, es la revolución. De esto se enteró el gobierno británico mucho antes que los trabajadores cuando en mayo de 1926[83] fue declarada la huelga general en Inglaterra. "Esto significa la revolución", dijo, en efecto, el gobierno a los líderes de la huelga. Con todos sus ejércitos y armadas las autoridades eran impotentes para hacer frente a la situación. Puedes disparar sobre las gentes hasta matarlas pero no puedes dispararles para que trabajen. Los mismos líderes de los trabajadores estaban aterrorizados ante la idea de que la huelga general implicara la revolución.

El capital y el gobierno británicos ganaron la huelga, no con la fuerza de las armas, sino por la ausencia de inteligencia y de

[83] El 3 de mayo comienza en Gran Bretaña una huelga general convocada por el Trade Union Congress. Al cabo de doce días la huelga fracasa y se levanta sin que los trabajadores hayan conseguido ninguno de sus objetivos.

valor por parte de los líderes obreros y porque los trabajadores ingleses no estaban preparados para las consecuencias de la huelga general. En realidad, la idea era enteramente nueva para ellos. Nunca antes habían estado interesados en ella, nunca habían estudiado su significado y potencialidad. Se puede decir que una situación similar se habría desarrollado en Francia de forma completamente diferente, porque en este país los trabajadores se han familiarizado durante años con la huelga general como un arma revolucionaria del proletariado.

Es de la mayor importancia comprender que la huelga general es la única posibilidad de la revolución social. En el pasado, la huelga general ha sido propagada sin subrayar suficientemente que su verdadero significado es revolución, que es el único camino practicable para ella. Es hora de que lo aprendamos nosotros, y cuando lo hagamos así la revolución social dejará de ser una vaga y desconocida incógnita. Se convertirá en un método y en un fin real y definitivo, en un programa cuyo primer paso sea la toma de posesión de las industrias por los trabajadores organizados.

"Comprendo ahora por qué dices que la revolución social significa construcción más bien que destrucción", remarca tu amigo.

Me alegra que lo comprendas. Y si me has seguido hasta aquí estarás de acuerdo en que la cuestión de apoderarse de las industrias es algo que no puede ser dejado al azar, no puede llevarse a cabo de manera casual. Sólo puede efectuarse de un modo sistemático, bien planeado y organizado. Tú solo no puedes hacerlo, ni yo, ni ninguna otra persona, sea ésta un trabajador de la Ford o el Papa de Roma. No hay persona ni grupo de personas, excepto los mismos trabajadores, que puedan conseguirlo, ya que son los únicos que pueden manejar las industrias. Pero aun así, los trabajadores no pueden hacerlo a menos que estén organizados, y organizados precisamente para tal empresa.

"Pero yo pensé que tú eras un anarquista", interrumpe tu amigo.

Lo soy.

"Yo he oído que los anarquistas no creen en la organización."

Ya me imagino que lo habrás oído: se trata de un viejo argumento.

Cualquiera que te diga que los anarquistas no creen en la organización está diciendo tonterías. La organización lo es todo, y todo es organización. Toda la vida es organización, consciente o inconsciente. Cada nación, cada familia, e incluso hasta cada individuo, es una organización u organismo. Cada parte de cada cosa viviente está organizada de tal manera que el conjunto funcione armoniosamente. De otro modo los diferentes órganos no podrían funcionar apropiadamente y la vida no podría existir.

Pero hay organización y organización. La sociedad capitalista está tan mal organizada que sus diversos miembros sufren, del mismo modo que cuando sientes dolor en alguna parte de tu organismo, te duele todo el cuerpo y estás enfermo.

Hay un tipo de organización que es dolorosa porque está enferma, y otro tipo de organización feliz porque significa salud y fortaleza. Una organización es enfermiza o dañina cuando menosprecia o suprime a algunos de sus órganos o miembros. En el organismo saludable todas las partes son igualmente valiosas y ninguna es discriminada. La organización edificada sobre la violencia, que te coarta y te fuerza, es mala e insalubre. La organización libertaria formada voluntariamente y en la que cada miembro es libre e igual, es un cuerpo sano y puede funcionar bien. Tal organización es una unión libre de partes iguales. Ésta es la clase de organización en la que creen los anarquistas.

Ésa debe ser la organización de los trabajadores si el trabajo quiere tener un cuerpo saludable, uno que pueda funcionar con efectividad.

Esto significa, ante todo, que ni un solo miembro de la organización o unión puede ser desestimado, suprimido o ignorado con impunidad. Hacer eso sería lo mismo que no hacer caso de un dolor de muelas: te pondrías completamente enfermo.

En otras palabras, el sindicato debe ser edificado sobre el principio de igual libertad para todos sus miembros.

Sólo cuando cada uno sea una unidad libre e independiente, cooperando con los demás por intereses mutuos por propia elección, puede el total funcionar con éxito y hacerse poderoso.

Esta igualdad significa que no importa qué o quién sea el obrero de que se trate, si es experto o inexperto; si es albañil, carpintero, ingeniero o jornalero, si gana mucho o poco.

Los intereses de todos son los mismos, todos pertenecen a un conjunto, y sólo permaneciendo juntos pueden cumplir sus propósitos.

Esto significa que los obreros en la fábrica, taller o mina deben estar organizados como un cuerpo, pues no es cuestión de a qué tareas particulares se dediquen, a qué oficio o rama de la industria pertenezcan sino de cuáles son sus intereses. Y sus intereses son idénticos, y contrarios al patrón y al sistema de explotación.

Considera tú mismo lo absurdo e ineficiente que es la presente forma de organización del trabajo por la que un oficio o sección puede estar en huelga mientras que las otras ramas de la misma industria continúan trabajando. ¿No es ridículo que cuando los trabajadores de los carruajes de Nueva York, por ejemplo, paran el trabajo, los empleados del metro, los conductores de taxis y autobuses permanezcan en sus puestos? El principal propósito de una huelga es propiciar una situación que obligue al empresario a conceder las demandas de los trabajadores, tal situación sólo puede ser creada inmovilizando por completo la industria en cuestión. De ahí que una huelga parcial sea sólo un derroche del tiempo y de la energía de los trabajadores, sin hablar del nocivo efecto moral que producirá la inevitable derrota.

Piensa en las huelgas en las que tú mismo has tomado parte y en aquellas de las que has tenido conocimiento. ¿Ganó tu sindicato un solo combate a menos que pudiese obligar al empresario a hacer concesiones? Pero ¿cuándo pudo hacerse eso? Solamente cuando el empresario sabía que los obreros iban en serio, que no había divisiones entre ellos, que no había ninguna vacilación ni pérdidas de tiempo, que estaban decididos a vencer a cualquier precio. Pero particularmente cuando el empresario se siente a merced del sindicato, cuando no puede poner a marchar su mina o fábrica por la actitud resuelta de los trabajadores, cuando no puede conseguir carneros o rompehuelgas y cuando ve que sus intereses sufrirían mas derrotando a sus empleados que concediéndoles sus demandas.

Está claro, entonces, que sólo puedes imponer que se cumplan las normas cuando estás decidido a ello, cuando tu sindicato es fuerte, cuando estás bien organizado, cuando estás unido, cuando estás sindicado de tal modo que tu jefe no puede

hacer funcionar su fábrica contra tu voluntad. Pero el patrón es normalmente un gran fabricante o una compañía que posee industrias o minas en diversos lugares. Si no puede hacer funcionar sus minas de Pensilvania debido a una huelga, tratará de reducir sus pérdidas continuando la extracción en Virginia o en Colorado e incrementando allí la producción. Ahora bien, si los obreros de esos estados continúan trabajando mientras que ustedes en Pensilvania están en huelga, la compañía no pierde nada. Puede hasta beneficiarse de la huelga ya que podrá subir el precio del carbón con el pretexto de que escasea a causa de la huelga. En este caso, la compañía no sólo rompe la huelga, sino que también influye en la opinión pública poniéndola contra ustedes, porque la gente tiene la absurda creencia de que el alza del precio del carbón es realmente resultado de la huelga, mientras que de hecho es debida a la avaricia de los propietarios de las minas. Perderán la huelga y durante algún tiempo, ustedes y los trabajadores de todas partes tendrán que pagar más por el carbón, y no sólo por el carbón sino por todas las demás necesidades vitales, pues, junto con el precio del carbón, se elevará el costo general de la vida.

Reflexiona, entonces, lo estúpida que es la política sindical actual que permite que otras minas puedan funcionar mientras que la tuya está en huelga. Las otras continúan trabajando y apoyan económicamente tu huelga, pero ¿no ves que su ayuda sólo contribuye a derrotar tu huelga porque tienen que seguir trabajando, convirtiéndose en carneros, para contribuir a los fondos de tu huelga? ¿Puede haber algo más carente de sentido y más criminal?

Esto sigue siendo verdad en toda industria y en cada huelga.

¿Te sorprendes de que la mayoría de las huelgas se pierdan? Es lo que pasa en Norteamérica y lo mismo en otros países. Tengo ante mí el Libro Azul[84] publicado en Inglaterra bajo el título de Estadísticas del Trabajo. Los datos prueban que las huelgas no propician victorias de los trabajadores. Las cifras durante los últimos ocho años son las siguientes:

[84] Libros Azules (*Blue Books*), denominación general de las publicaciones de documentos del Parlamento inglés y de los documentos diplomáticos del Ministerio del Exterior, debida al color azul de la cubierta. Se editan en Inglaterra a partir del siglo xvii.

Resultados a favor

Año	del pueblo trabajador	de los patrones
1920	390	507
1921	152	315
1922	111	222
1923	187	183
1924	163	235
1925	154	189
1926	67	126
1927	61	118

En la actualidad, se pierden casi el sesenta por ciento de las huelgas. Considera también los días de trabajo perdidos como resultado de las huelgas, que implica que no hay jornales. El número total de días laborables perdidos por los trabajadores ingleses en 1922 fue de 40.890.000, lo que es casi igual a las vidas de dos mil hombres, adjudicándole a cada uno sesenta años de vida. En 1919, el número de días laborables perdidos fue de 34.969.000; en 1920, 26.568.000; en 1921, 85.872.000; en 1926, como resultado de la huelga general, 162.233.000 días. En estas cifras no están incluidos el tiempo y los jornales perdidos debido al desempleo.

No se necesita mucha aritmética para ver que las huelgas, tal como se organizan en la actualidad, no dan beneficio alguno y que los sindicatos no salen vencedores de las luchas laborales.

Sin embargo, esto no quiere decir que las huelgas no sirvan para nada. Por el contrario, tienen un gran valor, enseñan al obrero la necesidad vital de cooperar, de permanecer codo a codo con sus compañeros y combatir unidos por la causa común. Las huelgas lo entrenan en la lucha de clases y desarrollan su capacidad para hacer esfuerzos conjuntos, de resistencia a los amos, de solidaridad y responsabilidad. En este sentido, incluso una huelga que fracasa no es una pérdida completa. Gracias a ella los trabajadores aprenden que "cuando atacan a uno nos atacan a todos", sabiduría práctica que encarna el significado más profundo de la lucha proletaria. Ésta no se ha de relegar

solamente a la batalla diaria por mejoras materiales, sino igualmente a todo aquello que pertenece al obrero y a su existencia, en particular a los asuntos que implican justicia y libertad.

Una de las cosas más estimulantes es ver alzarse a las masas en apoyo de la justicia social, cualquiera que sea el caso o cuestión.

Pues en verdad, sea lo que sea, nos concierne a todos en su más verdadero y profundo sentido. Cuanto más aleccionado e ilustrado esté el trabajador sobre cuáles son sus intereses fundamentales, más amplia y universal se hará su comprensión, más global será su defensa de la libertad y de la justicia. Una manifestación de este sentimiento tuvo lugar cuando los trabajadores de todos los países protestaron contra el asesinato judicial de Sacco y Vanzetti en Massachusetts.

Instintiva y conscientemente las masas del mundo sintieron, como todo hombre y mujer honrados, que un asesinato tal les concernía a ellos. Desgraciadamente, esta protesta, como tantas otras análogas, se conformó con simples resoluciones. Si los trabajadores organizados hubieran recurrido a la acción, a la huelga general, sus demandas no hubiesen sido ignoradas, y dos de los mejores amigos de los obreros, dos de los hombres más nobles, no habrían sido sacrificados por las fuerzas de la reacción.

Y lo que también es importante, hubiera servido esto como una valiosa demostración del tremendo poder del proletariado, el poder que siempre vence cuando está unificado y resuelto.

En el pasado se ha probado, en numerosas ocasiones, que la actitud decidida de los trabajadores ha impedido la puesta en práctica de planes para atacarlos legalmente, como en el caso de Haywood, Moyer y Pettibone[85], miembros de la Western Federation of Miners (WFM)[86], a quienes los barones del estado de Idaho habían decidido enviar a la horca durante la huelga minera de 1905. Otra vez, en 1917, fue la solidaridad de los trabajadores la que impidió la

85 Charles H. Moyer, William "Big Bill" Haywood y George A. Pettibone eran tres preeminentes miembros de la Western Federation of Miners (WFM). Fueron acusados de asesinar al antiguo gobernador de Idaho, Frank Steunenberg, el 30 de diciembre de 1905. Harry Orchard, un antiguo miembro de WFM que había ejercido como guardaespaldas de Charles Moyer, que fue quien colocó la bomba, era al mismo tiempo el testigo principal de la fiscalía. Fueron absueltos.

86 Sindicato minero del Oeste Americano y la Columbia Británica. Tuvo un papel importante en la fundación de la IWW en 1905.

ejecución de Tom Mooney en California. La actitud comprensiva de los trabajadores organizados de Norteamérica hacia México ha sido, también, hasta ahora, un obstáculo a la ocupación militar de este país por los gobiernos de los Estados Unidos en apoyo de los intereses petroleros norteamericanos. Análogamente, la acción unitaria de los trabajadores europeos ha forzado a las autoridades a conceder amnistía a los presos políticos en repetidas y continuadas ocasiones. El gobierno de Inglaterra temió tanto la declarada simpatía de los trabajadores británicos por la revolución rusa que se vio obligado a fingir ser neutral. No se atrevió a ayudar abiertamente a la contrarRevolución Rusa.

Cuando los obreros del puerto se negaron a cargar alimentos y municiones destinados a los ejércitos blancos, el gobierno inglés recurrió al engaño. Aseguró solemnemente que los embarques eran una disposición de Francia. Durante mi trabajo de compilación de material histórico en Rusia, en 1920 y 1921, llegué a poseer documentos oficiales británicos que probaban que los embarques habían sido reenviados inmediatamente desde Francia, por orden del gobierno británico y dirigidos a los generales contrarrevolucionarios que en el norte de Rusia habían establecido lo que se llamó gobierno Tchaikovsky-Miller. Este incidente, uno entre muchos, demuestra el intenso miedo que los poderes le tienen al despertar de la conciencia de clase y la solidaridad del proletariado internacional.

Cuanto más fuertemente arraigue tal espíritu y se desarrolle en los obreros, más efectiva será su lucha por la emancipación.

La conciencia de clase y la solidaridad deben asumir proporciones nacionales e internacionales antes de que los trabajadores puedan alcanzar todo su poder. En dondequiera que haya injusticia, persecución y represión –sea sometiendo a las Islas Filipinas, invadiendo Nicaragua, esclavizando a los trabajadores del Congo por explotadores belgas, oprimiendo a las masas en Egipto, China, Marruecos o la India– es asunto de los trabajadores de todas partes alzar sus voces contra tales ultrajes y demostrar su solidaridad con la causa común de los despojados y desheredados de todo el mundo.

El trabajador avanza lentamente hacia esa conciencia social.

Las huelgas y otras convenientes expresiones son una valiosa manifestación de este espíritu.

Si en la actualidad se pierden la mayor parte de las huelgas es porque el proletariado no es plenamente consciente de sus intereses nacionales e internacionales, no está organizado según principios correctos y aún no ha comprendido la necesidad de una cooperación mundial.

Tu lucha diaria por mejorar las condiciones tendría rápidamente un carácter diferente si estuvieras organizado de modo que cuando la fábrica o la mina fuese a la huelga, la industria entera detuviese el trabajo, no de forma gradual sino de inmediato, toda al mismo tiempo. Entonces el empresario estaría a tu merced, pues ¿qué podría hacer cuando ni una sola rueda de toda la industria girase? Puede conseguir suficientes rompehuelgas para una fábrica o para unas pocas, pero no puede suministrarlos a toda una industria ni tampoco lo considera seguro o aconsejable. Además, la suspensión del trabajo en una industria afectaría inmediatamente a un gran número de otras, porque la industria moderna es interdependiente. La situación afectaría directamente a todo el país, el público se alzaría pidiendo la resolución (actualmente, cuando sólo tu fábrica hace huelga, a nadie le importa que te mueras de hambre mientras permanezcas tranquilo). Este arreglo dependería entonces de ti mismo, de la fuerza de tu organización. Cuando los empresarios viesen que conoces tu poder y que estás decidido a emplearlo, se rendirían rápidamente o buscarían un convenio. Perderían millones cada día, los huelguistas podrían incluso sabotear los trabajos y la maquinaria, y los empresarios estarán ansiosos por llegar a un “acuerdo”, mientras que en la huelga de una única fábrica o distrito es bien recibida por ellos, sabiendo como saben que todas las posibilidades están en tu contra.

Reflexiona, por tanto, la importancia que tiene de qué modo, sobre qué principios está edificado tu sindicato y lo vitales que son la solidaridad y la cooperación de los trabajadores en la lucha diaria por mejorar las condiciones de vida. En la unidad está tu fuerza, pero esta unidad no existe y es imposible mientras estés organizado por oficios en lugar de estarlo por industrias.

No hay nada más importante y urgente que tú y tus compañeros obreros vean esto de inmediato y que cambien la forma de la organización.

Pero no es solamente la forma lo que hay que cambiar. Tu sindicato u organización debe aclarar sus fines y propósitos. El obrero debería considerar más encarecidamente lo que en realidad quiere, lo que pretende conseguir y con qué métodos. Debe aprender lo que debería ser su sindicato, cómo debería funcionar y qué debería tratar de realizar. Ahora bien, ¿qué ha de realizar el sindicato? ¿Cuáles deberían ser los fines de un verdadero sindicato de trabajadores?

Ante todo, el propósito del sindicato o la organización es servir a los intereses de sus miembros. Éste es su primer deber.

No hay discusión a este respecto y todo trabajador lo comprende.

Si algunos rehúsan unirse a un gremio de trabajadores es porque son demasiado ignorantes para apreciar el gran valor de la unión. En tal caso deben ser ilustrados. Pero generalmente declinan el pertenecer al sindicato porque no tienen fe en él o están desilusionados de éste. Muchos de los que permanecen fuera del sindicato lo hacen así porque oyen muchas alabanzas respecto de la fuerza de los trabajadores organizados, mientras que a menudo conocen, por amarga experiencia, que éste es derrotado en casi toda lucha importante. "¡Oh! –dicen desdeñosamente–, el sindicato no sirve para nada." Hablando con entera sinceridad, en cierta medida tienen razón. Ven al capital organizado proclamar la política de "open shop" y derrotar a los sindicatos, ven que los líderes sindicales liquidan de mala manera las huelgas y traicionan a los trabajadores, ven que los miembros del sindicato, los simples afiliados, están indefensos frente a las maquinaciones políticas de dentro y de fuera del sindicato. Es seguro que no comprenden por qué es todo así; pero ven los hechos y se vuelven contra el sindicato.

Algunos, además, rehúsan tener que ver nada con el sindicato, porque en un tiempo pertenecieron a él y saben qué papel tan insignificante juega en los asuntos de la organización el miembro individual, el trabajador medio. Los líderes locales, los órganos de distrito y centrales, los funcionarios nacionales e internacionales y los jefes de la Federación Americana del Trabajo en los Estados Unidos, "dirigen todo el espectáculo –te dirán los obreros–, tú no tienes nada que hacer, sino votar, y si objetas algo te expulsan".

Desgraciadamente tienen razón. Sabes cómo se maneja el sindicato. Las bases, los afiliados ordinarios poco pueden decir.

Han delegado todo el poder en los líderes, y éstos se han convertido en los jefes, lo mismo que en el plano más amplio de la vida social el pueblo se ha sometido a las órdenes de aquellos que originariamente tenían que servirlo: el gobierno y sus agentes. Una vez que han hecho esto, el poder que tú has delegado será usado contra ti en todo momento y contra tus propios intereses. Y entonces te lamentarás de que tus líderes "abusen de su poder".

No, amigo mío, ellos no abusan de él, solamente lo usan, porque es el uso del poder el que en sí mismo es el peor abuso.

Hay que cambiar todo esto si realmente quieres alcanzar resultados. En la sociedad hay que cambiarlo despojando a tus gobernantes del poder político, aboliendo sin más ese poder.

He demostrado que el poder político significa autoridad, opresión y tiranía, y que no es un gobierno político lo que necesitamos sino una ordenación racional de nuestros asuntos colectivos.

Precisamente por eso necesitas en tu sindicato una administración sensata de tus asuntos. Nosotros conocemos el tremendo poder que tiene el trabajador como creador de toda la riqueza y mantenedor del mundo. Bien organizados y unidos los obreros pueden controlar la situación, ser los dueños de ella. Pero la fuerza del trabajador no está en la asamblea sindical sino en el taller, en la fábrica, en el almacén y en la mina. Es allí donde debe organizarse: allí en el trabajo. Allí sabe lo que quiere, cuáles son sus necesidades, y es allí donde debe concentrar sus esfuerzos y su voluntad. Cada taller y fábrica deberían tener su comité particular para atender a los deseos y requerimientos de sus trabajadores, no de los líderes sino de los miembros de base; de aquellos que trabajan en el banco y en el horno, para encargarse de las demandas y las quejas de sus compañeros de trabajo. Tal comité sobre el terreno y bajo la constante dirección y supervisión de los obreros no ejerce por sí mismo ningún poder sino que sólo cumple órdenes. Sus miembros son revocados a voluntad eligiendo otros en su lugar de acuerdo con las necesidades del momento y la habilidad requerida para la tarea que estén realizando. Son los obreros quienes deciden los asuntos en cuestión y llevan a cabo sus decisiones por medio de los comités de fábrica.

Éste es el modo de ser y la forma de organización que los trabajadores necesitan. Sólo así pueden expresar su voluntad

y sus propósitos reales, ser su adecuado portavoz y servir a sus auténticos intereses.

Esos comités de fábrica, combinados con organismos similares en otros talleres y minas, asociados local, regional y nacionalmente, constituirían un nuevo tipo de organización laboral que sería la voz decidida de la clase trabajadora y su representación efectiva. Detrás de esto estarían todo el peso y la energía de los trabajadores unidos y representaría un poder enorme en extensión y potencialidades.

En la lucha diaria del proletariado, tal organización podría conseguir victorias que el sindicato conservador no puede ni soñar. Gozaría del respeto y confianza de las masas, atraería a los desorganizados y uniría las fuerzas del trabajo sobre la base de la igualdad de todos los obreros y de sus intereses y fines conjuntos. Se enfrentaría con los amos respaldada por toda la potencia de la clase trabajadora, en una nueva actitud de conciencia y de fuerza. Sólo entonces obtendría dignidad el trabajo y su expresión asumiría significado real.

Tal asociación se convertiría pronto en algo más que en un simple defensor y protector del obrero. Conseguiría una comprensión vital del significado de la asociación y su poder consiguiente, de la solidaridad del trabajo. La fábrica y el taller servirían como campo de entrenamiento para desarrollar en el obrero la conciencia del papel que propiamente ha de jugar en la vida; para cultivar su confianza en sí mismo y su independencia; para enseñarle la ayuda mutua y la cooperación, y hacerlo consciente de su responsabilidad. Aprendería a decidir y actuar según su criterio propio, no dejando a líderes o políticos el cuidado de atender a sus asuntos y de procurarles bienestar. Sería él, junto con sus compañeros de trabajo, quienes decidirían lo que quieren y qué métodos servirían mejor a sus fines y sus comités, sobre el terreno, llevarían a cabo únicamente instrucciones. El taller y la fábrica se convertirían en la escuela y el colegio del obrero.

Allí aprenderá su lugar en la sociedad, su función en la industria y su propósito en la vida. Madurará como trabajador y como ser humano, y el gigante del trabajo alcanzará toda su verdadera envergadura. De este modo se sabrá fuerte y lo será.

No se contentará más con seguir siendo un esclavo asalariado, un empleado que depende de la buena voluntad del amo

a quien mantiene con su trabajo. Llegará a comprender que el presente económico y las actuales ordenaciones sociales son perniciosas y criminales, y decidirá cambiarlos. El comité de fábrica y el sindicato servirán como campo de preparación de un nuevo sistema económico para una nueva vida social.

Luego ya ves lo necesario que es que tú, yo y todo hombre y mujer que de todo corazón se interesen por los trabajadores, trabajemos para lograr esos objetivos.

Y precisamente aquí quiero subrayar que es particularmente urgente que el proletariado más avanzado, el radical y el revolucionario, reflexione sobre esto más seriamente, pues para muchos de ellos, hasta para algunos anarquistas, esto es sólo un deseo piadoso, una esperanza distante. Les falta comprender la importancia trascendental que tiene el encauzar los esfuerzos en esta dirección.

Pues esto no es un simple sueño. Un gran número de trabajadores progresistas están comprendiendo esto. Los miembros de la I.W.W. y los anarcosindicalistas revolucionarios de todos los países se están consagrando a este fin. Es la necesidad más urgente del presente. No puede dejarse de enfatizar que sólo la correcta organización de los obreros puede conseguir aquello por lo que nos esforzamos. En esto descansa la salvación de los trabajadores y del futuro. Organización de abajo arriba, comenzando por la fábrica y el taller, sobre la base de los intereses comunes de los trabajadores de todas partes, sin consideraciones de oficio, raza o país, por medio del esfuerzo mutuo y la unificación de voluntades; solo así se puede resolver la cuestión del trabajo y servir a la verdadera emancipación del ser humano.

"Hablaste de que los obreros se apoderarán de las industrias –me recuerda tu amigo–. ¿Cómo van a hacer esto?"

Es verdad, yo me referí a este tema cuando hiciste objeciones respecto de la organización. Pero es bueno discutir el asunto porque no hay nada tan importante en el problema que estamos examinando.

Volvamos a la ocupación de las industrias. Esto significa no sólo ocuparlas, sino que los trabajadores las dirijan. Respecto de la ocupación, debes considerar que los obreros ya están en las industrias. La ocupación consiste en que los obreros permanezcan donde están, aunque no como empleados sino como dueños colectivos legítimos.

Capta bien este punto, amigo mío. La expropiación de la clase capitalista durante la revolución social –la ocupación de las industrias– requiere usar una táctica que es el reverso de aquellas que actualmente usas en una huelga. En esta última detienes el trabajo y dejas al empresario la posesión completa del taller, fábrica o mina. Éste es, desde luego, un procedimiento imbécil, porque das al amo toda la ventaja, puede poner rompehuelgas en tu lugar mientras tú permaneces al margen.

En la expropiación, por el contrario, tú permaneces en tu puesto de trabajo y colocas al patrón en la puerta, en la calle.

Sólo puede quedarse en las mismas condiciones que los demás, como un obrero entre obreros.

Las organizaciones de trabajadores de un determinado lugar toman a su cargo los servicios públicos, los medios de comunicación, de producción y distribución de la localidad de que se trate. Es decir, los telegrafistas, los trabajadores de las compañías telefónicas y de las eléctricas, los ferroviarios, y así sucesivamente, se apoderan (por medio de sus comités revolucionarios) del taller, la fábrica o del establecimiento que sea. Los capataces, los supervisores y el resto de mandos capitalistas serán destituidos de sus cargos si se resisten al cambio y se niegan a cooperar. Si desean participar, ha de hacérseles comprender que de aquí en adelante no hay ni amos ni propietarios, que la fábrica se convierte en propiedad pública a cargo del sindicato de trabajadores empleados en la industria, todos miembros iguales de una misma empresa.

Es de esperar que los altos directivos de los grandes consorcios manufactureros e industriales se nieguen a cooperar. Así se eliminan ellos mismos. Sus lugares deben ser ocupados por obreros, previamente preparados para la tarea que les será encomendada.

He aquí por qué subrayé la importancia de la preparación industrial.

Es una necesidad primordial de la que, más que de ningún otro factor, surgirá inevitablemente y dependerá el éxito de la revolución social. La preparación industrial es el punto más esencial, pues sin ella la revolución está condenada al colapso.

Los ingenieros y otros especialistas técnicos son los que con más probabilidades unirán sus manos a los trabajadores cuando llegue la revolución social, particularmente si, mientras tanto, se establecen lazos más estrechos y una mejor comprensión entre los obreros manuales e intelectuales.

Si rehusasen y les faltase a los trabajadores preparación industrial y técnica, entonces la producción dependería de forzar la cooperación de los obstinados que intencionadamente se nieguen, experimento que ha tenido lugar en la Revolución Rusa y que se ha probado como un completo fracaso.

El gran error de los bolcheviques a este respecto fue el trato hostil que dieron a toda la clase intelectual, pese a la oposición de algunos miembros del Partido. Fue el espíritu de intolerancia, inherente a todo dogma fanático, lo que los llevó a perseguir a todo un grupo social sólo por los defectos de algunos de sus componentes. Esto se manifestó en la política de venganza a gran escala sobre los elementos profesionales, los técnicos especialistas, las organizaciones cooperativas, y contra todas las personas cultas en general. Muchos de ellos simpatizaron en un principio con la Revolución, hasta se entusiasmaron con ella, pero se fueron alejando por estas tácticas bolcheviques, y su cooperación se hizo imposible. Como resultado de su actitud dictatorial los comunistas tuvieron que incrementar la opresión y la tiranía, hasta que finalmente introdujeron métodos puramente marciales en la vida industrial del país. Fue la era del trabajo obligatorio, de la militarización de fábricas y talleres, que terminó en un desastre inevitable, porque forzar al trabajo es, por la misma naturaleza de la coacción, malo e ineficiente. En consecuencia, aquellos a los que se fuerza reaccionan contra la situación con sabotajes, con el retraso sistemático y con la inutilización del trabajo, todo lo cual lo puede practicar un enemigo inteligente de modo que no puede evitarse a su debido tiempo, y redunda en mayor perjuicio de la maquinaria y de los productos que la negativa directa a trabajar. A pesar de las medidas más drásticas contra dicha clase de sabotaje, a pesar incluso de la pena de muerte, el gobierno se vio impotente para remediar el daño. Situar un bolchevique o un comisario político sobre cada técnico en puestos de mayor responsabilidad no solucionó la cuestión. Creó simplemente una legión de burócratas parásitos que, ignorando los asuntos industriales, solamente interferían en el trabajo de aquellos que simpatizaban con la Revolución

y deseaban ayudarla, mientras que su falta de familiaridad con la tarea que custodiaban no evitaba de ninguna manera que el sabotaje continuase. Este sistema de trabajo forzado se desarrolló y finalmente se convirtió en la práctica en una contrarrevolución económica, y ningún esfuerzo de la dictadura pudo alterar la situación. Y fue esto lo que llevó a los bolcheviques a pasar del trabajo forzoso a ganarse a los especialistas y técnicos, devolviéndoles su autoridad en las industrias y remunerándolos con altos sueldos y privilegios especiales.

Sería estúpido y criminal intentar de nuevo los métodos que fracasaron tan estruendosamente en la Revolución Rusa y que por su mismo carácter están llamados a fracasar en todo momento, tanto industrial como moralmente.

La única solución a este problema es la ya sugerida preparación y entrenamiento de los obreros en el arte de organizar y manejar la industria, al mismo tiempo que un más estrecho contacto entre el obrero manual y el técnico. Cada fábrica, mina y taller tendría su consejo especial de obreros, independiente del comité de taller, con el propósito de familiarizar a los obreros con las diferentes fases de su industria, incluidos los orígenes del material en bruto, los consecutivos procesos de fabricación, los productos derivados y la forma de distribución.

Este consejo industrial sería permanente, pero sus miembros se sucederían de tal forma que pasasen por él todos los empleados en un determinado taller o fábrica. Como ejemplo de esto, supongamos que el consejo industrial de un cierto establecimiento consta de cinco miembros o de veinticinco, ya que el caso puede darse según la complejidad de la industria y las dimensiones de la fábrica de que se trate. Los miembros del consejo, después de haberse familiarizado completamente con su industria, publican lo que han aprendido para información de sus camaradas obreros, y son elegidos nuevos miembros del consejo para continuar los estudios industriales. De este modo, toda la fábrica o taller puede adquirir el conocimiento necesario respecto de la organización y manejo de su oficio y mantenerse a la par con su evolución. Esos consejos servirían como colegios industriales donde los obreros se irían familiarizando con la técnica de todas las fases de su industria.

Al mismo tiempo la organización más grande, el sindicato, debe emplear todos los esfuerzos posibles en obligar al capital a permitir una mayor participación de los obreros en la ordenación industrial actual. Pero esto, incluso en el mejor de los casos, solo puede beneficiar a una pequeña minoría de trabajadores.

Por otra parte, el plan antes sugerido abre la posibilidad del adiestramiento industrial en el taller, industria y fábrica prácticamente para cada obrero.

Es verdad, desde luego, que hay ciertas tipos de trabajo –como el de los ingenieros civiles, eléctricos y mecánicos– cuyo conocimiento no podrán adquirir los consejos industriales con sólo la actuación práctica. Pero lo que aprenderán de los procesos generales de la industria servirá como una preparación de valor inestimable. En cuanto al resto, una cooperación y una unión más estrecha entre obreros y técnicos es una necesidad crucial.

La ocupación de las industrias es, por lo tanto, el primer gran objetivo de la revolución social. La tiene que llevar a cabo el proletariado, la parte de éste que está organizada y preparada para la tarea. Un considerable número de obreros están comenzando ya a darse cuenta de la importancia de esto y a comprender la tarea que tienen ante ellos. Pero comprender lo que es necesario hacer, no es suficiente. Aprender cómo hacerlo es el paso inmediato. Es toda la clase obrera organizada la que ha meterse inmediatamente en esta obra preparatoria.

Capítulo XXVIII

Principios y práctica

El objetivo principal de la revolución social debe ser la mejora inmediata de las condiciones en que viven las masas. El éxito de la revolución depende fundamentalmente de ello. Esto sólo se puede conseguir organizando la producción y el consumo para que redunden en beneficio popular. En esto descansa la máxima –de hecho la única– seguridad de la revolución social. No fue el ejército rojo el que venció a la contrarrevolución rusa, sino los campesinos aferrándose como a su vida a las tierras de las que se habían apoderado durante la sublevación.

La revolución debe traer beneficios materiales para las masas si se quiere sobrevivir y prosperar. A la larga, el pueblo debe estar seguro de que sus esfuerzos son de provecho, o en último extremo, concebir la esperanza de que serán de provecho en un futuro próximo. La revolución está condenada al fracaso si para su existencia y defensa confía en medios mecánicos, tales como la guerra y los ejércitos. La salvaguardia real de la revolución es orgánica, o sea, que descansa en la industria y en la producción.

El objeto de la revolución es asegurar mayor libertad e incrementar la prosperidad material del pueblo. El fin de la revolución social es, en particular, permitir a las masas que por sus propios esfuerzos mejoren las condiciones de bienestar material y social y puedan elevarse a su máximo nivel moral y espiritual.

En otras palabras, es la libertad la que ha de ser establecida por la revolución social. Pero la verdadera libertad se basa en la oportunidad económica. Sin ello toda libertad es una burla y una mentira, una careta tras la que se esconden la explotación y la opresión. En su sentido más profundo la libertad es la hija de la igualdad económica.

La finalidad primordial de la revolución social es, por lo tanto, establecer igual libertad sobre la base de la igualdad de oportunidades.

La reorganización revolucionaria de la vida debe proceder inmediatamente a asegurar la igualdad de todos, económica, política y socialmente.

Esta reorganización dependerá, primero y ante todo, de la completa familiaridad del trabajador con la situación económica del

país: de un completo inventario de las provisiones, de un exacto conocimiento de los orígenes de la materia prima y de la apropiada organización de las fuerzas del trabajo para una ordenación eficiente.

Esto significa que las estadísticas y las asociaciones obreras intelectuales son necesidades vitales de la revolución desde el día después de la sublevación. Todo el problema de la producción y la distribución –la vida de la revolución– se basa en ello. Es obvio reseñar, por haberlo apuntado antes, qué conocimientos deben adquirir los obreros antes de la revolución si esta última quiere cumplir sus propósitos.

Es por esto que los comités de fábrica y taller –de los que hemos tratado en el anterior capítulo– son tan importantes y jugarán un papel tan decisivo en la reconstrucción revolucionaria.

Pues una nueva sociedad no surge súbitamente, se gesta y nace como un niño. La nueva vida social se gesta en el cuerpo de la antigua vida, lo mismo que una nueva vida humana en las entrañas de la madre. Se requieren tiempo y ciertos procesos para que se desarrolle hasta hacerse un organismo completo capaz de funcionar. Cuando esta etapa ha sido cumplida tiene lugar el alumbramiento entre agonías y dolores, lo mismo en lo social como en lo individual. La revolución, usando un dicho vulgar pero expresivo, es la matrona del nuevo ser social. Esto es verdad en su sentido más literal. El capitalismo es la madre de la nueva sociedad. Los comités de taller y fábrica y el sindicato de trabajadores con conciencia de clase y finalidades revolucionarias son el germen de la nueva vida. En esos comités de taller y sindicatos debe adquirir el obrero el conocimiento de cómo manejar sus asuntos. En este proceso llegará a percibir que la vida social es cuestión de organización adecuada, de esfuerzos unitarios, de solidaridad. Llegará a comprender que no es dirigir y mandar a los hombres lo que hace que se hagan las cosas, sino la libre asociación. Que no es el gobierno y las leyes quienes producen y crean, quienes hacen crecer el trigo y girar los engranajes, sino la concordia y la cooperación. La experiencia le enseñará a sustituir el gobierno de los hombres por el manejo de las cosas. En la lucha y la vida diaria de su comité de taller, el obrero debe aprender cómo guiar la revolución.

Los comités de taller y de fábrica, organizados localmente, por distrito, región, Estado y federados nacionalmente, serán los organismos más indicados para continuar la producción revolucionaria.

Los comités locales y estatales, federados nacionalmente, serán la forma de organización más acorde para administrar la distribución por medio de las cooperativas del pueblo.

Esos comités, elegidos por los obreros en el trabajo, conectan sus fábricas y talleres con otros talleres y fábricas de la misma industria.

El consejo conjunto de toda una industria enlaza ésta con otras, y así se forma por todo el país una federación de consejos del trabajo.

Las asociaciones cooperativas son los medios de intercambio entre el campo y la ciudad. Los campesinos, organizados localmente y federados regional y nacionalmente, cubren las necesidades de los ciudadanos por medio de las cooperativas, y reciben como intercambio, por medio de estas últimas, los productos de las industrias de la ciudad.

Toda revolución está acompañada por un gran estallido de entusiasmo popular, lleno de esperanzas y aspiraciones. Es el trampolín de la revolución. Esta fuerte oleada, espontánea y poderosa, hace que surjan la iniciativa y la actividad humanas. El sentido de la igualdad libera lo mejor que hay en un ser humano y lo hace conscientemente creativo. Ésos son los grandes motores de la revolución social, sus fuerzas motrices. Su expresión libre y desembarazada significa el desarrollo y la profundidad de la revolución. Su supresión es decadencia y muerte. La revolución está a salvo, crece y se hace fuerte, mientras que las masas sienten que son participantes directas, que moldean sus propias vidas, que están haciendo la revolución, que son la revolución.

Pero en el momento en que son usurpadas sus actividades por un partido político, o centralizadas en alguna organización en especial, los esfuerzos revolucionarios quedan limitados a un pequeño círculo, del cual las masas están prácticamente excluidas. El resultado natural es que se apaga el entusiasmo popular, se debilita gradualmente el interés, la iniciativa languidece, la creación decae y la revolución se convierte en monopolio de una facción que entonces se torna en dictadora.

Esto es fatal para la revolución. La única forma de evitar tal catástrofe yace en el interés activo y continuado de los trabajadores por su participación diaria en los asuntos relativos a la revolución. El foco de este interés y actividad está en el taller y el sindicato.

El interés de las masas y su lealtad a la revolución dependerá además de que sientan que representa justicia y equidad. Esto explica por qué la revolución tiene poder para exaltar el ánimo del pueblo hasta realizar actos del mayor heroísmo y devoción.

Como ya he señalado, las masas ven instintivamente en la revolución un enemigo del error y la iniquidad, y el heraldo de la justicia.

En este sentido la revolución es un factor altamente ético o inspirador.

Fundamentalmente, sólo los grandes principios morales pueden inflamar a las masas y elevarlas a cumbres espirituales.

Todas las sublevaciones populares han demostrado que esto es verdad, particularmente la Revolución Rusa. Fue por este espíritu por lo que las masas rusas triunfaron tan sorprendentemente sobre todos los obstáculos en los días de febrero y octubre.

Ninguna oposición pudo vencer su fervor inspirado por una causa noble y grandiosa. Pero la revolución comenzó a declinar cuando se castraron sus altos valores morales, cuando fue despojada de sus elementos de justicia, igualdad y libertad.

Estas pérdidas fueron la sentencia de muerte de la revolución.

No puede ser subrayado con demasiada energía lo esenciales que son los valores espirituales de la revolución social. Éstos y la conciencia en las masas de que la revolución también significa el mejoramiento material son influencias dinámicas en la vida y evolución de la nueva sociedad. De los dos factores, los valores espirituales son primordiales. La historia de las revoluciones anteriores prueba que las masas desearon siempre sufrir y sacrificar el bienestar material por la causa de la libertad y la justicia.

Por eso, en Rusia, ni el frío ni el hambre pudieron inducir a obreros y campesinos a que prestasen ayuda a la contrarrevolución.

Pese a todas las privaciones y la miseria, sirvieron heroicamente los intereses de la gran causa. Sólo cuando vieron monopolizada la revolución por un partido político –el nuevo cercenador de libertades–, una dictadura instaurada y la injusticia y la desigualdad dominando de nuevo, declinaron participar en la farsa, rehusaron cooperar y hasta se volvieron contra ella.

Olvidar valores éticos, introducir métodos inconsecuentes u opuestos a los elevados propósitos morales de la revolución, significa invitar a la contrarrevolución y al desastre.

Está claro, por lo tanto, que el éxito de la revolución social dependerá, primordialmente, de la libertad y la igualdad. Alejarse mínimamente de ellas no solamente será perjudicial, sino que en verdad, se mostrará como algo destructivo. De esto se deduce que todas las actividades de la revolución deben estar basadas en la libertad y en la igualdad de derechos, y esto puede aplicarse tanto a las pequeñas cosas como a las grandes. Cualquier acto o método encaminado a limitar la libertad, a crear desigualdad e injusticia, solamente puede provocar una actitud popular hostil hacia la revolución y sus mejores intereses.

Desde este ángulo deben ser considerados y resueltos todos los problemas del período revolucionario. Entre ellos los más importantes son el consumo y la vivienda, la producción y el intercambio.

Capítulo XXIX

Consumo e intercambio

Vamos a dedicarnos primero a la organización del consumo, porque el pueblo tiene que comer antes de que pueda trabajar y producir.

"¿Qué quieres decir con organización del consumo?", pregunta tu amigo.

"Supongo que quiere decir racionamiento", dices tú.

En efecto. Desde luego que cuando la revolución social se ha organizado del todo y la producción funciona normalmente habrá bastante para cada uno. Pero en las primeras etapas de la revolución, durante el proceso de reconstrucción, hemos de procurar abastecer al pueblo lo mejor que podamos y de forma igualitaria, lo que significa racionamiento.

"Los bolcheviques no hicieron un racionamiento igualitario –interrumpe tu amigo–, tuvieron diferentes clases de raciones para diferentes personas."

Es verdad, y esto fue uno de los errores más grandes en que incurrieron. El pueblo vio en esto un perjuicio y provocó su irritación y descontento. Los bolcheviques tuvieron un tipo de ración para el marinero, otra más inferior en cantidad y calidad para el soldado, una tercera para el trabajador cualificado, una cuarta para el no cualificado; otra ración más para el ciudadano medio y aun otra, para los burgueses. Las mejores raciones eran para los bolcheviques, los miembros del partido; y raciones especiales para los funcionarios comunistas y los comisarios delegados. En un momento dado tuvieron hasta catorce raciones diferentes de alimento. Tu propio sentido común te dirá que esto fue un completo error. ¿Fue equitativo el distinguir a unas personas en perjuicio de otras basándose en que unas eran mecánicos, labradores o trabajadores intelectuales en vez de soldados o marineros? Tales métodos eran injustos y perniciosos, crearon inmediatamente la desigualdad material y abrieron la puerta al abuso de posición y oportunidad, a la especulación, la injerencia y la estafa. También estimularon a la contrarrevolución, pues aquellos indiferentes o no simpatizantes con la Revolución se resintieron por causa de tales distinciones y, en consecuencia, fueron presa fácil de las influencias contrarrevolucionarias.

Esta inicial distinción y algunas otras que siguieron no fueron dictadas por las necesidades de la situación, sino únicamente por consideraciones políticas de partido. Habiendo usurpado las riendas del gobierno y temiendo a la oposición del pueblo, los bolcheviques trataron de fortalecerse en la poltrona gubernamental adulando y favoreciendo a los marinos, soldados y obreros. Pero por tales medios sólo consiguieron crear indignación y antagonismo en las masas, pues la injusticia del sistema era demasiado evidente. Además, hasta la clase favorecida, el proletariado, se sintió depreciada porque a los soldados les eran entregadas mejores raciones. ¿No era el obrero tan bueno como el soldado? ¿Podría el soldado combatir por la revolución –argumentaba el hombre de la fábrica– si el obrero no le proporcionara municiones? El soldado protestaba a su vez de que el marinero obtuviese más. ¿No valía él tanto como el marino? Y todos condenaban las raciones especiales y privilegios otorgados a los miembros del Partido Bolchevique, y particularmente, las comodidades y hasta los lujos de que gozaban los burócratas más encumbrados y los comisarios, mientras que las masas sufrían la privación de lo indispensable.

El resentimiento popular contra tales prácticas fue impresionantemente expresado por los marineros de Kronstadt.

Fue a mediados de un invierno de extremada severidad y de hambre, en marzo de 1921, cuando en un mitin público de los marinos, éstos decidieron por unanimidad entregar el sobrante de sus raciones en beneficio y apoyo de la población de Kronstadt menos favorecida, e igualar las raciones en toda la ciudad. Este rasgo de verdadera ética revolucionaria expresó el sentimiento general contra las distinciones y favoritismos, y dio una prueba convincente del profundo sentido de justicia inherente a las masas.

Toda experiencia enseña que aquello que es justo y honrado es también al mismo tiempo lo más sensato y práctico a la larga. Esto es igualmente verdad tanto en la vida individual como en la colectiva. Discriminación e injusticia son cosas particularmente destructivas de la revolución porque el mismo espíritu de ésta nace del hambre de justicia y equidad.

Ya he mencionado que cuando la revolución social alcanza la etapa en la que puede producir en cantidad suficiente para

todos, se adopta, entonces, el principio anarquista de "a cada uno según sus necesidades". En los países más eficientes y desarrollados industrialmente se logrará esta etapa más pronto que en los territorios atrasados. Pero hasta que esto sea logrado, el sistema de reparto equitativo, de igual distribución por cabeza, es de imperativa necesidad como el único método justo.

Y no hay ni que decir, desde luego, que deben otorgarse especiales consideraciones al enfermo, al anciano y al niño, y a las mujeres durante el período prenatal y la lactancia, cosa que también fue puesta en práctica por la Revolución Rusa.

"Permíteme insistir en este extremo –remarcas tú–. Tiene que darse una participación igual, según dices. ¿Entonces no vas a poder comprar nada?"

No. No habrá ni compras ni ventas. La revolución suprime la propiedad privada de los medios de distribución y, junto con esto, se acaba el negocio capitalista. Sólo las cosas que utilizas restan como posesión personal. Según eso, tu reloj es tuyo, pero el reloj de la fábrica pertenece al pueblo. La tierra, la maquinaria y todas las demás utilidades públicas serán de propiedad colectiva, y no podrán venderse ni comprarse. El uso activo será considerado como solo título –no de propiedad sino de posesión–. La organización de los mineros del carbón, por ejemplo, tendrá a su cargo las minas de carbón, no como propietarios sino como organismo de explotación. Similarmente dirigirán los ferrocarriles las hermandades o sindicatos ferroviarios, y de este modo, todo lo demás. La posesión colectiva, activamente administrada en interés de la comunidad, ocupará el lugar de la propiedad privada personal guiada para la ganancia.

"Pero si nada puedes comprar, ¿cuál es, entonces, el uso del dinero?", preguntas.

Ninguno. El dinero se convierte en inútil. Nada puedes conseguir con él. Cuando los recursos de abastecimiento, la tierra, fábricas y productos se convierten en hacienda pública, socializada, no puedes ni comprar ni vender. Como el dinero es solamente un medio para tales transacciones, pierde su utilidad.

"Pero, ¿cómo intercambiarás las cosas?".

El intercambio será libre. Los mineros del carbón, por ejemplo, cederán para uso de la comunidad el carbón que extraigan de los yacimientos públicos. A su vez, los mineros

recibirán de los almacenes de la comunidad la maquinaria, las herramientas y los demás productos que necesiten. Esto significa libre intercambio sin mediación del dinero y sin ganancia sobre la base de tener disponibles tanto las necesidades como el abastecimiento.

"Pero ¿y si no hay maquinaria o alimento para darle a los mineros?".

Si no hay ninguno, el dinero no solucionará la cuestión.

Los mineros no pueden alimentarse con cheques bancarios.

Considera cómo se manejan hoy tales cosas. Tú cambias carbón por dinero, y con el dinero obtienes alimento. La comunidad libre de que hablamos intercambiará el carbón por el alimento directamente, sin la mediación del dinero.

"Pero ¿sobre qué bases? Hoy conoces lo que vale un dólar, poco más o menos, pero ¿cuánto carbón entregarás por un saco de harina?".

Tú quieres decir que cómo será determinado el valor o el precio. Pero ya hemos visto en capítulos anteriores que no existe ninguna medida exacta del valor de una cosa, y que el precio depende de la oferta y la demanda, y varía de acuerdo con estas fluctuaciones. El precio del carbón sube si hay escasez de éste; se abarata si el surtido u oferta es mayor que la demanda. Para conseguir grandes beneficios, los propietarios del carbón limitan de forma artificial la extracción o rendimiento material de las minas, y los mismos métodos se siguen en todo el sistema capitalista.

Cuando el capitalismo sea abolido nadie tendrá interés en elevar el precio del carbón o limitar su producción. Será extraído de la mina tanto carbón como sea necesario para cubrir las necesidades. Similarmente, será cultivado y producido tanto alimento como necesite el país. Serán las demandas de la comunidad y el surtido disponible lo que determinará la cantidad a recibir. Y este postulado es aplicable tanto al carbón como al alimento y a todas las demás necesidades del pueblo.

"Pero, supongamos que de un cierto producto no hay bastante cantidad para ser repartida. ¿Qué harás, entonces?".

Entonces haremos lo que se hace también en la sociedad capitalista en tiempo de guerra y escasez: se raciona, con la diferencia de que en la comunidad libre el racionamiento será administrado sobre principios de igualdad.

"Pero suponte que el campesino se niega a abastecer a la ciudad con sus productos a menos que obtenga dinero."

El campesino, como cualquiera, sólo quiere el dinero si puede comprar con él las cosas que necesita. Verá rápidamente que el dinero le es inútil o inservible. En Rusia, no podías encontrar durante la Revolución un campesino que te vendiera una libra de harina por una talega repleta de monedas. Pero ansiaba entregarte un barril del más hermoso grano por un par de botas viejas. Son arados, azadones, rastrillos, maquinaria agrícola y vestidos, y no dinero, lo que quiere el campesino.

Por esas cosas te permitirá que obtengas su trigo, cebada y maíz.

En otras palabras, la ciudad intercambiará con el campo los productos que cada cual requiere, sobre la base de la necesidad.

Se ha sugerido por algunos que el intercambio durante el período revolucionario debería estar basado en alguna medida definida. Se propone, por ejemplo, que cada comunidad emita su propio dinero como se hace a menudo en tiempo de revolución; o que cada día de trabajo debería estar considerado como unidad de valor que, bajo el nombre de vales de trabajo, sirviesen como medio de intercambio. Pero ninguna de estas proposiciones es de aplicación práctica. El dinero emitido por comunidades en revolución se depreciaría rápidamente hasta el punto de no valer nada, desde el momento que tal dinero no tendría tras él garantías seguras, sin las cuales el dinero no posee ningún valor. Igualmente los vales de trabajo no representarían como instrumento de intercambio ningún valor definido y mensurable. ¿Cuál sería, por ejemplo, el valor de una hora de trabajo en una mina de carbón? ¿Y una consulta médica de quince minutos? Aunque todos los esfuerzos fuesen considerados de igual valor y tomada como unidad la hora de trabajo, ¿podría la hora de trabajo del pintor de casas o la operación de un cirujano ser estimadas equitativamente en relación con los períodos del cultivo del trigo?

El sentido común resolverá este problema sobre bases de la igualdad humana y del derecho a la vida de todos y cada uno.

"Tal sistema podría funcionar entre gentes honradas –objeta tu amigo–, pero ¿qué me dices respecto a aquellos que se desentienden de todo deber y eluden el trabajo? ¿No tuvieron razón los bolcheviques al establecer el principio de que el que no trabaja no come?"

No, amigo mío, estás confundido. A primera vista puede parecer que ésta es una idea justa y sensata. Pero en realidad se probó como impracticable, por no hablar de la injusticia y daño que obró por doquier.

"¿Cómo es eso?".

Fue irrealizable y no práctica porque se requirió un ejército de burócratas que dictaminasen y observasen quién trabajaba y quién no lo hacía. Ello condujo a inculpaciones y recriminaciones y terminó en disputas respecto de las decisiones burocráticas.

Y así, en un breve plazo de tiempo el número de aquellos que no trabajaban fue doblado y aun triplicado debido a los esfuerzos por obligar al trabajo a las personas que se defendían contra éste esquivándolo o trabajando mal y a disgusto. El sistema de trabajo obligatorio fue tal fracaso que los bolcheviques se vieron obligados a derogarlo.

Sin embargo, el sistema causó daños aún más grandes en otras direcciones. La injusticia yace en el hecho de que tú no puedes entrar en el corazón o en el cerebro de una persona y decidir qué peculiar circunstancia física o mental hace para él temporalmente imposible el trabajo. Considera además el precedente que estableces al introducir un falso principio y al provocar así la oposición de aquellos que sienten que la disposición comentada es errónea y opresiva y que, por lo tanto, rehúsan cooperar.

Una comunidad racional hallará que es más práctico y provechoso tratar a todos por igual, ya trabajen en ese momento o no. Siempre será mejor que crear más inútiles no trabajadores con la misión de vigilar a los que están mano sobre mano, o edificar prisiones para castigar y mantener a los que no trabajan. Pues si tú te niegas a alimentar a un hombre por cualquier causa, lo empujas al hurto y a otros crímenes; y así tú mismo creas la necesidad de tribunales, abogados, jueces, cárceles y carceleros, cuya manutención es bastante más pesada e insoportable que mantener a los culpables de no trabajar. Y a éstos tienes que alimentarlos de todos modos, hasta si los encarcelas.

La seguridad de la comunidad revolucionaria dependerá sobre todo del despertar de la conciencia social y de la solidaridad de sus delincuentes que de la sanción de éstos. Confiará en el ejemplo práctico de sus miembros laboriosos, y será razonable esperarlo así. Porque una conducta natural de las personas laboriosas hacia el holgazán hará que al final este último halle la atmósfera social tan desagradable, que preferirá trabajar y gozar del respeto y la buena voluntad de sus compañeros que estar ocioso y ser despreciado.

Tengamos presente que es más importante, y al fin y al cabo más práctico y útil, proceder con justicia que obtener una inmediata y aparente ventaja. O sea, que es más vital hacer justicia que castigar. Porque el castigo nunca es justo y siempre es perjudicial para ambas partes, para el sancionado y para el sancionador; más perjudicial incluso espiritual que físicamente y no hay mayor daño que el espiritual, porque éste te endurece y te envenena.

Ésta es una verdad incontrovertible en tu vida individual, que aplicada a la existencia social colectiva tiene la misma fuerza.

Sobre cimientos de libertad, justicia e igualdad como también de comprensión y simpatía, debe ser edificada cada fase de la vida en la revolución social. Sólo así puede ésta perdurar. Y tan aplicable es esto a los problemas de la vivienda, la alimentación y la seguridad de tu distrito o ciudad, como a la defensa de la revolución.

Con respecto a la vivienda y a la seguridad local Rusia ha enseñado el camino en los primeros meses de la Revolución de octubre. Comités de vivienda, elegidos por los inquilinos, y federaciones ciudadanas de dichos comités se encargaban del problema. Reunían estadísticas de las posibilidades de un determinado distrito y del número de solicitantes que requerían habitaciones. El número de éstas se designaba según las necesidades personales o familiares y sobre bases de igualdad de derechos en circunstancias análogas.

De la misma forma los comités de distrito y vivienda se hacen cargo del aprovisionamiento de la ciudad. La entrega individual de raciones por medio de centros distribuidores es un derroche de tiempo y energía estupendo. Igualmente falso es el sistema practicado en Rusia en los primeros tiempos de la revolución que consistía en despachar raciones en las instituciones en que uno está empleado, como talleres, fábricas y oficinas. El mejor camino, el más eficiente, y que al mismo tiempo garantiza una distribución más equitativa y cierra la puerta al favoritismo y al abuso, es racionar por viviendas o calles. El comité autorizado

de vivienda o calle se procura, en el centro de distribución local, provisiones, vestidos, etc., en proporción al número de inquilinos representados por tal comité. El racionamiento igualitario tiene además la ventaja de arrancar de raíz la especulación alimenticia, perniciosa práctica que alcanzó enormes proporciones en Rusia debido al sistema de privilegio y desigualdad. Los miembros del partido o las personas con influencias políticas podían traer libremente a las ciudades camiones de harina, mientras que algunas campesinas ancianas eran sancionadas severamente por vender un panecillo. No asombra el que la especulación floreciese de tal forma que los bolcheviques tuvieron que formar regimientos especiales para combatir este mal[87]. Las prisiones se llenaron de transgresores, se recurrió a la pena capital, pero hasta las medidas más drásticas del gobierno fracasaron en su intento de detener la especulación, pues ésta era una consecuencia del sistema de discriminación y de favoritismo. Sólo el intercambio libre y en igualdad de condiciones puede evitar tales males o, en última instancia, reducirlos a su mínima expresión.

Haciéndose cargo de la sanidad y del resto de similares necesidades de la calle y de distrito por medio de comités voluntarios de vivienda y localidad se obtienen los mejores resultados.

Ya que tales organismos, compuestos por los propios inquilinos de un determinado distrito, están personalmente interesados en la salud y en la salvaguardia de sus familias y amigos. En Rusia este sistema funcionó mucho mejor que la policía regular que se estableció a continuación. Ésta estaba compuesta en su mayoría por los peores elementos de la ciudad y se demostró como corrupta, brutal y opresiva.

La esperanza de una mejoría material es, como ya mencioné, un poderoso factor en el progreso de la humanidad. Pero este incentivo solo no es suficiente para inspirar a las masas, para darles la visión de un mundo nuevo y mejor, y para motivarlas para afrontar el peligro y las privaciones por su causa. Ya que se necesita un ideal, uno que no apele sólo al estómago sino sobre todo al corazón y a la razón, que exalte nuestro adormecido

87 Estos grupos especiales de la policía y del ejército, conocidos como *zagriaditelniye otriadi* eran extremadamente odiados y se los conocía popularmente como "regimientos de salteadores", a causa de sus robos y de su increíble depravación y crueldad. Fueron abolidos con la introducción de la "Nueva Política Económica". *(N. del A.)*

anhelo por lo bueno y lo bello, por los valores espirituales y culturales de la vida. Un ideal, en suma, que despierte los instintos sociales del hombre, nutra sus simpatías y sentimientos afines, inflame su amor de libertad y justicia e imbuya hasta a los seres más bajos de la nobleza de pensamiento y acción de que somos testigos en los momentos catastróficos de la vida. Supón que acontece una tragedia en cualquier parte –terremoto, inundación o accidente ferroviario– y verás que la compasión de todo el mundo va hacia los afectados. Los actos de sacrificio heroico, de salvamento valeroso y de ayuda instintiva muestran la verdadera naturaleza del ser humano y su profundo sentido fraternal y unitario.

Ésta es la verdad del género humano en todos los lugares, climas y estratos sociales. La historia de Amundsen[88] es una soberbia demostración de ello. Después de décadas de arduos y peligrosos trabajos, el famoso explorador noruego decidió gozar sus años restantes en pacíficas empresas literarias. Anunciaba su decisión en un banquete ofrecido en su honor, y casi en el mismo momento llegaron noticias de que la expedición Nobile[89] al Polo Norte había sufrido un desastre. Al instante, Amundsen renuncia a todos sus planes de vida tranquila y se prepara a volar en ayuda de los aviadores perdidos, con plena conciencia del peligro de tal empresa.

El altruismo humano y el irrefrenable impulso de auxiliar a aquellos que están en peligro, triunfa sobre cualquier consideración de seguridad personal. Amundsen ofrendó su vida en el intento de rescatar de entre los hielos la expedición Nobile.

En lo profundo de todos nosotros vive el espíritu de Amundsen. ¿Cuántos hombres de ciencia han entregado sus vidas en busca del conocimiento que beneficiaría a sus semejantes?

88 Roald Engelbregt Gravning Amundsen (1872-1928), explorador noruego de las regiones polares. Dirigió la expedición a la Antártida que por primera vez alcanzó el Polo Sur. También fue el primero en surcar el Paso del Noroeste, que unía el Atlántico con el Pacífico, y formó parte de la primera expedición aérea que sobrevoló el Polo Norte.

89 Umberto Nobile (1885-1978), ingeniero aeronáutico italiano y uno de los exploradores árticos más famosos. Se dio a conocer por haber pilotado el aeroplano que consiguió el primer avistamiento del Polo Norte y, sobre todo, por haber pilotado el dirigible Norge, que fue la primera aeronave que alcanzó el Polo Norte y que cruzó el casquete polar entre Europa y América.

¿Cuántos médicos y enfermeras han perecido mientras asistían a personas afectadas de enfermedades contagiosas? ¿Cuántos hombres y mujeres han afrontado voluntariamente una muerte segura en el esfuerzo por detener una epidemia que diezmaba su país o alguna tierra extranjera? ¿Cuántos hombres, trabajadores comunes, mineros, marinos, ferroviarios –ignorados por las trompetas de la fama–, se han ofrendado en aras del espíritu de Amundsen? Su número es legión.

Es esta naturaleza humana, este idealismo, el que debe enaltecerse en la revolución social. Sin él la revolución no puede ser ni puede vivir. Sin él el ser humano está para siempre condenado a permanecer un esclavo y un cobarde.

Ésta es la obra de los anarquistas, de los revolucionarios, del proletariado inteligente con conciencia de clase. Obra para ejemplarizar y cultivar este espíritu e inculcarlo en otros. Sólo así se puede vencer a los poderes del mal y las tinieblas y edificar un nuevo mundo de humanidad, libertad y justicia.

Capítulo XXX
Producción

"¿Qué hay respecto de la producción? –preguntas–. Cómo hay que administrarla?"

Ya hemos visto los principios que deben servir de base para que la revolución sea social y cumpla sus fines. El mismo principio de libertad y de cooperación voluntaria debe presidir también la reorganización de las industrias.

El primer efecto de la revolución es la reducción de la producción. La huelga general, que he pronosticado como punto de partida de la revolución social, constituye en sí misma una suspensión de la industria. Los obreros abandonan sus herramientas, se manifiestan en las calles, y detienen así, temporalmente, la producción.

Pero la vida continúa. Las necesidades elementales del pueblo deben ser satisfechas. En esta etapa la revolución vive de las provisiones disponibles. Pero agotar éstas sería desastroso. La situación está en manos del trabajador. Se impone la reanudación inmediata de la industria. El proletariado organizado agrario e industrial toma posesión de las tierras, las fábricas, los talleres, las minas y los almacenes. La consigna tiene que ser una dedicación más enérgica.

Hay que comprender de forma clara que la revolución social necesita una producción más intensa que bajo el capitalismo, a fin de satisfacer las necesidades de las grandes masas que hasta entonces han vivido en la mayor de las penurias. Esta mayor producción sólo puede alcanzarse si los trabajadores se han preparado previamente para la nueva situación. Familiaridad con los procesos de la industria, conocimiento de los medios de abastecimiento y la decisión de prosperar, harán que se realice la tarea. El entusiasmo engendrado por la revolución, las energías liberadas y la iniciativa que provoca deben propiciar una amplia libertad y el espacio donde hallar cauces creadores. La revolución despierta siempre un alto grado de responsabilidad.

Junto con la nueva atmósfera de libertad y fraternidad se crea el entendimiento de que el trabajo intenso y la disciplina severa que cada uno se impone son necesarios para elevar la producción para que esté a la altura de las demandas del consumo.

Por otra parte, la nueva situación simplificará mucho los problemas actuales de la industria. Pues debes considerar que el capitalismo, debido a su carácter competitivo y a intereses financieros y comerciales contradictorios, tiene muchas consecuencias intrincadas y desconcertantes que se eliminarían completamente con la abolición de las circunstancias actuales. La cuestión de la escala de salarios y los precios de venta; la demanda de los mercados existentes y la caza de otros nuevos; la escasez de capital para grandes operaciones y los intereses considerables que se han de pagar por esto; las nuevas emisiones, los efectos de la especulación y el monopolio, y otra veintena de problemas ya relatados que hoy abruman al capitalismo y convierten a la industria en un dificultoso y engorroso enredo, desaparecerían.

Hoy en día, todos esos males requieren departamentos especiales de estudio y personas especialmente entrenadas para desenredar la embrollada madeja de los entrecruzados objetivos plutocráticos; muchos especialistas para calcular las ganancias y las pérdidas actuales y posibles, y un gran número de ayudas para mantener el rumbo de la nave industrial entre las peligrosas rocas que cercan el exótico curso de la competencia capitalista nacional e internacional.

Todo esto se acabaría automáticamente con la socialización de la industria y el final del sistema de competitividad, y con esto, se aligerarían inmensamente los problemas de la producción. La intrincada complejidad de la industria capitalista no necesita, pues, suscitar miedos infundados al futuro.

Aquellos que dicen que los trabajadores no están capacitados para manejar la industria "moderna" omiten los factores antes apuntados. El laberinto industrial pasará a ser menos imponente el día de la reconstrucción social.

De paso se puede decir que las demás fases de la vida también se simplificarán mucho como resultado de los cambios indicados. Caerán en desuso hábitos, costumbres y modos de vivir violentos e insanos.

Además, debe tenerse en cuenta que la tarea de aumentar la producción se verá enormemente facilitada por la incorporación a las filas de los trabajadores de un vasto número de personas a quienes las nuevas circunstancias económicas liberarán para el trabajo.

Estadísticas recientes demuestran que en 1920 había en los Estados Unidos unos cuarenta y un millones de personas de ambos sexos en ocupaciones retribuidas sobre una población total de ciento cinco millones[90]. De estos cuarenta y un millones sólo veintiséis estaban realmente empleados en las industrias, incluyendo transportes y agricultura. Los quince millones restantes estaban compuestos en su mayor parte por personas dedicadas a actividades comerciales, viajantes de comercio, agentes de publicidad y diversas clases de intermediarios del sistema actual. En otras palabras quince millones de personas[91] podrían ser liberadas por una revolución en los Estados Unidos y reabsorbidas para hacer un trabajo útil. Una situación similar se dará en el resto de los países, en proporción a su población.

La necesidad de la revolución social de una mayor producción se vería solucionada por la puesta a su disposición de un ejército adicional de varios millones. La incorporación sistemática de estos millones de personas a la industria y a la agricultura, además de los métodos científicos de organización y producción, harán que se solucionen muchos de los problemas de abastecimiento.

La producción capitalista sólo se rige por la búsqueda de beneficios; se emplea más trabajo en vender cosas que en producirlas.

La revolución social reorganiza las industrias basándose en las necesidades de la población. Las necesidades básicas van naturalmente en primer término. Alimento, vestido, vivienda; ésas son las demandas primordiales del hombre. El primer paso en esta dirección es asegurar el abastecimiento de las provisiones y del resto de mercancías disponibles. Las asociaciones de trabajadores de cada ciudad y comunidad se encargan de ello con el objetivo de que haya una distribución equitativa. Comités de obreros, en cada calle y distrito, asumen este trabajo, cooperando con comités similares de la ciudad y la nación, y federando por todo el país sus esfuerzos por medio de asambleas y consejos generales de productores y consumidores.

---

90 N. Y. World Almanac, 1927. *(N. del A.)*

91 Excluyendo al ejército, a la milicia y a la marina y a la gran cantidad de personas empleadas en ocupaciones innecesarias y nocivas, como la construcción de buques de guerra, la fabricación de municiones y otros equipos militares, etcétera. *(N. del A.)*

Los grandes sucesos y agitaciones ponen en primer plano a los elementos más activos y enérgicos. La revolución social cristalizará entre las filas de los trabajadores con conciencia de clase. Cualquiera que sea el nombre con que sean conocidos –sindicatos industriales, grupos sindicalistas revolucionarios, asociaciones cooperativas, ligas de productores y consumidores– estos organismos representarán la parte más ilustrada y avanzada de los trabajadores, a los obreros organizados conscientes de sus fines y de cómo lograrlos. En ellos estará el espíritu impulsor de la revolución.

Con la ayuda de la maquinaria industrial y con el cultivo científico de la tierra, libre de los monopolios, la revolución debe ante todo satisfacer las necesidades elementales de la sociedad.

Los cultivos intensivos en granjas y huertas y los métodos modernos casi nos han liberado de las imposiciones del clima y de la calidad del suelo. En gran medida el hombre se crea ahora su propio suelo y clima, gracias a los adelantos de la química.

Frutas exóticas pueden ser cultivadas en el norte para abastecer al cálido sur, como se hace en Francia. La ciencia es el brujo que permite al hombre superar todas las dificultades y rebasar los mayores obstáculos. En un futuro liberado de los íncubos del sistema de beneficios y enriquecido por el trabajo de los millones de seres humanos que hoy no producen, reside el mayor bienestar de la sociedad. Este futuro debe ser el objetivo de la revolución social. Su lema, pan y bienestar para todos. Primero pan, luego bienestar y lujo. Incluso éste, porque es una profunda necesidad del ser humano, una necesidad tanto física como espiritual.

La aplicación intensa de este propósito debe constituir el esfuerzo continuo de la revolución: no posponerlo para un día distante sino practicado inmediatamente. La empresa revolucionaria debe permitir que cada comunidad se sustente a sí misma, se independice materialmente. Ningún país tendría que recurrir a sojuzgar o explotar colonias para abastecerse.

Éste es el camino del capitalismo. El fin del anarquismo, por el contrario, es la independencia material no sólo para el individuo sino para cada comunidad.

Esto supone una descentralización gradual en lugar de la centralización. Hasta bajo el capitalismo vemos cómo se manifiesta esa misma tendencia a descentralizar a pesar del carácter esencialmente centralizador del sistema actual. Países que antes eran totalmente dependientes de los productos extranjeros, como Alemania en el último cuarto del siglo XIX, más tarde Italia y Japón, y ahora Hungría, Checoeslovaquia, etc., se han ido emancipando industrialmente poco a poco, funcionando con sus propios recursos naturales, edificando sus propias fábricas y talleres y logrando independizarse económicamente de otros países. Las finanzas internacionales no se congratulan de esta evolución y hacen lo posible por retrasar sus progresos, porque es más provechoso para los Morgan y Rockefeller conservar atrasados a ciertos países como México, China, la India, Irlanda o Egipto, a fin de explotar sus recursos naturales y tener al mismo tiempo asegurados, para la superproducción de casa, los mercados extranjeros. Los gobiernos de los grandes financieros y dueños de la industria los ayudan a asegurarse esos recursos naturales a punta de bayoneta si es preciso. De este modo, Gran Bretaña obliga con la fuerza de las armas a que China permita que el opio inglés envenene a los chinos a buen precio, y utiliza todos los medios para colocar en este país la mayor parte de sus productos textiles.

Por la misma razón no se permite a Egipto, India, Irlanda y otros territorios dependientes desarrollar sus propias industrias.

En resumen, el capitalismo busca la centralización. Pero un país libre necesita descentralización, independencia no sólo política, sino también industrial y económica.

Rusia ilustra notablemente la importancia que tiene la independencia económica, en particular para la revolución social.

Durante los años que siguieron al alzamiento de octubre, el gobierno bolchevique concentró sus esfuerzos en granjearse el favor de los gobiernos burgueses para que "reconociesen" el régimen ruso y en invitar a los capitalistas extranjeros a que contribuyesen a explotar los recursos naturales de Rusia. Pero el capital, temeroso de hacer grandes inversiones bajo las condiciones inseguras de la dictadura acogió tal demanda sin entusiasmo y no respondió. Mientras tanto, Rusia se aproximaba al derrumbe económico. La situación obligó finalmente a que los bolcheviques comprendiesen que para sustentarse, el país debía depender de sus propios esfuerzos. Rusia comenzó a mirar a su

alrededor para buscar los medios con qué ayudarse, y con ello consiguió mayor confianza en sus propias capacidades, seguridad en sí misma y tomar la iniciativa, comenzando a desarrollar sus industrias. Proceso lento y penoso, pero necesidad imperiosa que finalmente llevará a Rusia a mantenerse por sí misma y la hará independiente.

La revolución social en no importa qué país, debe, desde sus mismos comienzos, decidirse a sustentarse por sí misma. Debe auxiliarse a sí misma. Este principio de ayuda propia no ha de ser interpretado como una carencia de solidaridad con otras tierras o países. Al contrario, el apoyo mutuo y la cooperación entre países –como entre individuos– sólo pueden existir entre iguales y sobre bases de igualdad. La dependencia es el reverso de esto.

Si la revolución social tuviese lugar en varios países al mismo tiempo –en Francia y Alemania, por ejemplo–, el esfuerzo conjunto sería entonces indispensable y facilitaría mucho la tarea de reconstrucción revolucionaria.

Afortunadamente, los obreros están aprendiendo a comprender que su causa es internacional. La organización de los trabajadores se desarrolla ahora más allá del marco de las fronteras nacionales. Es de esperar que no esté lejano el día en que el proletariado de Europa entera inicie una huelga general, que ha de ser el preludio de la revolución social. Esto es una verdad tan categórica que su preparación debe emprenderse con la máxima seriedad. Pero al mismo tiempo no ha de discutirse la probabilidad de que la revolución pueda estallar en un país antes que en otro –vamos a decir en Francia antes que en Alemania– y en tal caso, Francia estaría obligada a no esperar la posibilidad de ayuda de fuera sino a empeñar inmediatamente todas sus energías para apoyarse en sí misma, para cubrir las necesidades esenciales de su pueblo por sus propios esfuerzos.

Todo país en revolución debe tratar de lograr su independencia agraria no menos que la política; su sostenimiento industrial tanto como el agrario. Este proceso, que se realiza, en cierto modo, hasta en el capitalismo, sería uno de los mayores objetivos de la revolución social. Los métodos modernos lo hacen posible. La fabricación de relojes de bolsillo y pared, por ejemplo, que fue inicialmente un monopolio de Suiza, se realiza hoy en día en cualquier país. La producción de seda que originalmente se realizaba únicamente en Francia, cuenta con grandes industrias en diversos países. Italia, sin recursos de hierro y carbón, construye barcos revestidos de acero. Suiza, que no es tan rica, también los hace así.

La descentralización curará a la sociedad de muchos de los males inherentes al principio centralizador. Políticamente, la descentralización significa libertad. Industrialmente, independencia material.

Socialmente implica seguridad y bienestar para las pequeñas comunidades. Su resultado individual es humanidad y libertad.

Tan importante para la revolución social como la no dependencia del exterior es la descentralización dentro del país mismo.

Esta descentralización interna significa hacer que las regiones más grandes, e incluso cada comunidad, puedan, tanto como les sea posible, mantenerse por sí mismas. En su muy instructiva y sugestiva obra *Campos, fábricas y talleres*, Piotr Kropotkin ha demostrado de manera convincente que hasta una ciudad como París, ahora casi exclusivamente comercial, puede recolectar en sus propios contornos alimento suficiente para mantener en la abundancia a su población. Empleando la maquinaria agrícola moderna e intensificando el cultivo, Londres y Nueva York pueden subsistir con los productos recolectados en su vecindad.

"Es un hecho que los medios para obtener del cultivo lo que queramos, bajo cualquier clima y sobre cualquier suelo han sido mejorados de tal modo que ahora mismo no podemos prever cuál es el límite de productividad de unos pocos acres de tierra. Este límite disminuye en relación con nuestros mejores análisis del tema, y cada año se aleja aún más de nuestras perspectivas."

Cuando la revolución social comienza en un lugar cualquiera, su comercio exterior se detiene, la importación de materiales en bruto y de productos cultivados para el mercado se suspende. Hasta puede que el país sea bloqueado, como pasó con Rusia. Y así la revolución se ve obligada a mantenerse por sí misma y a satisfacer por medios propios sus necesidades. Es más, varias partes de un mismo país pueden tener que hacer frente a tal eventualidad.

Han de producir lo que necesiten dentro de su propia área, por sus propios esfuerzos. Sólo la descentralización puede solventar este problema. El país tendrá que reorganizar sus

actividades de tal forma que pueda proveerse el alimento por sí mismo. Para ello tendría que recurrir a la producción a pequeña escala, a la industria casera, y a intensificar la agricultura y la horticultura.

La libre iniciativa del hombre en la revolución y la agudización de su ingenio por la necesidad resolverán la situación.

Por lo tanto, hay que comprender claramente que sería desastroso para los intereses de la revolución la supresión o la intervención de las pequeñas industrias que incluso hoy en día existen en gran cantidad en varios países europeos. Los campesinos de la Europa continental producen numerosos artículos de uso diario durante las horas ociosas del invierno. Estas fabricaciones caseras alcanzan cifras enormes y cubren grandes necesidades.

Destruirlas, como hizo Rusia por la absurda pasión centralizadora de los bolcheviques, sería muy perjudicial para la revolución. Cuando un país en revolución es atacado por gobiernos extranjeros, cuando es bloqueado y privado de sus importaciones, cuando sus grandes industrias amenazan con derrumbarse o sus ferrocarriles están destrozados, es entonces cuando las pequeñas industrias se convierten en el nervio de la vida económica. Sólo ellas pueden alimentar y salvar la revolución.

Sin embargo, estas industrias artesanales no son sólo un potente factor económico; poseen también un gran valor social.

Sirven para cultivar intercambios accesibles entre la ciudad y el campo, poniéndolos en contacto de forma más estrecha y solidaria.

En realidad, las pequeñas industrias son en sí mismas expresión de un espíritu social sano que desde épocas tempranas se ha manifestado en asambleas de aldea, en esfuerzos comunales, en danzas y cantos populares. Esta tendencia normal y próspera debería ser valorada y estimulada en sus diversos aspectos por la revolución para mayor bienestar de la comunidad.

Desgraciadamente, en la revolución social se aprecia poco el papel que ha de jugar la descentralización industrial. Incluso entre las filas de los trabajadores más progresistas existe la peligrosa tendencia a ignorar o disminuir su importancia. Mucha gente rinde aún vasallaje al dogma marxista de que la centralización es "más eficiente y económica". Cierran sus ojos al hecho

de que la pretendida "economía" se logra a costa de exprimir a los obreros, que la "eficiencia" lo degrada hasta hacer de él un simple diente del engranaje industrial, que mata su alma y asesina su cuerpo. Además, en un sistema centralizado, la administración de las industrias está constantemente a merced de un pequeño número de manos y genera una enorme burocracia industrial.

En realidad, sería una ironía que la revolución fuese a finalizar de tal forma. Significaría la creación de una nueva clase de amos.

La revolución sólo puede emancipar a los trabajadores mediante una descentralización gradual, convirtiendo a cada obrero en un factor más determinante y más consciente en los procesos de la industria, haciendo de él el impulso de donde procede toda actividad social e industrial. El significado más profundo de la revolución social radica en la abolición de la dominación del hombre sobre el hombre, colocando en su lugar la administración de las cosas. Sólo así se puede conseguir la libertad industrial y social.

"¿Estás seguro de que esto funcionará?", preguntas tú.

Estoy seguro. Si esto no funciona, ningún otro sistema funcionará. El plan que he delineado es el comunismo libre, una vida de cooperación voluntaria e igual participación. No hay otro camino para asegurar la igualdad económica que el de la libertad. Cualquier otro sistema nos devolvería al capitalismo.

Es probable, por supuesto, que un país en su revolución social pueda intentar diversos experimentos económicos. Un capitalismo limitado podría darse en una parte del país o el colectivismo en otro. Pero el colectivismo es tan sólo otra forma del sistema de salarios y tendería rápidamente a convertirse en el capitalismo de la actualidad. Pues el colectivismo comienza por abolir la propiedad privada de los medios de producción e inmediatamente gira sobre sí mismo para retornar al sistema de remuneración según el trabajo realizado, lo que significa la reintroducción de la desigualdad.

El hombre aprende haciendo. La revolución social probará, probablemente, en diferentes países y regiones varios métodos, y aprenderá el mejor camino por la práctica experimental. La revolución es, al mismo tiempo, la oportunidad y la justificación para ello. Yo no intento profetizar qué va a hacer este o aquel país; qué curso particular seguirá. Ni me atrevo a dictar

el futuro ni a prescribir modos de conducta. Mi propósito es sugerir, en amplios trazos, los principios que deben animar la revolución, las líneas generales de acción que debería seguir si ha de cumplir sus fines: la reconstrucción de la sociedad sobre una base de libertad e igualdad.

Sabemos que revoluciones anteriores fracasaron en la mayor parte de sus objetivos, degeneraron en dictadura y despotismo, restableciendo así las antiguas instituciones de opresión y explotación.

Lo sabemos por la historia pasada y reciente. Por lo tanto, llegamos a la conclusión de que por el antiguo camino no se conseguirá lo que queremos. Ha de intentarse un nuevo camino en la próxima revolución social. ¿Qué nuevo camino? El único que hasta ahora conoce el hombre: el camino de la libertad y la igualdad, el camino del comunismo libre, de la Anarquía.

Capítulo XXXI
Defensa de la revolución

"Supongamos que intentamos tu sistema. ¿Tienes algún medio para defender la revolución?", preguntas.

Desde luego.

"¿Hasta por medio de la fuerza?"

Sí, si es necesario.

"Pero la fuerza es violencia organizada. ¿No dijiste que el anarquismo estaba en contra de eso?"

El anarquismo se opone a cualquier intromisión en tu libertad, sea por la fuerza y la violencia o por cualquier otro medio. Es contrario a toda invasión y coacción. Pero si alguien te ataca entonces es él quien te invade, él quien emplea la violencia contra ti. Tú tienes el derecho a defenderte. Más aún, es tu deber como anarquista proteger tu libertad, resistir a la coacción y a la violencia. De otro modo eres un esclavo, no un hombre libre.

En otras palabras, la revolución social no atacará a nadie, pero se defenderá contra toda invasión, venga de donde venga.

Además, no debes confundir la revolución social con la anarquía.

La revolución, en algunas de sus etapas, es una sublevación violenta. La anarquía es una situación social de paz y libertad. La revolución es el medio para crear la Anarquía, pero no es la anarquía misma. Es desembarazar el camino hacia ella, establecer las condiciones que harán posible una vida en libertad.

Pero, para lograr sus propósitos, la revolución debe estar imbuida con ideas anarquistas y dirigida por este espíritu anárquico.

El fin determina los medios, del mismo modo que la herramienta que utilizas debe ser adecuada al trabajo que quieres efectuar. Es decir, la revolución social debe ser anarquista tanto en sus métodos como en sus fines.

La defensa revolucionaria debe estar en consonancia con este espíritu. La autodefensa excluye todos los actos de coacción, persecución o venganza. Sólo le concierne repeler el ataque y privar al enemigo de la oportunidad de invadirte.

"¿Cómo repelerías una invasión extranjera?"

Con la fuerza de la revolución. ¿En qué consiste tal fuerza?

Primero y ante todo, en el apoyo del pueblo, en la entrega de las masas agrarias e industriales. Si sus miembros sienten que están haciendo la revolución, que se han convertido en dueños de sus vidas, que han conquistado la libertad y están edificando su bienestar, tendrás entonces, en ese sentimiento, la mayor fuerza de la revolución. Las masas combaten hoy por el rey, el capitalista o el presidente porque creen que vale la pena combatir por ellos.

Hazles creer en la revolución y la defenderán hasta la muerte.

Combatirán por la revolución con el alma y el corazón, como los obreros medio muertos de hambre, las mujeres y hasta los niños de Petrogrado defendieron su ciudad, casi con las manos vacías, contra el ejército blanco del general Yudenich[92].

Arrebata esta fe, despoja al pueblo de su poder colocándolo encima cualquier autoridad, sea ésta partido político u organización militar, y le habrás dado un golpe mortal a la revolución.

Le habrás robado la fuente principal de su fuerza: las masas. La habrás dejado indefensa.

Los obreros y campesinos armados son la única defensa efectiva de la revolución. Por medio de sus organizaciones y sindicatos, deben estar siempre en guardia contra el ataque contrarrevolucionario. El obrero, en la fábrica y el taller, en la mina y en el campo, es el soldado de la revolución. Lo es en la mesa de trabajo y en el arado, en la fragua o en el campo de batalla, según la necesidad. Pero tanto en su fábrica como en su regimiento es el alma de la revolución, y es su voluntad la que decidirá su suerte. En la industria, los comités de taller y en los cuarteles, los comités de soldados son las fuentes de la fuerza y la actividad revolucionaria.

Fue la Guardia Roja, compuesta por trabajadores voluntarios, la que defendió con éxito la Revolución Rusa en sus etapas iniciales más críticas. Más tarde, de nuevo fueron los regimientos de campesinos voluntarios los que derrotaron a los ejércitos blancos. El Ejército Rojo, organizado después, fue impotente cuando no contó con las divisiones de voluntarios obreros y campesinos. Siberia fue liberada de Kolchak[93] y sus hordas por estas divisiones de campesinos. También en el norte de Rusia, los destacamentos de obreros y campesinos rechazaron a los ejércitos extranjeros que venían a imponer el yugo de los reaccionarios nativos sobre el pueblo[94]. En Ucrania, los ejércitos voluntarios de campesinos –conocidos como *povstantsi*– salvaron la revolución de los numerosos generales contrarrevolucionarios y en particular, de Denikin[95], cuando éste estaba a las mismas puertas de Moscú. Fueron los revolucionarios *povstantsi* quienes liberaron la Rusia meridional de los ejércitos invasores de Alemania, Francia, Italia y Grecia, y a continuación derrotaron también a las fuerzas del general Wrangel[96].

La defensa militar de la revolución puede exigir un mando supremo, que coordine las actividades, la disciplina y la obediencia a las órdenes dadas. Pero todo esto debe proceder del entusiasmo de los obreros y campesinos, debe basarse en su cooperación voluntaria por medio de sus organizaciones locales, regionales y federales. En la cuestión de la defensa contra

92 Nikolai Nikolayevich Yudenich (1862-1933), militar ruso. Uno de los más exitosos generales de la Primera Guerra Mundial y, con posterioridad, uno de los líderes del Movimiento Blanco durante la Guerra Civil Rusa (1918-21).

93 Aleksandr Vasílievich Kolchak (1874-1920), marino ruso. Procedente de la pequeña nobleza ucraniana. Después de la Revolución de febrero de 1917, se mantuvo fiel a la monarquía y fue destituido del mando por una revuelta de sus marineros. Después del triunfo bolchevique en la Revolución de Octubre, abandonó Rusia y conspiró con los británicos para lanzar una contrarrevolución. En 1918 desembarcó en el extremo oriental de Siberia, destituyó a las autoridades comunistas y creó un gobierno contrarrevolucionario con sede en Omsk. Recibió el reconocimiento de Francia y Gran Bretaña como gobierno legítimo de Rusia. Desde finales de 1918 hasta comienzos de 1920 luchó contra el Ejército Rojo en la región de los Urales; pero fue derrotado y hubo de retirarse hacia el este. Sus propios soldados se amotinaron y lo entregaron a las autoridades soviéticas, que lo hicieron ejecutar.

94 El gobierno de Tchaikovski-Miller. *(N. del A.)*

95 Antón Ivánovich Denikin (1872-1947). Militar ruso. Destacó en la guerra ruso-japonesa y, durante la Primera Guerra Mundial, mandó la 4ª división en Galitzia. Tras la revolución de 1917, sucedió a Kornilov en la jefatura del ejército contrarrevolucionario. A pesar de conseguir grandes éxitos en Ucrania y en Kiev, fue totalmente derrotado por Budienny (1919). Emigrado a Francia, en 1945 se retiró a EE UU.

96 Piotr Nikolayevich Wrangel (1878-1928), noble y militar ruso. Barón de Wrangel, comandante del Ejército del Cáucaso en 1919, jefe del Movimiento Blanco en Ucrania durante el período final de la Guerra Civil Rusa. Reemplazó a Denikin en el mando del ejército blanco de Ucrania, donde estableció un gobierno provisional, y no abandonó la lucha hasta 1925. Fue uno de los más importantes líderes del exilio ruso.

un ataque exterior como en todos los demás problemas de la revolución social, el interés activo de las masas, su autonomía y autodeterminación son las mejores garantías de su éxito.

Comprendamos bien que la única defensa, realmente efectiva, de la revolución social descansa en la actitud del pueblo.

El descontento popular es el peor enemigo de la revolución y su mayor peligro. Debemos tener siempre presente que la potencia de la revolución social es orgánica, no mecánica: su poder no descansa en las medidas mecánicas, militares, sino en su industria, en su habilidad para reconstruir la vida, para establecer la libertad y la justicia. Haz que el pueblo crea que de verdad es su propia causa la que está en juego y hasta el último hombre luchará como un león en apoyo de la revolución social.

Lo mismo es aplicable, tanto a la defensa interior como a la exterior. ¿Qué éxito podría tener un general blanco o contrarrevolucionario si no pudiese explotar la opresión y la injusticia para incitar al pueblo contra la revolución? La contrarrevolución sólo puede nutrirse del descontento popular.

Cuando las masas tienen la conciencia de que la revolución y todas sus actividades están en sus propias manos, que ellos manejan las cosas y son libres de cambiar sus métodos cuando lo consideran necesario, la contrarrevolución no puede encontrar apoyo y es impotente.

"Pero ¿permitirías que los contrarrevolucionarios incitasen al pueblo a que se les unieran?"

Desde luego. Déjalos hablar lo que gusten. Reprimirlos sería crear una clase perseguida y que ellos y su causa generasen simpatía popular. Suprimir la libertad de expresión y de prensa no es sólo una ofensa teórica contra la libertad, es un golpe dirigido a los cimientos de la revolución. Genera problemas en donde antes no los había. Introduce métodos que llevan al descontento y a la oposición, a la acritud y al enfrentamiento, a las prisiones, la Cheka y la guerra civil. Engendra el temor y la desconfianza, fragua conspiraciones y culmina en el reinado del terror que en el pasado siempre ha asesinado toda revolución.

La revolución social, desde su inicio, debe basarse en principios totalmente diferentes, sobre una concepción y una actitud nuevas. La libertad total es el verdadero aliento de su existencia y no hay que olvidar nunca que la cura del mal y el desorden es

más libertad, no su supresión. La supresión de la libertad sólo conduce a la violencia y la destrucción.

"¿Entonces no defenderás la revolución?" –pregunta tu amigo.

Claro que será defendida. Pero no de charlas, no de expresiones u opiniones. La revolución debe ser lo bastante grande como para congratularse de las críticas más severas y beneficiarse de ellas si son justificadas. La revolución se defenderá así más resueltamente de la contrarrevolución, de sus enemigos, de cualquier intento de derrota o sabotaje que mediante el uso de la fuerza o la violencia. Éste es el derecho y el deber de la revolución. Pero no perseguirá al enemigo vencido, no descargará su venganza sobre toda una clase social sólo por la falta de algunos de sus miembros.

Los pecados de los padres no deben caer sobre los hijos.

"¿Qué harás con los contrarrevolucionarios?"

El combate activo y la resistencia armada implican sacrificios humanos y los contrarrevolucionarios que pierdan sus vidas en tales circunstancias sufrirán las inevitables consecuencias de sus actos. Pero los revolucionarios no son unos salvajes. Los heridos no serán degollados, ni los prisioneros ejecutados. Ni tampoco es práctico el bárbaro sistema de fusilar a los rehenes, como hicieron los bolcheviques.

"¿Cómo tratarás a los contrarrevolucionarios que caigan prisioneros durante un complot?"

La revolución debe hallar nuevos caminos, algún procedimiento sensato de comportarse con ellos. El método antiguo era encarcelarlos, mantenerlos en la inactividad y emplear numerosos hombres en guardarlos y castigarlos. Y mientras el inculpado permanece en prisión, el encarcelamiento y el trato brutal lo enemista todavía más contra la revolución, fortalece su oposición y nutre sus pensamientos de venganza y de nuevas conspiraciones.

La revolución abandonará tales métodos como estúpidos y perjudiciales a sus intereses. En su lugar buscará, por medio de un trato humano, el modo de convencer al enemigo derrotado de lo erróneo e inútil de su resistencia. Aplicará libertad en lugar de venganza. Tendrá en consideración que muchos de los contrarrevolucionarios, más que ser enemigos, están engañados por algunos individuos que buscan poder y autoridad.

Reconocerá que necesitan ser ilustrados en vez de sancionados, siendo más efectivo lo primero que lo último. Hasta en nuestros días gana terreno este punto de vista. En Rusia, los bolcheviques derrotaron a los ejércitos aliados más eficazmente por medio de la propaganda entre los soldados invasores que por la fuerza de su artillería. Estos nuevos métodos han sido reconocidos y practicados hasta por el gobierno de los Estados Unidos, que hace uso de ellos en su campaña de Nicaragua.

Los aviones norteamericanos esparcen proclamas y llamamientos al pueblo nicaragüense para persuadirlo de que deserte de Sandino y su causa, y los jefes del ejército norteamericano esperan de tales tácticas los mejores resultados. Pero los patriotas de Sandino están combatiendo por su hogar y su país en contra de un invasor extranjero, mientras que los contrarrevolucionarios hacen la guerra a sueldo y contra su propio pueblo. El trabajo de ilustrarlos es mucho más simple y promete mejores resultados.

"¿Crees que ése sería realmente el mejor modo de conducirse con los contrarrevolucionarios?"

Desde luego. El tratamiento humano y bondadoso es más eficaz que la crueldad y la venganza. A este respecto, la nueva actitud puede hacer surgir una gran cantidad de métodos similares.

Varios modos de conducirse con los conspiradores y enemigos de la revolución se desarrollarán tan pronto comiences a practicar la nueva política. Podría, por ejemplo, adoptarse el plan de repartirlos en pequeños grupos o individualmente, en distritos fuera de influencias contrarrevolucionarias, entre comunidades de conciencia y espíritu revolucionario. Considera también que los contrarrevolucionarios tienen que comer, lo que significa que sus pensamientos y su tiempo estarán centrados en otra cosa que tramar conspiraciones. El contrarrevolucionario vencido, dejado en libertad, en vez de ser encarcelado, tendría que buscar medios de subsistir. No se le negaría el sustento, desde luego, ya que la revolución sería lo bastante generosa para alimentar hasta a sus enemigos. Pero la persona en cuestión tendría que unirse a alguna comunidad, asegurarse alojamiento, y así en adelante a fin de gozar de la hospitalidad de los centros distribuidores.

En otras palabras, los contrarrevolucionarios, "prisioneros en libertad", dependerían para subsistir de la comunidad y de la buena voluntad de sus miembros. Vivirían en su atmósfera y estarían influidos por su ambiente revolucionario. Seguramente estarían más a salvo y satisfechos que en la cárcel, y entonces cesarían de ser un peligro para la revolución. Hemos visto repetidamente tales ejemplos en Rusia, en casos en que los contrarrevolucionarios se habían escapado de la Cheka, asentándose en cualquier aldea o ciudad, donde como resultado del trato honrado y considerado se convirtieron en miembros útiles de la comunidad. A menudo más celosos en su apoyo al bienestar público que el ciudadano medio; mientras que cientos de sus compañeros de conspiración, que no habían tenido la suerte de evitar el arresto, estaban en la cárcel ocupados en pensamientos de venganza y en nuevos complots.

No cabe duda de que varios tratamientos, como el de "prisioneros en libertad", serán intentados por el pueblo revolucionario.

Pero cualquiera de esos métodos será mejor que el sistema punitivo y vengativo actual, cuyo completo fracaso se ha demostrado a través de toda la experiencia humana. Entre los nuevos modos podría también intentarse el de la colonización libre. La revolución ofrecerá a sus enemigos la oportunidad de establecerse en alguna parte del país y allí instaurar la forma de vida social que les parezca mejor. No es una especulación vana el prever que, a no tardar, muchos de ellos preferirían la fraternidad y la libertad de las comunidades revolucionarias al régimen reaccionario de su colonia. Pero aunque esto no sea así, nada se habrá perdido. Por el contrario, la revolución sería la que más ganase, espiritualmente, abandonando los métodos de venganza y persecución y practicando el humanitarismo y la magnanimidad. La propia defensa revolucionaria inspirada en tales métodos será más efectiva porque la misma libertad será, también, garantía para sus enemigos. Su llamada a las masas y al mundo, al cabo del tiempo, será por esto más irresistible y universal. En su justicia y humanidad descansa la fuerza invencible de la revolución social.

Todavía ninguna revolución ha intentado el verdadero camino de la libertad. Ninguna ha tenido suficiente fe en él. La fuerza, la represión, la persecución, la venganza y el terror han caracterizado todas las revoluciones del pasado y han traicionado por ello a sus fines originarios. Ha llegado la hora de intentar nuevos métodos, nuevos caminos. La revolución social ha de lograr la emancipación del hombre por la libertad, pero si

nosotros no tenemos fe en esta última, la revolución se convertirá en una negación de sí misma y en una traición. Tengamos, entonces, el valor de ser libres, de colocar libertad en lugar de represión y terror. Hagamos de la libertad nuestra fe y nuestra acción, y con ello seremos más fuertes.

Sólo la libertad puede hacer saludable y eficaz la revolución social. Sólo ella puede allanar el camino hasta las grandes cumbres y propiciar una sociedad en la que el gozo y el bienestar sean patrimonio de todos. Entonces alboreará el día en que el hombre tendrá por primera vez amplia oportunidad para evolucionar y expandirse bajo el libre y generoso sol de la Anarquía.

Índice